Anónimo

Memorias de Dolly Morton



A mediados del siglo XIX, en una Norteamérica dividida en dos bandos cada vez más irreconciliables, una huérfana de Filadelfia vivirá la experiencia del sexo hasta las últimas consecuencias. Estas Memorias de Dolly Morton, transcripción en primera persona de las peripecias de su protagonista, narran la flagelación de Dolly por unos negreros, el posterior secuestro y violación a manos de un rico plantador y la progresiva inmersión en situaciones eróticas de toda índole originadas por la particular situación de sumisión en la que se encuentra. Pero el autor, que quiso permanecer anónimo, de estas memorias no se limita al simple recuento de las muy numerosas actividades sexuales, sino que, al igual que autores de la talla de Casanova o Frank Harris, hace una crónica de los acontecimientos de esta movida época. La situación de los negros del Sur, los horrores y humillaciones del esclavismo, la guerra civil, son pues el perfecto contrapunto de una experiencia sexual que oscila entre la amargura y el éxtasis.



Anónimo

Memorias de Dolly Morton

La sonrisa vertical - 56

ePub r1.0

Titivillus 12.12.15

Título original: *The Memoires of Dolly Morton*
Anónimo, 1899
Traducción: Miguel Martínez-Lage

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Prefacio

Quien con toda probabilidad es el autor de Las memorias de Dolly Morton*, Georges Joseph Grassal*
(1867-1905),
a quien se conoce algo mejor, aunque poco más, como «Hugues Rebell» (el seudónimo que con más frecuencia utilizó de entre los muchos que puso en juego), es merecedor de un párrafo al tiempo sorprendente y tentador en el Oxford Companion to French Literature *de 1959. En esa fuente se menciona su poesía junto con «algunas novelas, por lo general cuajadas de escenarios históricos sumamente elaborados, de las cuales se dice que recuerdan a las de Pierre Louÿs». No deja de ser una coincidencia que Louÿs*
(1870-1925)
fuera asimismo uno de los mejores autores franceses de literatura erótica, otro detalle más que comparte con Grassal.

Grassal, no obstante, llegó a ser prácticamente bilingüe. No sólo tradujo obras tanto al inglés como al francés, sino que unas cuantas las escribió antes en inglés, como es el caso de Dolly Morton. *Puede ser que esta versatilidad lingüística se deba a su educación en el colegio de los jesuitas de Jersey. No es fácil resistir la tentación de aseverar que allí adquirió tanto su gusto por la lengua inglesa como el llamado «vicio inglés», pues es innegable que escribió con frecuencia acerca de la flagelación. Este interés tan concreto, con todo, queda reflejado tan sólo en una pequeña parte de su interesantísima producción literaria. Grassal ha resultado ser un autor asombrosamente prolífico a lo largo de una vida tan breve como la suya, a lo largo de la cual publicó libros de poesía, novelas, ensayos, relatos, crítica de arte, filosofía y crítica literaria, así como diversas traducciones al francés de las obras de Oscar Wilde y diversas obras eróticas en inglés, casi todas ellas de valía más bien escasa.*

Es muy poco lo que sabemos de la vida de Grassal: nació en Nantes, comenzó a escribir tanto por necesidad como por libre elección y vivió en París, en donde trató de labrarse una reputación de homme de lettres *y en donde encontró la muerte. Tuvo por costumbre pasar largas temporadas en el Chateau de la Pervenchère, en Casson, muy cerca del lugar donde había nacido; parte de sus novelas (incluida* La Femme qui a connu l'Empereur) *están emplazadas en la región de Nantes. Está enterrado en La Chapelle-sur-Erdre, cerca de Nantes.*

Al joven Grassal se le relacionó con los poetas simbolistas (hasta el extremo de que en el Larousse de 1933 se cantan alabanzas de su «imaginación sensual» y de su «estilo, vivido y caluroso»), si bien por entonces se unió a la «École Romane», grupo fundado por el poeta helénico Jean Moréas (Iannis Papadiamantopoulos). La École Romane admiraba a los trovadores, a Ronsard, Racine y La Fontaine, repudiaba el Romanticismo e intentaba a toda costa emular la literatura clásica, por lo cual volvieron a la métrica regular y a un tono abiertamente elegiaco.

En cierto momento, muy al principio de su prometedora carrera literaria, parece ser que Grassal perdió toda su fortuna y/o acumuló considerables deudas. A la vista de esta nueva situación, comenzó a trabajar como negro y gacetillero (si bien en un puesto de cierta relevancia) para el sombrío editor Charles Carrington, afincado en París. Carrington, un portugués cuyo nombre real era Paul Ferdinando, «lanzó tanto en inglés como en francés, en ediciones de una factura excelente, con prefacios de primera calidad, los clásicos eróticos más famosos del mundo», según anota Henry L. Marchand en The Erotic History of France *(1933). «Bibliófilo de pies a cabeza como era, ni un solo producto erótico quedaba fuera de sus dominios: la antropología, las crónicas escandalosas, la flagelación, la literatura galante original, las obras sobre el sexo de carácter científico, etc». El retrato de Carrington que traza Alex Craig en* The Banned Books of England (1962) *es sin lugar a dudas extraordinario: «Carrington comenzó su carrera como recadero, mozo de cuerda y encargado de unos servicios públicos. A los dieciséis años de edad estaba al cargo de una librería de lance en Farringdown*

Market. Cuidando de su mercancía entró en contacto con personajes como Dowson, Beardsley y Wilde. En el París de comienzos de los años veinte era un personaje patético, aunque no sin cierta dignidad trágica. Ciego como consecuencia de la sífilis, ya no era del agrado de su dama de compañía, auténtica depredadora de hombres, y se vio abocado a la impotencia de poner freno a las estupideces que cometieron sus cinco hijos. Ellos, junto con todos los moscones que llevaban alrededor, le robaron todos los libros tras entrar a saco en su casa. Llegaron incluso a abrir una tienda especializada para vender los frutos de tal latrocinio sistemático. Resistió durante cinco años esta miserable situación y terminó por perecer en un manicomio cuando contaba sesenta y seis años de edad. Su dama de compañía le dispendio un magnífico funeral, y su torturado cuerpo recibió sepulcro por intervención de la iglesia católica».

Pero entre los años que van desde 1895 hasta 1917, Carrington disfrutó de sus mejores momentos, y tal como atestigua también Craig, en aquella época «las publicaciones de Carrington constituyeron primorosas ediciones, muchas de ellas dotadas de un indudable y legítimo interés científico». Cuando Carrington publicó Las Memorias de Dolly Morton*, libro que H. Montgomery Hyde, en su* Historia de la pornografía *(1964) califica de «interesante y conmovedor, por captar con vivacidad el ambiente de las plantaciones, seguramente con mayores aciertos que* La cabaña del Tío Tom*», lo hizo sin duda para sus clientes más fieles, prácticamente adictos al género. Las* Memorias de Dolly Morton*, «Historia del Papel que Desempeñó una Mujer en la Lucha por la Liberación de los Esclavos», decía el título original, seguido de: «Recuento de las Flagelaciones, Violaciones y Violencias Diversas que antecedieron a la Guerra Civil Americana, acompañado de diversas Observaciones Antropológicas sobre las radicales diferencias en la conformación del Trasero Femenino y del modo en que diversas mujeres hubieron de soportar el Castigo».*

Carrington conocía su mercado de compradores a la perfección, pues, tal como comentara Taine, el francés, en su History of English Literature *(1878), «cualquier consideración razonable y moderna de la humanidad tiende a abolir los*

combates de boxeo, así como el uso de la vara entre estos aborígenes (léase "los británicos")», y la mayor parte de los clientes de Carrington eran británicos y americanos. Sin embargo, tal como ha escrito Peter Fryer, Dolly Morton *es «prácticamente la única fantasía de la época basada en la flagelación que resulta capaz de mantener, sea cual sea la época que se someta a consideración, el interés de los lectores que no comparten tales aficiones». Ello se debe al «desacostumbrado y sobresaliente hecho que consiste en que los personajes sean, en su mayor parte, seres humanos sumamente verosímiles, emplazados en situaciones verosímiles, y no ya meros órganos sexuales completamente descarnados»… y se debe también a que Grassal era un escritor de verdadero fuste. En opinión de C. R. Dawes, otra autoridad sobre la erótica victoriana,* Dolly Morton *es, «con mucho, el mejor de todos los libros cuyo tema principal se centra en la flagelación», pues «en él se respira una intensidad impresionante, y se coloca entre los escasos libros de tema erótico verdaderamente buenos de la época».*

Parece probable que Grassal se interesara por este tema y que incluso llegara a entusiasmarle; de ahí que escribiera sobre él con pasión y convicción. El tratamiento que le da no tiene nada que ver con el consabido tartamudeo exagerado o lleno de dobleces, por más que uno de sus contemporáneos, el afamado Jules Renard

(1864-1910),

observador perspicaz, comente al desgaire que el suyo fuera un sentido del humor burdo e inexpresivo. «Rebell», escribió Renard en su Diario *de 1918, «a quien se le deforman los labios por el dolor que le supone transmitir la sonrisa de Mona Lisa. Se dice que Da Vinci dedicó cuatro años de trabajo a esa sonrisa. Rebell le lleva consagrada toda la vida». En un funeral, en 1899, Renard se encuentra con un Rebell «limpio y afeitado como el culo de un cura en compañía de Moréas y de otros bohemios barbilampiños, acicalados y rechumidos», completamente extravagantes en aquella época de mostachos poblados y barbas lujuriosas. La última vez que nos lo encontramos, por medio de Renard, será el Día de los Locos, en abril de 1905, cuando le llega la noticia de que «Rebell ha muerto en la indigencia,*

rodeado por una fortuna de más de cuarenta mil francos» en libros de bibliófilo, de la cual no quiso o no supo desprenderse. Fue, según comenta un Renard siempre satírico pese a ser un responsable padre de familia, «el celebrante de una fe sensual, lúbrica y codiciosa».

Con las recientes reimpresiones de algunas de las obras de Grassal en Francia (entre ellas, las novelas de la Venecia renacentista y de Haití) y en Gran Bretaña (por ejemplo, la encantadora y nada convencional Frank y yo*) se ofrece una buena oportunidad para que el enigmático Grassal/Rebell no pase desapercibido. Seguirá siendo un escritor menor, si bien hay que decir en su favor que poseía algo más que mera diligencia: sus libros son con frecuencia sorprendentes por su inteligencia y vivacidad, y desde luego merecen algo más que una mera referencia de pasada en los manuales de literatura.*

Memorias de Dolly Morton

Introducción

De cómo conocí a Dolly Morton, junto con un recuento fehaciente de las circunstancias que la impulsaron a referirme la historia de su vida.

En el verano del año 1886, poco después de terminada la guerra civil que había enfrentado al Norte con el Sur, en Norteamérica, me encontraba yo en Nueva York, ciudad a la cual había llegado con objeto de sacar un pasaje en uno de los vapores de la compañía Cunard con destino a Liverpool, para regresar a mi patria, a uno de los condados del centro de Inglaterra, después de una partida de caza y pesca por tierras de Nova Scotia.

En aquella época yo contaba treinta años de edad, medía más de un metro ochenta, y era fuerte y saludable; siendo como era de ánimo aventurero, me gustaban las mujeres, aparte de ser más bien intrépido a la hora de requebrarlas; por eso, mientras duró mi estancia en Nueva York, me dediqué a recorrer la ciudad de noche, viendo muchas escenas sin duda singulares, así como diversos estadios de la vida en las casas de alquiler. De todos modos, no tengo la intención de relatar mis experiencias en los barrios bajos de la ciudad de Nueva York.

Una tarde, a las cinco en punto, emprendí un paseo por Central Park, y tomé asiento a la sombra de un árbol frondoso para fumar tranquilamente un cigarro. Era un hermoso día de agosto y el sol, que declinaba hacia el oeste, brillaba con fuerza en un cielo desprovisto de nubes. Soplaba una brisa ligera, muy a tino para atemperar el calor y acariciar las hojas de los árboles, que susurraban en un tono consolador; me arrellané en el asiento, con intención de contemplar las hermosas y acicaladas doncellas de diversas nacionalidades, al cuidado todas ellas de los niños

norteamericanos, vestidos de manera muy atildada. Fue entonces cuando volví la vista hacia una dama que estaba sentada en un banco contiguo al mío, leyendo un libro.

Aparentaba unos veinticinco años de edad, una mujer menuda y muy hermosa, de tipo, por lo que pude ver, redondeado y bien perfilado. Tenía un cabello castaño claro, dorado, recogido en un voluminoso moño —era la época de los moños y los miriñaques—. Llevaba unos guantes primorosos, e iba vestida con pulcritud y modestia; todo cuanto llevaba puesto era de buen gusto, desde el sombrerito hasta las atildadas botas que cubrían sus pequeños y bien torneados pies, que asomaban bajo el dobladillo de una amplia falda. La estuve mirando un rato con mayor intensidad de la aconsejable y, desde luego, excediéndome en las normas de la cortesía, convencido de que respondía con fidelidad al tipo de la bonita dama norteamericana de clase alta. Pasado un rato, se dio cuenta de que mi mirada se había prendado de ella; elevó los ojos del libro y me miró con resolución durante un instante; después, satisfecha por lo visto con mi apariencia, le afloró a la boca una hermosa sonrisa, y me lanzó una mirada descarada y coqueta, a la vez que con un gesto me invitaba a tomar asiento a su lado. Me quedé más bien perplejo, pues por su aspecto no había pensado que se tratara de una *demi-monde*; pero la verdad es que estaba más que deseoso de charlar un rato con ella, y también de inmiscuirme en sus asuntos, caso de que su conversación me complaciera tanto como su aspecto.

Levantándome de donde estaba, me acerqué a su banco, y ella desplazó al punto sus voluminosas faldas para hacerme sitio a su lado. Tomé asiento y comenzamos a charlar. Ella hablaba con suma corrección gramatical y de forma educada; aunque tenía un marcado acento americano, su voz era grave y melodiosa —no me disgusta el acento americano cuando lo oigo de labios de una mujer hermosa, y ella desde luego que lo era—; tenía los ojos grandes, azules y límpidos, una complexión extremadamente agradable, los dientes blancos y pequeños, la nariz bien formada y una boca diminuta, de labios muy rojos.

Tenía mucho que decir sin que fuera menester incitarla, charloteaba alegremente, y empleaba unas expresiones singulares que me hacían reír. Me encapriché de aquella mujercita tan vivaz, así que decidí visitar su casa y pasar la noche con ella. Por mi acento, ella se había percatado de que yo era inglés, y me hizo saber que nunca había conversado con ningún hombre de mi nacionalidad. Después de charlar un rato más, la invité a cenar conmigo. Pareció agradarle mi proposición, y aceptó inmediatamente; paseamos por el parque, salimos de él y llegamos a un restaurante en donde pedí una buena cena regada con *champagne*.

Cuando hubimos terminado de cenar y yo hube fumado un puro, llevé a mi acompañante, quien dijo llamarse «Dolly», a un teatro; al término de la función, alquilé un coche de punto, que es como llaman en Nueva York al transporte privado, y llevé a la mujer a su casa, que estaba en los suburbios, a unas tres millas del teatro. Como era una noche de luna brillante, pude ver que se trataba de un bonito edificio de una sola planta, con un porche cubierto de enredaderas que daba a un pequeño jardín rodeado con vegas de hierro. Abrió la puerta una doncella vestida con pulcritud, que nos hizo pasar al salón; después, tras correr las cortinas y encender los quinqués, se retiró. La estancia, que contaba en uno de sus extremos con puertas correderas, estaba amueblada con gusto; en ella no había nada que no fuera sugerente, pues todo era de estilo. El suelo lo cubría una distinguida alfombra oriental, las cortinas eran de terciopelo, sobre las paredes colgaban algunos grabados de calidad y una vitrina contenía varias muestras bien escogidas de porcelana.

Mi acompañante me dijo que tomara asiento y me pusiera cómodo, que la excusara un instante: pasó por las puertas correderas a la habitación contigua, que era, según pude ver, un dormitorio. En breve volvió a presentarse ante mí, vestida con un salto de cama adornado con cintas azules. Se había quitado las botas, y en su lugar llevaba unas primorosas zapatillas francesas, en tanto el pelo le caía sobre los hombros hasta llegarle casi a la cintura. Estaba tan atractiva que, sin dudarlo un instante, la hice sentarse sobre mis

rodillas y le di un beso en los labios, que ella me devolvió metiéndome en la boca la punta de la lengua. Deslicé la mano por debajo de los pliegues de su bata, y descubrí que debajo no llevaba otra cosa que una blusa de fino encaje y unas medias de seda negra, ajustadas por encima de las rodillas con unas ligas de satén rojo, por lo que tuve la posibilidad de palpar todo su cuerpo a mis anchas.

Estaba tierna como una perdiz; en toda ella no había ni un solo ángulo. Su piel era suave como el satén; tenía las peras más bien pequeñas, pero redondas como manzanas, tiesas, coronadas por unos pezones rosados, diminutos, erectos. Tenía un trasero estupendo, las nalgas firmes y tiernas, y el vello del monte de Venus era sedoso al tacto.

Me ofreció *brandy* con soda, y conversamos mientras yo fumaba un puro; después pasamos al dormitorio, en el cual todo estaba exquisitamente limpio y ordenado. En breve estuvimos entre las sábanas, mi pecho contra su vientre, mi boca sobre sus labios, mi órgano amatorio enterrado hasta las cachas en su guarida del amor, asidas mis manos a las dos mitades de su trasero, y yo la cabalgaba vigorosamente mientras ella suspiraba, daba chillidos y cobraba renovados ánimos bajo mis poderosas embestidas. Mi miembro era grande, su fisura pequeña y maravillosamente prieta, y a resultas de todo ello era mejor montura de lo previsto, por todo lo cual disfruté muchísimo del «escarceo», sobre todo si se tiene en cuenta que hacía varios meses que no «poseía» a una mujer. Pero a aquella mujercita la había dejado sin resuello; cuando terminamos, yació en mis brazos sin dejar de jadear. Sin embargo, cuando hubo recobrado la respiración, me dijo entre risitas:

—¡Hay que ver! ¡Qué grande, qué fuerte eres! No creo que haya recibido un abrazo semejante en toda mi vida. Me dio la sensación de que me ibas a traspasar. Pero me ha gustado.

Yo reí, sin hacer ningún comentario, y permanecí en calma, reposando, abrazándola aún, acariciando su piel fresca y aterciopelada hasta que volví a estar listo para pasar a la acción.

Entonces la hice ponerse a cuatro patas fuera de la cama,

y la empalé por detrás *en levrette*, otra vez haciéndola estremecerse, gemir, menear el trasero. Volvimos luego a las sábanas y la hice volverse, tumbarse de costado, con la espalda hacia mí, en tanto yo permanecía tras ella con el abdomen y los muslos apretados contra sus deliciosas nalgas, con la herramienta medio tiesa en la hendedura, entre sus muslos. En tal posición quedamos dormidos.

Yo dormí como un tronco, sin despertarme una sola vez hasta las ocho y media de la mañana. Me incorporé en el lecho y miré a mi acompañante, que seguía completamente dormida, boca arriba, con todos sus largos y hermosos cabellos esparcidos por la almohada y los brazos estirados por encima de la cabeza. Estaba joven y bonita, con las mejillas redondas y débilmente sonrosadas. Retiré las sábanas y el cobertor hasta sus pies con toda la amabilidad que pude, y le alcé el camisón hasta el cuello, sin despertarla, y luego observé con detenimiento sus desnudos encantos. La verdad sea dicha, merecía la pena detenerse en su contemplación. Tenía la piel blanca como la leche, sin tacha; estaba realmente bien hecha y perfectamente proporcionada. Sus pechos pequeños sobresalían del cuerpo como en un alto relieve; los muslos, tiernos, bien torneados, las piernas excelentes, los tobillos esbeltos, el vientre sin una sola arruga. Saltaba a la luz que nunca había tenido un hijo; su capullito de rosa estaba sombreado por un vello dorado, delicadamente rizado. Yo tenía la polla más tiesa que un atizador, así que la desperté acariciándole suavemente la entrada de la gruta con el dedo corazón. Ella me miró a la cara con la mejor de sus sonrisas, con sus grandes ojos azules desternillados de la risa.

—Así que ya me has preparado para el sacrificio matinal. Bueno, pues estoy dispuesta para recibir el envite.

Y entonces separó los muslos, y en cuestión de segundos le proporcioné una intensa cabalgada matinal que me plació más incluso que las de la noche anterior, ya que, mientras me la trabajaba, la mujercita se meneó con más ganas, y movió el trasero, entre espasmos, de manera mucho más lasciva que en las dos ocasiones anteriores. Dio la impresión de que estaba disfrutando verdaderamente del revolcón que le di, y

no creo que fingiera hallarse voluptuosamente excitada tan sólo por agradarme —si bien las mujeres de su profesión suelen simular la pasión—. Lo cierto es que, al cabo, nos pusimos a charlar sobre temas diversos, y por su conversación pude comprobar que se interesaba, no sin dar muestras de inteligencia, en los asuntos de aquel entonces. Nuestra charla terminó por caer en lo que era en aquella época un tema de conversación candente, la pasada guerra civil, así que la interrogué acerca de cuál de los dos bandos contó con sus simpatías.

—Yo soy una mujer del Norte —contestó—, así que siempre estuve por la Unión; me siento sumamente contenta de que los sureños fueran derrotados y de que los esclavos sean libres por fin. La esclavitud era algo terrible, una verdadera lacra nacional.

—No obstante —dije yo—, a juzgar por las referencias que he oído por ahí, parece ser que los negros, en el Sur, estaban mucho mejor antes de la guerra, como esclavos, en comparación al estado en que se encuentran ahora, liberados.

—Ah, pero ahora son libres; eso es lo que de veras importa. No cabe duda de que en la actualidad no van bien las cosas, pero estoy convencida de que, con el tiempo, todo irá a mejor.

—Yo pensé que, por norma general, a los esclavos les trataban bien sus propietarios.

—Y así era, en bastantes casos —contestó—. Pero carecían de toda seguridad; siempre existía la posibilidad de que los vendieran quién sabe a qué otro propietario. Así, las mujeres se veían separadas de sus maridos, y los niños de sus padres. Además, eran muchos los propietarios que trataban mal a sus esclavos: los obligaban a trabajar en exceso, les daban de comer insuficientemente, y los azotaban con crueldad por la más mínima ofensa. Por si fuera poco, los esclavos no tenían derechos de ninguna clase. A las muchachas y las mujeres, caso de ser de color algo más claro y un punto hermosas, no se les permitía ninguna clase de virtud, por más que ellas deseasen conservarla. Se les obligaba a abandonarse a los abrazos y toqueteos de sus amos, y si a una mujer se le

ocurría poner objeciones, era objeto de una severa reprimenda.

—¡Oh! Debes estar equivocada —observé.

—No, no lo estoy. Sé muy bien de qué estoy hablando, pues por algo viví en un estado esclavista antes de la guerra, y gocé de oportunidades muy especiales para conocer a fondo la esclavitud y todos los dolorosos detalles que entraña.

—¿Era acaso algo común azotar a las mujeres? —pregunté.

—Desde luego; no creo que existiera una sola plantación en todo el Sur en la que no se azotase a las esclavas. Evidentemente, en algunas plantaciones estaba más extendida esta práctica que en otras. Y lo que hacía de esto algo más horrendo si cabe es que los azotes se los propinaban siempre los hombres, y a menudo de la forma más pública posible.

—¿En qué parte del cuerpo se azotaba a las esclavas; qué instrumentos de castigo solían emplearse? —inquirí.

—A veces se las zurraba en la espalda, pero más frecuentemente en el trasero; los instrumentos que se utilizaban eran muy variados, desde la vara de avellano y la correa de cuero hasta la palmeta.

—¿Qué es la palmeta?

—Un trozo de madera redondo y plano, colocado al extremo de un mango más bien largo, que se aplicaba siempre sobre el trasero. No hace sangre, pero cada palmetada produce una ampolla bajo la piel y una magulladura en la carne. La vara de avellano, no importa con qué fuerza se inflija el castigo, hiende la carne y hace aflorar la sangre. Había otro terrorífico instrumento de castigo que llamaban el zurriago de toro, pero rara vez se aplicaba a las mujeres.

—Por lo que veo, es mucho lo que sabes acerca de los azotes. Bueno, cuéntame ahora cómo es que llegaste a un estado esclavista —le dije.

—Colaboraba en una estación del «ferrocarril subterráneo». En fin, supongo que no tienes ni idea de lo que es una estación subterránea.

—No, ni idea. ¿De qué se trata?

—Las «estaciones del ferrocarril subterráneo» eran los locales en los que los abolicionistas ocultaban a los esclavos fugitivos. Había cierto número de estaciones repartidas por diversas partes del Sur; al esclavo fugitivo se le transportaba de noche y en secreto de una estación a otra, hasta que por fin se conseguía llevarle a un estado libre. Era un trabajo peligroso, puedes estar seguro; ayudar a fugarse a un esclavo era un delito penado por las leyes del Sur, y un delito muy grave, por cierto. A cualquier hombre o mujer a quien se encontrara culpable de semejante «crimen» se le condenaba a una larga temporada en prisión y a trabajos forzados. Por si fuera poco, todos estaban contra los abolicionistas: no sólo los propietarios de los esclavos, sino también los blancos normales y corrientes, los que no poseían ni un solo esclavo. No era nada raro que se linchara a un abolicionista. También se los embadurnaba de alquitrán y se les llenaba de plumas, o se les hacía cabalgar un raíl, o se les infligía toda clase de sufrimientos, y los responsables de tanto desatino eran por lo general bandas de hombres fuera de la ley.

—¿Tuviste alguna vez problemas mientras estuviste en la estación subterránea? —le pregunté.

—Sí, desde luego que sí. Tuve serios y amargos problemas, y hube de pasar por terribles sufrimientos. De hecho, lo que me ocurrió en aquella época cambió por completo mi vida y fue la causa de que ahora sea lo que soy. ¡Oh! ¡Cómo odio a los sudistas! ¡Qué crueles, qué malvados! —exclamó apasionadamente, encendidos los ojos, el vientre palpitante, las mejillas enrojecidas.

La verdad es que me sorprendió mucho semejante explosión de ira, y de pronto me vino a la cabeza la idea de que la mujercita tenía una historia que contar. Sentí curiosidad por conocerla, así que le dije lo siguiente:

—Estoy deseoso de oír lo que te aconteció en el Sur. Sería un verdadero placer. ¿Me lo vas a contar?

Me contestó tras un momento de vacilación:

—Hasta el presente, jamás he contado mi historia a un hombre, pero dejaré que tú la escuches, dado que eres inglés

y pareces simpático y comprensivo. Pero es una historia bien larga, y ahora no tengo tiempo de contártela; si quisieras venir a las siete de la tarde y cenar tranquilamente conmigo, te haré un recuento completo de la historia de mi vida.

Le respondí que me encantaría cenar con ella, que sería un gran placer poder oír de sus labios su historia.

En ese momento alguien tocó a la puerta, y la doncella, vestida de manera impecable, cubierta la cabeza con una graciosa cofia, entró en la habitación con una bandeja en la que traía té y tostadas con mantequilla, bandeja que depositó sobre una mesilla junto a la cama.

Mi acompañante se incorporó, dirigiéndose a la doncella:

—Mary, alcánzame la bata.

La mujer entregó la prenda a su señora, y ella se la echó por encima de los hombros. Luego se volvió hacia mí, y con una amplia sonrisa en los labios, me dijo lo siguiente:

—Mary ha sido esclava durante veinticinco años; si quieres preguntarle cualquier cosa, contestará a tus preguntas con toda sinceridad. Tímida no es, puedes estar seguro. ¿A que no, Mary?

La doncella, que era una mujer más bien rolliza, y nada fea, esbozó una amplia sonrisa y mostró una doble hilera de dientes impecables, resguardados por unos labios rojos y gruesos.

—No, Miss Dolly —contestó—. Nada tímida.

Yo estaba ya a punto de pedir a la tal Mary mayor información acerca de sí misma, así que para empezar de algún modo, le pregunté.

—Bien, Mary, ¿cuántos años tienes? ¿De qué estado procedes?

—Tener, tener, tengo treinta años o así, señor, y me criaron en la plantación del viejo señor Bascombe, en el estado de Alabama. En esa plantación había por lo menos ciento cincuenta pares de manos, y doce doncellas. Yo era una de las asistentes, señor —añadió, con una especie de orgullo indefinible.

—¿Era bueno tu amo? —pregunté acto seguido a la mujer.

—Bueno, señor, así así, era un Massa bastante bueno; nos

daba bien de comer y no nos hacía trabajar mucho, pero era muy estricto, y en la plantación había mucho azote y latigazo, y también en la casa.

—¿A ti te azotaron alguna vez?

Mary me miró con una expresión de perplejidad, como si le sorprendiera que le hiciesen una pregunta tan estúpida.

—Pues claro, señor, unas cuantas veces —contestó—. A mí me dieron candela por primera vez cuando tenía siete años, y la última con veinticinco, una semana antes de que nos liberara el presidente de los Estados Unidos.

—¿Y cómo te azotaban?

—Cuando era pequeña, me daban azotes con la mano; cuando estuve crecidita, me zurraban en la espalda con el cinto o la vara de avellano, pero también he visto la palmeta en mi trasero unas cuantas veces —dijo Mary con toda la calma del mundo.

—¿Y quién solía azotar a las mujeres?

—Pues por lo normal, uno de los capataces, pero a veces era el Massa el que nos zurraba a las sirvientas de la casa. Hasta tenían un cuarto para las zurras, y cuando azotaban a una muchacha o a una mujer, la ataban boca abajo en un banco largo, la levantaban las enaguas y la daban su ración.

—¿Y eran severos los azotes?

—Oh, oh, siempre dolía mucho mucho, y nos hacían gritar a voz en cuello y nos hacían menear el trasero; a veces nos zurraban hasta hacernos sangre.

En este punto la interrumpió Dolly.

—Y cuando a una mujer le han azotado a lo bestia en el trasero, las cicatrices nunca llegan a desaparecer del todo. Mary tiene el cuerpo marcado por todas partes. Mary, enséñale el trasero a este caballero inglés, y demuéstrale que es verdad lo que acabas de contarle.

La mujer, sin la menor muestra de duda, se volvió de espaldas a mí, se recogió las ropas con ambas manos, las levantó y me expuso sus partes bajas, ya que no llevaba puestas bragas de ninguna clase.

¡Vaya espectáculo! Todas las negras tienen, a qué negarlo, traseros de considerables dimensiones; dado que Mary era

más bien robusta, tenía un trasero descomunal: ambos hemisferios de carne rechoncha sobresalían como una hinchazón inconmensurable, y se desbordaban trazando sendas curvas sobre unos muslos imponentes que a su vez desembocaban en recias piernas enfundadas en unas medias prietas de algodón. Tenía la piel suave, tintada de un castaño claro; me percaté al instante de que la parte superior de los muslos estaba marcada por líneas blancas, largas, finas, que dejaban constancia de los cortes que el látigo le había producido en la carne.

Daba la sensación de que le gustaba mostrar sus opulentos encantos, pues no manifestó ninguna prisa por cubrirse con sus enaguas; al contrario, permaneció culo en pompa, mirándome por encima del hombro, con una complaciente sonrisa, hasta que su señora le dijo:

—Es suficiente, Mary.

En ese momento dejó caer sus ropas, y salió de la habitación toda sonriente.

—Ahí lo tienes —me dijo Dolly—: Ya has visto las marcas que tiene en el trasero. Y puedes estar seguro de que la espalda no la tiene mucho mejor. Lo que es aún más grave —prosiguió— es que la sedujeron o, por decirlo de modo más apropiado, la obligaron a abandonarse al primogénito de su amo cuando no tenía más que quince años. Después hubo de pasar por las manos de los otros dos hijos varones, pero el hecho de ser el juguete de los tres jovencitos no le salvó el trasero de los golpes de la palmeta, de los vergajazos de la vara y de todo lo demás cada vez que, en opinión de sus amitos, cometía una falta de la clase que fuera. Me ha contado que en ocasiones tuvo que presentarse en la habitación de alguno de los jovencitos mientras el trasero le ardía y le sangraba después de los azotes. Tengo otra mujer a mi servicio, la cocinera: tendrá unos treinta y cinco años, es de Carolina del Sur y tiene más cicatrices en el cuerpo que las que pueda mostrarte Mary, todas ellas producto del látigo.

Dolly hizo una pausa para beber un par de sorbos de té, y después prosiguió:

—Y ahora, ¿no te parece que es buena cosa que la

esclavitud haya sido abolida en los Estados Unidos?

—Sin duda que sí. No tenía ni la más remota idea de que a las esclavas se las tratase de semejante forma —contesté.

Los pormenores que me detallaron Dolly y la doncella me sorprendieron considerablemente, y no dejaron de conmoverme, pero, al mismo tiempo, me empezaba a sentir cachondo. La contemplación del trasero de una mujer es algo que siempre me ha excitado, dado lo cual aquel espectáculo del que acababa de gozar, es decir, las descomunales posaderas de Mary, me la había puesto pero que muy tiesa. Así pues, agarré a Dolly, la tumbé de espaldas, retiré la ropa de cama, le levanté el camisón y volví a penetrarla con renovado entusiasmo. Después, tras obsequiarme con una taza de té y una tostada, me levanté y me di un baño frío en el pequeño vestidor que había junto al dormitorio. Tan pronto como me hube vestido y acicalado, me despedí de Dolly y le prometí volver sin falta a las siete en punto. Le di un beso y un buen regalo, salí de la casa y volví al hotel en que me hospedaba. Tras cambiarme de ropa, me senté a desayunar con buen apetito, sintiéndome sumamente satisfecho con la diversión nocturna de que había disfrutado.

Pasó el día más bien despacio, y a las siete en punto estaba de vuelta en casa de Dolly, muerto de curiosidad por conocer al detalle toda su historia, y completamente decidido a pasar de nuevo la noche con ella.

Me pareció que se alegraba de verme, y estaba por cierto de muy buen ver, con un bonito vestido blanco de quién sabe qué tejido. Me dio una cena sencilla y frugal, pero muy bien preparada, regada con una botella de un excelente vino de Borgoña.

Mary, deliciosamente vestida y hecha todo un centelleo de sonrisas, si bien completamente respetuosa, esperó a que terminásemos y, cuando hubimos terminado la cena y pasamos al saloncito, nos trajo un café ciertamente bien hecho.

Dolly se recostó en un sillón, los pies, calzados con unas hermosas zapatillas de terciopelo, apoyados sobre una banqueta; dado que las faldas se le alzaron ligeramente, pude

disfrutar de sus bien torneados tobillos, envueltos como los llevaba en medias de seda azul.

Encendí un cigarro y me acomodé en otro sillón, enfrente de ella. Y empezó a relatarme una historia que resultó ser sumamente larga: tanto, que no fue hasta pasada la medianoche, y después de tomar un ligero refrigerio, que nos fuimos a la cama. Pero dado el interés que despertó en mí su narración, me vencieron las ganas de conocer el final de la historia, por lo cual visité a Dolly en tres o cuatro ocasiones más; en cada una de ellas continuó el relato de sus avatares, hasta que por fin me hubo contado todas sus venturas y desventuras: como yo era capaz de tomar notas taquigráficamente, anoté su narración tal y como ella me la contara, sin un solo inciso, reproduciendo sus propias palabras.

Las humillantes experiencias de una jovencita - La muerte de mi padre - De cómo llegué a conocer a Miss Ruth Dean y lo que de ello resultó - Ayudo a liberar esclavos

Me llamo Dolly Morton, tengo veintiséis años y nací en Filadelfia, ciudad en la que mi padre era funcionario en un banco. Yo era su única hija, y mi madre murió cuando yo no tenía más que dos años de edad, dado lo cual no conservo recuerdos de ella. El salario de mi padre era escaso, pero me dio la mejor educación que sus medios pudieron permitirle: era su intención que yo llegara a ganarme la vida como maestra de escuela. Era un hombre silencioso, severo y reservado, que tal vez, a su manera, estuviera contento conmigo, aunque nunca mostrase ninguna señal de afecto y me impusiera siempre una estricta disciplina. En cuanto cometía una falta, me ponía boca abajo sobre sus rodillas, me levantaba las enaguas, me quitaba las bragas y me zurraba bestialmente con un ancho pedazo de cuero. Yo era una muchachita rechoncha, de piel suave, y sentía el dolor en toda su agudeza; solía echarme a chillar, a patalear, a rogarle piedad, piedad que, fuera como fuese, jamás me fue otorgada, pues él seguía azotándome con toda la calma del mundo hasta que mi pobre culito se me ponía al rojo vivo y me quedaba afónica de tanto desgañitarme. Cuando él daba por terminado el castigo, yo me abotonaba las bragas con dedos temblorosos y me escapaba, el trasero todo escocido y los ojos anegados en lágrimas, me arrojaba en brazos de la anciana criada que había sido mi aya y ella me consolaba todo lo posible, hasta que se me pasaba el escozor de la zurra.

Llevábamos una vida bastante aislada y solitaria; no teníamos pariente alguno, a mi padre le importaba muy poco el relacionarse con las gentes y yo contaba con muy pocas

amigas de mi edad, pero era fuerte y saludable, y de disposición animada; por fortuna, me gustaba mucho la lectura, así que por más que a menudo me aburriera, no tuve, ni mucho menos, una niñez desgraciada. Y así pasaron los años, en calma y sin acontecimiento alguno digno de mención; terminó mi infancia, cumplí dieciocho años, había crecido hasta alcanzar una estatura de uno sesenta y pico, mi cuerpo se había desarrollado debidamente y tenía ya el aspecto de una mujer. Había empezado a impacientarme ante la monotonía y la represión por la que discurría mi vida, y a veces me ponía muy testaruda y desobediente. Pero siempre sufría en tales ocasiones, ya que mi padre continuaba tratándome como a una niña, me ponía encima de sus rodillas y me zurraba siempre que creyese que le había ofendido. Lo que es más, me dijo a las claras que, hasta que hubiese cumplido veinte años, seguiría azotándome cada vez que me portase mal. Esto fue muy humillante para una muchacha de mi edad, sobre todo si se tiene en cuenta que yo había desarrollado una sensibilidad bastante romántica y empezado a soñar con un novio. Pero jamás se me ocurrió plantar cara a la autoridad de mi padre, así que tuve que aguantarme y recibir los castigos que, he de confesarlo, a veces eran bien merecidos, con toda la fortaleza que fui capaz de aunar. Pero no tardaría en producirse un cambio en mi vida. Mi padre sufrió un ataque de neumonía al que sucumbió tras unos días de convalecencia.

Al principio me dejó pasmada lo repentino del acontecimiento, pero no puedo decir que me embargara la pena por su pérdida. Mi padre nunca había sido un compañero para mí, y toda vez que yo intenté interesarle en mis pequeños asuntos, él se había mostrado abierta e invariablemente ajeno y hostil.

Sin embargo, no tuve demasiado tiempo para ponerme a pensar en el pasado; tuve que hacer frente a la situación en que me encontraba, una situación, por cierto, bastante desafortunada. Mi padre había muerto acosado por las deudas, y sus acreedores se me echaron encima. Yo no tenía dinero, así que hube de vender el mobiliario de la casa en

subasta pública, y cuando las aguas volvieron a su cauce me encontré con que estaba sin un céntimo, sin hogar y prácticamente sola en el mundo. Viví durante un mes con mi anciana aya, la cual, de ser por ella, me habría tenido a su lado para siempre, pero ella también tuvo que arreglárselas para ganarse la vida, así que entró de nuevo a servir. En ese momento me habría visto obligada a buscar refugio en la casa de caridad de no haber sido por la amabilidad de una dama quien, al enterarse de mi desamparo y mi desvalimiento, me alojó en su casa.

Se llamaba Miss Ruth Dean y tenía, en aquella época, treinta años de edad. Pertenecía a la secta de los cuáqueros o, tal como ella la llamaba, a la «Sociedad de Amigos». Era virgen, no se le conocían amantes, era su propia dueña y señora y vivía en una gran casa a unas dos millas de la ciudad. Su posición era acomodada y hacía buen uso de su dinero, gastando la mayor parte en obras de caridad. Ocupaba principalmente su tiempo en toda suerte de labores filantrópicas, y estaba siempre dispuesta a echar una mano a cualquiera que necesitase emprender una nueva vida.

Pero antes de continuar, he de darte una descripción de Miss Ruth Dean. Era una mujer alta, esbelta, delicadamente conformada, con unos ojos grandes, castaños, sinceros; también su cabello era castaño, largo y sedoso, y lo llevaba siempre recogido con sencillez. Su complexión era saludable, encantadora, pero a pesar de su salud no tenía color en las mejillas, y era capaz de pasar por gran cantidad de fatigas. Era una mujer bonita, aunque su rostro mantenía una expresión remilgada, algo gazmoña, y solía reír rara vez, pero de taciturna no tenía nada. Miss Dean era la mejor mujer de las que yo haya conocido, y fue la mejor amiga que he tenido en toda mi vida. Desde el principio me trató como a una invitada, con suma amabilidad. Puso a mi disposición un amplio dormitorio, coquetamente amueblado, y sus sirvientes, los cuales eran devotos de su señora, me trataron siempre con todo respeto. Miss Dean contaba con una buena cantidad de corresponsales en todas las partes de los Estados Unidos, y mi educación me resultó en este punto muy útil,

pues me vi en condiciones de ayudar a mi benefactora contestando a su correspondencia; ella, al darse cuenta de que yo era inteligente y lista, me designó su secretaria, me estipuló cierta cantidad de dinero de bolsillo y también me proporcionó ropa. Me sentía muy cómoda, la verdad es que nunca había sido tan feliz. Se acabaron las miradas acusadoras, las reprimendas y, sobre todo, aquellas zurras horrorosas. Al pasar el tiempo, Miss Dean llegó a comportarse conmigo como una hermana mayor, mientras que a mí ella cada vez me agradaba más. Admiraba mi rostro y mi figura, y le gustaba verme bien vestida, así que me regalaba enaguas de encaje, bragas, camisolas y vestidos, aunque ella se contentaba con sus sencillos vestidos de lino, acordes con los usos cuáqueros: un simple corpiño y una falda recta de un material gris, marrón o de color paloma.

Miss Dean aborrecía la institución de la esclavitud, y era miembro destacado y ardiente del partido abolicionista. Proporcionaba fondos a esta organización, y estaba en contacto permanente con los «Amigos» de los estados del Sur que se encargaban de las «estaciones subterráneas»; recibía con frecuencia, en su propia casa, esclavos de ambos sexos que habían escapado, hasta que podía proporcionarles un empleo. Podía albergar a estos fugitivos con toda tranquilidad, dado que Pensilvania era un estado libre.

No es menester entrar en más detalles, ya que dos años de mi vida pasaron sin mayores acontecimientos dignos de mención. Estaba feliz y contenta, trataba con un grupo de jóvenes de mi edad, y no me faltaba toda clase de inocentes diversiones. Miss Dean, por ser cuáquera, no visitaba los lugares de diversión pública, ni me permitía que yo los frecuentara; tampoco aprobaba el baile, pero solía dar con frecuencia fiestas privadas y tranquilas, y a menudo me invitaban a otras casas. Tenía cierta fama entre miembros de mi propio sexo, aparte de unos cuantos admiradores del sexo opuesto; pero como en realidad ninguno llegó a importarme en exceso, me mantuve íntegra.

Por la época de la que te hablo, las fricciones entre el Norte y el Sur empezaban a agudizarse; se oían

continuamente rumores de la tormenta que se avecinaba, aunque eran muy pocos los que creían que semejante estado de cosas fuera a desembocar en una guerra civil larga y sangrienta.

A finales de ese año, en el Norte causó asombro e indignación la ejecución o, tal como la consideramos nosotros, el asesinato de aquel gran abolicionista, John Brown, en Harper's Ferry. Esta noticia produjo especial sorpresa y disgusto a Miss Dean; había conocido personalmente a John Brown, y consideraba que él estaba en lo justo al aventar la insurrección que le costó la vida. Cualquier acto, afirmaba, era justificable si tenía por objeto la emancipación de los esclavos; llegó a declarar que no dudaría un instante en hacer lo mismo si supiese que iba a alentar la causa.

Las semanas fueron pasando y a ella se le notaba cada vez más inquieta; ya no se contentaba con enviar dinero al Sur, sino que deseaba hacer algo personalmente para contribuir a la liberación de los esclavos; por último, tomó la decisión de viajar al Sur y hacerse cargo de una «estación subterránea».

Me refirió una tarde cuáles eran sus intenciones, entusiasmándose con su proyecto.

—¡Oh! —exclamó—. Voy a trabajar directamente en el rescate. Estoy segura de que sabré llevar una estación mejor que cualquier hombre. De los hombres siempre se sospecha, y los blancos azotacalles no les quitan ojo de encima, pero nadie tendrá sospecha alguna de que una mujer como yo esté al frente de un estación, así que si vivo sin excesos y tomo todas las precauciones necesarias, no es probable que me cacen.

Yo también había estado siempre de parte de los esclavos, y el entusiasmo de Miss Dean me conmovió hasta lo más hondo, así que tomé de inmediato la decisión de ir con ella; acto seguido le confié mi determinación.

Al principio ni siquiera quiso oírme, que ni se me pasara por la cabeza una cosa semejante; señaló los riesgos de una labor así, y comentó que no podíamos pasar por alto la

posibilidad de que nos encontrasen; en tal caso, seríamos condenadas a una larga temporada en prisión.

—No seré yo la que se asuste de la prisión —exclamó al tiempo que se levantaba y comenzaba a pasear por la habitación, arreboladas sus pálidas mejillas y sus ojos centelleando—, pero para ti, querida Dolly, sería algo terrible. Eres una muchacha joven y tierna, y no podrías soportar el trabajo forzado o la alimentación deficiente tanto como yo. Además, no sería de extrañar que te rapasen al cero; en las cárceles del Sur es práctica común cortar el pelo a las prisioneras. No, querida, no puedo permitir que vengas conmigo. Si lo permitiera y a ti te sucediese cualquier cosa, jamás podría perdonármelo.

—A mí no me da miedo el trabajo —dije—, y su pelo es tan hermoso o más que el mío. ¿De veras cree que, después de todo lo que ha hecho por mí, voy a dejar que vaya sola? No me dejará atrás. Allí adonde vaya, yo estaré con usted —exclamé, a la vez que la tomaba de la mano y se la apretaba cariñosamente.

Pude comprobar que la conmovía mucho aquella muestra de fidelidad, pero aún hizo todo lo posible por disuadirme de ir al Sur con ella. Pero yo había tomado la firme resolución de acompañarla, por lo cual rebatí todos sus argumentos, y terminé por zanjar la cuestión diciéndole que «dos mejor que uno», y que yo le sería sin duda de gran ayuda.

Al fin consintió que la acompañara. Una vez resuelto el asunto, me besó, y se sentó a escribir a varios «Amigos» de diversas partes del Sur, solicitando información acerca del lugar más apropiado para instalar una «estación subterránea» de manera provechosa. Luego pasamos a cenar, y después pasamos la noche hablando de nuestros planes, poniéndonos de acuerdo para sacar el mayor partido de nuestras posibilidades.

Pasados pocos días, Miss Dean recibió contestación de todos sus corresponsales; mencionaban distintos lugares donde podría instalarse una «estación subterránea».

Discutimos las ventajas y desventajas de los diversos emplazamientos y tras una larga deliberación decidimos

partir hacia un lugar del estado de Virginia, en el centro de los estados esclavistas.

La casa que nos recomendaron utilizar para encubrir la «estación» no estaba lejos de una pequeña ciudad llamada Hampton, a orillas del río James, y a unas treinta y cinco millas de Richmond, la capital del estado. Miss Dean escribió de inmediato a una agencia inmobiliaria, con la orden de que alquilara y amueblara la casa tan pronto como fuera posible y la preparara para recibir a dos damas que deseaban pasar una temporada en Virginia.

En poco tiempo recibió una carta de la agencia en la que le decían que la casa estaba ya alquilada, que la amueblarían y prepararían en cuestión de quince días. No creo que sea necesario decir que el agente no tenía ni la más remota idea de que la casa fuera a ser utilizada como «estación subterránea».

Al día siguiente, con toda calma, comenzamos a hacer los preparativos para nuestra partida; Miss Dean decidió llevar tan sólo una sirvienta, una mujer blanca de mediana edad, de toda confianza, llamada Martha. Era cuáquera como su señora, a cuyo servicio llevaba ya cinco años. Sabía por qué íbamos a Virginia, y estaba deseosa de ayudamos. Los demás sirvientes se quedarían al cargo de la casa de Filadelfia. Miss Dean consideró más seguro que en la ciudad nadie supiera con exactitud a qué lugar nos dirigíamos, ni qué intenciones teníamos, de forma que tan sólo dijo que nos íbamos las dos de viaje al Sur.

Pasaron quince días, y una hermosa mañana de principios de mayo fuimos tranquilamente en coche a las dependencias del ferrocarril y sacamos nuestros billetes para Richmond. Al llegar, nos alojamos un par de días en un hotel con objeto de comprar una serie de cosas que nos iban a hacer falta.

A la tercera mañana, a eso de las once y media, salimos de la ciudad en una calesa de dos caballos conducida por un cochero negro, que nos dejó a las tres, con nuestros paquetes, en la casa, al filo de las seis de la tarde, tras un largo pero apacible viaje por una hermosa campiña.

El agente a quien había escrito Miss Dean nos aguardaba

para darnos la bienvenida; estaba allí con dos chicos negros que transportaron nuestro equipaje. Nos mostró la casa de arriba a abajo, y nos agradó comprobar que se hallaba en buen estado, sencilla pero cómodamente amueblada, y que todo estaba listo para su uso: había combustible, leña, y el fogón de la cocina estaba encendido.

La casa era muy recoleta, ya que se hallaba situada al extremo de un camino de un cuarto de milla, que salía de la carretera principal. Era una estructura de madera de una sola planta, con sendos porches en la parte de delante y en la de atrás; constaba de recibidor, cocina y cuatro dormitorios; en la parte de atrás había un granero, cerca del cual crecían dos avellanos; toda la propiedad estaba rodeada por una valla.

Cuando hubimos terminado la inspección de nuestro nuevo hogar, el agente se despidió de nosotras y partió en compañía de los dos negros. Martha no tardó en ponerse a trajinar en la cocina, mientras Miss Dean y yo deshacíamos el equipaje y guardábamos las cosas en nuestros respectivos dormitorios.

Poco después estaba preparado el té, y nos sentamos en el recibidor a tomar un buen tentempié consistente en huevos con jamón, pollo frito y pasteles calientes.

El recibidor era una habitación de buen tamaño, de techo bajo y cruzado por pesadas vigas; tenía dos ventanas bajas resguardadas con sendas celosías, y sobre los alféizares había tiestos con flores de agradable aroma. En un extremo había un enorme armario bajo de madera de caoba, sobre el cual colgaba de la pared un espejo oval con marco de ébano algo pasado de moda. Aquellas dos piezas de mobiliario pertenecían claramente a la casa, y contrastaban abiertamente con la alfombra de vivos colores y con otros muebles que había en el recibidor.

Cuando terminamos de cenar, Miss Dean escribió a los «Amigos», que estaban a cargo de las «estaciones subterráneas» situadas al norte y aj sur de nosotras, con las cuales teníamos que mantenernos en contacto. La situada al sur distaba unas treinta millas, y de ella recibiríamos a los fugitivos, a los cuales haríamos llegar a la estación del norte,

situada a unas veinte millas.

Luego conversamos un rato, pero como estábamos cansadas del viaje nos fuimos temprano a la cama.

Me desperté temprano a la mañana siguiente, sintiéndome de inmejorable humor; en cuanto me hube bañado y vestido eché una ojeada al dormitorio de Miss Dean; como estaba profundamente dormida preferí no molestarla.

Bajé en silencio al piso de abajo, salí de la casa y me dispuse a dar un paseo matinal por el camino flanqueado de árboles, así como por los caminos junto a los que florecían diversos arbustos que me resultaban completamente desconocidos. Deambulé por los alrededores durante una hora, sin encontrarme con una sola persona de raza blanca, si bien me crucé con distintas personas de color, de ambos sexos, que se me quedaron mirando con curiosidad, dándose cuenta de que era forastera.

Cuando volví a la casa me encontré con que Miss Dean me estaba esperando en el recibidor; Martha trajo el desayuno poco después, desayuno al cual hice justicia, pues el paseo me había abierto el apetito. Así comenzó nuestra nueva y arriesgada vida, si bien ninguna albergaba malos presagios. Miss Dean se mostraba siempre animada, y yo me sentía muy a gusto con la novedad. Almacenamos provisiones de bacón, harina y café en el sótano de la casa, y escondimos un par de colchones y de mantas bajo el suelo del granero, para estar preparadas ante la eventual llegada de los fugitivos que pudieran proceder de la estación al sur de la nuestra.

Mi nuevo estilo de vida - La redención del esclavo - Nuestros primeros fugitivos y cómo los pasamos «bajo tierra»

La casa en que vivíamos estaba bien preparada para nuestros propósitos debido a su aislamiento. Nuestro vecino más próximo vivía a unas tres millas, y a tres millas estaba también la ciudad de Hampton, donde comprábamos nuestras provisiones. El tiempo nos acompañaba, o al menos estaba de acuerdo con mi estado de ánimo: me sentía inmejorable de salud y condiciones. Vestida con un sencillo traje de lino y tocada con un sombrero de paja de ala ancha, paseaba a diario por la campiña, y no tardé en hacerme conocida de un buen número de esclavos de las plantaciones colindantes quienes, al ver que yo me interesaba por ellos, se alegraban de charlar conmigo, hasta el punto de llegar a traerme como regalo trozos de zarigüeya y mapache, dos animales que a los negros les gustaban mucho, aunque ni Miss Dean ni yo fuimos capaces de probar la carne. A veces visitaba las viviendas de los esclavos en las plantaciones, pero me veía obligada a hacerlo con suma cautela y muy en secreto; si los propietarios de los esclavos, o los simples blancos de la vecindad llegaban a descubrir que visitaba de cuando en cuando a los esclavos, me habría convertido al punto en sospechosa. Aunque los negros de los que me hice amiga jamás mencionaron el asunto, estoy completamente segura de que suponían por qué motivo nos habíamos instalado entre ellos.

Transcurrieron tres meses, y durante ese período el trabajo en nuestra estación fue a las mil maravillas. A veces, en una sola semana, teníamos que dar cobijo a dos y a tres fugitivos, si bien, a menudo, pasaban varios días sin que nos visitara uno solo. Siempre llegaban después del anochecer, por la parte de atrás de la casa; lo primero que hacíamos con

ellos era darles una buena comida y, acto seguido, los escondíamos en el granero para pasar la noche. Al día siguiente volvíamos a darles de comer debidamente, y en cuanto caía la noche les proporcionábamos cierta cantidad de provisiones y emprendían camino hacia la próxima estación: caminaban toda la noche y se escondían en los bosques durante el día. En caso de que, como ocurría a veces, el fugitivo fuera una mujer excesivamente fatigada para seguir camino tras una sola noche de descanso, la cobijábamos hasta que se sentía en condiciones de continuar su viaje. Los fugitivos eran de todas clases: hombres jóvenes y viejos, ancianas y niñas, y a veces hasta llegaba una mujer con un niño en brazos. Algunos se encontraban en buenas condiciones, incluso vestidos decentemente, pero otros llegaban en un estado lamentable, flacos y andrajosos, tras recorrer larguísimas distancias. Los había que llegaban incluso del sur de Florida. Muchos presentaban las características cicatrices del látigo, otros estaban marcados con un hierro al rojo, y otros más tenían aún heridas sin cicatrizar. Pero lo cierto es que todas las criaturas que pasaron por nuestras manos nos mostraron una intensa gratitud; a menudo llegábamos a prestar atención a sus historias, que en muchos casos eran merecedoras de toda compasión. No creo que haga falta meternos en detalles acerca del modo en que llevábamos la estación, si bien prefiero hacerte una breve relación de uno de los casos que nos correspondió atender.

Una noche, Miss Dean y yo estábamos sentadas en el recibidor, como de costumbre, conversando y cosiendo. Habíamos encendido las lámparas, habíamos cerrado las cortinas y todo estaba en calma y tranquilo. Llevábamos más o menos una semana sin recibir a nadie, y Miss Dean acababa de preguntarse si aquella noche vendría alguien cuando oí un débil ruido en una de las ventanas.

Corrí hacia la puerta y la abrí; acto seguido, una muchacha se tambaleó hasta traspasar el umbral, y cayó desmayada a mis pies. Llamé a Miss Dean, quien vino de inmediato en mi ayuda; entre las dos transportamos a la

muchacha hasta el recibidor y la tendimos en el sofá.

Era una chica de piel muy clara, bonita de cara y con un cabello largo, ondulado y oscuro, que le caía en desorden sobre los hombros, ya que venía descubierta. Daba la impresión de no tener más de dieciséis años, si bien estaba completamente desarrollada; bajo el corpiño se le adivinaban las redondeces —ya se sabe que las hembras de su raza maduran muy temprano—. Era evidente que no era una esclava de campo, pues en sus manos no se detectaba señal alguna de trabajo pesado, mientras que sus ropas, a pesar de estar desarregladas y hechas harapos, eran de buen paño. Llevaba un buen par de zapatos, pero, al igual que las medias, se encontraban cubiertos de barro. No tardamos en hacerle volver en sí; abrió unos ojos desmesurados, castaños, en los que se veía una expresión atónita, en tanto en su rostro se podía leer el dolor y la fatiga. Le dimos un cuenco de sopa y un poco de carne y de pan, que devoró con voracidad a la vez que nos comunicaba que llevaba veinticuatro horas sin comer.

Como estaba muy débil y enferma, no la trasladamos al granero, sino que, tan pronto como terminó de cenar, la llevé al piso de arriba, al dormitorio que quedaba libre, y le dije que se desnudara para meterse en la cama. Me miró con timidez, casi avergonzada, pero tras un instante de duda se quitó el vestido y las enaguas —no llevaba bragas— y en ese momento me di cuenta de que la espalda de su camisola estaba impregnada de manchas de sangre reseca. ¡Sabía qué significaba eso! Me acerqué a la muchacha, le levanté la camisola y le miré las posaderas: las tenía cubiertas por completo de ampollas recientes y la piel estaba cuarteada por distintas partes.

No tardé en hacer que me contase por qué la habían azotado con tanta severidad. La misma historia de otras veces. Pertenecía al dueño de una plantación, un hombre casado y con cuatro hijos, cuya residencia estaba a unas veinticinco millas. Ella era una de las doncellas de su esposa. Su amo se había encaprichado con ella, y una noche le había ordenado estar en su vestidor a determinada hora. Ella era

virgen, y había desobedecido la orden. Al día siguiente la enviaron con una nota a uno de los capataces, que se la llevó al cobertizo que se utilizaba como local de castigo. Allí, el capataz le dio a conocer que el amo la había hecho ir para que la azotaran por su desobediencia. La estiraron sobre un madero, mientras dos esclavos la sujetaban por las muñecas y los tobillos; el capataz le desnudó el trasero y la azotó con una vara de avellano, impertérrito ante sus chillidos, hasta que le manó la sangre y le empezó a chorrear por los muslos. Luego la dejaron marchar, tras decirle que, si no obedecía a su amo, volverían a llevarla al madero. Era una muchacha valiente y estaba resuelta a no rendir su virginidad, así que esa misma noche se fugó, dolorida y sangrando, y consiguió recorrer veinticinco millas a través de los bosques y los atajos, hasta llegar a nuestra casa. Había oído que tratábamos con amabilidad a los esclavos, y creyó que la esconderíamos de los perros de presa de su amo.

Y desde luego que la escondimos, al menos durante una semana entera, para hacerla llegar después a la siguiente estación junto con un hombre que resultó llegar en el momento oportuno.

Ahora volveré a mi propia historia y a la de Miss Dean, pues nuestros destinos, por aquel entonces, estuvieron más estrechamente unidos que nunca.

Pasó el tiempo, y todo siguió en calma. Miss Dean seguía rebosando entusiasmo acerca del trabajo que nos habíamos propuesto, pero la verdad es que yo empezaba a asquearme; las crueldades de las que continuamente tenía noticia, los espeluznantes espectáculos a los que a veces tenía que asistir, me causaron verdadero dolor, dolor que vino a sumarse a la vida solitaria que llevábamos. Deseaba algún compañero con el que poder reír y charlar libre y frívolamente, pues aunque Miss Dean siempre se mostraba dulce y amistosa, su conversación no era en absoluto ligera.

También a veces, todo hay que decirlo, me ganaba un miedo indefinible. Cabía la posibilidad de que nos encontraran. Ya no me sentía tan valerosa como antes; me daba pánico verme en la cárcel, tener que hacer trabajos

forzosos y comer poco y mal. De todos modos, hasta aquel momento la verdad es que no había motivos para preocuparse. Las gentes de la vecindad habían terminado por conocemos bien, pero ninguno sospechaba que dos mujeres tranquilas que vivían por su cuenta y sin molestar a nadie estuviesen metidas hasta el cuello en prácticas ilegales. Jamás se había dado el caso de que un par de mujeres estuviesen al frente de una «estación subterránea». Los blancos normales y corrientes —y mediante esa expresión trato de referirme a los blancos que no poseían esclavos— se portaron de forma civilizada cada vez que tuvimos algún contacto con ellos. Muchos era campesinos de rudo aspecto, había también algunos vagos y gandules, así como cierta cantidad de hombres respetables, de los que trabajan duro por vivir con sus mujeres y sus hijos. No deja de ser curioso que todos estos blancos, pese a no poseer ni un solo esclavo negro, fueran acérrimos partidarios de la esclavitud.

Nos vendían carne de venado, pavos y pescado, todo lo cual representaba una jugosa ampliación de nuestra dieta habitual.

Me persigue un toro por el campo y me salva un caballero desconocido quien, a la larga, resulta ser un toro más salvaje aún, con la única diferencia de su apariencia exterior

Seguía entreteniéndome con los paseos por los alrededores; pero hacerlo a solas era aburrido y con frecuencia deseaba tener a alguien con quien poder hablar, y que me hiciera compañía. Por fin, mis deseos tuvieron una respuesta gratificante.

Una tarde iba yo de paseo por un camino cuando, al doblar un recodo, me tropecé con un pequeño rebaño de vacas a cuyo frente estaba un toro con cara de pocos amigos; al verme, se detuvo en seco y comenzó a escarbar el suelo, la cabeza baja y amenazante y un brillo iracundo en los ojos. Si me hubiese quedado quieta, puede que el animal hubiese seguido su camino, pero, al asustarme, cometí la imprudencia de darme la vuelta y echar a correr a toda la velocidad que me daban las piernas.

El toro, rugiendo a todo rugir, se lanzó en mi persecución, y empecé a oír sus jadeos cada vez más cerca mientras seguía corriendo y chillando como una loca, convencida de que en el momento menos pensado me atravesarían aquellos horrorosos cuernos. Sin embargo, en el último segundo apareció un caballero que, saltando el seto a caballo, cargó contra el toro y lo apaleó con un pesado látigo hasta que la bestia se dio la vuelta y corrió a reunirse con las vacas. El caballero desmontó y se acercó a donde yo estaba. Yo temblaba y era un puro estremecimiento, estaba a punto de desmayarme; me habría desplomado si no me hubiese rodeado con el brazo por la cintura. Me dio un sorbo de vino de una cantimplora que se sacó del cinto, y me hizo sentar en el césped, al borde del camino, mientras él se plantaba ante mí, cuan alto era, venga a mirarme, con la brida del caballo

por encima del hombro.

—No tengas miedo; ya ha pasado el peligro —dijo—. Tuviste suerte de que pasara yo por ahí y oyera tus gritos.

No tardé en recobrarme del susto, y le di las gracias calurosamente, a la vez que lo miraba con mayor detenimiento. Era un hombre alto y apuesto, de unos treinta y cinco años de edad, de ojos y cabellos muy oscuros; estaba correctamente afeitado, exceptuando un bigote largo y espeso que le ocultaba la boca, muy bien vestido, con un apropiado traje de montar. Amarró la brida de su caballo a un árbol cercano, tomó asiento junto a mí, sobre la hierba, y comenzó a charlar de forma entretenida e incluso chispeante, haciéndome sentir a mis anchas, de tal forma que no tardé en verme hablando y riendo con él con una libertad que no había disfrutado en muchísimo tiempo. Fue delicioso, de pronto, contar con un compañero del sexo opuesto con quien poder conversar. Se me encendió el ánimo y me sentí jubilosa. Creo que debimos de estar charlando por espacio de una hora. Me dijo que se llamaba Randolph. Yo ya había oído hablar de él, pues, aparte de soltero, era propietario de una de las plantaciones más grandes de la vecindad; su propiedad, llamada «Woodlands», se encontraba a unas tres millas de nuestra casa, y yo conocía a algunos de sus esclavos. Claro que eso no se lo dije. Me preguntó cómo me llamaba, y al decírselo sonrió abiertamente.

—He oído hablar de ti y de Miss Dean —dijo—. De hecho, soy vuestro terrateniente, puesto que la casa en que vivís me pertenece.

Me asombró enterarme de tal cosa, así que me limité a decir:

—Ah, ¿sí?

—Sí —dijo riendo—; la verdad es que no sé cómo me había metido en la cabeza la idea de que mis arrendatarias eran dos feas y viejas damas cuáqueras.

No pude contener una sonrisa.

—Miss Dean sí es cuáquera —dije—, pero no es ni vieja ni fea. Tiene tan sólo treinta y dos años. En cuanto a mí, soy su dama de compañía, pero no soy cuáquera.

—Eres una encantadora damisela, y me alegro mucho de haberte conocido —dijo, mirándome con descaro.

Se me subieron los colores, y me sentí más bien confusa ante sus impetuosas miradas, aunque la verdad es que me halagó el cumplido. No estaba acostumbrada a que me hicieran cumplidos de esa clase, la verdad sea dicha. Los escasos hombres jóvenes que había conocido en Filadelfia eran cuáqueros, y por tanto poco dados a hacer cumplidos.

Él prosiguió.

—A dos damas de vuestra clase debe de resultarles bastante soso vivir solas en el campo, sobre todo al caer la tarde. ¿A qué soléis dedicaros?

Ésa sí que fue una pregunta difícil de responder.

—Pues… leemos, conversamos, bordamos…

—Bien, pues tengo que darme el placer de invitaros alguna tarde. Supongo que siempre estáis en casa, ¿no? —observó.

El corazón me dio un brinco, y me sentí colorada e incómoda. Sería un tremendo inconveniente encontrárnoslo a la puerta de la casa, así que me devané los sesos para decirle algo que lo disuadiera de venir a visitamos.

—He de rogarle que no venga a visitamos. A Miss Dean no creo que le agrade. Es una dama muy peculiar, y mi deber es entretenerla como a ella le gusta —le dije al tiempo que me ponía en pie, convencida de que lo mejor sería llegar a casa cuanto antes, para ahorrarme otras preguntas incómodas que pudiera hacerme.

También él se puso en pie, diciendo:

—En tal caso, no seré yo quien se entrometa en los asuntos de Miss Dean, pero confío volver a disfrutar del placer de verte. ¿Podemos encontrarnos aquí, mañana mismo, a las tres?

Pensé que no había nada malo en volver a verle, aparte de que, si no accedía, seguramente vendría a buscarme a casa, y eso era algo que había que evitar en la medida de lo posible. Así que le prometí volver a verle al día siguiente, a la hora que él había señalado. Luego, tras darnos la mano, le dije adiós.

Me sostuvo la mano más tiempo del necesario, y además me la apretó entre las suyas, a la vez que me clavaba sus ojos negrísimos en los míos, con una mirada que volvió a hacerme sentir incómoda.

—Adiós, Miss Morton —dijo—. Hasta mañana a las tres.

Luego montó en su caballo, lo espoleó levemente y salió a medio galope, dándose la vuelta en la silla para agitar el sombrero hacia mí.

Mis ojos lo siguieron con admiración, pues era un grácil jinete y su montura un magnífico animal, y porque me sentía agradecida, ya que me había salvado, sin duda, de un gravísimo accidente, si es que no de la muerte misma.

Me fui a casa caminando lentamente y pensando en todo lo sucedido, con una sensación de ligereza en el ánimo. Un ápice de romance acababa de llegar a mi hasta hoy tranquila y reposada vida, y esto me agradó. En lo sucesivo, tendría a alguien con quien conversar y pasear. Tenía la impresión de que Mister Randolph y yo nos veríamos a menudo, pero no se me pasó por la cabeza la más remota sensación de peligro. Al llegar a la casa, me encontré con una Miss Dean de aspecto, como de costumbre, dulce y apacible, cosiendo camisas para los fugitivos andrajosos que nos llegaban. Me besó afectuosamente.

—Se te ve muy colorada, Dorothy. ¿Qué te ha pasado para que se te arrebolen así las mejillas?

Reí, y le dije que un toro salvaje me había dado un buen susto, pero no le di cuenta del peligro en que había estado metida, ni mencioné a Mister Randolph. Me pareció conveniente guardar silencio acerca de él, pues Miss Dean se mantenía muy firme y estricta en sus convicciones, y jamás me hubiera permitido verlo.

Me quité el sombrero y pasamos a tomar el té, lo que también era nuestra cena, la comida más sustanciosa del día: una trucha frita, pavo a la parrilla, pan de centeno, y pastelillos de trigo con miel. Pasamos la tarde como de costumbre, dedicadas a la lectura y a la costura hasta que llegó la hora de irse a la cama.

Al día siguiente, en el lugar y a la hora acordados, me

encontré con Mister Randolph. No cabía ninguna duda de que se alegraba de verme; me tomó por ambas manos, me las sostuvo entre las suyas y me lanzó una mirada de admiración. Una mujer siempre sabe cuándo es objeto de admiración. Tras intercambiar saludos, me ofreció cortésmente su brazo, y yo no dudé en tomárselo, tras lo cual echamos a caminar por el camino hasta llegar a un vallecito recoleto por el que corría un regato cuyas orillas estaban resguardadas por la sombra de los árboles. En aquel rincón nos sentamos sobre la hierba el uno junto al otro, y pasó a preguntarme detalles acerca de mi vida. Le conté que era huérfana, que no tenía parientes de ninguna clase. Le informé asimismo sobre cómo me había convertido en compañera de Miss Dean, si bien, lógicamente, nada le dije acerca de las razones que nos habían llevado a instalamos en Virginia.

Se comportó de manera perfectamente respetuosa, y seguimos charlando durante más de una hora. Luego marché a casa, no sin antes prometerle que volveríamos a vemos tres días después.

Cierto que nos vimos, y desde entonces nos hicimos muy amigos, llegando a vernos hasta dos o tres veces por semana. No le amaba, ni mucho menos, pero disfrutaba de su compañía, dado que era completamente distinto de todos los hombres que yo había conocido hasta entonces. Me entretenía con sus relatos de aventuras —no en vano había viajado por todo el mundo— y despertaba en mí un hondo interés al describirme todos los países europeos que yo soñaba visitar algún día.

Muy pronto descubrí que era más bien cínico, que tenía a las mujeres en muy escasa estima y, por su manera de hablar, me hice a la idea de que estaba predispuesto a la crueldad.

De todos modos, parecía ejercer sobre mí una extraña suerte de fascinación; por lo que invariablemente le veía cada vez que me lo pedía.

Si bien me trataba siempre correctamente, aunque de forma condescendiente, yo tuve la presteza y el ingenio necesarios para percatarme de que me tenía por un ser inferior —y tal vez así fuera—. Él era un rico propietario,

pertenecía a la aristocracia del Sur y era miembro de una de las «P. F. V»., tal como se denominaban a sí mismos, es decir, una de las «Primeras Familias de Virginia», en tanto yo era sencillamente la hija de un pobre oficinista sin alcurnia, que se ganaba la vida como dama de compañía de una dama cuáquera.

A medida que fue pasando el tiempo llegó a gustarme algo más, y consecuentemente llegué a familiarizarme con él, mientras él se iba mostrando más cálido para conmigo, aunque no había tratado de tomarse la más mínima libertad. Estaba al acecho de la oportunidad más favorable. Me prestó libros de poemas, que para mí constituyeron una importante fuente de placer, y a veces me recitaba pasajes de Byron, Shelley o Keats.

Una tarde estábamos sentados los dos en nuestro rincón favorito, y él me leía fragmentos de poesía. Yo no sabía quién era el autor, pero recuerdo que se trataba de un poema de amor. Tenía una voz muy musical, y leía con sentimiento y pasión, mirándome de cuando en cuando directamente a los ojos. Me conmovió en lo más profundo aquel poema dulce y cálido; se me arrebolaron las mejillas, el corazón me comenzó a latir con mayor rapidez y el pecho se me agitó a consecuencia de la respiración entrecortada, en tanto una rara sensualidad, que hasta entonces no había experimentado, se apoderaba de mí. Entrecerré los ojos y me dejé llevar por una suave ensoñación.

Él dejó de leer y todo quedó completamente en calma, aparte del lejano cantar de un ruiseñor. Sentí que me rodeaba con el brazo por la cintura, me atraía hacia sí y apretaba sus labios contra los míos en un largo beso. Era la primera vez que me besaba un hombre, y sentí un estremecimiento que me recorría de la cabeza a los pies, pero no intenté desasirme —fue como si el beso me hubiera hipnotizado—. Me apretó contra su pecho, cubrió de besos mi rostro y me dijo toda clase de piropos y de dulzuras, me dijo que me amaba. Pero yo seguía inmóvil en sus brazos, incapaz de moverme.

Mi quietud le dio nuevos ánimos; tras un instante, me introdujo la mano por debajo de las enaguas y me palpó el

trasero por debajo de las bragas. En ese momento recobré el sentido. Sentir la mano de un hombre en tal parte de mi cuerpo actuó sobre mí como una sacudida galvánica; mi ensoñación sensual se transformó en indignada conciencia de mi modestia; me di cuenta del peligro y comencé a debatirme con violencia entre sus brazos, al tiempo que le gritaba que me dejase en paz. Pero no hizo caso de mis súplicas, y yo era incapaz de soltarme de su poderoso abrazo.

Me tumbó de espaldas sobre la hierba, me arrancó la ropa, rasgándome las bragas, y trató de separarme los muslos, que instintivamente yo mantenía apretados.

Resistí con toda mi fuerza, chillando como una posesa, a la vez que lo abofeteaba en el rostro con ambas manos, si bien en seguida me lo impidió, agarrándome por las muñecas y sujetándome los brazos a los costados. Apretó su pecho contra mi vientre, me estrujó bajo su peso, me metió las rodillas entre las piernas y me obligó a separar los muslos, a pesar de los esfuerzos que hacía yo por mantenerlos juntos; entonces sentí su miembro rígido en diversas partes del vientre, pues intentaba penetrarme desesperadamente. Pero no pudo, pues, pese a estar horrorizada, pese a arder por dentro de pura vergüenza, no perdí la cabeza, convencida de que no lograría llevar a cabo su propósito mientras yo no dejara de mover el lomo. Por eso preferí no quedarme exhausta luchando con violencia; cada vez que su «cosa» me tocaba en el sitio preciso, saltaba de un caderazo hacia un lado, y así le impedía entrar dentro de mí.

Intentó una y otra vez envainar el arma, pero no lo logró. Yo era fuerte, sana, y estaba en buenas condiciones, así que peleé como pude para defender mi virginidad, al tiempo que gritaba y chillaba.

¡Fue una pelea tremenda! Me dolían todos los músculos por culpa del esfuerzo; tenía todos los nervios del cuerpo tensos a más no poder; el peso de su cuerpo me estaba dejando sin respiración; se me agitaba el pecho como si fuera a reventar; se me salían los ojos de las cuencas, y me sentí llena de un horroroso aborrecimiento.

Pero seguí resistiendo con tenacidad hasta que por fin,

temeroso, supongo, de que alguien oyese mis gritos, abandonó su empeñó de violación y, tras proferir una amargada palabrota, me soltó. Se puso en pie y se abrochó los pantalones.

Yo me levanté de un brinco, jadeando, casi sin respiración, toda temblorosa; las lágrimas me corrían a mares por las mejillas y estaba afónica de tanto chillar. Tenía las ropas desgarradas, se me había soltado el pelo y me caía desordenadamente, ocultando en parte mi cara enrojecida. Abrumada por la vergüenza, estaba a punto de echar a correr cuando él me agarró por el brazo y me lanzó una mirada cruel.

—¡Pequeña imbécil! —me espetó con tono encolerizado —. ¿Por qué te me has resistido?

—¡Suéltame, déjame ir, bestia malvada! —exclamé fieramente—. ¿Cómo te atreves a mirarme a la cara después de lo que me acabas de hacer? ¡Oh! ¡Animal! ¡Ah! Te denunciaré, iré a la policía y haré que te encarcelen.

Sonrió con una sonrisa maligna, y me lanzó una mirada siniestra.

—¡Ah, no, mi pequeña; eso sí que no! —dijo, a la vez que me pellizcaba el brazo—. Ahora ya no te hace falta pelear, por el momento he acabado contigo, y te dejaré marchar dentro de nada, pero antes quiero que oigas lo que he de decirte. Estoy enterado de lo que estáis haciendo aquí Miss Dean y tú. Lleváis una «estación subterránea». Sospeché de vosotras dos desde el principio, así que vigilé la casa durante unas cuantas noches, y no tardé en descubrir qué juego os traéis entre manos. Por algunas razones que, supongo, te puedes imaginar, no di la alarma a la policía, pero has de saber que Miss Dean y tú estáis en mi poder, y que si ahora decidiese dar cuenta a las autoridades de lo que habéis estado haciendo, no tardaríais en veros las dos condenadas a trabajos forzados en la prisión del estado.

Me asombré y asuste, pues me di cuenta de inmediato de que estábamos en manos de aquel hombre, pero estaba tan indignada por la atrocidad que había sufrido que no conseguí articular palabra, sino tan sólo llorar.

Cambió de tono y prosiguió.

—Sin embargo, no deseo denunciarte. Querría ser tu amigo. Me gustas, y ahora, cuando dejaste que te besara tan en calma, creí que estabas deseosa de ir más allá. Siento haberte tratado con tanta rudeza, y te pido disculpas. Pero te quiero a ti. Deja a Miss Dean y ven a vivir conmigo. Tendrás todo lo que puede desear una mujer; te daré una renta de mil dólares anuales de por vida, y te doy mi promesa de no denunciar a Miss Dean, ni entrometerme en sus asuntos.

Tal como se desarrollaron los acontecimientos, habría sido mucho mejor aceptar inmediatamente su oferta. Pero en aquel momento estaba obcecada por la cólera y la vergüenza; lo que es más, siendo como era una muchacha perfectamente pura, me indignó lo indecible la frialdad, las agallas que tuvo para intentar comprar mi virtud; aunque me espeluznaba ir a la cárcel, me dije para mí que prefería acabar encerrada antes que rendirme a un hombre de su calaña.

—¡No! ¡No! —exclamé—. No dejaré a Miss Dean. Anda, ve a la policía si quieres, si es que eres tan bruto. Iré a prisión, pero me niego a vivir contigo. ¡Te odio! ¡Te odio más que a nada o a nadie en el mundo! ¡Oh! ¡Márchate, déjame en paz, bestia!

Volvió a aparecer en su rostro la crueldad y me dio un empellón.

—Muy bien, Miss Dorothy Morton —dijo con un tono de cólera reprimida—. Me iré, pero ten en cuenta que volveremos a encontrarnos antes o después, y ese día te arrepentirás de haber rechazado mi oferta.

Luego, tras hacerme una reverencia burlona, se dio la vuelta en redondo y se alejó a buen paso, dejándome llorosa y desconsolada.

Resultados de mi resistencia - Lo inservible de la bondad - Una visita desagradable que concluye con la humillación de nuestras personas y la mancilla de mi virginidad

Tan pronto como desapareció de mi vista, me arreglé un poco el pelo y ordené todo lo posible el desastroso estado de mis ropas; luego me apresuré a volver a casa, y por fortuna pude llegar a mi dormitorio sin que me viesen Miss Dean ni Martha.

Eché el pestillo y me desvestí, pues tenía la ropa hecha una verdadera pena; mi vestido blanco estaba todo desgarrado por las costuras y la espalda manchada de verde; se me habían descosido las enaguas, la camisola estaba hecha un harapo y las bragas me colgaban de los muslos. Tenía las piernas llenas de morados, debidos a los dedos de aquel hombre, y estaba magullada y dolorida por todas partes.

Después de ponerme ropa limpia me arrojé sobre la cama, enterré la cara en la almohada y lloré. Pero mis lágrimas eran lágrimas de rabia, ya que la vergüenza había desaparecido casi por completo.

Me daba rabia mi propia estupidez por haberme confiado a Randolph, por quien sentía verdadero desagrado desde que me comunicara la baja opinión que le merecía la virtud de las mujeres. Asimismo, sentía que se había degradado mi autoestima por el hecho de que él hubiera dado por sentado que yo era de esa clase de chicas que se dejan hacer con sólo que se lo pida un hombre. Estaba segura de no haberle dado pie para semejantes especulaciones.

Luego me acordé de lo que había dicho, de que lamentaría no haber aceptado su oferta. Me había enemistado con él, así que lo más probable es que nos denunciara a la policía.

No era algo en lo que resultara placentero pensar. Sentí que debía decirle a Miss Dean lo que había averiguado, pero

de ser así tendría que entrar en toda suerte de detalles acerca de mi incidente con Randolph. Y no podía soportar la idea de contarle a qué ultraje me había sometido.

Asimismo, a causa de mi imprudencia, nos habíamos metido en una situación desesperada, y no quedaba otro remedio que esperar angustiosamente el final de todo ello, que sin lugar a dudas sería la cárcel.

Ya me había imaginado a Miss Dean y a mí misma vestidas con los ásperos e incómodos trajes de presidiarías, con el pelo rapado al cero, trabajando como bestias de carga.

En ese momento Martha tocó en mi puerta para anunciarme que el té estaba listo, así que tuve que sacar fuerzas de flaqueza y bajar al saloncito. No pude comer casi nada, y Miss Dean se percató en seguida de mi falta de apetito. También se fijó en que estaba pálida y tenía los ojos enrojecidos, así que me preguntó qué me ocurría.

Le dije que tenía un fuerte dolor de cabeza, lo cual, por otra parte, era cierto. Al enterarse de ello, aquella amable mujer me tendió sobre el sofá y me empapó las sienes con agua de colonia. Luego me recomendó que me fuera a la cama y que descansase, ya que con el sueño seguramente se me pasaría el dolor de cabeza.

Pero tampoco pude dormir bien, pues invadió mi descanso una sucesión ininterrumpida de sueños espantosos, en los cuales me imaginaba luchar en brazos de aquel hombre cuyo miembro era enorme, y que a la postre terminaba siempre por vencer mi resistencia y por despojarme de mi virginidad. Por la mañana, al vestirme, me pregunté adonde iríamos a parar las dos en el plazo de veinticuatro horas, pues estaba convencida de que nos iban a arrestar en el momento menos pensado.

El día pasó lentamente; yo estaba inquieta, desasosegada, incapaz de aplicarme a mi habitual rutina de trabajo; miraba constantemente por la ventana, a la espera de que llegase la policía.

No llegaron. A las nueve, en cambio, hizo su aparición un fugitivo a punto de morir de hambre; al atender las necesidades de aquel pobre hombre, olvidé

momentáneamente el tiempo y mi propia precariedad.

Pasaron varios días en calma y empecé a pensar que, después de todo, Mister Randolph no era un ser tan mezquino como para llevar a cabo su amenaza y denunciamos.

Pero con eso y con todo estaba ansiosa por salir del estado de Virginia, así que le comenté a Miss Dean que habíamos cumplido ya con nuestra parte en tan loable tarea, y que iba siendo hora de volver a Filadelfia. Miss Dean, sin embargo, no se mostró dispuesta a oír tal cosa. Me dijo que lo estábamos haciendo muy bien, y que debíamos seguir dedicadas en cuerpo y alma a nuestra tarea fuera como fuese.

Pasaron quince días, período durante el cual nos llegaron tres fugitivos, dos hombres y una mujer, a los cuales enviamos como de costumbre a la estación siguiente sin despertar sospechas de ninguna clase, al menos por lo que pude saber, y, como no ocurriese nada alarmante, se me levantó bastante la moral y volví a ser la de siempre.

Desde el día en que intentó violarme no volví a ver a Randolph, pero la verdad es que pensaba a menudo en aquel vergonzoso asunto, y el solo recuerdo bastaba para hacerme enrojecer hasta la raíz del cabello.

Sentía verdadero aborrecimiento por aquel hombre, y confiaba no volver a verlo nunca jamás.

Pero ¡ay! Estaba destinada a verle antes de que pasase mucho tiempo, y, por si fuera poco, en circunstancias penosísimas. Una tarde, a eso de las cinco, estábamos sentadas en el porche. Miss Dean, muy bonita y dulce con su vestido color pichón, estaba como de costumbre dedicada a la confección de camisas para los fugitivos, en tanto yo bordaba un sombrero que me estaba haciendo para mí. Martha estaba en la cocina lavando los platos, pues acabábamos de tomar el té. Yo estaba de buen humor y, mientras bordaba, canturreaba en voz baja una canción de las plantaciones que había aprendido de los negros, una canción que se titulaba «Carsy me Back to Ole Virginia».

Qué raro que estuviese cantando esa canción, cuando en realidad estaba deseosa de abandonar Virginia; de haber estado por fin fuera de ese estado jamás se me hubiese

ocurrido pedirle a nadie que me llevara a él.

La quietud de la tarde la rompió el sonido de los cascos de unos caballos, mezclado con unas voces que gritaban a lo lejos; al contemplar el camino vi un grupo de hombres, unos a caballo y otros a pie, que venían hacia la casa.

Miss Dean y yo los vimos acercarse y nos preguntamos adonde irían; era muy raro que alguien se internase por nuestra recoleta propiedad.

Para nuestra sorpresa, el grupo se detuvo ante la casa, los hombres que venían a caballo desmontaron y amarraron los caballos a la verja, y todos se aproximaron a la vez al porche en que estábamos las dos; se reunieron a nuestro alrededor mientras permanecíamos asombradas y clavadas en nuestras butacas de mimbre.

Me di cuenta, sin embargo, que en el rostro de todos ellos se veía una mirada severa, una ceñuda mirada de descontento y represión. Eran quince, todos ellos desconocidos por completo.

La mayoría tenía un aire rudo y malencarado, llevaban barba y camisas de algodón sin desbastar, pantalones metidos dentro de las botas que les llegaban a la rodilla, y sombreros calados hasta las cejas. Había algunos mejor vestidos, que evidenciaban su pertenencia a una clase más elevada.

Me dio un vuelco el corazón, y tuve un vago presentimiento de que algo malo iba a ocurrir pues, pese a no tener la más remota sospecha de cuáles eran sus intenciones, por su aspecto estaba claro que no habían venido a visitamos en son de paz.

Uno de los intrusos, de unos cuarenta años de edad, a quien los demás llamaban «Jake Stevens» y que daba la impresión de ser el jefe de la banda, dio un paso al frente y posó la mano sobre el hombre de Miss Dean a la par que me miraba con cara de pocos amigos.

—A ver, levantaros las dos, que hemos venido a enseñaros una cosa.

Las dos nos pusimos en pie, y fue Miss Dean la que se dirigió a ellos con calma.

—¿A qué se debe que usted y sus compañeros invadan mi

casa de manera tan brusca?

El hombre soltó una carcajada burlona.

—Vaya, vaya. Yo diría que la dos sabéis de sobra qué nos trae por aquí. No sois tan inocentes como queréis dar a entender, por éstas —soltó una palabrota y prosiguió—. Los blancos de esta parte del estado nos hemos enterado de que las dos lleváis una «estación subterránea», a través de la cual habéis facilitado la fuga de muchos esclavos. Baste con que sepáis que nosotros los sureños no permitimos que ningún jodido abolicionista norteño se lleve a nuestros esclavos, ¿queda claro? Cuando pillamos a un abolicionista nos gusta ponérselo crudo, y ahora que os hemos pillado a las dos, vamos a llevaros ante el juez Lynch[1]. Los chicos que han venido conmigo son los miembros del jurado, por si no os habíais dado cuenta. ¿O no se dice así, chicos? —les dijo a los hombres que venían con él.

—Eso es, Jake. Así se habla. Así es como se hacen las cosas —gritaron varias voces.

Me hundí en mi butaca, horrorizada y presa del pánico. Ya había oído qué barbaridades se perpetraban tras invocar el nombre de «Lynch». Miss Dean volvió a hablar reposadamente:

—En caso de haber descubierto que estamos infringiendo las leyes del estado, ¿cómo es que no nos han denunciado a la policía? Ustedes no tienen ningún derecho a tomarse la justicia por su mano.

Se produjo cierto alboroto, y entre los hombres se elevó una batahola de voces.

—Tenemos el derecho de hacer lo que nos dé la gana. Para la chusma como vosotras basta la Ley de Lynch, así que a callar la boca. No pierdas más tiempo ni malgastes la saliva, Jake. Vamos al grano —gritaron.

—Vale, vale, chicos —dijo Stevens—. Pasemos al jardín y decidamos qué merecido hay que darle a las prisioneras. Sabemos de sobra que son culpables, así que no hay más que dictar sentencia; después comunicaremos la sentencia al juez.

A Miss Dean y a mí nos dejaron en el porche, mientras se congregaban en el jardín y comenzaban a hablar; estaban

demasiado lejos como para que pudiéramos oír lo que decían.

Yo permanecí acurrucada en la butaca, abrumada por un sentimiento descorazonador.

—Oh, Miss Dean —gimoteé—, ¿qué van a hacer con nosotras?

—No lo sé, querida —contestó a la vez que se acercaba a mí y me tomaba de la mano—. No me preocupa lo que pueda ocurrirme a mí, pero tú, pobrecita niña… Te compadezco, cómo te compadezco. Nunca debí haberte dejado venir.

Demasiado entristecida y asustada como para decir nada más, permanecí en silencio, dándome cuenta de que empalidecía por segundos. Los hombres continuaron su cháchara y, por lo que parecía, existían entre ellos diferencias de opinión, aunque no logré entender ni una sola palabra. Aquel suspense me resultó horroroso, se me secó la boca y empecé a sentir calor y frío alternativamente.

Miss Dean, en cambio, que permanecía junto a mí sin soltarme la mano, parecía conservar la calma. Por fin, los hombres parecieron ponerse de acuerdo, y volvieron todos juntos al porche.

Stevens, quien adoptó una especie de pose judicial, se dirigió a nosotras.

—El juzgado ha decidido que os será aplicada la siguiente sentencia: las dos recibiréis una azotaina con una vara de avellano sobre el trasero desnudo; a continuación montaréis en el riel durante un par de horas y, después, se os dará un plazo de cuarenta y ocho horas para abandonar el estado de Virginia, pasado el cual, si se os localiza en el estado, os volveréis a ver las caras con el juez Lynch.

Al oír la vergonzosa y cruel sentencia que había dictado aquella panda de desalmados, se me heló la sangre en las venas y me eché a temblar; se me nubló la vista y me zumbaron los oídos. Me puse en pie aunque las piernas me temblaban tanto que tuve que sujetarme al respaldo de la butaca.

—¡Oh, no podéis hacemos tal cosa! —exclamé con aire compungido a la vez que abría los brazos aterradamente—. ¡Oh! ¡No nos causéis tantísimo dolor, tantísima vergüenza!

¡Tened piedad de nosotras! ¡Oh, por favor, tened piedad de nosotras!

Pero en aquellas caras que nos rodeaban no había el más mínimo rastro de piedad. Todos se mostraban severos, con el ceño fruncido, o tan sólo indiferentes. Uno de ellos me gritó a la cara:

—¡Te está bien empleado, pequeña abolicionista del carajo! Mejor haríamos en azotarte desnuda, embadurnarte de alquitrán y rebozarte de plumas para montarte en un riel. ¡Bonito pajarito ibas a parecer!

Tras esta áspera broma se levantó una carcajada general; volví a dejarme caer en mi butaca, retorciéndome las manos de pura desesperación, mientras las lágrimas me corrían a raudales por las mejillas.

Miss Dean, sin embargo, hizo frente con audacia a aquel grupo de hombres sin piedad. Se había puesto muy pálida, pero le brillaban los ojos y no daba señales de tenerles miedo. Se dirigió al jefe sin que le temblara la voz.

—He oído a menudo que los sureños suelen tratar caballerosamente a las mujeres, pero, por lo que veo, me habían informado mal. Un hombre caballeroso no se dedica a azotar a dos mujeres indefensas.

—De la caballerosidad no sé nada —dijo Stevens, de malhumor—, pero cuando las mujeres se comportan como los hombres y se ponen a llevar una «estación subterránea», más les vale apechugar con las consecuencias.

Los demás mostraron su aprobación, salpicándola con diversos juramentos y malsonancias. Miss Dean continuó con toda calma:

—Querría que supieran todos ustedes que aquí la única responsable de lo ocurrido soy yo. Esta damisela no tiene culpa de nada. Es mi dama de compañía y ha actuado bajo mis órdenes. Deben dejarla marchar en paz.

—¡Ah, no! ¡De eso nada! —exclamaron varios a la vez—. Tendrá que probar su ración de zurriagazos.

—Dejad que hable yo —dijo Stevens—. Sabemos de sobra que eres la jefa de todo esto, pero la chica te ha ayudado a llevar adelante tus planes, así que se llevará ahora su

merecido, aunque con menos severidad que tú. ¿No es así, chicos? —preguntó.

—¡Eso, eso! —contestaron—. ¡Hay que zurrar menos a la chica que a la señora!

Entonces oí a uno de ellos.

—¿Dónde está la sirvienta? Hay que darle candela como a las demás, y montarla después en el riel.

—Desde luego que sí —dijo Stevens—. Entrad dos de vosotros y traedla aquí. Seguro que está escondida por ahí dentro.

Dos de ellos entraron en la casa; mientras la registraban, los demás siguieron con las bromas y las chanzas, riéndose a carcajadas, de una forma qué me hizo enrojecer y estremecerme.

Pero Miss Dean no dio impresión alguna de oír lo que estaban diciendo; permaneció quieta, en calma, con absoluto dominio de sí misma, las manos cruzadas sobre el regazo, la mirada perdida a lo lejos, tranquilos sus grandes ojos castaños.

En cuestión de cinco minutos reaparecieron los dos hombres.

—No podemos encontrar a esa zorra —dijo uno de ellos tras proferir un juramento— a pesar de que hemos registrado la casa a conciencia. Debe de haber escapado al bosque.

—Qué pena que haya escapado —dijo Stevens—. En fin, de todos modos tenemos a las dos damas principales del espectáculo; seguro que las dos se van a arrepentir de haber jugado su baza.

—Por descontado que sí, Jake —gritó uno de ellos—. Se van a arrepentir de haber venido a Virginia. Venga, manos a la obra.

—Muy bien —dijo Stevens—. Bill, ve al granero y tráete la escalera que encuentres. Pete y Sam, id a cortar un par de buenas varas de avellano, largas y flexibles, y preparadlas para su uso —y añadió con una risotada—: Me juego cualquier cosa a que este par de damas del Norte han probado las avellanas, pero seguro que no saben qué tal sienta una vara en el trasero.

Todos los demás se unieron a su carcajada, en tanto yo temblaba de manera casi incontrolable y se me encogía el corazón, presa de la amargura y del más absoluto desvalimiento.

Trajeron la escalera y las varas, y todos los hombres pasaron al jardín.

Apoyaron la escalera contra la verja del porche de manera que quedara en una posición inclinada, casi vertical; Stevens ocupó su puesto, junto a la escalera, con una vara en ristre, mientras los demás formaban un círculo a su alrededor, de forma que todos pudieran contemplar a sus anchas lo que iba a ocurrir.

—Traed a las prisioneras —dijo Stevens.

Algunos de los hombres nos agarraron de los brazos y nos condujeron al porche de atrás, para que recibiésemos aquel castigo cruel e indecente.

Yo temblaba y gimoteaba, pero Miss Dean permanecía en calma, callada.

—En vista de que tú eres la jefa —le dijo Stevens—, te azotaremos a ti primero. Atadla, chicos.

La agarraron dos de ellos y la empujaron contra la escalera; le estiraron los brazos todo lo que daban de sí, por encima de la cabeza, y le amarraron las muñecas con una gruesa soga a uno de los peldaños; a continuación le ataron los tobillos de igual manera.

Ella no opuso la más mínima resistencia, ni pronunció una sola palabra mientras la ataban de pies y manos, pero, acabada la operación, volvió la cabeza y, mirando a Stevens por encima del hombro, le dijo:

—¿No podría azotarme sin quitarme la ropa?

—No, desde luego que no —respondió—. Te han sentenciado a unos azotes sobre el trasero desnudo. Levantadle la ropa, chicos.

Le enrollaron la falda, las enaguas y la camisola por encima de la cintura, y se las aseguraron de forma que no se le cayesen. No llevaba puestas las bragas corrientes, con una raja por detrás, como las que suelen llevar las mujeres, sino unos largos bombachos abotonados alrededor, muy ajustados

a las piernas, que le llegaban casi hasta los tobillos, donde se cerraban con unos fruncidos y una cinta que llevaba atada en un lazo.

—Vaya, vaya, vaya. ¡Si lleva unos pantalones blancos! —exclamó Stevens con aire de asombro—. Jamás había visto nada semejante en una mujer.

Todos los demás también se quedaron perplejos y extrañados a más no poder por la visión de los bombachos; de entre los espectadores surgieron diversos comentarios. Supongo que las mujeres de su clase, en esa parte del país, jamás llevaban puestas bragas de ninguna clase.

—Quitadle los pantalones —dijo Stevens.

Miss Dean volvió a darse la vuelta.

—Por favor, dejadme los bombachos. No me protegerán de los azotes. No expongáis mi desnudez ante todos estos hombres —suplicó con toda su bondad.

Pero ninguno atendió su solicitud. Uno de los hombres le llevó rudamente las manos al vientre y, tras mucho enredar, le desabrochó los bombachos y se los bajó hasta los tobillos, dejándola desnuda desde la cintura hasta el final de las medias negras que llevaba puestas.

Cuando la despojaron de su última prenda, sus pálidas mejillas se le encendieron tintadas de escarlata, así como el nacimiento del cuello y las orejas; un estremecimiento la sacudió de pies a cabeza, ocultó el rostro y cerró los ojos.

A mí me sujetaban con firmeza dos hombres muy cerca de la escalera, de manera que no pude evitar ver todo lo que estaba ocurriendo.

Miss Dean, tal como dije antes, era una mujer alta de estatura, delgada, frágil. Tenía las caderas muy estrechas y el trasero muy pequeño, aunque redondeado, bien formado y debidamente tierno; los muslos y las pantorrillas también los tenía torneados, aunque flacos; su piel era de un delicado tono marfileño, suave, de excelente textura.

Todos los hombres se aproximaron más a la escalera, y en sus ojos vi resplandecer miradas de lujuria al mirar el cuerpo semidesnudo de Miss Dean.

Y Stevens, tras contemplar por un instante su figura, soltó

una exclamación seguida de una risa.

—¡Je-ru-sa-lén! ¡Qué trasero más enano tiene! No es más grande que el de un hombre. ¡La virgen, chicos! ¿Y si fuera un hombre?

Se trataba de una broma. Y surtió su efecto entre los demás; todos rieron y uno se dirigió a Stevens:

—Bueno, Jake, es bien fácil comprobar si es o no es una mujer.

—Pues sí que tienes razón, chico —farfulló Stevens como si le sorprendiera la sugerencia.

Y le metió la mano por entre los muslos.

Ella se agitó convulsivamente y profirió un grito de sorpresa a medias contenido, para volverse de nuevo con un gesto de horror, los ojos encendidos.

—¿Cómo os atrevéis a tocarme así? ¡Retirad la mano! ¡Oh, azotadme y dejadme en paz de una vez!

Se retorció todo lo posible, pero aquel tipo sostuvo la mano entre sus muslos.

—Pues sí que es una mujer, chicos —dijo con una áspera risotada—. Le he metido la mano en la raja —y luego se dirigió a ella—. Con la mano no te haré daño, preciosidad. Pero si yo y estos caballeros no fuéramos muchachos decentes y nuestra intención no fuera la de cumplir tan sólo la sentencia del juez Lynch, ten por seguro que no tardarías en encontrar entre los muslos otra cosa muy distinta a una mano. Ahora te voy a sacudir como Dios manda, y ya verás cómo no tardas nada en suplicarme que deje de azotarte.

Retiró la mano y Miss Dean cesó de debatirse y agachó la cabeza; volvió a cerrar los ojos y permaneció en silencio, a la espera de recibir el vergonzante castigo.

Stevens alzó la vara y la hizo restallar en el aire, de manera que se oyera con claridad el silbido, y luego la aplicó con tremenda fuerza contra la parte superior de su trasero; la dura rama de avellano soltó un crujido agudo al golpear contra la carne, que tembló involuntariamente por acción del latigazo.

Ella hizo una mueca de dolor, contuvo la respiración con los dientes apretados y soltó una especie de silbido sordo; una

marca roja se le formó al instante sobre su delicada piel. Él elevó más aún la vara y prosiguió el azotamiento, colocando cada golpe justo por debajo del anterior, de tal forma que la piel se le fue fraccionando en una serie de rayas. Cada golpe sonaba con fuerza sobre su carne y le levantaba una llaga roja y estirada, de un extremo a otro de sus temblorosas posaderas.

Comenzó a retorcerse, y apretó con tal fuerza los dientes que, desde donde estaba yo, se le veía la línea de las mandíbulas bajo las mejillas, pero no emitió ni un sonido.

El hombre la azotaba con severidad. Me pregunté si sería capaz de soportar tanto dolor en silencio. Yo misma sentí la tentación de chillar, y me estremecía cada vez que llegaba a mis oídos el horrísono chasquido de la vara al caer sobre sus carnes.

Continuó azotándola sin piedad, lentamente, deteniéndose con morosidad entre un azote y otro, mientras la piel se le iba poniendo más y más roja y magullada, hasta que al final no se le veía ni una línea de piel blanca en todo el trasero. Le temblaban las carnes, se retorcía más y más, y por efecto de las convulsiones meneaba las caderas de un extremo a otro cada vez que le caía un azote. Entonces alzó la cabeza y miró por encima del hombro para fijar la vista, los ojos dilatados y empavorecidos, en el látigo, de manera que lo veía cada vez que se elevaba por el aire; le temblaban los labios a más no poder, le corrían lagrimones por las mejillas carmesíes, empezó a gemir. Con todo, él siguió azotándola, comenzaron a brotarle gotas de sangre por todas partes, sus convulsiones se hicieron más violentas, y empezó a pronunciar un gruñido terrorífico cada vez que la vara le levantaba una nueva llaga sobre su trasero sangrante.

Pero era tan valiente que no chilló ni una sola vez, ni tampoco suplicó piedad. Su entereza me asombró.

Por fin, el hombre acabó con los azotes y arrojó a lo lejos la vara, que estaba bastante raída y desflecada. Luego se inclinó para examinar de cerca las huellas de su trabajito sobre el trasero de la pobre mujer.

Yo también se lo miré, entre escalofríos. Toda la

superficie, desde el lomo hasta los muslos, se le había puesto de un color rojo oscuro, y la tenía cubierta de llagas lívidas que se entrecruzaban unas con otras en todas direcciones, bajo las salpicaduras de la sangre. La verdad es que tenía un aspecto insoportablemente doloroso, y aquella rojez extraordinaria contrastaba con la blancura marfileña de sus muslos.

La había azotado con una severidad inaudita. Creo que debió de recibir unos cuarenta o cincuenta azotes.

—Ahí la tenéis, chicos —dijo Stevens a la vez que se volvía de cara a los espectadores—. En fin, supongo que con eso tendrá de sobra. La verdad es que le he dado candela de lo lindo, como bien se puede ver. No creo que se pueda sentar cómodamente hasta que pasen tres o cuatro días, y las marcas de los azotes no se le llegarán a borrar de la piel en toda su vida.

Entonces le bajó las ropas y le soltó las muñecas y los tobillos. Ella se puso en pie, meneando el lomo de dolor, con los bombachos colgándole de los pies; estaba pálida, agotada por el sufrimiento, agitada la respiración, sollozando, sin poder contener las lágrimas.

Parecía haber olvidado todo, todo excepto el dolor. Pero pasados unos instantes se recuperó un poco, se sacó el pañuelo del bolsillo y se secó las mejillas; luego se subió los bombachos y, con cierta dificultad, pues temblaba todavía mucho, se los abrochó a la cintura, volviendo a ponerse colorada al notar las sonrisas y las muecas de los rostros que la miraban con impudicia.

Dos de ellos la tomaron por los brazos y la llevaron al porche, donde la dejaron de bruces sobre el sofá. Se cubrió el rostro con las manos y lloró amargamente.

Me desnudan también a mí y recibo los más tremendos azotes - Los desagradables comentarios de los hombres - Mi vergüenza y mi terror, y de cómo supe por experiencia propia que el castigo propinado por miembros del sexo opuesto despierta a veces sensaciones muy lejanas a lo placentero - El horroroso crimen de Jake Stevens - De cómo violaron a Peachie

Te he relatado todas estas cosas exactamente tal y como ocurrieron, y he empleado las palabras y las frases exactas que pronunciaron los miembros de la banda de malhechores que nos torturaron aquel día. Supongo que te asombra el que me acuerde de los menores detalles. Pero es que una experiencia así es algo que no se puede olvidar. Todos los sucesos que acontecieron durante aquel horroroso lapso de tiempo se me han grabado en la memoria de forma indeleble, de manera que aún tengo muy vividos recuerdos.

Pero, resumamos. Puedes imaginarte qué sentí al oír las asperezas y las barbaridades que decían aquellos hombres, un lenguaje que yo no había oído jamás, y al contemplar la operación, a un tiempo cruel y completamente repugnante para la delicadeza femenina. Me sentí desgarrada por diversas emociones. Me horrorizaba lo que acababa de ver y de oír. Sentía compasión por Miss Dean, y estaba consumida por la impotencia y la rabia que me producían aquellos hombres, a cuya merced estábamos las dos. Me aterraba la inmediata exposición de mi persona, y me daban pánico los azotes.

Jamás he podido soportar el dolor con entereza. De hecho, debo confesar que moral y físicamente soy una verdadera cobarde.

Stevens tomó la vara que aún no había utilizado y la enderezó, recorriéndose con ella la palma de la mano.

—Bueno, muchachos —dijo—, atadme a la chica a la

escalera, pero dejad que la desnude yo.

Había llegado el espantoso momento de la verdad, y me puse frenética de sólo pensar en la vergüenza y el dolor que iba a tener que padecer, y se me ocurrió la loca idea de escapar.

Los hombres que me sujetaban habían aflojado su presión, así que me deshice de ellos con cierta facilidad y corrí hacia la cancela.

Varios hombres salieron en pos de mí y, aunque me empleé a fondo, no tardaron en cogerme y arrastrarme a la escalera, aunque yo pataleé y chillé al máximo de mis posibilidades, rogándoles que por favor no me azotaran.

Pero mis ruegos sólo les provocaron risa. Me alzaron en volandas, me colocaron en posición, con los brazos y las piernas extendidos, y me ataron con fuerza por las muñecas y los tobillos.

Stevens comenzó a desnudarme; me dio la sensación de que se iba a tomar más tiempo del necesario, pues me fue enrollando las prendas de vestir una por una, lenta y morosamente, hasta que llegó a las bragas; entonces se detuvo. Yo llevaba unas bragas normales y corrientes, de las que tienen una abertura por detrás.

—Mirad, chicos —observó—, ésta también lleva pantalones, aunque distintos de los de la otra. Miradlos, todos sueltos, encajes y lacitos por todas partes, y con una raja por detrás. Supongo que sirve para que su amiguito se la pueda montar sin necesidad de quitarle la ropa.

Los hombres se echaron a reír a carcajadas mientras yo, al oír aquellas vergonzosas palabras, me encogí como si me acabaran de dar un golpe.

Me desató los cordones de las bragas y me las bajó hasta las rodillas, y en ese momento sentí que la brisa me soplaba en el trasero y en los muslos desnudos. ¡Verme expuesta de tal forma ante quince hombres…!

¡Y qué hombres! ¡Oh! ¡Fue horroroso! Me di cuenta de que todos se relamían ante mi desnudez, y me pareció sentir sus miradas lascivas sobre la carne.

Ardía de vergüenza, a pesar de temblar como si estuviera

helada. Pero lo peor aún estaba por llegar. Stevens me puso la mano en el trasero, me lo acarició de punta a punta y me estrujó las carnes entre los dedos, haciéndome retorcerme y estremecerme de asco. De hecho, mi vergüenza y mi horror eran en ese momento mucho mayores que cuando me asaltó Randolph.

—¡Ajá! —dijo Stevens, haciendo ruido con la boca y tocándome más y más con su manaza repugnante—. Ésta sí que tiene un culo de verdad. ¡Ay, ay, ay! Blandito y anchote. Aquí hay sitio de sobra para unos buenos vergajazos, y tiene la piel más suave que el terciopelo; ya veis qué blanquita está. Nunca había puesto la mano en un culo tan delicioso. Vale la pena darle un tiento, en serio —yo me retorcí y gemí. Él siguió con lo suyo—. Cuánto me gustaría que lo probaseis todos; pero como cabeza del jurado no puedo permitiros tocar a la chica, pues temo que a alguno le dé por propasarse, y eso nos causaría verdaderas dificultades. En fin, como castigo propongo que se le dé una docena de azotes sin hacerle sangre. Acordaos de que en este asunto no es más que una ayudante.

Los hombres mostraron diversas opiniones. Algunos dijeron que deberían darme los mismos azotes que a la «señora», pero la mayoría se mostró a favor de que recibiera tan sólo doce azotes. Y así lo acordaron. A pesar de mi temor y mi vergüenza, sentí cierto alivio al saber que no me iban a dar la severa tunda que le habían propinado a Miss Dean. Uno de los hombres le pegó un grito a Stevens.

—Pero asegúrate de colocarle una docena bien colocada, Jake. Que esa pequeña zorra menee bien el pandero.

—Puedes estar seguro; ya verás cómo se retuerce. Sé manejar una vara de avellano mejor que nadie, y le voy a colocar una docena de líneas que le van a poner el trasero como si fuera la bandera de América, a franjas rojas y blancas. Y cuando acabe con ella ya veréis cómo se le queda el culo de dolorido aun sin hacerle una gota de sangre. Sí, caballeros, sé dar azotes mejor que nadie, pues por algo he sido capataz durante cinco años en una plantación en Georgia.

Durante todo el tiempo que duró la discusión y el discurseo de aquel hombre yo permanecí atenazada por la vergüenza que me producía mi desnudez, y temblando, en suspense, con carne de gallina por todo el cuerpo, pero sobre todo en el trasero, mientras me caían lagrimones ardientes por las mejillas enrojecidas. El hombre elevó la vara y la agitó junto a mis oídos; contuve la respiración y cerré los ojos, contrayendo los músculos de las nalgas a la espera del primer azote.

Cayó sobre mí con un tremendo silbido. ¡Oh! ¡Fue espantoso! El dolor fue todavía peor de lo que me había imaginado. Me cortó la respiración por un instante y me hizo brincar, soltar un agudo chillido, retorcerme y agitar los lomos.

Siguió azotándome muy despacio, de manera que me daba tiempo a sentir todo el escozor de un azote antes de recibir el siguiente, y todos y cada uno de ellos me produjeron la sensación que debe de producir un hierro al rojo.

Me retorcí como una posesa cada vez que la espantosa vara caía con una fuerza increíble sobre mi carne temblorosa. Aullé y chillé, y moví las caderas de un lado a otro, arqueando el lomo y aplastándome acto seguido contra la escalera mientras, entre un chillido y otro, suplicaba y rogaba al hombre que dejase de azotarme.

Me había olvidado por completo de mi desnudez, la única sensación que tuve en ese momento fue de intensísimo dolor y, cuando hubieron terminado con los doce azotes, me encontraba casi desmayada.

Me dejaron con las enaguas subidas, contra la escalera, mientras todos los hombres se apiñaban para verme más de cerca.

Como era una muchacha joven y sana se me pasó en seguida la sensación de desmayo, así como el primer dolor intenso de los latigazos, pero tenía el trasero dolorido, y los moratones me latían dolorosísimamente.

Volvió a sobrecogerme la vergüenza, pues me di cuenta de qué manera estaban mirándome todos desnuda; entre lloriqueos les rogué que me vistieran.

Sin embargo, nadie movió un dedo, y Stevens tomó la palabra al tiempo que me señalaba.

—Ahí la tenéis, chicos; mirad qué culo. Ya veis con qué exactitud le he marcado esos rayazos rojos en la piel, sin hacerle una gota de sangre. A eso sí que le llamo yo un culo pero que muy bien azotado. Aunque la verdad es que esta nena no tiene ni una pizca de aguante. Cualquier negraco hubiese aguantado el doble de azotes sin armar ni la mitad de escándalo. En fin, la otra mujer sí que tiene arrestos: aguantó muy bien la tunda —luego me subió las bragas me ató los cordones a la cintura y siguió con una risotada—: Es la primera vez que le coloco las bragas a una dama, y la primera vez que le zurro a una dama con bombachos.

Me bajó las ropas y me soltó de la escalera, y me llevó, llorosa y miserable a más no poder, al porche donde Miss Dean seguía boca abajo sobre el sofá, con la cara escondida entre las manos.

La conducta de aquellos bestias para con dos mujeres de las cuales una al menos era joven y bonita, y en cualquiera de los casos deseable, puede resultar extraña. ¿Cómo fue posible que su carácter, lujurioso y brutal, no se les inflamara por la embriagadora visión de mi deslumbrante desnudez?

La agonizante degustación de la tortura a que fui sometida por anticipado no me hizo preferir la ignominia que por fuerza había de resultar de la mancilla de mi virtud, si bien en lo más hondo de mi alma confiaba con toda seguridad, pese a todo, que la visión de mis jóvenes encantos acendrase los instinto concupiscentes de aquellos salvajes y les llevara a pelearse entre sí.

Pese a seguir siendo inocente, a despecho de la lección que el infame asalto de Randolph me había hecho aprender, sabía que la exposición de mi cuerpo bastaría para despertar las más viles pasiones de aquellos hombres mezquinos y embrutecidos; por eso esperaba que se disputasen unos a otros la posesión de mi cuerpo, lo cual me permitiría huir mientras ellos se peleaban.

¡Ay! Entonces no sabía que eran seres que pertenecían por entero a Randolph, y que era él quien les había pagado con

generosidad para llevar a cabo sus brutales órdenes.

Por lo visto, al menos en aquella ocasión pudo en ellos la codicia a la obscenidad.

Además, los azotacalles de su calaña no siempre se comportaban así, a menos que el ansia de oro les dictara sus motivos; el mismísimo Stevens había esquivado a la justicia en cierta ocasión en que se dictó contra él orden de búsqueda y captura por homicidio y violación, perpetrados ambos crímenes en circunstancias particularmente atroces.

Me contaron después el relato de esta monstruosidad; me la contó una vieja doncella, una de las esclavas del padre de Randolph, y me la contó con todos los pelos y señales.

Me atreveré a referirte el relato de aquella mujer, no sin pedir disculpas por la digresión:

«A pesar de que los esclavos trabajaban muchas más horas al día de las que serían razonables, y que todas la mujeres tenían aparte trabajos extras, el padre de Randolph no podía satisfacer las demandas de los negociantes del algodón, de manera que pasó a ser una cuestión urgente aumentar su número de ganado humano.

»En consecuencia, el hacendado compró tres negros en el mercado de Richmond, uno de las cuales era una doncella de unos treinta años de edad llamada María de Granier, pues en algunas zonas del Sur los esclavos que nacen en la plantación de sus amos añaden a su nombre el título que ostenta su amo.

»Esta mujer, que antiguamente había sido muy hermosa, se hallaba en un estado lamentable cuando salió a la venta. Por lo visto, estaba trabajando con una pala cuando se le vino una avalancha de tierra encima; la sacaron medio muerta, y había quedado incapacitada para todo trabajo riguroso.

»María de Granier, al igual que las mercancías defectuosas, salió a la venta a muy bajo precio. Pero lo que tentó a Randolph para comprarla file que a pesar del terrible accidente sufrido, no tardaría en dar a luz.

»Confiaba, es evidente, que la mujer inválida serviría para realizar trabajos de poca monta, mientras que la criatura que llevaba en el vientre aumentaría el número de sus esclavos y no tardaría en ponerse a su servicio.

»Por abominable que pueda parecer este cálculo, así fue en verdad. La doncella, a la sazón ligada a un hombre blanco, dio a luz a una encantadora niña a la cual llamó Peachie. La niña creció y cumplió los catorce años mientras todas las mujeres de la plantación la cuidaban y la colmaban de atenciones, sin que les arredrase la posibilidad de llevarse unos azotes por tratar de esconder sus faltas infantiles; por si fuera poco, a Peachie la adoraban todos los pobres negros, quienes aguantaban con estoicismo cuantos azotes fueran menester cada vez que el capataz los descubría ayudando a la niña en su trabajo.

»Fuera como fuese, Peachie se había convertido en una deliciosa criatura cuyos rasgos eran finos y bien formados, los dientes blanquísimos, los ojos grandes y negros. Su incomparable belleza se reveló ya bajo los ignominiosos andrajos de la esclavitud; en sus brazos desnudos, en toda su piel lustrosa, centelleante, se adivinaba ya el matiz sepia que delataba su origen híbrido.

»En esa época, a George Randolph, quien acababa de cumplir los dieciocho años de edad, le inflamó una desatada pasión por Peachie, un caso claro de lujuria a primera vista. La persiguió, la asedió con sus continuas atenciones, únicamente a la espera de una ocasión propicia para condenar definitivamente a la niña a seguir el destino de toda joven esclava.

»Peachie, quien gracias a una especie de previsión milagrosa pudo anticiparse al peligro que la amenazaba, percibió la verdadera naturaleza de los sentimientos de George, y rehuyó continuadamente toda posibilidad de encuentro entre los dos, aceptando los regalos y caricias del joven tan sólo en presencia de otros negros, ante los cuales el despótico jovenzuelo no se atrevía a intentar nada, a pesar de la impunidad de que gozaba.

»Pero por fin, un buen día, estando Peachie a solas ocupada en el traslado de una bala de algodón, camino de un cobertizo que se utilizaba de almacén y que se hallaba en los alrededores de un bosquecillo, George, aprovechando la ausencia del capataz, al cual había hecho marchar bajo

cualquier pretexto, se arrojó sobre la niña, cubriéndola de besos impúdicos y, perdido el dominio de sí mismo bajo la influencia de un violento espasmo erótico, la ordenó tumbarse y levantarse las ropas.

»Peachie, tras desembarazarse con destreza de su abrazo, se negó a obedecer orden tan vil y huyó al bosquecillo, donde Randolph, bufando de furia, la persiguió durante un tiempo.

»La pobre zagala hubo de saltar vallas, correr por entre plantaciones de caña, por entre arbustos espinosos, por senderos que le eran totalmente desconocidos, tanto que, exhausta, jadeando, sin resuello, se dejó caer en una cuneta y, medio muerta de pura fatiga, quedó dormida.

»Se hizo de noche, y las hojas muertas y los matorrales que circundaban hasta los senderos menos utilizados no tardaron en crujir bajo el peso de las botas de una banda de hombres. Estos ruidos, al producirse de repente en la calma del bosque, despertaron a la criatura. Y en ese momento se acordó de que estaba aterrorizada. Pero se confió, y creyó que los pasos procedían de algunos negros que la estaban buscando por el bosque, así que se puso en pie y los llamó. En ese instante sintió la fría caricia de la brisa nocturna, que meneó las hojas de los árboles y le abanicó la carne desnuda y ambarina.

»Mientras duró su enloquecida carrera se le habían desordenado las ropas, se le habían caído una por una, no le quedaba un solo andrajo con el que cubrir su exquisita desnudez. Le entró vergüenza, y a su mentalidad infantil le pareció que entre las tinieblas acechaba una especie de curiosidad descomunal e insalubre.

»La voz de la niña había dado su localización. Respondieron voces masculinas, opacas. Pero ¿provendrían aquellos gritos de respuesta de sus compañeros de color?

»No. Era Stevens, escoltado por dos de sus compinches, provistos de rifles de repetición.

»—¡Por los calzones del *sheriff*! —exclamó Jake al encontrarse de pronto con la damisela—. Ahí tenemos a una negrita que no le tiene miedo a cogerse un catarro —se aproximó a ella y añadió—: ¡Uy, uy, uy; hay que ver lo que

hay que ver! Merece que la inviten a pasar la noche y pasárselo bien en el palacio encantado que pertenece a Jake Stevens. Por lo que se ve, nuestro jefe, el viejo Nick, se ha dado cuenta de lo ansiosos que estábamos por pasárnoslo bien una noche de fornicio, y por eso nos ha dejado por aquí este bocadito, todo gratis.

»Peachie se dio cuenta al punto del horroroso significado de tales palabras. Hizo ademán de salir corriendo.

»Stevens la apuntó con la escopeta en un abrir y cerrar de ojos.

»—¡Manos arriba… Y patas arriba también, belleza! De día soy un poco corto de vista, pero de noche veo mejor que un gato salvaje; no me costaría nada meterte un poco de plomo entre pecho y espalda, con luna o sin ella. Así que pórtate lo mejor que sepas y ponte la carita de ir de visita. Venga, espabila y date prisa, que nos vamos.

»Al verse rodeada por los tres hombretones, la doncella debió de pensar que cualquier clase de resistencia no le serviría de nada. Roja de vergüenza, aterrorizada de angustia, unió las manos y les imploró misericordia.

»—¡Por favor, caballeros! ¡Sean buenos conmigo! ¡Tengan compasión de mí! ¡Sólo soy una doncella! ¡Fijaos, soy una esclava, y aún no he cumplido quince años!

»A los tres les brillaron los ojos.

»—¡Aún no tiene quince! —exclamó Stevens, cuya autoridad, por cierto, parecía prevalecer sobre los actos y las palabras de los otros dos—. ¡Por Cristo Jesús! ¡Si esto no es lo mejor que nos podría haber ocurrido tal noche como ésta, que me quede sin volver a probar jamás el *whisky*! ¡Vaya golpe de suerte, chicos! Como si nos hubiera caído encima una andanada de fruta madura, fruta que no merece la pena guardar para el postre, fruta que jamás ha mordido diente alguno. ¡Por todas las negras del mundo, vaya que sí la vamos a catar a esta fruta del demonio, mejor que la mejor de las calabazas! Le gana en todo a la mejor carne de vaca, y habrá de sobra para todos, hijos míos, después que Jake Stevens haya probado esta delicia. ¡No lo olvidéis!

»Desaparecieron para ella todas las esperanzas que

pudiera albergar, pero recobró el coraje.

»—¡Adelante, pues! ¡Matadme, si queréis, que no he de ir con vosotros!

»Peachie, al hablar, se cruzó de brazos, tratando de cubrir sus pechos diminutos, duros, en flor, y se sentó sobre la hierba fría, húmeda ya por el rocío de la noche.

»La pobre Peachie se debatió en vano en manos de aquellos azotacalles sin piedad; suplicó, imploró, lloró, sin que sirviera de nada. Los hombres la inmovilizaron mediante un lazo, y se la llevaron como si fuera un tronco recién cortado; ella, en vista de que sus súplicas no tuvieron resultado, resolvió ponerse a gritar como una loca, lanzando chillidos horrorosos, con la confianza de que alguien la oyera.

»Sabía perfectamente qué clase de castigo le esperaba nada más volver a la plantación, en premio a su fuga, pero, si bien jamás se había visto a merced del látigo, prefirió de todo corazón esa tortura, que sabía de sobra cruel, antes que el horrible destino que le tenían reservado los tres bandidos.

»No podían, ni mucho menos, estar a sus anchas, por más esfuerzos que hicieron por alejarse del camino de la partida de búsqueda que, según supusieron, habría salido ya en busca de Peachie; por si fuera poco, a los muy malvados les atemorizaron los desesperados gritos de Peachie, pues tal vez guiasen a los negros hacia donde ellos se encontraban. Así pues, resolvieron amordazarla; Stevens sacó de su morral un trapo de algodón sin desbastar, le dio forma de pelota y se lo metió hasta el fondo en la boca.

»De tal guisa llegaron los raptores a la choza de Jake Stevens. No era sino una cabaña hecha de tablones, barriles viejos y troncos de árboles caídos; el techo era de ramas entrelazadas, y las grietas estaban taponadas con tierra amasada. La cabaña parecía la guarida de algún siniestro criminal, oculta en lo más hondo, en lo más espeso del bosque, a la sombra de algunos árboles muy altos que crecían entre rocas de gran tamaño. Sólo Jake Stevens y sus dos amigotes conocían la existencia de semejante escondrijo. Y allí llegaron y ocultaron el botín de su actividad de asaltadores de caminos, actividad que solían llevar a cabo tan

lejos de su garito como les fuera posible.

»Stevens, que era quien llevaba a la niña en brazos, la depositó suavemente sobre una especie de camastro, y le quitó la mordaza, que estaba a punto de asfixiarla. Uno de los hombres se sacó del bolsillo de la pelliza una piedra y un pedazo de metal y encendió un hornillo, en tanto su compañero preparaba la lámpara.

»Un resplandor sombrío iluminó la cabaña, y sacaron los tres algunos comestibles de los morrales, colocándolos sobre una plancha de madera situada a escasas pulgadas del suelo.

»—Supongo que nuestro salón no es nada del otro jueves —dijo Stevens, cuya mirada libidinosa, desde que se encendiera la lámpara, parecía palpar cada centímetro de la piel de Peachie—, pero puedes decir lo que te dé la gana, a mí me resulta bastante cómodo y hogareño. En fin, por esta vez tendremos que arreglárnoslas sin los cubiertos de plata y demás zarandajas, ¿eh Jim? —le dijo con ojos de bribón—. Bueno, más valdrá que adereces la cerveza, más que nada para ir entrando en calor. Joey, hijito, prepara algo de comer.

»Cuando estuvo lista la comida, Stevens se dirigió a la muchacha.

»—Si a la señorita se le sube el ánimo, y tiene ganas de comer, basta con decirlo, que seguro que hay un bocado para usted, morenita.

»Peachie no contestó; bastante tenía con ahogar los sollozos que le atenazaban la garganta. Había cogido un viejo chaleco de cuero con el cual trataba de cubrir su desnudez. Stevens se percató de sus esfuerzos.

»—¡Suelta las prendas, angelito! —le gritó—. ¡Aquí nada de máscaras! Todo a las claras, las cartas encima de la mesa. Ninguna cortina, encaje, satén o lo que sea va a ocultar tus encantos, preciosidad.

»Se puso en pie, le arrancó el andrajo de un tirón, le impidió cubrirse el pecho y el sexo con ninguna otra cosa, separándole bien las manos, y volvió a sentarse a la mesa riendo de forma asquerosa.

»Durante el tiempo que duró la comida, el hombre llamado Jim no le quitó ojo de encima al maravilloso cuerpo

de Peachie. Dio la impresión de que su mirada se le había enredado hasta en los más nimios detalles de su figura, la cual habría de ser suya antes de que envejeciera siquiera unos minutos; de cuando en cuando lanzaba ojeadas de soslayo al jefe, miradas rebosantes de envidia y de celos. Por si fuera poco, la pena que la abrumaba embellecía aún más los rasgos de Peachie, hasta dar la sensación de que aquella asquerosa cabaña se calentaba gracias a su cuerpo y se iluminaba y perfumaba por el asfixiante perfume de su moribunda virginidad.

»Joey despachaba jarra tras jarra de aquella bebida fortísima. Al terminar de comer, con el cerebro acolchado por los espesos vapores que le intoxicaban, se tumbó sobre un catre de hojas secas que había en un rincón, quedándose medio dormido, aunque sin perder detalle de todo lo que ocurría y de lo que iba a ocurrir a continuación.

»La charla de Stevens y de Jim era banal, salpicada de palabrotas y juramentos. Estaban los dos sumidos bajo el peso de las mismas preocupaciones. Cada uno de ellos trataba de adivinar lo que le pasaba al otro por la cabeza.

»Pero Stevens, dueño absoluto de sus camaradas, sabía cómo sojuzgar al otro por medio del pretexto de la disciplina, ya que, al parecer, tras una de sus correrías, y tras varias más, se quedaba con todo el botín, dejando a los otros dos con un palmo de narices y con toda la gloria de haber participado en la expedición para repartírsela.

»—Mira, compadre, a lo mejor te estás poniendo enfermo, o por lo menos se te está hinchando la cabeza, ¿no te parece? Tranquilo, chico. Pórtate como un hombre y cuéntanos cómo es que se te han subido tanto los humos como para pensar que vas a ser el primero en cepillarse a la negrita —dijo Stevens.

»—Mira quién fue a hablar, este menda que se cree Dios Todopoderoso. Bueno, confío que te des cuenta que no es así el Día del Juicio Final, si es que no te toca enterarte antes de una vez por todas, quién sabe.

»Así, con ese aplomo, le contestó Jim a la vez que palpaba ostentosamente un formidable cuchillo de carnicero que

llevaba en la bocamanga de su camisa de franela roja.

»—La muy puta es tan mía como tuya, si te paras a pensarlo, y por una vez en la vida o, mejor dicho, por primera vez en toda tu asquerosa vida, a lo mejor te toca compartir lo tuyo con tu camarada, ¿te enteras? Así que echemos a suertes a ver a quién le toca cascar el huevo, y luego a por ella, a por esa doncellita cubierta de chocolate.

»—Pues mira tú por dónde, me parece, me parece que te he ganado por la mano —replicó Stevens a la vez que se levantaba, se agachaba velozmente y, visto y no visto, apuntaba al otro con un pistolón—. ¡Fíjate qué baza! ¡Me llevo la apuesta! Tira esa cuchilla o te hago un agujero de parte a parte.

»Jim rápidamente sacó la formidable hoja que llevaba en la manga, lanzándosela por encima de la especie de mesa que los separaba. Stevens dio a toda prisa un paso atrás sin dejar de apuntar a la cara de Jim; cogió el arma blanca y se la guardó en el bolsillo.

»—Ahora —dijo—, la ceremonia matrimonial ha de tener lugar con toda la formalidad del mundo, empezando por ese borracho de Joey. Así pues, Jim, tú serás mi testigo; tú me traerás a la novia; si Joey no estuviera más borracho que el mismísimo Noé, a él le tocaría decir misa y darnos la bendición nupcial. A mí me bastará con una hora; después, os paso a vosotros la caja de los juguetes y asunto resuelto: me divorcio y te entrego a mi esposa, Jim. ¡Un hombre recién casado al que su esposa pone los cuernos tan sólo una hora después de contraer los lazos nupciales! Para eso sí que hace falta inventiva, ¿eh, chicos? Esas cosas sólo pasan cuando te invitan a pasar un verano en la residencia campestre de Jake Stevens, ¿eh, eh?

»Una risotada convulsa sacudió al parlanchín, al tiempo que encendía sus rasgos de bestia; cada carcajada de Stevens le producía un escalofrío de terror a la pobre Peachie, un escalofrío que la recorría de pies a cabeza.

»Se acercó a la muchacha temblorosa, que había vuelto a sollozar y, sin mediar palabra, con el rostro tan congestionado como si estuviera a punto de sufrir un ataque

de apoplejía, la besuqueó de arriba a abajo de manera babosa, lamiéndole la cara como un perro, metiéndole la lengua en la boca, aunque ella trató de resistirse por todos los medios, por las orejas y probándole incluso las fosas nasales. Stevens respiraba con dificultad, y sus manos rugosas no cesaban de tocar y pellizcar cada centímetro de piel que se le ponía a tiro, haciéndole daño y dejándola magullada allí donde ponía los dedazos. Le rascó las tetitas, se las arañó, le mordisqueó los pezones; luego, las firmes nalgas, de un tenue color de bronce, se las estrujó sin parar, y sus dedos deformes osaron incluso invadir el secreto orificio de atrás. Peachie debió de sentir que la sangre le hervía por todas las venas del cuerpo, que se le subía al cerebro, aterrorizada como estaba; el corazón debió de darle un sobresalto tal que ella se figuró que se le quebraba mientras soportó aquellas caricias viles y dolorosas —si es que así pueden llamarse— por parte de aquel bruto; sintió en los labios su repugnante aliento a tabacazo rancio, e incluso la saliva asquerosa y espesa por toda la cara, por la boca, pura y hermosa; entre un asalto y otro, que debieron hacerle creer que había llegado su último minuto, experimentó la más horrorosa de las sensaciones, pues era como si un animal enorme la hubiese apresado y le pinzase los pechos, las nalgas, el cuerpo entero con sus tentáculos viscosos, repugnantes.

»La lujuria de Jim se inflamó ante la visión de la vileza que Stevens estaba inflingiéndole a la niña; su órgano viril se le había hinchado casi hasta reventar, tanto que su larguísima herramienta se salió de su sitio y se mantuvo erecta hasta rozarle el ombligo, sacudiéndose lenta y espasmódicamente, en tanto el rufián, excitado hasta el límite de sus posibilidades, trataba de impedir que el esperma se le escapase. Con los ojos en llamas y la boca llena de espuma, Jim aguardó a que terminara el otro, ansioso de que le tocara a él.

»Stevens no se dio prisa ninguna; probablemente estaba disfrutando no sólo de la prolongación de su propio placer, sino también de las molestias de su compañero, que veía así aplazado el suyo.

»Peachie estaba demasiado aterrorizada como para intentar debatirse; permaneció tendida, cerrados los ojos y pálidas las mejillas. ¿Se habría desmayado?

»Qué malvado el tal Stevens. Separó las piernas de la muchacha, que no le opuso ninguna resistencia, y contempló por un instante, en éxtasis, la diminuta raja. La abrió brutalmente con los dedos y vio un resplandor rosado en su interior. Era como el interior de alguna delicada concha marina; era imposible pensar en nada más fresco, más inmaculado. Stevens se sacó de la bragueta un tremendo órgano viril, del cual la piel se había retirado hasta atrás hacía ya mucho tiempo, dejando a la vista una cabeza roja, violácea, que habría parecido un huevo de no ser por la sustancia blanca que ya la recubría. La hincó sobre aquella grieta en miniatura, y se lanzó con todo su peso sobre la maltrecha muchachita, cuya cabeza y cuyos pechos desaparecieron de la vista de Jim. No se veía nada más que las aparatosas espaldas del violador y los sincopados movimientos de su trasero al incrustarse contra el cuerpo de su víctima.

»En ese momento, un juramento de placer que masculló vino a demostrar que Stevens se había vaciado en su interior; ella cayó hacia atrás, su expresión distorsionada por el dolor hasta el extremo de que toda belleza la abandonó, convirtiendo su rostro en una especie de máscara japonesa.

»Jake se puso en pie, con la herramienta empapada de sangre; de las partes hinchadas y tumefactas de la virgen ultrajada comenzó a manar un fluido sanguinolento.

»Nada conmovido por este espeluznante espectáculo, Jim se abalanzó sobre ella, polla en mano, en el instante en que la puerta de la cabaña se vino abajo con un terrible crujido y una banda de negros, que habían seguido el rastro de Peachie gracias a sus ropas desgarradas, invadió la cabaña.

»La lujuria abandonó por entero a los bandidos nada más verse éstos en peligro; Stevens se lanzó a por su rifle al tiempo que derribaba la lámpara de aceite de un manotazo. El catre donde reposaba Joey se encendió como si fuera de yesca, y los negros se retiraron por un instante, el suficiente

para permitir que Jake se abriera paso entre ellos y desapareciese en la oscuridad, dejando a sus espaldas a los negros muy ajetreados, pues trataron de apagar las llamas a la desesperada, sobrecogidos por los aterradores gritos de Joey, el cual se había puesto a bailar por toda la cabaña, como una antorcha humana. Jim agarró la plancha de madera que hacía las veces de mesa y, con las ropas en llamas, se abrió paso a golpetazos por entre los negros, los cuales opusieron débil resistencia ante aquel hombre enfurecido que, con el pelo y la barba en llamas, y sus partes al aire, se lanzó contra ellos con un gran pedazo de madera en ristre.

»Joey se había desplomado: una masa renegrida de carne quemada que exhalaba un hedor asqueante, pero Peachie había escapado de las llamas por el momento, y seguía tendida, inmóvil, separados los muslos y con un charco de sangre entre ellos. El capataz se le acercó y, como quiera que no hiciese un solo movimiento, se sacó el látigo del cinto y lo descargó sobre su cuerpo de niña. Pero ella siguió tan quieta como una estatua de bronce; la pobre doncella violada estaba muerta; el terrorífico embate del formidable órgano de Stevens la había matado.

»Joey, tuerto, desfigurado e inválido, tuvo que responder a solas ante la justicia, por más que sólo hubiese desempeñado un papel menor en este drama de lujuria y sangre, por más que hubiese padecido terribles heridas de las que nunca llegó a recuperarse; lo exculparon. Poco tiempo después se hizo pública la noticia de que a Jim lo habían matado de un disparo en Richmond, por lo visto a la luz del día, pues había estafado a alguien; Stevens, por su parte, se salió con la suya y quedó en la más completa impunidad. Nadie llegó a saber jamás a fuerza de qué artimañas y circunstancias afortunadas consiguió evitar que lo persiguieran, ni tampoco cómo es que le volvió a caer en gracia a Randolph».

Después que Stevens me condujera al lado de Miss Dean, marchó a reunirse con los demás, a algunos de los cuales los vi trabajar sobre la verja, en alguna cosa que no llegué a

entender. Estaba tan agradecida de haberme zafado de sus manos que no le di mayor importancia a lo que estuvieran haciendo.

Pensé que no tardarían en marcharse, que todos nuestros problemas habían terminado. Me había olvidado casi por completo de lo que había dicho Stevens, que después de los azotes nos haría montar durante dos horas en un riel.

Miss Dean me miró lastimeramente, pálida y descolorida, los ojos anegados en lágrimas; pero las lágrimas no eran por ella, sino por mí. Me requirió, y cuando me acerqué a ella me tomó entre sus brazos, arrullándome contra su pecho.

—¡Oh! ¡Mi pobre, pobre niña! —murmuró con toda su compasión—. ¡Cuánto siento lo que te han hecho! Tus gritos me han partido el corazón. ¡Oh! ¡Qué crueldad, qué aborrecible crueldad haberte azotado tan severamente!

Daba la impresión de haber olvidado la vergüenza y el dolor que debía haber padecido para compadecerse por completo de mí.

—No me azotó tan bestialmente como a usted —le dije—. Tan sólo me dio doce azotes, y no me hizo sangre. Pero no pude evitar gritar. No soy tan valiente como usted.

Nos besamos y lloramos juntas, nos consolamos y comparamos nuestras sensaciones al vernos expuestas en la escalera ante los ojos de aquellos hombres.

Tras un instante, me llevé la mano bajo las enaguas y me toqué las doloridas posaderas, sintiendo los rayazos que me había marcado la vara en la piel. Los sentí tiernos, tanto que apenas si pude tocármelos.

—¡Ay, pobre de mí! —gemí—. Cuánto me duele. Pero a usted debe de dolerle mucho más.

—Desde luego, estoy destrozada —dijo Miss Dean secándose las lágrimas—. No puedo sentarme ni tenderme boca arriba. Me sigue sangrando el trasero, y los bombachos se me adhieren a la carne. Pero ¡ay! Mucho peor que los azotes fue estar desnuda ante esos matones, y la asquerosa mano de ese bestia —exclamó, retorciéndose las manos, mientras las lágrimas volvían a correrle por las mejillas.

Le apreté la mano para demostrarle en silencio mi amor, y

ella prosiguió.

—Nuestros sufrimientos no han terminado, Dorothy. ¿No te acuerdas de lo que dijo? Tendremos que montar en un riel durante dos horas.

En ese momento me acordé de lo que había dicho Stevens acerca de montar en un riel, pero no me dio miedo tener que hacerlo. Sabía de sobra, claro está, que sería muy incómodo, si es que no doloroso por tener el trasero destrozado. Pero en ese momento no le di mayor importancia.

¡Ah! ¡Qué equivocada estaba! ¡Qué poco sabía de la terrible tortura que puede llegar a ser montar en un riel!

No sé si Miss Dean sabía con certeza de qué se trataba, pero lo cierto es que no me dijo ni una sola palabra sobre el asunto, así que permanecimos de pie, demasiado doloridas las dos para sentamos, abrazadas, llorando en silencio, tratando de consolamos y esperando como corderos en el matadero a que los hombres vinieran a por nosotras.

No tuvimos que esperar mucho tiempo. Unos minutos después llegaron cuatro de los de la banda, nos cogieron por los brazos y nos llevaron a la verja junto a la cual estaban los demás, con cuerdas en las manos.

La verja tendría un metro y medio de altura, y era de lo más corriente, hecha de rieles de madera cuyo borde superior tenía forma de afilada cuña. Stevens se dirigió a nosotras con una cruel sonrisa en los labios:

—Ahora vais a recibir el resto de vuestro castigo: dos horas encima del riel. Supongo que ya tendréis los traseros bien calientes, pero no os preocupéis: vais a tener tiempo de sobra para que se os enfríen durante la cabalgada. Ah, se me olvidaba: para que no os caigáis del caballo, os ataremos. Preparadlas, chicos.

Creí que nos atarían, sin más, sentadas encima de la verja y vestidas. ¡Oh! ¡Qué pronto me llevé otro chasco! Nos agarraron dos hombretones a cada una y nos sujetaron los brazos mientras un tercero nos levantaba faldas y enaguas y nos quitaba del todo las bragas. Luego nos levantaron las prendas por encima de la cintura, de manera que nuestras partes bajas, por delante y por detrás, volvieron a quedar

expuestas ante los lúbricos ojos de aquellos horrorosos hombres.

Y como ya nos habían visto el trasero, todos se apiñaron delante de nosotras, haciéndose lenguas ante los secretos «botones» de nuestros respectivos cuerpos mientras nosotras, rojas de vergüenza hasta más no poder, nos debatíamos y llorábamos y suplicábamos a aquellos malvados que por lo menos cubrieran nuestra desnudez.

Pero tan sólo se rieron a carcajadas, y dos o tres se atrevieron a tocamos en los «botones» —el «conejo», decían ellos—, y el tacto de sus manos nos hizo estremecemos y encogemos, atenazadas por un asco tremendo.

Fue Stevens, sin embargo, el que los detuvo.

—No, no, chicos, no debéis tocar a las prisioneras; podéis, en cambio, mirarlas todo lo que queráis.

Y vaya que si nos miraron, sin dejar de hacer comentarios, especulando si éramos vírgenes o no, señalando las diferencias entre las dos, y fijándose en el color del vello de nuestros respectivos «botones» mientras nosotras enrojecíamos y gritábamos de pura vergüenza.

Tú ya me has visto el «botón», y sabes que no tiene nada de particular. Pero el «botón» de Miss Dean era un verdadero espectáculo. Yo nunca se lo había visto, y no pude evitar mirarla con asombro. Lo tenía cubierto por una espesa mata de vello reluciente, castaño oscuro, que se le extendía por el vientre y le bajaba por los muslos formándole rizos de un par de pulgadas, ocultando por completo la fisura y sin que se le vieran siquiera los labios mayores.

Uno de los hombres, tras un largo vistazo, exclamó:

—¡Por Dios! Jamás he visto semejante melena entre las piernas de una mujer. Que me aspen si no habría que podarla antes de poder clavársela.

Los demás rugieron a carcajadas, mientras Miss Dean gemía y se retorcía amargamente de pura vergüenza.

Tras contemplamos desnudas durante un buen rato, los hombres siguieron con el suplicio.

Nos ataron con una gruesa cuerda de tal manera que nos dejaron los brazos pegados a los costados, las muñecas sobre

las caderas. Después nos levantaron a pulso y, para mi horror, nos sentaron a horcajadas sobre la verja, una enfrente de la otra, a menos de dos metros.

El riel nos pasaba por entre los muslos desnudos, y el trasero, desnudo también, quedaba apoyado sobre el afilado borde. A ambos lados de la verja, casi pegados a ella, habían clavado sendos poyetes en el suelo, a los cuales nos ataron con firmeza los tobillos.

Una vez nos aseguraron en tan dolorosa postura, nos bajaron la ropa hasta cubrimos las piernas. Habían cubierto nuestras desnudeces, pero acababa de empezar nuestra tortura.

Stevens nos contempló con una mueca de desprecio en el rostro.

—Ahí estáis; ya vais debidamente montadas en vuestros caballos. Hemos acabado con vosotras, así que nos vamos; pasadas dos horas, volverá a desataros uno de nosotros. Y me juego lo que queráis a que, después de la cabalgada, vais a estar pero que muy muy rígidas.

Luego, la panda de matones se marchó, no sin antes gritarnos toda suerte de obscenidades y de burradas que, a pesar del dolor que sentíamos, nos hicieron ponemos rojas de vergüenza. El mido de los cascos de los caballos y las risotadas de los matones fueron apagándose a lo lejos; después, todo quedó en calma.

En el potro - La tortura moral se suma a la física - Tomo la gran decisión de mi vida y consiento pasar a ser la querida de Randolph - Su nauseabundo cinismo

El crepúsculo era hermoso, calmo y resplandeciente, el sol se ponía poco a poco, de manera que la casa, el jardín y nosotras dos, tan desafortunadas, nos vimos bañadas por una avalancha de luz ambarina.

Al principio albergué la remota esperanza de que Martha volviera ahora que se habían marchado los hombres y nos liberase, pero lo cierto es que nunca volvió; por si fuera poco, no teníamos la más mínima oportunidad de que alguien apareciera por la casa a aquellas horas.

No había escape posible, así que nos veríamos obligadas a padecer todo el terrorífico castigo sin ahorrarnos un ápice.

Desde el mismo instante en que nos colocaron a horcajadas sobre el riel empezamos a sentir el dolor, que aumentaba cada minuto que transcurría. No nos hablamos la una a la otra, pues nuestro sufrimiento era demasiado intenso, así que permanecimos en silencio, inundadas las caras de lágrimas que no nos podíamos secar, que nos corrían por las mejillas hasta llegarnos al cuello, aguantando a duras penas; de cuando en cuando un gemido, un estremecimiento, o los gruñidos de pura angustia que se nos escapabais de los labios resecos.

Dado que teníamos las piernas muy separadas, el riel nos caía exactamente en la entrepierna, y nuestro propio peso hacía que el filo puntiagudo se nos hincase en la línea divisoria del trasero y, en consecuencia, nos hiciese un daño insoportable en la parte más delicada de nuestros cuerpos.

¡Imagina tan sólo la postura y piensa qué puede suponer semejante atrocidad para cualquier persona del sexo femenino!

Miss Dean, durante el larguísimo tiempo que pasamos encaramadas sobre el riel, soportó su sufrimiento mucho más calmada que yo.

Pasaron lentamente los minutos, el dolor fue haciéndose más y más atroz, además de que aún me escocía el trasero y sentía palpitaciones en las llagas. Era como si la afilada cuña del riel fuera a partirme lentamente en dos; me recorrían el lomo alfilerazos lancinantes que me subían por la espalda; como los tobillos estaban atados muy prietos a las estacas, me resultaba imposible modificar lo más mínimo la postura.

De no haber tenido los brazos amarrados a los costados podría haber gozado de un descanso momentáneo apoyándome sobre las manos en el riel, quitándome algo de peso del trasero.

Pero aquellos hombres, con su diabólica mente, se habían asegurado de que no contásemos con un solo momento de respiro. Incluso en caso de habernos desmayado, no nos habríamos caído de la verja. La parte superior de nuestros cuerpos se habría desplomado hacia adelante o hacia atrás, pero las piernas, amarradas a las estacas, habrían seguido una a cada lado de la verja, y esa afiladísima cuña habría seguido hincándosenos entre las nalgas.

Tenía ya todos los nervios del cuerpo a punto de rompérseme a causa de la agonía, me perlaba la frente un sudor helado. Gemía y me retorcía, pero cuanto más me movía más daño me hacía la cuña en lo más tierno de la entrepierna.

Comencé a chillar, y creo que maldije.

Miss Dean lloraba, y en la cara se le veía la angustia por la que estaba pasando, pero no emitió ni un sonido.

Pasaron unos cuantos minutos más, y vi que un hombre aparecía por el sendero y se acercaba a la casa. No era uno de aquellos malvados, así que el corazón me dio un brinco de júbilo. ¡Nos iba a liberar en un santiamén!

Redoblé la intensidad de mis gritos, le rogué que viniera deprisa, que nos ayudase. Él, sin embargo, no se apresuró lo más mínimo; por el contrario, siguió caminando con deliberada parsimonia; cuando se acercó un poco más pude

ver que se trataba de Mister Randolph.

Pocos días antes había confiado no tener que volver a verlo nunca más, pero en ese momento me sentí agradecida y complacida de encontrármelo.

—¡Oh, Mister Randolph! —exclamé con voz débil, el rostro anegado en lágrimas—. ¡Bájeme de aquí, oh, deprisa, bájeme de aquí!

Se acercó más a la verja y se quedó mirándonos sonriente.

—¡Oh, querido Mister Randolph, bájeme! ¡Por favor, dese prisa y bájeme de aquí! —volví a gemir.

Pero, para mayor espanto, no hizo un solo gesto.

—Bueno, bueno, Miss Ruth Dean y Miss Dorothy Morton —dijo en tono de chanza—, hay que ver a qué situación os ha conducido el dedicaros a ayudar a los esclavos. Y a mí se debe precisamente el que os veáis de semejante modo. Hice saber a los blancos a qué os estabais dedicando, así que os habéis llevado el castigo que merecíais. Ya te lo dije, Dolly. Ya te dije que nos volveríamos a ver las caras, y así ha sido. Sabía que los hombres os iban a visitar esta misma tarde, así que vine con ellos; aunque vosotras no me vieseis, yo sí que vi cómo os azotaban los traseros. Y justo es decir, Dolly, que gritaste más que un cerdo en el matadero.

Hizo una pausa para soltar una carcajada, y a mí me sobrecogió una amarga y mareante desesperación. Aquel hombre cruel, no contento con habernos echado encima aquella banda de malhechores, había venido a burlarse de nuestra agonía.

—Me temo que los traseros, sobre todo el suyo, Miss Dean, debe de estar tierno a más no poder después del varapalo que le han arreado; estoy seguro de que debéis de sentiros pero que muy incómodas en tan desagradable postura —continuó—. La cuña de la verja es bien afilada, y estoy seguro de que se os está hincando en cierto delicado lugar que guardáis entre los muslos.

Miss Dean tenía el rostro retorcido de dolor, los ojos llenos de lágrimas, pero al oír las crueles indecencias que acababa de decir Randolph, se puso colorada.

Me miró y me dijo con voz temblorosa:

—Dorothy, ¿tú conoces a este hombre?

—Oh, sí —contestó él por mí—, sí que me conoce. Miss Morton y yo fuimos muy buenos amigos durante una temporada, pero un día tuvimos una pequeña agarrada y me dijo que no quería volver a verme. ¿No fue así, Dolly?

Odiaba a aquel hombre, pero en aquel momento sentía tal dolor que cualquier otro sentimiento desapareció por completo.

—¡Sí, sí, es verdad! —exclamé con impaciencia—. ¡Pero no se quede ahí parado, bájenos de aquí inmediatamente!

Sonrió, sin hacer un solo movimiento.

—¡Oh, oh! —aullé de dolor, encolerizada por su total insensibilidad—. ¿Cómo es capaz de quedarse ahí parado viendo sufrir a dos pobres e indefensas mujeres? ¡Oh! ¿Por qué no nos desata? ¿Es que no tiene misericordia o compasión?

—No soy un hombre misericordioso, esa es la verdad, y por norma general no me compadezco de los abolicionistas cuando se entrometen en mis asuntos —contestó con frialdad —. Pero en tu caso no me importaría hacer una excepción, Dolly. Estoy dispuesto a bajarte de ahí, con tal de que prometas venir a vivir conmigo.

Al oír lo que acaba de decir, Miss Dean volvió a mirarme con intensidad.

—¡Oh, Dorothy! —me dijo de todo corazón—. ¡No hagas caso de este hombre; es una cruel sabandija que quiere sacar partido de nuestro sufrimiento! Ten valor, querida. No cedas. Yo sufro tanto como tú, o acaso más, pero jamás aceptaría la liberación en unos términos tan degradantes como los que ofrece.

Randolph soltó una risotada burlesca e hiriente.

—No tengo la más remota intención de ofrecerle a usted esos términos, Miss Dean —le dijo—. Por lo que a mí respecta, me da igual que se pase las dos horas de rigor sentada sobre el riel. Lo que vi de sus desnudos encantos no me ha tentado lo más mínimo. Estás más plana que una tabla. Tiene el culo estrecho, los muslos escuchimizados y las piernas como palos. A mí me gustan las mujeres anchas de

caderas, con el trasero firme y rechoncho, y buenas piernas como las de Dolly.

—¡Oh! ¡Odioso hombre! —exclamó Miss Dean encolerizada; después de todo, era una mujer, y a ninguna mujer le gusta oír de boca de un hombre que sus encantos, sean los que fueren, no valen para nada.

—Así pues, Dolly, ya me has oído. ¿Tienes la intención de venir conmigo a mi casa esta misma noche?

La rudeza con que me hizo esa pregunta me produjo perplejidad, así que traté de reunir algo de coraje, y lo conseguí, aunque sólo en parte.

—No, no. De ninguna manera iré con usted a su casa —le dije, aunque no con excesiva convicción.

—De acuerdo, ahí te quedas. Aún te queda hora y media más para estar sentada en esa cuña; cuando acabe el tiempo acordado, tendrás la entrepierna en un terrible estado, aparte de estar medio muerta. Una perspectiva poco halagüeña, ¿no?

¡Ay! Sí que lo era. Gemí y me estremecí con sólo pensar en el largo rato de agonía que me quedaba por delante, y volví a rogarle con toda sumisión que me bajase.

Él no contestó; encendió fríamente un cigarro y comenzó a fumar. Después, apoyado de espaldas contra el riel a cada uno de cuyos extremos estábamos nosotras, nos miró primero a una y luego a la otra, perfectamente despreocupado, mientras nosotras nos retorcíamos de dolor y llorábamos al sentir el aumento de la presión de la cuña contra las tiernas carnes de nuestras entrepiernas.

Conseguí aguantar el dolor durante unos minutos, y eso que se me hacía cada vez más insoportable. Luego, me rendí sin condiciones. No podía soportar aquella angustia ni un minuto más.

Así que me dije a mí misma: qué importa lo que me pueda ocurrir si consigo sobrevivir a esta terrible tortura. No podría soportar el dolor durante otra hora y media. Me volvería loca de dolor, o me moriría.

—¡Oh! ¡Bájeme! ¡Sáqueme de aquí! ¡Bájeme de aquí, deprisa, y le prometo que iré con usted a donde quiera! —

grité.

No cabe duda de que fue una debilidad por mi parte, pero estaba a punto de perder el sentido y, tal como te dije antes, física y moralmente soy una cobarde.

Al oír mi promesa de que iría con Randolph, Miss Dean me gritó indignada:

—¡No! ¡Oh, no! ¡No vayas con él, Dorothy! ¡No eches a perder tu vida de esa manera! ¡Intenta soportar el sufrimiento! No tardará en pasar. Yo que tú preferiría morir antes que entregar mi cuerpo a ese hombre.

—Bueno, Dolly, ¿te has decidido? —dijo Randolph al tiempo que ponía la mano sobre el nudo que me sujetaba los brazos.

—Sí, sí —lloré, impaciente—. ¡Oh, por favor, dese prisa, suélteme!

—Oh, Dorothy, mi pobrecita niña, me compadezco de ti —dijo Miss Dean con tono de pena—. No sabes lo que te espera.

Randolph no tardó en aflojar las cuerdas y desatarme los brazos y los tobillos; a continuación, rodeándome con los brazos por la cintura, me levantó del riel, me llevó en brazos hasta el porche y me tendió, toda dolorida, destrozada como estaba, sobre el sofá. Estaba medio desmayada, me dolía todo, de la cabeza a los pies, pero no sufría por el dolor. ¡Oh! ¡Qué intenso alivio fue no verme ya a horcajadas sobre la afilada cuña de la verja!

Me trajo un vaso de agua que bebí con avidez, pues tenía reseca la boca, y me encontraba en un estado febril a consecuencia de la tortura que había padecido.

Cuando me hube recuperado un poco, pensé en Miss Dean, y le pedí a Randolph que la soltara.

Sin embargo, aún estaba muy resentido contra ella y, al principio, se negó a soltarla pero, como yo se lo supliqué con todas mis fuerzas, al final dijo que antes de irnos la soltaría.

—Ahora, Dolly —me dijo—, iré a buscar la calesa. La he dejado en el recodo del sendero, así que no tardaré. Quédate aquí quieta hasta que vuelva —y en un tono que no dejaba lugar a dudas, añadió—: Más te vale no intentar siquiera salir

de la casa, porque los hombres aún estarán por allí, y si alguno te viera te volverían a poner sobre el riel. Dicho esto, se fue.

La verdad es que la idea de darme a la fuga ni siquiera se me había pasado por la cabeza. En ese momento, me sentía débil y estaba asustada: me hallaba en un estado de apatía, que me impedía percatarme del estado de las cosas. Por eso permanecí tumbada en el sofá, lánguidamente, pensando tan sólo en lo delicioso que podía ser el haberme librado del dolor.

Al poco llegó Randolph, entró en el jardín y tras atar el caballo vino a por mí.

—Venga, Dolly, vámonos —dijo—. No te preocupes por tus cosas. Mis mujeres te proporcionarán todo lo que te sea necesario para pasar la noche, y mañana enviaré a alguien a recoger tu baúl. ¿Puedes caminar hasta la calesa o he de llevarte en brazos?

Le respondí que podía caminar, pero nada más intentar hacerlo me sentí tan rígida y temblorosa que apenas pude poner un pie delante del otro.

Él se percató de lo débil que yo estaba, así que me cogió en volandas, me llevó a la calesa, me depositó en el asiento con cuidado y me echó una manta sobre las rodillas. Después se acercó a donde estaba Miss Dean y desató las cuerdas que la aprisionaban, pero no se tomó la molestia de ayudarla a bajar, así que la pobrecita tuvo que bajarse de la verja por sus propios medios.

—No te vayas con ese hombre, Dorothy —me volvió a decir con el corazón en un puño—. Olvídate de tu promesa. Te la sacó mediante la tortura, así que no estás obligada a mantenerla. Quédate conmigo.

Yo no quería ir con Randolph, y me habría encantado poder quedarme con ella, pero mi propia cobardía me lo impidió. Me daba verdadero pánico volver a caer en manos de nuestros torturadores. Por eso lloré, y grité débilmente.

—¡Oh, oh! ¡He de ir con él, estoy en su poder!

—Por supuesto que sí —comentó él—; si se te ocurriese romper tu promesa no tardarías nada en verte a horcajadas

sobre el riel. Luego se dirigió a Miss Dean: recuerde lo que dijeron los hombres. Si no sale del estado antes de cuarenta y ocho horas, la gente del juez Lynch volverá a visitarle.

Subió a la calesa, a mi lado, y al notar su proximidad me encogí y me aparté de él todo lo posible, odiándolo y despreciándome.

Azuzó al caballo con el látigo y nos fuimos, dejando a Miss Dean cabizbaja y apoyada en la verja.

Tras haber recorrido una corta distancia, volví la vista atrás y vi su solitario perfil en la misma postura. No se movió, y yo no la perdí de vista hasta que la calesa dobló el recodo del sendero; luego me encogí en el asiento y, tapándome la cara con ambas manos, empecé a llorar amargamente. Me había separado de la única amiga que tenía en el mundo.

En casa de Randolph - Cómo conocí a Dinah - Sus simpatías hacia mí y su desprecio por los «blancos» sencillos y corrientes - Se frustran mis intentos de huir

Randolph no me dijo ni una palabra; me dejó llorar, que fue sin duda lo mejor que pudo hacer en ese momento.

La calesa, de la que tiraba un veloz caballo trotón, avanzaba a buen ritmo por la carretera y, como la plantación de Randolph no estaba más que a tres millas de distancia, llegamos en seguida a la avenida que conducía a la casa. Nos abrieron el portón dos negros y avanzamos por dicha avenida, que tendría un cuarto de milla y estaba flanqueada a ambos lados por sendas hileras de árboles altos y frondosos. En cuestión de unos minutos llegamos a la mansión, un edificio muy grande y elegante que constaba de un cuerpo central coronado por una cúpula y alas a ambos lados; al frente había una gran terraza desde la cual, por medio de unos anchos escalones, se bajaba a un césped flanqueado por arriates de flores muy bien cuidadas.

En la terraza había varios negros a la espera de que llegara el amo; cuando detuvo éste el caballo ante la puerta, corrieron para hacerse cargo del caballo.

La amplia puerta de la casa estaba abierta; Randolph, tomándome en sus brazos, me sacó de la calesa y me transportó, cruzando un espacioso vestíbulo, para dejarme en una habitación magníficamente amueblada, donde me depositó sobre un sofá.

—Eso es, Dolly —dijo sonriéndome—. Ahora estás totalmente a salvo de esa banda de azotacalles.

Hizo sonar la campana, y al punto apareció una doncella muy acicalada, una mujer de unos treinta y cinco años de edad. Era muy alta, recia, de hombros anchos, e iba vestida con toda corrección, con un vestido replanchado, un delantal

blanco, cuello y puños de encaje; tenía el pelo negrísimo y reluciente, muy rizado, y llevaba sobre la cabeza una bonita cofia.

La mujer me miró con insistencia, pero en su cara no alcancé a leer la menor señal de sorpresa.

—Dinah —le dijo su amo—, esta dama ha sufrido un accidente. Llévala a la habitación rosa y atiéndela. Ocúpate de que tenga todo cuanto desee, y cuídala todo lo que haga falta. ¿Entendido?

—Sí, Massa —contestó.

—Ahora voy a cenar —dijo volviéndose hacia mí—, pero Dinah se encargará de atenderte; creo que lo mejor sería que te dejes llevar a la cama. Tienes algo de fiebre. Esta noche no te molestará nadie —añadió de manera intencionada.

Entendí el significado de estas últimas palabras, pero no hice comentario alguno, y las mejillas se me tiñeron de rojo. Seguía estando algo aturdida y embobada. La rápida sucesión de acontecimientos dolorosos y asombrosos había sido, sin duda, demasiado para mí.

Dinah se acercó al sofá, me levantó en brazos, como si yo no fuera más que un bebé, y me subió a la habitación por unas escaleras anchas, de mármol reluciente; el dormitorio era la estancia más lujosamente amueblada que yo había visto en mi vida, y me depositó suavemente en la cama, contemplándome con una expresión amable y maternal que iluminaba más su agradable cara.

—Sé quién es usted, señorita —dijo—. Usted es una de las buenas damas del Norte que llevaba una «estación subterránea». Por esta parte todos los negros han oído hablar de usted. Pero no fue ningún negro el que les echó encima a los azotacalles. Sé que los azotacalles les han dado hoy de lo lindo. ¿Qué les han hecho? ¿Las han montado en el riel? Suelen hacerle eso a los abolicionistas. No le importe contármelo, señorita. Estoy orgullosa de usted por lo que ha hecho por los fugitivos.

Agradecí de corazón la simpatía de aquella mujer, así que le conté lo que nos habían hecho a Miss Dean y a mí misma.

—¡Oh, oh, oh! ¡Pobrecita damisela blanca! Tiene que estar

muy dolorida —exclamó con verdadera compasión—. ¡Cuánto lo siento! La voy a bañar y la voy a poner cómoda, cómoda, ya verá cómo se siente mejor.

Ya había oscurecido, así que encendió las lámparas y echó las cortinas. Salió de la habitación, y volvió minutos después con un barreño de agua caliente.

—Bueno, cariño —me dijo con terneza—, ya verá cómo la arreglo.

Me desvistió, me pidió que me tumbara boca abajo, me levantó las enaguas y, tras separarme un poco las piernas, me examinó con detenimiento.

—Uy, uy, uy. Ya veo que esos hombres horribles le han dado doce vergajazos —comentó—; las llagas las tiene muy marcadas, señorita, y está llena de magulladuras por entre los muslos, donde cae el riel.

Me esponjó el trasero con agua fría y luego me frotó suavemente las llagas con una especie de linimento.

—Es grasa de zarigüeya, señorita; le aliviará las llagas. Siempre ponemos grasa de zarigüeya para aliviar los azotes —aquella sustancia, desde luego, me hizo sentirme algo mejor—. Qué bonito cuerpo que tiene, qué hermosas piernas, qué piel suave y adorable. Nunca había visto una piel así.

Una vez que me hubo «arreglado» el trasero, me dio la vuelta y me enjuagó la entrepierna y las partes adyacentes con agua templada, sin dejar de mascullar, mientras duró la operación, expresiones compasivas y maldiciones para los azotacalles, a los que llamó «panda de basuraza blanca».

No deja de ser un hecho curioso que los esclavos del Sur mostrasen abiertamente su desprecio por los blancos que no poseían esclavos negros. En este punto puedo añadir también que Dinah nunca supo que fue su amo el que nos echó encima a los azotacalles.

Como tenía las partes muy doloridas e incluso muy hinchadas, el enjuague que me dio me produjo verdadero alivio; cuando Dinah terminó de lavarme la inflamada entrepierna, se acercó a un cajón que, para mayor sorpresa, estaba repleto de prendas de ropa interior femenina.

Sacó un camisón bordado y me lo mostró; tras quitarme la

camisola, me lo puso y me hizo meterme en cama.

Después salió de la habitación, pero no tardó en volver con una bandeja en la que traía varios platos y una pequeña botella de *champagne*.

Colocó una mesita baja junto a la cama y, extendiendo un mantel, depositó las cosas que había traído.

—Ea, cariño, ahí tiene usted una cena como Dinah manda. Intente comer un poco, y beba también un poco de vino. Le sentará bien.

Como quiera que yo había sido abstemia durante toda mi vida, no quise ni probar el vino, así que pedí a Dinah que me trajera una taza de té.

Lo hizo al instante, tras lo cual me incorporé apoyada en unos cojines, procurando no cargar el peso sobre el trasero, pues aún lo sentía escocido; todavía estaba medio desmayada, pero me puse a comer, y puedo decir que conseguí alimentarme bastante bien, olvidando, por el momento, el pasado, y sin pensar en el futuro. Mientras cenaba, Dinah charló conmigo con plena libertad, aunque siempre con compostura y sin faltarme al respeto. El hecho de que a mí me hubieran azotado de la forma más indecente posible no me había rebajado lo más mínimo en su estima. Para ella, yo seguía siendo una dama blanca del Norte, en tanto ella no era más que una esclava.

Me hizo saber, no sin cierto orgullo, que era el ama de llaves, y que contaba con veinte sirvientas a sus órdenes. Luego pasó a contarme algunas particularidades acerca de sí misma. Había nacido en la plantación, y jamás se había alejado de allí más de treinta millas. Estuvo casada, pero ahora era viuda y no tenía hijos. Después me contó, sin darle ninguna importancia, que la habían azotado con cierta frecuencia.

Cuando hubo recogido la cena, me cepilló el cabello —era la primera vez, desde que era mujer, que alguien me cepillaba el cabello—, colocó una campana en la mesilla y, tras apagar la luz, me deseó buenas noches y salió.

Cuando desperté a la mañana siguiente, las manecillas de un reloj de porcelana de Dresde colocado sobre la cómoda

daban las ocho y media. Me senté y miré a mi alrededor, con la confusa sensación que se tiene al despertar en un lugar desconocido.

No tardó en aclarárseme la cabeza, y recordé vívidamente todos los horrorosos acontecimientos del día anterior. La horrible exposición de mis más secretas partes ante unos cuantos hombres rudos y maleducados, la ignominia y el dolor de los azotes, aparte de la agonía que me supuso la cabalgada en el riel. Me estremecí. A continuación pensé en Randolph, en la promesa que le había hecho. ¡Podía venir a por mí en cualquier momento! Sentí que se me acaloraban las mejillas y, presa de un súbito impulso, sin premeditación, salté de la cama y corrí a echar el cerrojo de la puerta. Pero me encontré con que no tenía llave. En ese momento me di cuenta de que tal cosa —aun en el supuesto de haber conseguido cerrar— no me serviría de nada. Estaba en poder de aquel hombre, y antes o después tendría que rendirme a la evidencia. Así pues, volví a la cama y me tumbé, temblorosa, preguntándome si iba a cometer su espantosa fechoría durante el día o si esperaría a la noche.

De cualquier modo, tal como pude comprobar, ni ese día ni tampoco esa noche iba a encontrarme con mi destino.

A las nueve en punto, Dinah vino con una taza de té, con la cual traía una carta de Randolph, en la que decía que había recibido un inesperado aviso de Richmond y que se veía obligado a salir para resolver un asunto urgente que probablemente lo retendría durante cuatro o cinco días. Decía también que ya había dado las órdenes precisas para que trajeran mis pertenencias a Woodlands, que había dado órdenes a todos los sirvientes en el sentido de que su deber era tratarme como a su señora, y terminaba la nota diciendo que no me preocupase por nada, que Dinah sabía dónde estaba todo, que ella se ocuparía de mí. Me sentí sumamente agradecida por ese momentáneo respiro que me concedía, tomé el té y me quedé en cama.

Al punto apareció una joven doncella que trajo una gran bañera; no tardó en llenarla de agua caliente; después, tras colocar todas las toallas y lo que era necesario para mi aseo

personal, salió de la habitación. Me bañé y, mientras me secaba, contemplé mis posaderas en un espejo de cuerpo entero; descubrí que las llagas se habían curado bastante, pese a lo cual aún se veían con toda claridad los trallazos rojos que me recorrían la piel; al tocarlos, todavía me dolían. También sentía verdadero dolor entre las piernas, en las zonas en que el riel me había magullado la carne. De hecho, hubo de pasar toda una semana hasta que las marcas y los moretones desaparecieron por completo. Las lágrimas me asomaron a los ojos, y se me encogió el corazón de rabia y de amargura al ver sobre mi cuerpo las huellas del vergonzoso castigo que me habían infligido.

Volvió Dinah, me ayudó a vestirme y me peinó. Después me mostró una salita cómoda y bien amueblada en la cual tomé asiento —aún me escocía el trasero— para desayunar, atendida por dos bonitas doncellas que, sin dejar de mirarme con sus grandes ojos negros, me trataron con suma deferencia.

Cuando acabé de desayunar entró Dinah para informarme de que habían llegado mis cosas; también me dijo que esa misma noche Miss Dean y Martha iban a partir hacia Richmond para emprender camino hacia el Norte.

¡Oh! ¡Cómo deseé poder estar con ellas! En ése momento se me ocurrió la idea de escaparme, y decidí intentar huir de Woodlands. Si al menos pudiese llegar hasta Miss Dean, ella se alegraría de verme, y de saber que había vuelto junto a ella tan pura e inmaculada como cuando la abandoné. Me llevaría con ella a Filadelfia. Con esa nueva esperanza, subí a mi habitación, donde descubrí que Dinah había deshecho mi equipaje y había guardado mis cosas en los cajones.

Me alegré de poder cambiarme y me puse ropa limpia de pies a cabeza; después, me coloqué el sombrero y bajé al vestíbulo, en el cual encontré a Dinah ante la puerta abierta. Le dije que iba a salir a dar un paseo.

—¡Oh, señorita! —dijo—. Ya sé qué está pensando. Quiere irse con Miss Dean. Pero eso no puede ser. El Massa ha dado órdenes a los hombres de la cancela para que no la dejen salir; toda la plantación está vigilada. No puede marchar, eso

no puede ser.

Mis esperanzas de escapar se derrumbaron de un soplido. Me sentí completamente miserable, me arrojé sobre un sillón y lloré amargamente, mientras Dinah revoloteaba a mi alrededor, sin decir nada pero procurando mostrarse simpática.

Me di cuenta de que si no conseguía llegar al lado de Miss Dean antes de que partiera, todas mis posibilidades serían nulas, pues aunque consiguiese salir de Woodlands no tenía ningún dinero, ningún sitio adonde ir; más aún, los que nos azotaron me habían advertido que saliera de Virginia en un plazo de cuarenta y ocho horas. Si me cogían deambulando perdida por los alrededores, lo cual era más que probable, volverían a azotarme o a hacerme cabalgar en el riel, o tal vez ambas cosas.

Las perspectivas eran demasiado horribles como para pararse a examinarlas, así que, apesadumbrada, olvidé la idea de huir de Woodlands. No me quedaba más remedio que quedarme y aguardar lo que el destino me tuviera reservado.

Pasados unos minutos me sentí más calmada, así que Dinah, con la intención de hacerme pensar en otras cosas, me preguntó si quería ver la casa.

Le contesté que sí, y me mostró la mansión de punta a cabo, desde los desvanes hasta la cocina.

Era una mansión enorme, hermosamente amueblada por todas partes; tenía largos pasillos, con dos escaleras, la principal ante el vestíbulo y otra en la parte de atrás, y no tendría menos de veinte dormitorios, cada uno de ellos decorado de manera diferente a los demás. Había varios recibidores y tocadores, un espacioso comedor y un enorme salón, así como una mesa de billar y una gran biblioteca, provista de libros de todas clases.

Nunca había estado en una casa tan grandiosa, ni había visto jamás muebles tan espléndidos; los cuadros de algunas habitaciones, sin embargo, hicieron que me sonrojara.

Había veinte sirvientas, esclavas, por supuesto, las cuales vivían en la casa. Iban vestidas igual, con trajes rosas llenos de frunces, delantales blancos, cuellos duros, cofias y

puñetas. Todas llevaban zapatos bien lustrados y medias de algodón blanco, y todas y cada una daban una impresión de limpieza y atildamiento fuera de lo común. Lo cierto es que estaban obligadas a mantenerse aseadas y a aparecer en todo momento vestidas sin tacha, hasta el punto de que cualquier descuido era merecedor del castigo correspondiente. Las cocineras y las pinches de cocina eran negras o mulatas, mientras que las doncellas de la casa y las asistentas eran mulatitas mucho más claras de piel, y de veinte y veinticinco años de edad.

Todas ellas eran bonitas, en tanto dos o tres eran verdaderamente hermosas, de un color tan claro que podrían haber pasado por blancas en cualquier parte que no fuera en el Sur. Allí, cualquiera es capaz de detectar, de un vistazo, el mínimo rastro de sangre negra en un hombre o en una mujer.

Algunas eran de figura muy voluptuosa y, dado que ninguna llevaba sostén, los redondos contornos de sus pechos saltaban a la vista sobresaliendo por encima de los corsés. Por allí había varios niños de uno y otro sexo, pero en la casa no vivía ni un solo sirviente masculino.

Cuando Dinah me hubo enseñado todo lo que había que ver en la mansión, me dejó a solas, y yo salí a los campos. Eran muy muy extensos, y todos estaban cuidados con verdadera exquisitez. Vi jardines dedicados a las flores, otros a árboles frutales, arbustos e invernaderos, y todo rodeado por altas verjas de hierro; la única vía de entrada y salida era la cancela que daba entrada a la avenida.

Deambulé con indiferencia por todas partes, si bien pude darme cuenta de que los hombres que trabajaban en los campos no me perdían de vista. Llegué hasta la cancela y, para ver si de verdad era una prisionera, traté de abrirla: dos hombres salieron al instante de la casa del guarda y uno de ellos se dirigió a mí con suma cortesía.

—No puede salir, señorita. La verja está cerrada por orden del Massa.

Volví a la casa y me dirigí a mi dormitorio, todo rosa y blanco y oro, dos de cuyas ventanas daban a los jardines traseros. En parte estaba amueblado como un saloncito, con

un sofá muy cómodo y un par de sillones, una mesa redonda y un gran escritorio.

Acerqué uno de los sillones junto a la ventana y me senté largo rato a cavilar. Pensé en lo cruel que era Randolph por habernos delatado a los azotacalles y por haber sacado tajada de los dolores que estaba sufriendo yo.

¡Oh! ¿Por qué no tuve la entereza necesaria para soportar el dolor? De haber rechazado su ofrecimiento para liberarme en términos tan vergonzosos, pocas horas más tarde estaría de camino hacia Richmond en compañía de Miss Dean.

Pensé en ella y comparé su situación con la mía. De no ser por los azotes, se encontraría perfectamente, y en cuestión de un par de días volvería a estar sana y salva en su casa de Filadelfia, en posesión del tesoro de su virginidad, mientras yo me vería en Woodlands, prisionera en manos de un hombre que se había mostrado como el menos escrupuloso de todos.

Y después, ¿qué iba a ser de mí?

Oh, oh, querida, me dije a mí misma. Ojalá no hubiera convencido nunca a Miss Dean para que me trajera con ella a Virginia.

Pasó la mañana y, a la una en punto, vino Dinah a decirme que la comida estaba preparada. Bajé al comedor, me obligué a comer algo, a pesar de que estaba desganada, y después fui a la biblioteca, donde pasé el resto de la tarde tratando de distraer mis pensamientos mediante la lectura de una novela.

A las siete en punto me senté a dar cuenta de una cena primorosa, muy bien preparada —la mejor cena que hubiera visto yo en toda mi vida, pues Miss Dean vivía con suma sencillez—. Las dos doncellas, que se llamaban Lucy y Kate, me atendieron, en tanto Dinah, en calidad de «mayordomo», las supervisaba.

Dinah tenía llave de todas las dependencias, y en ella confiaba el amo por completo. Me ofreció *champagne*, vino rosado e incluso cerveza, pero yo no quise probar nada. No obstante, comí lo suficiente, pues, a pesar de lo depresivo de la situación en que me encontraba, era una muchacha sana y

de buen apetito. No bien hube terminado de cenar me dirigí a uno de los recibidores más pequeños, en el cual habían encendido las luces y corrido las cortinas; todo estaba dispuesto de forma que me sintiera tan cómoda como me fuera posible. Pero las primeras horas de la noche me resultaron muy largas y me sentí muy sola. Habría disfrutado incluso de la compañía de Dinah, pues su curiosa manera de hablar me habría entretenido, pero no consideré correcto hacerla llamar, en tanto ella, supuse, no consideraría oportuno entrometerse en mis asuntos, de manera que ya no la vi hasta que subí a mi habitación, momento en que se presentó para cepillarme los cabellos y ayudarme a desvestirme.

Llega aviso de que el Massa está de vuelta - Mi virginidad lista para el sacrificio - Miedos y pavor - Me dan un baño perfumado - Torturada en cama del tirano - El dolor y el espanto de la «noche de bodas» - La «lujuria de sus ojos» - El terror que me produjo su desgarradora herramienta de hierro

Transcurrieron cuatro días con la tranquilidad que he referido en el capítulo precedente. La quinta mañana de mi cautiverio, al entrar Dinah en mi dormitorio con la consabida taza de té, me dijo que había recibido una carta del amo —pues sabía leer, aunque no supiera escribir— en la cual le avisaba que llegaría a cenar a las siete en punto, y que se asegurara de que la cena fuera de las buenas.

Me incorporé en la cama y miré a Dinah con los ojos entrecerrados, agarrotado el corazón por una sensación de ahogo y hundimiento, pues por más que supiera que el momento fatal terminaría por llegar me sobresaltó enterarme de que faltaba tan poco.

Me levanté, me di un baño y me vestí mecánicamente; después bajé, pero fui incapaz de desayunar nada, si bien bebí con avidez dos tazas de café. A lo largo del día estuve inquieta, incómoda, recorriendo sin parar toda la mansión con la sensación de estar en un sueño, con la convicción de que antes o después despertaría. A veces me sentaba un momento en un sillón, con la mente en blanco, y, acto seguido, el recuerdo de lo que me iba a acontecer me golpeaba en el cerebro con tal violencia que se me arrebolaban las mejillas.

La prueba que me aguardaba me daba pavor, tanto moral como físicamente. Y es que hasta una recién casada siente un poco de vergüenza y de temor en el día de su boda ante la sola idea de lo que su marido ha de hacerle por la noche.

La tarde pasó lentamente; a las cinco en punto estaba

sentada lánguidamente en mi dormitorio; cuando Dinah hizo su aparición seguida por una de las doncellas, que traía la bañera. La colocó en el centro de la habitación y la llenó de agua caliente; luego se fue, pero Dinah quedó conmigo.

Como ya me había bañado por la mañana, no acerté a comprender por qué la muchacha había vuelto a llenar la bañera, y además con agua caliente. No estaba yo acostumbrada a bañarme con agua caliente.

—No quiero bañarme, Dinah —le dije.

—No señorita, ya lo sé que usted no quiere bañarse y que está limpísima. Pero tengo órdenes; la carta del Massa decía que le diera un baño perfumado. Y yo tengo que obedecer sus órdenes sea lo que sea, o si no me azotará. Así que, cariño, déjeme que la bañe.

Enrojecí a causa de una intensa indignación. Asimismo, me sentí humillada en lo más hondo. ¡Había que bañar y perfumar a la víctima antes del sacrificio!

Como quiera que fuese, a Dinah no le quedaba más remedio que obedecer las órdenes, así que dejé que me bañara.

Mostró visiblemente su alivio, y comenzó al punto a preparar el «baño perfumado».

En primer lugar vertió en el agua un líquido, después arrojó un puñado de polvos blancos que olían delicadamente a rosas, y removió el agua hasta que los hubo disuelto por completo. Más adelante me enteré de que tanto los polvos como el líquido eran preparados turcos, de los que utilizaban las mujeres de los harenes para imprimir suavidad y lustre a la piel.

Cuando todo estuvo preparado, me desvistió; me hizo permanecer de pie en la bañera y me frotó con la esponja por todo el cuerpo, mojándola una y otra vez en agua perfumada, al tiempo que alababa la simetría y las redondeces de mi figura y la blancura de mi piel.

Cuando terminó de bañarme, me secó con toallas cálidas, muy suaves, y me frotó con las manos de pies a cabeza, sobándome con dulzura los pechos y los brazos, y también las nalgas, los muslos y las pantorrillas, hasta que las carnes

parecieron ponérseme más firmes y la piel más suave y aterciopelada que nunca.

Después comenzó a vestirme con mis mejores prendas. Primero me puso una camisola de bordados, con cintas azules en los hombros, después mis mejores bragas, fruncidas de manera impecable sobre la rodilla y anudadas con cintas de color rosa. Luego me enfundó las piernas en unas medias de seda blanca, abrochándomelas justo por encima de la rodilla con unas ligas de satén azul oscuro con broches plateados —estas ligas las sacó ella del bolsillo—; no poseía yo adornos tan delicados.

A continuación me puso unos zapatos nuevos, mis mejores enaguas y me ciñó el sujetador tan prieto como pudo, para terminar por ayudarme a ponerme mi vestido más bonito. Luego me cepilló el cabello y me lo peinó de forma harto elaborada. Se mostró deleitada con mi apariencia y, tras darme la vuelta en redondo tres o cuatro veces, exclamó:

—¡Oh, señorita! ¡Qué hermosa se la ve! El Massa estará encantado cuando la vea.

Dinah sabía de sobra que me había bañado, perfumado y vestido para el sacrificio, pero no llegaba a entender el horror que precisamente eso iba a suponer para mí. No era una mujer virtuosa, que digamos, y sus ideas, al igual que las de casi todas las esclavas, eran muy relajadas en todo lo tocante a la virtud femenina.

Además, creo que, en su opinión, yo era una damisela de lo más afortunada por el solo hecho de haber atraído al «Massa», quien, a sus ojos, era un personaje sumamente encumbrado. En cuanto me vio vestida, me sugirió bajar a la salita para estar dispuesta a recibir al amo nada más pusiera un pie en la casa.

Haciéndole caso bajé al salón, que estaba profusamente iluminado, y me senté en un sofá.

Me había resignado, aunque sombríamente, a mi destino; no obstante, estaba completamente apesadumbrada mientras esperaba en una habitación lujosa a más no poder la llegada del hombre que me iba a arrebatar mi virginidad.

Si tan sólo me hubiese gustado un poco no lo habría

sentido tanto. Pero es que no me gustaba. Lo odiaba. Al poco de estar allí oí el ruido de las ruedas sobre la grava de la avenida, el abrir y cerrar de la puerta. ¡Había llegado! Se me desbocó el corazón, si bien no con la placentera anticipación de una jovencita que aguarda a su amante.

Pero él no hizo su aparición, de manera que pensé que habría subido directamente a su habitación para cambiarse de ropa. Y así fue. Poco después apareció en la salita, impecablemente trajeado.

Me puse en pie y él se me acercó, me tomó por ambas manos y me besó acaloradamente en los labios, haciéndome encoger y estremecerme. Luego, sosteniéndome inmóvil entre sus brazos extendidos, me miró de arriba a abajo con aire crítico, como si estuviese valorando mis encantos, mientras yo permanecí quieta ante él, encendidas las mejillas y baja la mirada.

—Qué encantadora te encuentro, Dolly —dijo—. El vestido que llevas te sienta estupendamente; ahora bien, en lo sucesivo debes ponerte para cenar un vestido escotado.

¡Ya me consideraba propiedad suya!

—No tengo ninguno —murmuré sin mirarlo.

—No te apures; dentro de poco te van a sobrar —observó riendo y acariciándome la mejilla—. A ver, dime: ¿has estado a gusto durante mi ausencia? ¿Se ha ocupado Dinah de ti, han estado atentos los demás sirvientes?

Preferí no contestar la primera parte de la pregunta, pues si bien había estado a gusto desde el punto de vista corporal nada más recuperarme de las severas consecuencias del castigo, mentalmente me había sentido muy incómoda durante todo el tiempo.

—Dinah me ha cuidado perfectamente, y los demás sirvientes se han mostrado muy atentos.

—Tanto mejor; de no haber sido así, les habría calentado el trasero a todos, de Dinah para abajo —comentó con frialdad.

Sus palabras me sacudieron. Pensé que no hacía ninguna falta que mencionara nada acerca del trasero de las mujeres.

Me hizo dos o tres preguntas más, a las cuales contesté, y

una doncella anunció entonces que la cena estaba preparada, por lo que pasamos al gran comedor.

Habían decorado la mesa con profusión de flores y frutas; el cristal, el lino y los demás aditamentos eran de lo mejor que se puede ver, y la gran mesa auxiliar de caoba antigua y lustrada resplandecía junto con las fuentes de plata que habían pertenecido a la familia de Randolph desde hacía generaciones. Era la primera vez que yo veía tan precioso metal. La cena constó de varios platos, de la mayoría de los cuales yo ni siquiera había oído hablar, regados con vinos cuyos nombres también eran nuevos para mí.

Randolph conversó alegre y despreocupadamente, comió con buen apetito y bebió una botella de *champagne*; yo, por estar nerviosa y deprimida, apenas pude probar bocado. Tan sólo acerté a responder con monosílabos, y me ponía colorada cada vez que lo miraba a los ojos. No podía dejar de pensar ni un solo instante en la atrocidad que iba a cometer conmigo aquella misma noche.

Con objeto, creo yo, de animarme un poco, me llenó la copa de *champagne* e insistió en que bebiera, pero el vino se me subió a la cabeza y me mareó un poco, sin hacerme sonreír lo más mínimo. Así que, al ver qué efecto me causaba el alcohol, decidió no darme más.

Cuando terminamos de cenar y él hubo fumado un cigarro, volvimos a la salita. Se sentó cómodamente en un sillón y continuó conversando, sin percatarse siquiera de mi silencio o al menos sin hacer comentario alguno acerca de mi abatimiento.

Estaba muy animado, en parte por lo bebido y en parte, supuse, por la perspectiva de que pronto iba a estar en plena posesión de mi cuerpo virginal.

Me dijo que había podido saber que Miss Dean había llegado sana y salva a Filadelfia, a lo cual añadió entre risas:

—No creo que esa cuáquera gazmoña y remilgada vuelva a llevar nunca una «estación subterránea». La verdad es que la zurraron de lo lindo; le quedarán por siempre las marcas en el trasero. A ti no, Dolly, ya que no te cortaron la piel.

Me estremecí, y me pareció que me volvían a hormiguear

las nalgas con sólo pensar en los azotes.

A las diez en punto se puso en pie y se dirigió a mí con tono jocoso:

—Ahora, Dolly, dado que es nuestra noche de bodas, nos vamos a la cama bien temprano. Ven, subamos.

Me puse colorada hasta la raíz de los cabellos y me eché a llorar. Después de todo, no podía resignarme tranquilamente a mi desgraciado destino. Creí haberme conformado, pero al llegar el momento decisivo se me soliviantó la modestia y mi sentido de la decencia hizo que me revolviera contra el sacrificio de mi virginidad.

—¡Oh, Randolph! —supliqué a la desesperada, tratando de concitar su misericordia—. ¿No me vas a perdonar?

Se le ensombreció el semblante, frunció el ceño y me miró duramente a los ojos.

—No seas idiota, Dolly —me contestó con aspereza—. Me hiciste una promesa, y creí que habíamos arreglado todo el asunto. Venga, vamos.

—¡Oh, por favor, no me obligues a cumplir mi promesa! —gemí—. Sabes que cuando te la hice estaba medio loca de dolor. ¡Oh, déjame marchar, déjame irme de tu casa!

—Escúchame bien —dijo de manera fría e incisiva—. No voy a tolerar más tonterías. Estás totalmente en mi poder, y no tengo ninguna intención de perdonarte, como tú dices. Si no vienes a la habitación y te sometes en paz, haré que suban cuatro esclavas y que te sujeten sobre la cama para poder hacerte con calma lo que te quiero hacer. Así que tú verás, o subes conmigo o las llamo para que te suban ellas a la fuerza.

Mis súplicas habían fracasado, y sus amenazas me habían asustado por completo. Que cuatro mujeres me sujetasen de pies y manos mientras él cometía su atrocidad no serviría más que para añadir más vergüenza, y la sola idea de que así fuera me hacía sentir verdadero horror. Cualquier resistencia sería inútil. No me quedaba más remedio que rendirme a la evidencia y someterme a sus deseos.

—Subiré contigo —sollocé en voz baja mientras las lágrimas me corrían por las mejillas. ¡Oh, qué desgraciada me sentí al pronunciar esas palabras!

—Así me gusta —dijo.

Me cogió de la mano y me condujo a mi propio dormitorio.

Las lámparas habían permanecido encendidas, de manera que la estancia estaba colmada de una luz suave y brillante, y nada más entrar me di cuenta de que sobre la colcha de seda habían extendido una gran toalla de baño; además, sobre una de las almohadas había un camisón suyo.

Cerró la puerta y se volvió hacia mí.

—Me alegro de que hayas entrado en vereda. Discutir con una mujer es algo que odio, pero lo cierto es que al final me habría salido con la mía. Ahora compórtate con discreción y déjame hacerte lo que haya de hacerte sin volver a protestar. En primer lugar te voy a desvestir con mis propias manos. Me encanta desnudar a una muchacha bonita.

Y lo hizo de una manera que dejaba entender a las claras que no era la primera vez que desnudaba a una mujer.

Me hizo quedarme de pie ante el espejo de cuerpo entero, me desabrochó el vestido y, tras despojarme de él, lo arrojó sobre una silla; luego, con destreza, me soltó el sujetador y me lo quitó, exponiendo así mis pechos, aunque yo procuré ocultármelos cruzando los brazos.

A continuación me aflojó las cintas de las enaguas y las dejó caer al suelo; me hizo dar un paso y, arrodillándose, me quitó los zapatos, tras lo cual subió las manos pegadas a mis piernas, me desabrochó las ligas y me quitó las medias. Luego metió ambas manos por debajo de la camisola, me desató las bragas y me las bajó hasta los tobillos. Mientras sus manos me recorrían el cuerpo al desnudarme lentamente, me estremecí, pero no opuse resistencia. De nada me habría servido. Había decidido cometer la fechoría a su manera, así que mi resistencia tan sólo habría servido para empeorar las cosas. Ya no me quedaba más que la camisola, y me la quitó sin tardanza, sacándomela por encima de la cabeza y dejándome desnuda ante él. Me vi reflejada de pies a cabeza en el espejo. No pude evitar un gritito de vergüenza, y me tapé instintivamente el «botón» con ambas manos, mientras el rostro, el cuello y la parte superior del pecho se me

tomaban de color escarlata. Cerré los ojos, pero las lágrimas se abrieron paso por entre los párpados cerrados y cayeron por las mejillas.

Es evidente que me resultó hórrido y asqueroso verme desnuda en presencia de un hombre, y sentí una intensa vergüenza, aunque no tanto como la vez en que mi persona fue expuesta ante los ojos lascivos de los linchadores y me llegaron a los oídos sus comentarios obscenos.

Me hizo dar una y otra vuelta, mirándome desde todos los ángulos y sujetándome las manos de tal manera que no me pudiera tapar ni una sola parte del cuerpo, pero no me dio ni un tiento. Cuando hubo satisfecho ampliamente la lujuria de sus ojos, me tomó en sus brazos, me llevó a la cama y me tumbó de espaldas. Me tapé el «botón» con una mano y con la otra la cara, toda enrojecida, y permanecí tendida, temblorosa, mientras él se desvestía con parsimonia y se enfundaba su camisón.

Confié que apagara las luces, pero no fue así. Se incorporó en la cama, a mi lado, y me retiró la mano del rostro, me asió desnuda entre sus brazos, me besó en los labios, en los ojos, en las mejillas, y me dijo:

—Ahora, querida niñita, ¡por fin eres mía!

Fue la primera vez que me dirigía una palabra cariñosa en toda la noche. Mientras se detuvo a desnudarme, no había abierto la boca; por el contrario, me trató como si no fuese una mujer, como si fuera una mera estatua de cera. Después de besarme, pasó a satisfacer su sentido del tacto. Me puso ambas manos sobre el pecho y jugueteó con mis tetas, estrujándomelas, pellizcándomelas, moldeándome la carne con sus dedos; después inclinó la cabeza y me mordisqueó uno de los pezones.

Proferí un grito de asombro y me encogí, apartándome de él, sacando el pezón de su boca.

—Estate quieta haga lo que haga —dijo cortantemente.

Me tomó el otro pezón entre los labios, lo succionó y lo lamió con toda la lengua como si fuese un pedazo de caramelo.

Me obligó a yacer en calma, sin moverme, y tras unos

instantes me soltó el pezón. Luego me acarició el vientre y me pasó las manos varias veces sobre los muslos; después, separándomelos, me tocó el «botón» enredándome en el vello e incluso tirando de él con bastante fuerza; después me introdujo la punta del dedo índice entre los labios, lo cual me hizo retorcerme y estremecerme de pies a cabeza —si bien no de placer— y arrancarme un grito ahogado.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Por favor, no me haga eso! —exclamé—. ¡Oh! ¡Aparte la mano de ahí!

—No seas tonta —dijo—. Sentirás algo muy distinto en cuanto pasen un par de minutos.

Hice un tremendo esfuerzo por dominarme y permanecí tendida y quieta. Me hizo dar la vuelta y tenderme boca abajo, para contemplar el trasero a sus anchas.

—Aún no han desaparecido del todo las marcas de los azotes; te quedan unas cuantas líneas rosadas en la piel.

Se puso a jugar con mis nalgas de todas las formas imaginables, acariciándomelas, pellizcándomelas de arriba a abajo, azotándomelas con suavidad, estrujándomelas con ambas manos, para terminar por separármelas y frotarme con la mano de arriba abajo, hasta la entrepierna.

Todos estos prolegómenos me resultaron absolutamente repugnantes, llegando a producirme náuseas, máxime porque no me los esperaba. Cuando me tumbó en la cama, creí que me abrazaría. No tenía yo ni la más remota idea de que habría de pasar por tanto manoseo preliminar.

Me tumbó de costado y volvió a tomarme entre sus brazos, besándome el rostro, la garganta, el pecho, inhalando el dulce aroma que emanaba mi carne. Estaba obviamente complacido con los encantos de su víctima.

—Eres una mujercita hermosa —dijo—. Tienes muy buena figura, y a pesar de no ser gorda, estás toda redondeada. Tienes la piel blanquísima y suave, las carnes firmes, y estás fresca y fragante como la mejor de las rosas. Me encanta este delicado perfume a rosas cuando lo siento en una mujer desnuda que tengo entre los brazos; por eso le dije a Dinah que te diera un baño con polvos turcos.

Después de juguetear otro rato conmigo, me tumbó de

espaldas.

—Ahora, Dolly, manos a la obra. O, por decirlo claramente, te voy a penetrar. Sentirás un poco de dolor, pero has de soportarlo. Todas las mujeres sufren un poco más o un poco menos la primera vez que las penetra un hombre, pero después ya no se siente dolor, sino el placer de estar en brazos del amante.

¡Había llegado el momento fatal!

Cerré los ojos, me cubrí el rostro con las manos y esperé la embestida, sintiéndome muy asustada, muy muy avergonzada y apenada de mí misma a más no poder.

Me agarró las rodillas y me separó las piernas tanto como pudo, se instaló entre ellas y se tumbó encima de mí, con el pecho contra mi vientre, al mismo tiempo que me quitaba las manos de la cara y me apretaba la boca sobre los labios. Ayudándose con los dedos se abrió camino e inmediatamente después sentí el extremo de su miembro inserto entre los labios mayores. Me estremecí y ahogué un grito. ¡Acababa de comenzar mi martirio!

Me rodeó con los brazos, me agarró con fuerza las nalgas y, sosteniéndome sin dejarme apenas posibilidad de movimiento, comenzó a mover el lomo de arriba a abajo, y sentí que la columna comenzaba a penetrarme, separándome las partes y causándome mucho daño.

Dado que yo era completamente ignorante respecto del tamaño que puede alcanzar el miembro masculino en erección, y como quiera que me hallase en un estado de verdadero pánico, el arma cobró para mí dimensiones descomunales —aunque en realidad no fuera muy grande—, y creí que sería del todo imposible que llegara a enfundarla en la vaina.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Me haces muchísimo daño! —chillé a la vez que aporreaba la cama con los puños cerrados y me apartaba de él todo lo posible—. ¡Oh! ¡Oh-h! ¡No puedo más, no puedo soportarlo! ¡Oh-h-h! ¡Por favor, déjalo! ¡Oh! ¡Me haces daño! ¡Para! ¡Para! ¡Oh-h-h!

Siguió trabajando a buen ritmo, hendiéndome con la herramienta cada vez más a fondo. Sentí como si me

estuviera hincando una cuña, como si esa cuña me fuera a partir en dos. Contraje los músculos bajo sus embates, temblando sin poder parar, dando patadas, aullando de dolor.

El arma, sin embargo, entraba cada vez más y más a fondo, hasta que algo dentro de la vaina detuvo su avance.

¡Mi violador —pues en realidad no era otra cosa— había alcanzado la membrana que le impedía el paso: mi virginidad! Aumentó el vigor de sus embestidas, atizando con fuerza la membrana que se le oponía. Aumentó asimismo el dolor que yo sentía; me corrían las lágrimas por las mejillas, me debatí y me retorcí, pero al mismo tiempo arqueé el lomo instintivamente para ayudarle en sus esfuerzos por atravesar la barrera.

Hizo una momentánea pausa para recobrar el resuello, me agarró con más fuerza y comenzó el asalto con todo su vigor.

¡Oh, qué daño me hizo! En comparación con él yo era pequeña, y mis partes parecían haberse estirado casi hasta el punto de desgarrarse. Me puse tan rígida como pude, apreté los dientes y permanecí tumbada, entre gruñidos, a medida que aquella cosa espantosa empujaba cada vez con más fuerza lo que le obstruía el paso. Dio nuevos ímpetus y mayor velocidad a sus embestidas, y la membrana comenzó a ceder hasta que de pronto cesó toda resistencia y su miembro se me hincó hasta las raíces, al mismo tiempo que sentía yo una aguda punzada de dolor, un dolor desgarrador que me hizo soltar un agudo chillido.

Él siguió a lo suyo mientras yo, de forma más bien involuntaria, movía el trasero de arriba a abajo, en un esfuerzo por mantener el ritmo de sus embestidas, si bien no tuve la más mínima sensación de placer, antes bien al contrario.

Sus movimientos fueron cada vez más rápidos, yo me retorcía de dolor pero seguí alzando y bajando el trasero para hacer frente a sus acometidas. Me dio otras dos o tres embestidas furiosas, sentí derramarse un fluido y en ese mismo instante hizo presa en mí un curioso espasmo; no pude evitar, por más que quise, menear el trasero y retorcerme de un lado a otro mientras sentía que aquello subía a chorros,

caliente, hasta las mismísimas entrañas.

De todos modos, aquel fluido cálido y espeso, al derramarse sobre las comisuras laceradas de la membrana rota, pareció actuar de remedio y me alivió el dolor. Cuando todo hubo terminado, permanecí entre sus brazos, jadeando, alterada la respiración y el pecho todavía sacudido, la cara entera humedecida por las lágrimas y el cuerpo entero debatido entre espasmos. Me zumbaban los oídos, se me nubló la vista y pensé que me iba a desmayar.

Un instante después se bajó de encima mío, y me dio un beso.

—Ya está, Dolly —me dijo—. Ya ha pasado. La próxima vez no te dolerá tanto.

Cuando me hube recobrado un poco, me di cuenta de que tenía las piernas húmedas, ya que algo se me escurría por entre los muslos. Así pues, me senté en la cama, me miré el «botón» y vi que me manaba la sangre; también me di cuenta de que la toalla estaba empapada de la prueba de mi virginidad. Me sentí terriblemente amedrentada, pues no tenía ni idea de que iba a sangrar, y entre el terror y mi imaginación creí que en realidad me había rajado de parte a parte.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Estoy sangrando! ¿Qué voy a hacer? —exclamé retorciéndome las manos y rompiendo a llorar de nuevo.

Él me tomó en brazos, me consoló y me mimó.

—No es nada, Dolly —me dijo—. No tienes por qué alarmarte. Todas las mujeres sangran la primera vez que las penetran.

Se levantó de la cama y trajo una palangana con agua y una esponja; volvió a tenderme de espaldas con las piernas abiertas y me esponjó el «botón» y los muslos hasta haber limpiado todo rastro de su sangrienta fechoría. Luego me dijo que me pusiera el camisón y me metiera entre las sábanas.

Así lo hice, contenta de poder por fin cubrir mi desnudez.

Después de lavarse también él apagó todas las luces salvo una y se metió en la cama a mi lado, pero no me tocó. Parecía estar cansado; tras darme un beso, se dio la vuelta y

me dio la espalda; poco después me di cuenta, por su respiración acompasada, que se había dormido. Emití un suspiro de alivio, contenta de todo corazón porque todo había terminado —al menos de momento—. Sentí el «botón» dolorido y mis partes más tiernas magulladas; tuve la curiosa sensación de que su miembro erecto seguía clavado dentro de mí, y me mantuve tan apartada de él como me fue posible.

Al principio no pude dormir. Me sentía triste y miserable, y permanecí quieta, llorando amargamente y en silencio por la pérdida de mi virginidad.

«¡Pobre de mí! ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?» me decía una y otra vez, desesperada.

Tiempo después, sin embargo, dejé de llorar pese a seguir sollozando, y me sobrevino una sensación de apatía, el sueño se fue apoderando de mí y terminé por dormirme entre sollozos.

No deja de ser curioso que durmiese como un tronco; cuando desperté ya era de día. Me incorporé en la cama y contemplé a mi violador, que seguía durmiendo en calma, y me pregunté cómo era capaz de dormir tan en paz consigo mismo después de haber arruinado a una pobre muchacha indefensa.

Me dolía la cabeza y también el corazón, de puro compungida que estaba; al mirarme en el espejo de la cómoda me vi pálida, y descubrí un par de zonas más oscuras bajo los ojos. Me sentí deshecha y desamparada, pero tenía la cabeza clara, así que pude pasar revista a mi infeliz situación con un mínimo de calma y tranquilidad.

Y sin duda que era una situación infeliz. Era una muchacha arruinada. No tenía dinero, había perdido a mi única amiga, pues tuve la impresión de que nunca, en ninguna circunstancia que pudiera darse, podría volver al lado de Miss Dean. ¿Qué iba a ser de mí?

Pensé las cosas una y otra vez, para terminar por llegar a la conclusión de que tendría que quedarme en Woodlands, al menos por algún tiempo; después de todo, era lo único que podía hacer, así que me decidí a sacar el mejor partido de la penosa situación en que me hallaba y a confiar que, en lo

sucesivo, se presentara alguna buena ocasión.

Tal como ya te he dicho, no me gustaba Randolph, pero dado que me iba a quedar en Woodlands tomé la decisión de ocultar mis sentimientos lo mejor que pudiera y supiera hacerlo, y hacerle creer que estaba deseosa de vivir con él. Eso redundaría en mi propio beneficio.

Se despertó y, tras bostezar y estirarse, me besó.

—Bueno, Dolly —me dijo con su mejor sonrisa—, ¿cómo te encuentras? Un tanto dolorida entre las piernas, supongo.

Enrojecí, pero traté de actuar de acuerdo con la resolución que había adoptado y me forcé a contestarle sonriente y como a la ligera.

—Sí, un poquito escocida, pero confío que no tardará en pasar.

Volvió a besarme.

—Me alegro de que te tomes el asunto con sensatez, sin quejas ni remilgos. Lo hecho, hecho está, y a lo hecho, pecho. Haré que te sientas estupendamente en Woodlands, ya verás: si no te sientes bien será sólo por tu culpa. Soy un hombre tranquilo con el que no es difícil convivir, siempre y cuando las cosas me vayan bien —añadió con una risa.

Se puso a jugar con mis tetas, me tentó el trasero hasta que volvió a estar listo, me puso en posición, me levantó el camisón hasta la barbilla y volvió a entrar dentro de mí. Como ya no había obstáculo alguno que se lo impidiera, bastaron unas cuantas acometidas para hincar el arma hasta las cachas, por lo cual me penetró con todas sus fuerzas.

Aún sufrí bastante mientras aquella cosa enorme recorría los pliegues doloridos y escocidos de mi «botón», tanto que hube de apretar los dientes y soltar algunos chillidos, pero de nuevo me obligó la naturaleza a menear el trasero de abajo a arriba al compás de sus embates, y de nuevo volvió a recorrerme un espasmo, me retorcí y me debatí hasta haber recibido hasta la última gota de su ofrenda.

Tampoco me gustó lo más mínimo la segunda penetración, pero lo cierto es que no me resultó tan intensamente repugnante como la primera.

Randolph se sentó y me contempló mientras yo

permanecía boca abajo, respirando con dificultad, enrojecidas las mejillas y húmedos los ojos.

—Esta vez no te ha dolido tanto, ¿verdad, Dolly? —comentó.

—No, no tanto —contesté con voz temblorosa, pues me sentía más inclinada a llorar ya que el «botón» me dolía una barbaridad.

—Bueno, ya verás cómo te acostumbras muy pronto y te empieza a gustar —comentó, riéndose ante mi rostro desconsolado.

Pensé que, ciertamente, me acostumbraría antes o después, pero no creí que alguna vez llegara a gustarme.

Entonces alguien llamó a la puerta y Susan, una de las doncellas, entró con una bandeja de té y tostadas. Se acercó a la mesilla, sobre la cual depositó la bandeja; mientras cumplía con su obligación se detuvo a mirarnos.

El rostro de la chica se mostró debidamente inexpresivo, pese a lo cual me sentí avergonzada de que me viera en la cama con su amo; se me encendieron las mejillas y no supe hacia dónde mirar.

Preparó mi baño y arregló la habitación, recogiendo mis ropas, que estaban desparramadas por el suelo tal y como las había dejado Randolph la noche anterior, cuando me desnudó.

Luego salió de la habitación y nos tomamos el té, que a mí me sentó de maravilla, pues tenía sed y me sentía muy débil.

Randolph se levantó, recogió sus cosas y se fue a sus habitaciones, dejándome a solas.

Mientras me bañaba, me examiné el «botón» y descubrí que tenía los labios internos enrojecidos e hinchados, de manera que me los limpié a fondo, con agua bien fría. Finalizado mi aseo bajé al piso de abajo y salí al jardín para refugiarme en un lugar apartado y recoleto, donde me senté en una tumbona de caña bajo un magnolio.

La mañana era hermosa, el sol, aún no muy alto, brillaba con intensidad en un cielo azul pálido y desprovisto de nubes, los pájaros piaban por entre la fronda, soplaba una brisa ligera y todavía resplandecían algunas gotas de rocío en

las telarañas que festoneaban los arbustos; el aire estaba colmado del agradable perfume de las flores.

Me sentí muy lánguida, así que puse los pies sobre la tumbona y me recosté, aspiré el aire fresco de la mañana y me sentí muy aliviada por el solo hecho de estar a solas.

Después del período de prueba que había pasado, la calma y la quietud de todas las cosas que me rodeaban tuvieron sobre mí un efecto apaciguador, de manera que el corazón se me aligeró un poco.

Pasada una media hora volví a la casa y entré en el comedor a desayunar. Randolph no tardó en aparecer y tomamos juntos la primera comida del día.

No tenía yo tan buen apetito como de costumbre, no me sentía nada cómoda en presencia del hombre que me había arrebatado la virginidad y cada vez que me miraba a los ojos no lograba evitar sonrojarme. Él, sin embargo, estaba a sus anchas, y no dejó de charlar mientras dio cuenta de la comida; cuando hubo terminado ordenó que le ensillaran el caballo y se fue a la plantación para inspeccionarla a fondo después de su ausencia.

Poco después que se marchara, Dinah entró en el comedor y me entregó un manojo de llaves, tras lo cual me pidió con todo respeto que le comunicara cuáles eran las órdenes del día. Me di cuenta de que ya no me llamaba «señorita», sino «señora».

Como quiera que yo no deseaba ocuparme de las tareas de una mansión tan grande, le dije que guardara las llaves y que siguiera con los trabajos de la casa tal como los había cumplido hasta la fecha.

Pareció alegrarse al enterarse de que no se iba a ver privada de su autoridad, así que cogió el manojo de llaves y se marchó toda sonriente. Randolph no volvió a la hora de la comida, de manera que comí a solas en el gran comedor, atendida por Lucy y Kate.

Cuando terminé de comer pasé a la biblioteca, en la cual estuve toda la tarde leyendo recostada en un sofá.

Ese día no me sentí tentada a caminar para hacer ejercicio. Randolph llegó a la casa algo más tarde, por lo que

no lo vi hasta que nos reunimos a cenar a las siete en punto. Había recobrado el apetito, así que conseguí al menos probar algunos de los deliciosos platos que habían preparado, y también bebí una copa de *champagne* —he de decir que me gustó—, la cual me levantó el ánimo sin afectarme la cabeza.

Pasaron las horas y subimos a mi habitación a las once en punto.

Randolph me dejó desvestirme sola; mientras lo hacía, él se sentó en un sillón a contemplarme. No tardamos en metemos en la cama, y poco después volví a encontrarme gimiendo y retorciéndome, pues su daga volvió a hincárseme por tercera vez en mis partes más tiernas.

Y antes de levantarme a la mañana siguiente tuve que volver a menear el trasero dos veces más en brazos de Randolph.

Aprendo algunos de los trucos más curiosos del ars amandi *y amo sin amor - Las solicitudes de Randolph - Llego a ser una «querida» más que aceptable en las deliciosas lides de mover el culo, pero no encuentro, pese a todo, ningún placer mental en todo ello*

Pasó algún tiempo. Me acostumbré poco a poco a la vida en Woodlands, adaptándome asimismo a los alrededores y esforzándome por no pensar en el futuro.

Un sastre de Richmond visitó la mansión en varias ocasiones, por lo que pude disponer de un buen lote de hermosos vestidos de todas clases, para llevar por las mañanas y por la noche, así como de cierto número de prendas interiores de ricos y finos encajes, medias de seda de todos los colores y numerosos pares de zapatos. Tuve también un traje de montar, con pantalones y botas altas, aparte de contar permanentemente con un caballo a mi disposición; empecé a aprender a montar. Randolph me había obsequiado con muchas joyas, me hacía vestirme para cenar con un traje escotado y una de las mulatitas más blancas, una chica llamada Rosa, había sido designada expresamente doncella mía.

Randolph era un hombre inteligente y muy leído, pero era un absoluto libertino que consideraba a las mujeres como meros juguetes cuya única utilidad era la de satisfacer sus deseos sensuales.

Antes de mi llegada a Woodlands, todas las esclavas mulatas y negras más o menos hermosas habían sido sus concubinas. No me refiero a que hubiese tomado por hábito dormir con alguna de ellas sino que, cuando deseaba a una chica, le daba las órdenes pertinentes para que estuviera en su habitación a determinada hora del día o de la noche, según fuera el caso, y allí se entretenía con ella durante una o

dos horas, tras lo cual la despachaba.

Ahora bien, aunque es cierto que disponía de las chicas como juguetes cuando le venía en gana, no tuvo nunca un solo sentimiento benévolo hacia ellas. Eran sus esclavas, y punto; si una de las muchachas se portaba mal o le ofendía de tal o cual manera, la enviaba a uno de los capataces para que la azotara, o bien le infligía el castigo con sus propias manos.

A mí no me amaba lo más mínimo, pero me admiraba, diciéndome a menudo que era una bonita muchacha, que tenía un cuerpo hermoso; le encantaba verme desnuda, me hacía posar en diversas posturas ante el gran espejo de mi habitación para poder verme a la vez por delante y por detrás. No tardó en acostumbrarme al significado de todas las palabras malsonantes del vocabulario del «Amor» —palabras que, no hace falta decirlo, yo no había oído jamás—, y con el tiempo me enseñó también, en la práctica, toda una amplia gama de posiciones en las que un hombre puede poseer carnalmente a una mujer, ya de día, ya de noche, en la cama o fuera de ella.

Yo me mostraba invariablemente sumisa a todos sus caprichos; era un hombre autoritario, dominante, y su fuerte voluntad dominaba la mía, tan débil de por sí; es más, casi siempre me daba miedo, por una u otra razón. En mi pueril inocencia, había pensado que tan sólo existía una forma de administrar el golpe de gracia y, al principio, me asombró muchísimo la cantidad y la variedad de posiciones en que me la «clavaba». Me la «metía» mientras yo estaba de espaldas, de costado, o de pie, arrodillada, sentada, a cuatro patas. Me lo «hacía» por detrás, mientras yo me apoyaba contra el borde de la cama, el respaldo de la silla, el filo de una mesa, e incluso se tumbaba él de espaldas y me hacía montar a horcajadas sobre él, con la espalda vuelta hacia su rostro, de manera que me pudiese ver el trasero; me obligaba a introducirle el arma en la vaina correspondiente y a hacer todo el trabajo, elevándome sobre las rodillas.

A veces me montaba completamente desnuda, o cuando estaba a medio vestir, o en camisola, medias y zapatos, o tal

vez sin nada que no fueran las bragas, y era frecuente que me «poseyese» después de cenar, vestida del todo y con el corsé bien prieto.

En tales ocasiones se sentaba él en una silla; yo me ponía ante él, de espaldas, él me tentaba a fondo, hasta sentirse debidamente excitado. Entonces se desabrochaba los pantalones y se sacaba el miembro en plena erección, con la punta enrojecida y lista para pasar a la acción. Luego, yo misma tenía que separar la abertura de mis bragas y sostenerme las enaguas por encima de la cintura, agacharme sobre el dardo hasta sentirlo dentro de mí, tan dentro como fuera posible, y posar el trasero sobre sus muslos.

En tal postura me poseía. Solía decir que una mujer no debería jamás «gozar» dos veces seguidas en la misma postura, y me llegó a decir que si un hombre penetraba a una mujer siempre de la misma manera, terminaría por cansarse de ella mucho antes que si variaba continuamente la postura.

Después que desapareciera mi vergüenza, y cuando me hube acostumbrado a la penetración en tales posturas, descubrí que en mi propia disposición había un no sé qué de voluptuosidad; aunque Randolph nunca llegó a gustarme, no me mostraba esquiva a sus abrazos, y siempre le dejaba hacerme lo que quisiera hacer, a cualquier hora del día o de la noche, sin murmurar; a menudo solía decirme que era «una buena yegua». Randolph era de esos hombres que al pan lo llaman pan y al vino, vino.

No creo que tras mi llegada a su mansión tuviera mayor relación con las esclavas; fuera como fuese, siempre dormía conmigo, y era raro que pasase una sola noche sin que me penetrase por lo menos una vez.

A mí me habría gustado mucho más que me dejase a solas de noche, pues yo soy de las que duermen como un tronco, y odiaba que me despertase a la hora que le venía en gana para hacérmelo de tal o cual forma, por lo general de manera más bien desagradable. Fui acostumbrándome a él poco a poco, y llegué a llamarle por su nombre de pila, George, y aunque solía estar de muy mal humor y a veces se dirigía a mí con suma descortesía, e incluso de malas maneras, jamás me puso

la mano encima con intención de golpearme durante todo el tiempo que viví con él.

Randolph era uno de los propietarios más ricos de Virginia, y su familia era una de las que tenían más abolengo, pero pronto pude comprobar que no se hallaba, por así decirlo, en buenas relaciones con la «sociedad». Su carácter y aficiones libertinas eran de sobra conocidas por todo el estado, siendo el caso que ninguna mujer de alcurnia venía jamás a su casa. En cambio, a menudo daba fiestas subidas de tono, en las cuales a mí me tocaba por costumbre ocupar la otra cabecera de la mesa, enfrente de él.

En tales ocasiones, todas las mujeres jóvenes de la casa, tanto las doncellas como las camareras, se vestían con sus mejores galas, y aparecían muy bonitas con sus vestidos negros, delantales y cofias blancas; a menudo se daba el caso de que tres o cuatro de los caballeros que habían venido desde lejos se quedaban toda la noche en la casa.

Tales fiestas solían terminar por norma general con una partida de cartas en la que las apuestas eran muy elevadas; asimismo, se consumían grandes cantidades de licor, y la mansión solía convertirse en «Casa del Libertinaje», pues Randolph consentía a sus invitados que hiciesen lo que les diese la gana. Yo siempre me iba a la cama tan pronto como empezaba la partida.

Si a uno de los invitados le apetecía una de las muchachas que había visto por allí, lo único que tenía que hacer era dar cuenta de sus deseos a Randolph, quien al punto hacía venir a la damisela. El caballero, acto seguido, se la llevaba a uno de los dormitorios y la «montaba», para regresar después a la partida. Cualquiera de los invitados que se quedase en la casa a pasar la noche podía llevarse a la cama a una mujer si es que le venía en gana. De todos modos, a mí todos aquellos hombres no me trataron más que con respeto —al menos delante mío—, pues Randolph había decidido colocarme en la cabecera de su mesa, e insistía ante sus amigos en que me tratasen como si en efecto yo fuera la señora de la casa; dado que era de sobras conocida su certera puntería y su inclinación a sacar la pistola a la primera de cambio, ninguno

de los caballeros que visitaron Woodlands intentó jamás tomarse ninguna libertad conmigo, y ninguno se dirigió a mí de manera impropia.

De cómo me fueron conociendo los esclavos - La flagelación y sus voluptuosos efectos - Rosa, mi doncella, recibe unos azotes por su impertinencia - Descripción de su trasero y sus piernas - Opiniones de Randolph acerca del derecho a violar a las mujeres de color - Randolph me tiende sobre el sofá y me hace «lo de siempre»

Las semanas pasaron. Seguí bien de salud, mejoré bastante de ánimo y, en conjunto, no puedo decir que fuese desgraciada. Tenía a mi disposición muchísimos libros que leer, salía a pasear a caballo casi todos los días, muchas veces sola y algunas otras con Randolph, y en ocasiones él también me daba paseos más largos en la calesa.

De vez en cuando pasábamos unos cuantos días en Richmond, en el mejor hotel de la ciudad, e íbamos todas las noches al teatro o a algún otro espectáculo. Yo nunca había ido al teatro, por lo que disfrutaba inmensamente de las representaciones; llegué a desear de todo corazón poder subir al escenario. Se lo dije a Randolph un día, pero él se echó a reír: me dijo que yo no era más que un polluelo recién salido del cascarón, que no tenía suficientes «tablas» ni suficiente «gancho» como para poder hacer una actriz de mí.

En Woodlands solía entretenerme dando vueltas y más vueltas por toda la plantación, que era sin duda enorme: contaba con más de doscientos braceros, entre hombres y mujeres, quienes trabajaban de sol a sol en el cultivo del algodón. Randolph daba bien de comer a sus esclavos, y no los forzaba a trabajar en exceso; por lo demás, era un amo inflexible: sus cuatro capataces tenían órdenes estrictas de no dejar pasar por alto ni una sola falta, de no tolerar el menor escamoteo en el trabajo; por consiguiente, las correas, las varas de avellano y la palmeta funcionaban continuamente en la plantación, tanto sobre los hombres como sobre las

mujeres.

Los barracones de los esclavos se hallaban divididos en tres secciones: una para las parejas casadas, otra para los hombres solteros y la tercera para las mujeres y muchachas que no habían contraído matrimonio. Ahora bien, en cuanto terminaba la faena diaria, todos los esclavos, fuera cual fuera su sexo, se juntaban alrededor de una hoguera y allí pasaban buena parte de la noche cantando, bailando y tocando el banjo; era evidente que, en la práctica, abundaba entre ellos la fornicación. Con eso y con todo, no se prestaba atención a lo que ellos hicieran de noche, con tal de que a la mañana siguiente estuviesen presentes cuando se formaban los grupos de braceros para ir al trabajo.

Los esclavos no tardaron mucho en conocerme bien; como quiera que yo me interesaba por ellos y estaba en condiciones de hacerles pequeños favores, todos me mostraron su aprecio. Me gustaban aquellas pobres criaturas, buenas por naturaleza y alegres de corazón salvo después de ser azotadas.

Aunque había visto con frecuencia las huellas del látigo en los cuerpos de los fugitivos que pasaron por nuestras manos cuando dirigíamos la estación, lo cierto era que, hasta la fecha, jamás había asistido en persona a un azotamiento. Dinah, en cumplimiento de sus funciones como ama de llaves de la mansión, mantenía una estricta disciplina, viéndose a menudo obligada a llevar a alguna de las mujeres o de las muchachas en presencia de Randolph, acusada de haber cometido tal o cual negligencia u ofensa a su persona; él mismo propinaba a veces los correspondientes azotes a la pobre infractora, haciendo uso de la vara de avellano. Alguna que otra vez llegué a oír los chillidos de la culpable, pero evitaba por sistema estar presente cuando se aplicaba el castigo.

Azotar a una muchacha era algo que actuaba sobre Randolph a manera de excitante pues, tras azotar a una, solía venir a mí, caso de que me tuviera a tiro, y me penetraba con todo su vigor.

Por entonces he de reconocer que me resultó extraño, si bien de un tiempo a esta parte he tenido ocasión de descubrir

que a un hombre se le encienden sus más bajas pasiones al azotar el trasero de una mujer hasta hacerla aullar y retorcerse de dolor; en caso de no poder aplicar el varapalo por su propia mano, les complace asistir al castigo. Es un hecho curioso, pese a estar fuera de toda duda, y viene a demostrar qué seres tan crueles sois los hombres.

Ya he mencionado que una de las mulatas de piel más clara, que atendía al nombre de Rosa, fue puesta a mi disposición en calidad de doncella. Esta muchacha había sido con anterioridad la favorita de Randolph pero, desde que yo llegué a Woodlands, el amo no la había tocado una sola vez.

Cuando Rosa descubrió que había caído en desgracia y que estaba obligada a servirme, se apoderó de ella el resentimiento. Lo cierto es que la pobre muchacha se puso amargamente celosa; me dio muestra de su desprecio y me vejó cuanto pudo desde el primer momento, portándose conmigo de forma desabrida, y llegando en ocasiones a rozar la más completa impertinencia. Yo, en cambio, soporté siempre su mal humor y traté de ser amable y comprensiva con ella, intentando por todos los medios caerle en gracia, ya que sentía por ella y por todas las demás esclavas verdadera compasión. No obstante, no pude hacer nada que la apaciguara y la congraciara conmigo: se mostró invariablemente hosca e irrespetuosa, aun cuando me las había arreglado para hacer que todas las demás mujeres y muchachas me apreciaran.

Sabía perfectamente que con sólo dar cuenta de ella a Randolph la castigaría duramente, pero como quiera que no tenía ningunas ganas de buscarle problemas, no dije una sola palabra. Rosa tenía veinte años; como era mulata y no tendría más que un octavo de ascendencia negra, no era más morena que una morena normal y corriente; su tez, de hecho, era de un tono oliváceo, y en las mejillas se le adivinaba una sombra rosada. Tenía un perfil bien redondeado, el pecho turgente y las caderas anchas, los pies pequeños y las manos muy suaves, ya que nunca había trabajado en los campos. Tenía el cabello largo, ondulado y espeso, los ojos grandes y castaños, muy suaves, los dientes blancos y regulares, los

labios rojos, carnosos y húmedos. Su voz era mesurada y musical, pero no tenía ni un ápice de educación: no sabía leer ni escribir, y hablaba con el consabido acento de los negros.

Una mañana, mientras me ayudaba a vestir, parecía estar de peor humor que de costumbre; mientras me cepillaba el pelo, me dio tantos tirones que me vi obligada a decirle que anduviera con más cuidado. Se lo dije con toda gentileza, pero mis protestas parecieron servir tan sólo para irritarla. Echó la cabeza hacia atrás y me dio un tirón de pelo adrede.

—A mí no me obliga nadie a cepillarle el pelo —dijo con todo su descaro—. Sólo por ser blanca se cree usted una dama muy empingorotada, aunque sea igualita que yo. No está casada con el Massa, aunque duerme todas las noches con él.

Me puse colorada de ira, me levanté y la ordené salir inmediatamente de la habitación. Y así lo hizo, si bien riéndose como una loca.

Las lágrimas me asomaron a los ojos, se me encogió el corazón y me sentí hondamente degradada. Era duro aceptar de repente que, debido a una serie de infortunios, había llegado hasta el punto de que una esclava me hablara de manera tan áspera. Claro que ¡ay!, todo lo que había dicho era verdad. En el fondo, yo era exactamente igual que ella.

Pasado un instante terminé de arreglarme el pelo, acabé de vestirme y bajé a desayunar. No tenía ninguna intención de decirle nada a Randolph, pero él se percató de que estaba dolida y me preguntó qué me pasaba.

—Ah, poca cosa —le contesté—. Es que Rosa se ha puesto algo impertinente conmigo.

Lejos de estar satisfecho con mi respuesta, insistió en enterarse qué me había hecho la chica.

Así que le conté lo que había ocurrido, a lo cual añadí que siempre me había tratado con más o menos impertinencia; le di a entender que, si hablaba con ella, seguramente se mostraría más respetuosa en lo sucesivo.

—Claro que sí; hablaré con ella ahora mismo. —Dicho esto, siguió desayunando como si no hubiese pasado nada.

No le di más vueltas al asunto, y cuando acabé de

desayunar me fui del comedor y pasé a la sala contigua, donde me entretuve un rato hojeando el periódico, mientras Randolph fumaba su cigarro. Cuando terminó, tocó la campana: llegó de inmediato una de las doncellas, llamada Jane.

—Ve a decir a Dinah y a Rosa que las quiero ver aquí ahora mismo, y tú vuelve con ellas —le dijo a la chica.

Se marchó y volvió cinco minutos después, acompañada de las otras dos mujeres. Al verlas entrar, Randolph se puso en pie con gesto severo; se dirigió a Rosa, la cual tenía pinta de estar aterrorizada.

—¡Sinvergüenza! —le dijo—. Acabo de enterarme de tu lamentable comportamiento. ¿Cómo te atreves a hablar de semejante forma a tu señora? ¿Crees acaso que voy a consentir que insultes a una dama blanca? Te estás volviendo muy respondona, pero no te apures: ya me encargaré yo de bajarte las ínfulas. Te voy a azotar ahora mismo.

Rosa se puso tan pálida como se lo permitió su tez olivácea, y asomó a sus ojos una mirada de verdadero terror, tras lo cual rompió a llorar.

—¡Oh, Massa! —exclamó—. No me azote. ¡Por favor, no me azote! Siento mucho haberme puesto respondona con la señorita. ¡Oh! Déjeme, no me azote, le prometo portarme bien; seré buena chica, no me pondré respondona nunca más —se volvió hacia mí con ademán de implorarme—. ¡Oh, señorita! Perdóneme, dígale al amo que no me azote.

Yo no quería que azotaran a la chica, de manera que le pedí a Randolph que la dejara marchar, diciéndole que estaba segura de que la muchacha sentía lo ocurrido y que no volvería a ofenderme.

Pero su amo estaba realmente encolerizado por su culpa, y no se mostró dispuesto a dejarla marchar, por más que yo se lo rogara con verdadera terquedad.

—Levántala —le espetó a Dinah.

Yo, la verdad, no tenía ni idea de qué querría decir, pero estaba claro que Dinah sí sabía qué hacer. Había «levantado» muchas veces sobre sus anchas, resistentes espaldas a las esclavas que se habían portado mal. Se acercó a Rosa, la

agarró por las muñecas y, dándose la vuelta, se echó los brazos de la chica sobre los hombros; a continuación se inclinó casi hasta tocar el suelo, levantando así los pies de la doncella, cuyo cuerpo quedó en una postura completamente doblada.

Como no deseaba por nada del mundo contemplar el castigo que le iba a ser infligido, me encaminé hacia la puerta, pero Randolph me ordenó con tono perentorio que me quedase donde estaba.

—Levántale las ropas, Jane, y encárgate de sujetárselas y de que no se le caigan mientras le doy su merecido.

Jane se puso al lado de la delincuente, le levantó las faldas, las enaguas y la camisola y se las enrolló bien por encima de la cintura.

La muchacha llevaba la ropa interior perfectamente limpia, pero no llevaba ninguna clase de bragas; de hecho, ninguna de las esclavas tenía tal prenda entre su vestuario.

Tenía un hermoso trasero, fino y bien redondeado; a causa de la postura en que se hallaba, las nalgas, grandes y rechonchas, se le alzaron como si fueran un altorrelieve, adoptando el grado idóneo para recibir el varapalo. Tenía la piel olivácea y suave, los muslos largos y torneados, las pantorrillas muy hermosas y los tobillos finos. Llevaba unas medias blancas y bien ajustadas, sujetas con unas ligas azules, y los zapatos bien limpios. Randolph se acercó a un armario, del que sacó una vara de avellano —guardaba una vara prácticamente en todas y cada una de las habitaciones —, y se colocó al lado de la pobre muchacha.

—Ahora te vas a enterar de lo que es respetar a tu señora —dijo—. Hace algún tiempo que no te doy una tunda, pero ahora mismo vas a saber lo que es bueno.

Rosa no había intentado desasirse ni había pronunciado una sola palabra mientras Dinah la «levantó» en volandas y la preparó para la zurra, pero en ese momento volvió la cabeza y miró a Randolph con unos ojos de perro apaleado, dirigiéndose a él con el tono más suplicante que se pueda imaginar:

—Oh, Massa, por favor, no azote muy fuerte a la pobre

Rosa.

Él comenzó a golpearla soltándole con tino los zurriagazos, con la misma calma con que habría apaleado a un perro. La muchacha comenzó a poner muecas de dolor, encogiendo las nalgas de una sacudida cada vez que le caía encima la vara; poco a poco fueron apareciéndole sobre la piel magulladuras largas y rojas, se le estremecieron las carnes y se puso a patalear, chillando como una posesa y exclamando a voz en cuello.

—¡Oh, Massa! ¡Oh, Massa! ¡No… oh! ¡No… me azote… tan fuerte! ¡Massa… Massa, por favor! ¡Oh, mi buen Massa…! ¡No… me azote… tan fuerte, por favor! ¡Por favor, pare! ¡Pare, por favor! ¡Me va a despellejar el culo! ¡Por favor, por favor!

La vara continuó cayéndole con fuerza, implacable, sobre el trasero, ciertamente despellejado, extrayendo de la pobre chica chillidos cada vez más agudos, haciéndola encogerse y contraerse con violencia; Dinah, al separar ligeramente las piernas y mantenerse encorvada, sujetaba a la chica dejándola indefensa. Randolph prosiguió impertérrito los azotes, Jane le sostuvo las enaguas y Dinah no dejó de agarrarla con fuerza por las muñecas, de forma que Rosa, sin dejar de chillar, de retorcerse y desgañitarse, pataleaba sin parar, pataleaba en todas direcciones, y en medio de sus contorsiones separó abiertamente los muslos, de manera que le vi el «botón» y, de cuando en cuando, alcancé a verle también el orificio rosado. Tenía la piel muy fina, y daba la impresión de que sentía el dolor en toda su intensidad, agudamente, pues seguía implorando al amo que la perdonara; Randolph, completamente ajeno a los desesperados ruegos y a las súplicas de la muchacha, siguió azotándola hasta que toda la superficie de su trasero, desde el lomo hasta los muslos, se le llenó de magulladuras encarnadas.

Luego, arrojando la vara a un rincón, dijo:

—Soltadla.

Jane dejó caer las enaguas de la destrozada muchacha y Dinah le soltó las muñecas. Ella se puso en pie sin dejar de

gemir y de menear las caderas, presa de un dolor sin duda intensísimo, mientras se secaba los lagrimones con el borde del delantal.

—Ahí tienes, Rosa —dijo Randolph—. Esta vez te he soltado bastante de prisa, pero si vuelvo a enterarme de que te has portado de manera insolente con tu señora, no te quepa duda de que te haré azotar hasta que la sangre te corra por los muslos. Ahora vuelve al trabajo.

Rosa, gimoteando sin parar, salió de la habitación cabizbaja, con las manos sobre las nalgas; las otras dos mujeres la siguieron, de forma que Randolph y yo nos quedamos a solas.

—No creo que vuelva a causarte problemas, pero si incurre en su impertinencia házmelo saber.

—¡Oh, George! —le dije—. ¿Cómo has podido rebajarte a azotar tan severamente a la pobre chica? Es un ser delicioso, y además sé de sobra que la has «poseído».

Soltó una risotada.

—Sí, la he «poseído», como tú dices, unas cuantas veces, y volveré a hacerlo si me apetece, así como la volveré a azotar cada vez que se merezca un castigo. No es más que una negra, aunque tenga la piel tan clara. Tú eres una chica del Norte, y es lógico que no entiendas cómo tratamos los sureños a nuestras esclavas. Si resulta que nos gustan, nada más sencillo que entretenernos con ellas; ahora bien, no tenemos el menor reparo en azotarlas cuando se lo merecen. Sus cuerpos nos pertenecen por entero, así que nada más sencillo que utilizarlos como más nos plazca. Yo, personalmente, no tengo mayor estima por mis esclavos que por mis perros o mis caballos.

Por más que por entonces hubiese llegado a conocer bien a Randolph, me sorprendió, y mucho, semejante declaración de principios; como quiera que fuese, no hice el menor comentario. Se hallaba de pie ante mí, y me acababa de dar cuenta de que cierta protuberancia resaltaba en determinada parte de sus pantalones. ¡Me di perfecta cuenta de lo que venía a continuación!

—Sabes, Dolly, azotar a una muchacha es algo que

siempre me excita. Así pues, voy a «poseerte» ahora mismo.

Acto seguido, me tendió sobre el sofá, me levantó las enaguas, me bajó las bragas y entró en mí con más vigor que de costumbre. Azotar a Rosa en el trasero había actuado sobre él como un potente afrodisíaco.

Cuando hubo terminado y yo me hube abotonado las bragas, subimos a nuestras respectivas habitaciones para arreglarnos. Luego ordenó que ensillaran la calesa, y salimos a dar un largo paseo por el campo, almorzamos en una granja y no volvimos a la mansión hasta que fue hora de vestimos para bajar a cenar.

Cuando subí a mi habitación me encontré allí a Rosa, como de costumbre, esperando para ayudarme en el aseo. Parecía mucho más dócil que de costumbre, y se dirigió a mí de manera humilde y sumisa. La verdad es que había sufrido una severa tanda de azotes, y el trasero debía de escocerle una barbaridad. Lo sentí mucho por ella, pues no en vano conocía yo perfectamente el efecto de tal brutalidad.

—Lo siento mucho, Rosa —le dije—. ¿Te ha hecho mucho daño?

—¡Oh, vaya que sí, señorita! —contestó al tiempo que la sacudía un estremecimiento al recordarlo—. Me ha dolido más que nunca. El amo nunca me había dado una tunda así. Dinah me ha refrotado el trasero con grasa de zarigüeya, y eso me ha aliviado un poco el daño, pero aún estoy toda escocida, y casi no me puedo ni sentar.

Me ayudó a vestirme, deseosa de agradarme en cada detalle, hablándome con todo respeto. Desde aquel día fue una muchacha completamente distinta, al menos en lo que concierne a su comportamiento para conmigo; nunca tuve la más mínima ocasión para pillarla en falta durante todo el tiempo que duró mi estancia en Woodlands.

Un banquete rabelesiano con damiselas desnudas - Una orgía impresionante - Diez camareras desnudas; su timidez y su vergüenza - Viandas calientes y escapadas con azotes en el trasero - Una carrera de lo más original se celebra por los pasillos; las inevitables secuelas

Transcurrieron tres meses durante los cuales hube de pasar por muy diversas experiencias, aparte de que tuve ocasión de contemplar cosas sin duda curiosas, pero si tuviera que relatarte todo lo que me sucedió, mi historia se alargaría en exceso.

Sin embargo, te describiré dos de los incidentes, más que nada para darte una idea aproximada de la clase de hombre que era Randolph.

Creo haberte hablado de las fiestas que celebraba a menudo en compañía de sus amigos, así como haber mencionado que tales reuniones eran siempre muy libres y relajadas.

En una de tales cenas, las diversiones tomaron un carácter mucho más licencioso de lo que solía ser habitual. Randolph había invitado a diez personas, es decir, el número de costumbre; las fiestas, incluyéndonos a nosotros dos, nunca llegaban a reunir a más de una docena.

En tales ocasiones se mostraba muy meticuloso en que todas las muchachas se presentaran correctamente ataviadas, de manera que Dinah solía hacerlas desfilar ante mis ojos para que diera mi beneplácito antes de que llegaran los invitados. Yo tan sólo tenía que encargarme de que las muchachas apareciesen correctamente vestidas; Dinah, antes de presentarlas a mi inspección, se había encargado de que todas y cada una de la chicas estuviesen debidamente aseadas y llevasen ropa interior recién lavada y planchada.

Aquel día del que te hablo, tras haberme arreglado como

correspondía a la ocasión, bajé al recibidor y pasé revista a las muchachas, comprobando que todas ellas tenían una apariencia limpia y agradable.

A continuación pasé al salón, donde encontré a Randolph arrellanado en un sillón, hojeando al desgaire un grueso tomo de Rabelais profusamente ilustrado, que por cierto le apasionaba leer.

Le comuniqué que acababa de cerciorarme de que todas las muchachas estaban encantadoras con sus trajes negros. Ante mi perplejidad, se echó a reír.

—Ah, no te apures; esta noche no se pondrán sus trajes. Acaba de ocurrírseme una magnífica idea al leer este libro. La verdad, me extraña que no se me ocurriera antes.

—¿De qué se trata? —le pregunté.

—Acabo de leer ese capítulo que relata cómo Pantagruel y sus compañeros fueron servidos en un banquete que dieron los papimanes por una bandada de damiselas desnudas. La cena de esta noche será una reproducción exacta del episodio que relata. Van a estar presentes diez caballeros; cada uno de ellos tendrá a su servicio a una damisela desnuda. Resultará sin duda muy divertido, aparte de una completa novedad que dejará boquiabiertos a mis invitados.

Por más acostumbrada que estuviese a sus extravagancias, aquella nueva salida de tono me horrorizó. Tendría que sentarme a la mesa en compañía de diez hombres, mientras la misma cantidad de mujeres lucirían sus cuerpos desnudos.

La sola idea me resultó tan repugnante que me ruboricé por completo, cosa que no me había sucedido hacía muchos días.

—¡Oh, George! —exclamé—. ¡No hagas semejante barbaridad! ¡Es demasiado vergonzoso!

—Pues sí, sí que lo haré —dijo a la vez que se echaba a reír con todas sus ganas—. Pero Dolly, ¡si te has puesto colorada! Creí que ya habías superado todas tus vergüenzas.

—Oh, es que ésta es una idea particularmente horrorosa —comenté—. Y si estás decidido a llevarla a cabo, no cuentes conmigo: no me obligues a sentarme a la mesa. Imagina tan sólo en qué horrorosa situación me pondrás al hacerme

sentar entre un montón de hombres rodeados de mujeres desnudas. ¡Ni siquiera sabré hacia dónde volver los ojos!

Volvió a reírse, pero noté en sus pupilas una mirada de severidad y tozudez que había llegado a conocer muy bien, y que daba a entender que había tomado la decisión de seguir adelante y salirse con la suya.

—Da igual hacia dónde mires o dejes de mirar —dijo—. Estás muy hermosa, y con eso basta. Tendrás que sentarte a la mesa en el lugar de costumbre, y mostrarte completamente ajena al hecho de que las mujeres vayan desnudas. Ninguno de mis invitados te insultará de palabra o de mirada.

Seguí resistiéndome, pero él me ordenó con toda su severidad que me callara de una vez, ya que, si no, iba a ser peor. Y le hice caso, pues aún me daba más miedo cuando se ponía así, ya que le conocía bien y sabía que no era un hombre que se parase en barras; se me pasó por la cabeza la idea de que si seguía poniendo objeciones bien podría metérsele entre ceja y ceja la idea de azotarme a mí.

Hizo llamar a Dinah y le comunicó cuáles eran sus intenciones; le ordenó que tuviera desnudas a diez de las esclavas más jóvenes, dándole a continuación los nombres de las diez que quería, que eran las más hermosas. De ellas, siete eran mulatas con un cuarto de ascendencia negra, y las otras tres mulatas con sólo un octavo de sangre negra, una de las cuales era Rosa. Dinah recibió las órdenes, así como otras de sus instrucciones, con un aire impertérrito, como si aquella atrocidad no fuera con ella.

—De acuerdo, Massa —dijo—. Las chicas estarán preparadas.

Luego salió de la habitación.

Eran casi las siete, y los invitados habían empezado a llegar. Linos vinieron a caballo, otros en calesa; pasado poco tiempo estuvieron todos presentes. Todos los caballeros me eran más o menos conocidos; al entrar al recibidor, me estrecharon la mano con suma cortesía. Eran de todas las edades; el más joven tendría unos veinticinco años, y el más viejo pasaba de los cincuenta. Muchos eran solteros, pero yo sabía que también venían algunos casados.

Dinah, con un atildado vestido negro y una cofia blanca e inmaculada, hizo su aparición trayendo una bandeja de cócteles; mientras los invitados sorbían sus bebidas, Randolph se dirigió a ellos con una amplia sonrisa.

—Caballeros, supongo que la mayor parte de ustedes habrá leído a Rabelais. Quienes hayan ojeado su obra recordarán sin duda la descripción del banquete que dieron a Pantagruel en la isla de Papimania. Tengo la intención de que la cena que hemos de celebrar esta noche sea, en la medida de lo posible, una réplica de aquel célebre banquete. Creo estar en condiciones de obsequiarles con tan buenas viandas y tan buen vino como el que dio Homenas a Pantagruel y sus compañeros. Asimismo, estoy seguro de que las camareras serán de su agrado. Puede que no sean tan claras de piel como las damiselas de Papimania, pero en todos los demás aspectos descubrirán que las «doncellas» responden a la descripción que se menciona en el libro. Son «muchachas prietas» de carnes, en perfectas condiciones, lindas, zumbonas, listas para la acción.

Los hombres que habían ojeado a Rabelais y sabían por tanto qué les esperaba, se echaron a reír y aplaudieron de buena gana, si bien los que no conocían el libro parecían estar confusos. Sin embargo, al conocer más o menos las costumbres de Randolph, adivinaron que iba a ocurrir algo sin duda divertido. En breve se anunció que la cena estaba lista; el más anciano de los invitados, un caballero llamado Mister Harrington, del cual yo sabía que había criado a sus hijas, me ofreció el brazo para conducirme al comedor, que estaba profusamente iluminado. Los otros hombres nos siguieron, y todos tomamos asiento a la mesa, que estaba hermosamente decorada con flores y resplandeciente de plata y cristal.

Randolph ocupó su asiento en un extremo de la mesa; yo me coloqué enfrente, y cinco de los invitados se sentaron a cada lado.

Cuando todos estuvieron cómodamente dispuestos, Randolph hizo sonar una campanilla que había junto a su cubierto, y entonces se abrió la otra puerta del comedor.

Entró Dinah, seguida por diez mujeres jóvenes desnudas cuyos largos cabellos, negros o castaños oscuros, les caían sueltos sobre los hombros; cada una de las chicas, sin vacilar, se situó detrás de cada uno de los huéspedes. Dinah les había indicado dónde debían colocarse. Todas, sin excepción, daban claras señales de estar avergonzadas, pues si bien habían pasado por las manos de los caballeros en diversas ocasiones, de una en una y en la intimidad del dormitorio, jamás se habían visto desnudas de pies a cabeza ante los ojos de cierto número de personas. Algunas de las chicas se pusieron coloradas: ese enrojecimiento era fácil de ver en sus mejillas oliváceas; otras bajaron la mirada, dubitativas, en tanto todas ellas se colocaron las manos sobre la entrepierna.

Yo me sentí tremendamente incómoda, asaeteada por toda clase de escalofríos y rubores; se me encendieron las mejillas. Los hombres sonreían, lanzándose divertidas miradas unos a otros y mirando todos con ojos brillantes a las muchachas desnudas. Algunas eran delgadas, otras más regordetas, otras altas, otras de tamaño medio y algunas incluso bajitas, pero todas ellas eran hermosas, tenían las formas bien torneadas, las tetas firmes y redondas y los traseros espléndidos, en tanto el resplandor de las lámparas, al dar sobre sus pieles oliváceas y suaves, o casi blancas en algunos casos, relucía. El vello que les cubría la entrepierna era, en todos los casos, negro o castaño oscuro; una de las mulatitas de piel más clara, llamada Fanny, a la que habían azotado dos días antes, aún mostraba en el trasero los rayazos de color rosa que le había dejado la vara. Rosa era la más bonita de todas las muchachas; tenía asimismo el mejor perfil y era la de color más claro; por consiguiente, era la que atraía mayores miradas de admiración. La cena no tardó en iniciarse; las muchachas, dirigidas por Dinah, se ajetreaban con los platos, o llenaban las copas de *champagne*. Algunas, al no estar acostumbradas a servir la mesa, se mostraban más bien torpes; cuando quiera que una de ellas cometía un error, recibía de Randolph, al pasar a su lado, un resonante palmetazo en el trasero que la hacía saltar y soltar un chillido, llevándose la mano al lugar del golpe.

Ahora bien, ninguno de los invitados se fijó en estos incidentes, pues siguieron todos charlando y riendo completamente despreocupados, como si estuvieran perfectamente acostumbrados a que les sirvieran la mesa unas cuantas mujeres desnudas, así como a que las zurrara otro de ellos cuando quiera que cometían un error. Para mí fue una prueba casi insufrible. Permanecí sentada con los ojos clavados en el plato, con el rostro completamente colorado, fingiendo comer y sin escuchar apenas la conversación de Mister Harrington, el anciano caballero que me había acompañado al comedor y que se hallaba sentado a mi derecha. No dejó de charlar conmigo, si bien me di cuenta de que no paraba de mirar lascivamente el pecho y el ancho trasero de Rosa, la cual se movía graciosamente por aquí y por allá. Estaba claro que le había despertado el deseo mucho más que ninguna de las otras chicas; no me cupo ninguna duda de que más tarde mi hermosa doncella habría de verse poseída por el viejo sátiro. La cena duró un buen rato, pero por fin se dio por concluida y los caballeros pasaron al salón a tomar café y fumar sus cigarros, en tanto la conversación evolucionó hacia los esclavos, el precio del algodón y otros temas por el estilo.

Los hombres no hicieron ninguna clase de comentarios impropios, aun cuando sus lúbricos ojos no perdían detalle de las muchachas, repartidas en diversas actitudes por todo el salón.

Cuando terminaron de fumar pasamos todos a otra sala; a las chicas se les ordenó que nos siguieran. Yo traté de escabullirme, pero Randolph me ordenó que me quedara. Dijo a sus invitados que tomaran asiento en una hilera de sillas situadas a un extremo de la habitación y, cuando todos hubieron ocupado sus sitios, hizo posar a las chicas en diversos grupos, con los brazos entrelazados, unas de pie, otras arrodilladas, algunas tumbadas cuan largas eran, de modo que pudiera vérselas por delante y por detrás. Estas *poses plastiques* agradaron notablemente a los espectadores, que comenzaron a relamerse al presenciar cada uno de aquellos lascivos *tableaux*, no sin aplaudir estruendosamente;

las muchachas, totalmente perplejas ante lo que se les estaba obligando a hacer, miraban tímidamente a los hombres con sus grandes ojos bovinos. Por fin, Randolph agotó su ingenio y su inventiva; creí en ese momento que por fin volvería a vestir a las muchachas pero no fue así. Aún no había acabado de maltratar sus desnudeces.

—Ahora, caballeros —dijo—, si quieren pasar al corredor podrán presenciar una fantástica carrera de yeguas. Algunas están más bien gordas, pero me atrevería a decir que podré hacerlas correr al máximo de sus posibilidades.

Los hombres, riendo ostensiblemente, alborotados todos como niños, salieron en tropel de la estancia y se apostaron a intervalos, a ambos lados del largo y espacioso corredor. Las carreras se iban a librar por tandas; consistían en ir hasta un extremo y volver, y repetir la operación. Antes de dar la salida a las muchachas, Randolph se hizo con un pesado látigo que hizo restallar repetidas veces, y les advirtió que corrieran tan aprisa como les fuera posible. Entonces, cuando hubo designado la primera tanda, ocupó su lugar a mitad de camino, y cuando las muchachas pasaron a su lado azotó el trasero de cualquiera que, en su opinión, no se estuviera esforzando al máximo; el contacto del látigo hacía soltar agudos chillidos a las víctimas y les hacía aumentar su velocidad, al tiempo que una marca roja aparecía de inmediato sobre su piel, allí donde había caído el extremo del látigo.

Los hombres se excitaron cada vez más, riendo y animando a las muchachas por las que habían apostado; las muchachas recorrían el corredor como almas que llevase el diablo, con el pelo suelto a sus espaldas, las tetas balanceándose y los traseros en un puro meneo.

La tanda final la ganó una mulata alta y esbelta, de veintiún años de edad, llamada Jenny.

Después que las participantes en la carrera hubieran descansado, se celebró lo que Randolph dio en llamar una «carrera con jinetes». Las cinco muchachas más robustas hubieron de llevar a las espaldas a las otras cinco, la cuales se sostuvieron echando los brazos al cuello y las piernas en

torno a la cintura de sus respectivas «monturas».

Esta vez, la carrera consistió en ir hasta el final del corredor y volver; todos los asistentes apostaron grandes cantidades en las muchachas que les apeteció.

Se dio la salida y comenzó la carrera; los caballeros dieron toda clase de gritos mientras contemplaban tan extraordinario espectáculo. ¡Cinco mujeres desnudas avanzaban tambaleándose por el corredor a toda la velocidad que les daban las piernas, y cada una de ellas llevaba a las espaldas a otra mujer desnuda!

Los músculos de las nalgas y los muslos de las porteadoras retemblaban a causa del esfuerzo, en tanto las piernas de las que cabalgaban, al estar completamente separadas a causa de la postura en que se aferraban a sus «yeguas», dejaban ver el vello de la entrepierna. Y prácticamente todos los traseros estaban marcados bien por las huellas de los dedos de Randolph, bien por el rojo chicotazo del látigo. Dos de ellas tenían ambas clases de marcas y, cuando todo hubo terminado, tan sólo tres de las diez muchachas habían conseguido salvar los traseros de las palmetadas y los zurriagazos.

Los hombres rebrillaban de sudor, tenían los rostros colorados, y pude darme perfecta cuenta de que se hallaban en un estado de gran excitación sensual. Tras una dura batalla, la carrera la ganó una robusta mulata de veinticinco años de edad llamada Eliza, que llevaba a la muchacha más joven de todas, una mulata fina y bien formada, llamada Helen, que contaba tan sólo dieciocho años.

Luego volvimos a la sala; a las muchachas se les permitió sentarse, y Randolph ordenó a Dinah que les diera a cada una un vaso de agua y otro de vino. Todas ellas tenían mucha sed, algunas estaban llorosas y dos o tres se frotaban el trasero; las que habían actuado de caballos estaban casi sin resuello y jadeaban trabajosamente, con lo cual el pecho les subía y les bajaba en un verdadero tumulto, en tanto el cuerpo entero se les había humedecido por el sudor. Tan pronto como hubieron recobrado la respiración, se les ordenó a las diez ponerse en fila y con las manos en los costados.

—Ahora, caballeros, ¿querrán elegir cada uno a una muchacha, bien para pasar un rato con ella o bien para toda la noche? Sírvanse ustedes mismos —dijo Randolph.

Los hombres, entre risas y bromas, comenzaron a escoger; cuando dos o tres deseaban a la misma muchacha, se solucionaba la disputa echando una moneda al aire.

Rosa fue la más solicitada; cinco de los hombres, incluido Mister Harrington, mostraron sus deseos de hacerse con ella, y al final fue el anciano caballero, por ser el de mayor edad de la reunión, el que pudo llevársela. Una vez hecho el reparto, cada uno de los hombres, al cual siguió sumisamente la muchacha desnuda que le había tocado, abandonó la estancia y se dirigió a uno de los dormitorios del piso de arriba.

Randolph y yo nos quedamos a solas.

Estaba encantado con las diversiones que había organizado aquella noche.

—Oh, Dolly —dijo entre risotadas—, ¡qué divertido ha sido todo! Nunca había practicado este juego. Pero volveré a prepararlo algún que otro día; cuando así sea, todas las mujeres de la casa, sin excepción, participarán desnudas en las carreras.

Yo no me sentí nada propensa a la risa. Me había sentido vejada, incómoda durante toda la noche, mucho más a la vista de tantos traseros desnudos, de tantos pechos al aire, de tantos «botones» a la vista, todo lo cual me produjo una sensación de asco. A una mujer no la excita jamás la desnudez de otras mujeres. Al menos, a mí no.

—Creo que ha sido todo de lo más horroroso, una auténtica vergüenza —comenté.

—Me importa un comino lo que tú opines —me contestó —. A mí me ha complacido, y mis invitados se han divertido mucho: eso es lo que me importa. Pero has de saber que ha sido todo sumamente excitante, estoy muy cachondo y me duele la herramienta por haberla tenido dura durante tanto tiempo, así que me la voy a ablandar de inmediato. Te voy a «poseer» sentada, para no arrugarte ese bonito vestido que llevas.

Tras decirlo, se sentó y se sacó el miembro; lo tenía ciertamente erecto, la punta roja y descubierta.

—Ven acá, Dolly. Ya sabes qué has de hacer —dijo con impaciencia.

Vaya que si sabía qué tenía que hacer. Le di la espalda, me levanté las enaguas por encima de la cintura y abrí la raja de las bragas tanto como me fue posible, dejando al descubierto todo el trasero; monté a horcajadas sobre sus muslos y me incliné sobre su miembro erguido, que él guió por entre mis muslos hasta colocarlo en su lugar; acto seguido, el solo peso de mi cuerpo bastó para forzar el arma dentro de la vaina hasta las cachas.

Me asió por la cintura, por debajo de las enaguas, mientras yo, poniéndome de puntillas, realicé todo el esfuerzo hasta que el espasmo hizo presa en mí y sentí el cálido torrente que me inundaba por dentro. Luego me eché hacia atrás, y reposé jadeando sobre su pecho. Tan pronto como hube recibido todo lo que tenía que darme en aquel momento, me bajé de su regazo, me coloqué las bragas en su sitio y me agité las enaguas para arreglarme el desorden, pues alguno de los invitados podía aparecer en cualquier momento. Habíamos terminado justo a tiempo, pues acabábamos de sentamos cuando hizo su aparición uno de los caballeros, seguido poco a poco por los demás, hasta que se hubieron reunido todos excepto tres, los cuales habían preferido pasar toda la noche con la muchacha que les había caído en gracia. A las otras muchachas, después de ser penetradas, se les permitió irse a sus dependencias. Dinah trajo una bandeja con licores y los caballeros saciaron su sed. Entonces se sentaron a despachar la partida de costumbre, momento que yo aproveché para escabullirme e irme a la cama, feliz de apartarme de los hombres, a pesar de que ninguno me hubiera dicho ninguna grosería durante toda la velada.

Era ya muy tarde o, mejor dicho, muy temprano, cuando se acostó Randolph. Yo estaba completamente dormida, pero me despertó dándome repetidos pellizcos en el trasero; pasado un instante me estaba trabajando con vigor. Como yo

estaba muy cansada y medio dormida, no respondí lo más mínimo a sus embates, de modo que, al terminar, se dirigió a mí de malas maneras.

—Maldita sea, Dolly, pareces un tronco. Ni siquiera has movido el trasero al final. ¿Qué demonios te pasa?

Le dije que no me pasaba nada, que sólo tenía sueño. Gruñó alguna obscenidad y me dio la espalda, durmiéndose en el acto; yo no tardé nada en hacer lo mismo.

Las facultades copulatorias de Mister Harrington - Randolph marcha a Charleston en viaje de negocios - Me quedo al frente de la casa, con instrucciones de azotar a quien se tercie sin perdonar a nadie - Soy testigo de nuevos azotamientos - De cómo azotaban los capataces a las mujeres que delinquían - De cómo toleran el castigo unas mujeres y otras - Descripción del trasero de las mulatas

A la mañana siguiente nos despertamos temprano, y después de que él se fuera a su vestidor entró Rosa a ayudarme, como de costumbre. Mientras me cepillaba el cabello, le pregunté cómo le había ido con Mister Harrington durante la hora que pasó con él. Ella me miró, y en su hermoso rostro vi una expresión ciertamente cómica.

—Oh, señorita —contestó a la vez que soltaba una risita—; se lo voy a contar con pelos y señales: el anciano caballero no vale para nada. No pudo hacerme nada de nada. Y miré que lo intentó y que lo intentó, pero no hubo forma. Me palpó por todas partes, me hizo cosquillas con el dedo, y eso me hizo menearme, y me obligó a frotarle a él, pero no sirvió de nada; su cosa no se le puso tiesa como para entrar en el sitio. Luego me hizo tumbarme boca abajo, y me dijo que tengo un culo pero que muy rico, y me preguntó si el Massa me sacudía a menudo. Le dije que a veces sí. Se echó a reír, me dio uno azote y me dio dos dólares, me dijo que era una zorra muy bonita, que me compraría si el Massa quisiera venderme —yo sonreí, y Rosa prosiguió su relato—. Pero, por favor, señorita, dígale al Massa que no me venda al caballero. Ahora estoy contenta con usted, y no me quiero ir de la plantación. He nacido aquí.

Le dije que estaba segura de que el amo no estaría dispuesto a vender a nadie a una chica tan guapa como ella. Pareció complacida por lo que le dije y se fue toda sonriente.

Bajé a desayunar y me encontré en el comedor con Randolph; poco después aparecieron los tres caballeros que se habían quedado a pasar la noche.

Me saludaron con toda cortesía, sin el menor rastro de vergüenza, pese a lo cual me sentí más bien incómoda al tener que hacer frente a sus miradas. La cocinera había preparado un desayuno fastuoso, al cual todos los presentes hicimos justicia. Las tres camareras que nos atendían daban una sensación sorprendente de limpieza y de frescura, pues aunque habían tomado parte en las «carreras» y habían sido «utilizadas» no eran las tres a las que habían hecho trabajar durante toda la noche.

Cuando terminamos de desayunar y los hombres fumaron sus respectivos cigarros, trajeron las calesas; los caballeros se despidieron de mí y con sonrisas melosas agradecieron a su anfitrión los agradables entretenimientos nocturnos que les había proporcionado. Luego se marcharon a sus respectivas casas. Randolph salió a dar una vuelta por la plantación, en tanto yo me dirigía a la biblioteca, donde me encerré a entretenerme con una novela.

Unos días después de las «carreras», Randolph se enteró de que debía ir a Charleston por un asunto relacionado con el envío por barco de su carga de algodón. Así pues, dijo a Dinah que le preparara la valija con todo lo necesario para pasar diez días fuera. La misma mañana en que se fue de Woodlands me habló de los esclavos, me dijo que de ninguna manera me entrometiera en el trabajo de los capataces, que no hiciera ningún comentario sobre su manera de dirigir la mano de obra, pero me otorgó plenos poderes sobre las mujeres y los niños de la casa. Y me dijo que si cualquiera de ellos se portaba de forma indebida, podría, con ayuda de Dinah, azotar yo misma al infractor o enviarlo a los capataces para que se encargaran ellos del castigo. En tal caso debía enviar una nota al encargado, en la cual era preciso que especificase qué instrumento de castigo había de emplearse, fuera la correa de cuero, la vara de avellano o la palmeta, aparte de estipular el número de azotes que debería recibir el culpable.

Le dije que me encargaría de las mujeres, pero que jamás azotaría a ninguna con mis propias manos, y que tampoco estaba dispuesta a hacerlas azotar por los capataces. La sola idea de que una mujer adulta recibiera azotes me repugnaba en lo más hondo, y aún me repugna, si bien considero que a los niños, sean del sexo que sean, conviene sacudirles cuando es menester. Randolph partió de la plantación, y yo me alegré de ser por un tiempo mi única dueña y señora. Me agradó poder ir y venir a mis anchas, no estar permanentemente a disposición y capricho del amo, pues en todos los aspectos, se mirase como se mirase, Randolph era mi amo, tal como te he contado, y en todo momento me daba más o menos miedo.

Pasaron varios días sin incidentes dignos de notar. Dinah se mostró muy atenta conmigo, y no tuve problemas con el resto de las mujeres. Me dediqué a leer mucho, y casi todas las tardes daba un paseo por los campos a lomos del viejo caballo que me había regalado Randolph. Había aprendido a montar bastante bien, pero siempre me ponía un poco nerviosa con sólo estar a lomos del caballo. También paseaba a pie por la plantación, y veía trabajar a la mano de obra bajo la vigilancia de los capataces, cada uno de los cuales llevaba un látigo. Estábamos en plena época de recogida del algodón, y las encargadas de hacerlo eran todas mujeres. Cada una de ellas tenía que recoger determinada cantidad cada día; a la hora en que terminaba la jornada, las recolectoras llevaban sus cestas al cobertizo en que pesaban el algodón; allí, uno de los capataces se encargaba de revisar el trabajo diario de cada esclava.

Se pesaba a conciencia cada una de las cestas para descubrir si contenían la cantidad mínima establecida; de no ser así, la mujer que no hubiera cumplido ese mínimo era azotada en el acto allí mismo; se le daban doce azotes. No se admitían excusas, y esos castigos se infligían siempre con la correa, que causaba más daño que los otros instrumentos a pesar de no cortar ni herir la piel. Oí en cierta ocasión que uno de los capataces dijo ser capaz de azotarle el trasero a una zorra negra durante media hora sin hacerle una sola gota de sangre, para dejarle la piel más suave que una cebolla

pelada. Las recogedoras eran setenta en total; casi todas las tardes una o dos, y a veces tres y cuatro, recibían los azotes por no haber recogido la cantidad requerida. Te describiré con detalle lo que vi uno de aquellos días, pero ten en cuenta que se trataba de algo que ocurría a diario y no sólo en la plantación de Randolph, sino en la mayoría de las plantaciones del Sur, si es que no en todas.

A menudo he oído hablar a personas —no sureños— defender la esclavitud y sostener que es una institución perfecta, si bien se trata de personas que jamás han visto la esclavitud tal cual es, en toda su crudeza. Hoy en día, solo pensar en la esclavitud me indigna. En fin, al grano.

Una tarde volvía yo de dar una vuelta y pasé por casualidad cerca del cobertizo de pesaje a la hora en que terminaba la jornada y las mujeres llevaban sus cestas de algodón a pesar. Me detuve a contemplar la escena; al haber un seto bien tupido entre el camino por el que yo venía y el cobertizo, no me vio nadie, si bien yo pude verlo todo por entre la pantalla de hojas. Me sabía de memoria las reglas de la plantación; mientras veía llegar en fila a las mujeres confiaba de todo corazón que trajeran el peso mínimo. Todas eran mujeres de edades comprendidas entre los catorce y los cuarenta. Algunas estaban casadas, pero la mayoría eran solteras; eran de muy diversas tonalidades, las más de ellas negras, pero también había algunas mulatas y otras pocas más claras, casi blancas. Todas ellas eran mujeres fuertes, de aspecto saludable; vestían sencillas batas de algodón de distintos colores; llevaban en la cabeza, por lo general, una pañoleta de alegre colorido, si bien algunas de las más jóvenes, y sobre todo las más claras de color, llevaban viseras o sombreros de paja de ala ancha; así como todas llevaban medias y zapatos. Llegaban por el sendero con las cestas sobre la cabeza, conversando y riendo como si no les importase nada de nada; me di cuenta, sin embargo, de que algunas tenían una expresión grave, y pensé que eran probablemente las que se habían dedicado a remolonear, las que no estaban del todo seguras de traer el mínimo de algodón exigido. El capataz, con un cuaderno en la mano,

ayudado por cuatro esclavos, estaba ante el cobertizo, junto a un par de básculas de buen, tamaño. Las mujeres llegaban de una en una, y cada cual entregaba su cesta al encargado del pesaje. Si el peso era correcto, el capataz tachaba su nombre de la lista, y ella se iba a su choza, libre de hacer lo que quisiera hasta la mañana siguiente, pero si la cesta no daba el peso mínimo, el capataz hacía una señal junto a su nombre y le ordenaba quedarse. El pesaje se hacía a buen ritmo, de forma que pasado un tiempo se habían marchado todas las mujeres a excepción de seis pobres esclavas, cuyas cestas quedaron por debajo del mínimo. Sabían de sobra qué les esperaba, y aguardaban en fila de a una, todas entristecidas y tres que además gemían con desconsuelo.

De haber tenido yo un mínimo de autoridad en la plantación, habría salvado a las mujeres de los azotes, pero por desgracia no la tenía. Si me hubiera mostrado ante el capataz en ese momento y le hubiera rogado que dejara marchar a las infractoras, que no les diera el castigo estipulado, se habría reído en mi cara. Conocía a todas las pobres esclavas: tres eran negras, dos mulatas y la última una mulatita muy clara de piel.

El capataz no les dedicó el más mínimo comentario, ni ellas hicieron ningún intento por excusarse de su falta; sabían de sobra que ninguna excusa les habría salvado. Se volvió hacia la mujer cuyo nombre figuraba en primer lugar, y le espetó una orden que más pareció un ladrido:

—Túmbate.

La mujer, sin dudar un instante, se tendió sobre el suelo cuan larga era. Dos de los hombres se arrodillaron y la sujetaron por las muñecas, en tanto los otros dos hacían lo propio con los tobillos. Era una mujer robusta, grandona, negra como el carbón, de cuarenta años, casada. Tenía dos hijas igualmente recias, recogedoras en el mismo grupo que ella. Las dos chicas, que rondarían los veinte años, habían traído el peso exigido, y se alejaron a cierta distancia del cobertizo, pero al ver que el capataz retenía a su madre se detuvieron en el acto, se quedaron la una junto a la otra y asistieron en silencio a los azotes. Me atrevería a decir que no

era la primera vez que presenciaban tal espectáculo. Miembros de la misma familia, de ambos sexos, eran a menudo azotados en presencia de sus congéneres en todas las plantaciones del Sur. El capataz le levantó a la mujer sus ligeras ropas, una falda, una especie de enaguas y una áspera camisola, dejando al aire sus enormes posaderas. Tenía un trasero de dimensiones descomunales, tan grueso que estaba todo lleno de hoyuelos. Sus muslos eran colosales, y las piernas inmensas; su piel negra, sin embargo, era más bien suave, y brillaba como ébano bruñido. Era la primera vez que veía el trasero de una mujer completamente expuesto, y he de decir que fue una visión que me dejó asombrada.

El capataz se sacó del cinto una correa de cuero de unos dos pies y medio de largo por tres pulgadas de ancho y un octavo de pulgada de grosor; acto seguido, le sacudió a la negra doce zurriagazos seguidos. El cuero restalló con violencia, como si cada azote fuera un disparo.

Le corrieron las lágrimas por las mejillas; sus gruesas nalgas le temblaron de forma involuntaria; aparte de eso, no movió un solo músculo ni profirió un solo grito mientras duraron los azotes; cuando el capataz terminó, se dirigió hacia sus hijas; ellas la abrazaron, cada una por un lado, y se fueron las tres juntas. Me fijé que sobre la negra piel se le habían formado unas listas largas, anchas y lívidas.

La siguiente de la lista era la mulatita más clara: una muchacha delgada, bastante guapa, que no tendría más que dieciocho años. Estaba ciertamente aterrorizada, las lágrimas le rodaban por las mejillas, y no se colocó en posición cuando se lo ordenó el capataz.

—Tumbadla —dijo.

Los hombres la agarraron al instante, y en un momento se vio boca abajo sobre el suelo, con las enaguas subidas hasta las axilas. Tenía el trasero pequeño, con las nalgas en forma de pera, y en la parte superior de sus muslos, entre ambos, se abría un pequeño hueco por el cual asomaba el vello negro que le sombreaba el «botón».

Recibió su correspondiente docena, y si bien el capataz no la zurró con la misma fuerza que a la negra, la pobre chica se

retorció, arqueó el lomo cuanto pudo y aulló a pleno pulmón desde el primer correazo hasta el último; cuando todo hubo terminado, su culito oliváceo se le había puesto del color rojizo del atardecer. Nada más ponerse en pie, bailó un poco por el dolor que debía de sentir, y después se alejó toda rígida, gimiendo sonoramente, con ambas manos apretadas sobre las nalgas.

La tercera de las culpables era una robusta mulata de unos treinta y cinco años. Se tendió sobre el suelo con sumisión en cuanto se lo ordenaron, y el capataz tardó muy poco en darle su ración de correazos. Tenía un trasero grande, redondo, rechoncho, la piel suave, pero con un tinte amarillento, en absoluto agradable. La correa restalló sobre el pandero, le dejó las doce listas rojas correspondientes, la hizo retorcerse, crispar las facciones de la cara y gritar, pero no chilló a voz en cuello.

Las otras infractoras, dos negras de treinta y siete y treinta años de edad respectivamente y una muchacha mulata de unos veinte, pasaron a disposición del capataz de igual manera. Las negras aguantaron el castigo con cierta entereza, en tanto la mulata se retorció y chilló, armando casi tanto jaleo como la mulatita más clara.

Por tanto, a partir de los azotamientos que vi durante mi residencia en el Sur llegué a la conclusión de que las esclavas de piel más clara tienen la piel más fina que las de color más negro, y que, por lo tanto, aquéllas sufren mucho más que éstas cuando son azotadas. Es más: el azotamiento de las mujeres llevado a cabo por los hombres, aparte de cruel e indecente, era también, en mi opinión, una forma de castigo sumamente injusta. Por ejemplo: si a una mulata de las más claras, de esas que parecen casi blancas, y a una negra de ascendencia completamente negra, ambas de la misma edad y complexión física, se les hace padecer exactamente el mismo castigo, la mulata sufrirá mucho más que la negra.

Cuando el capataz hubo terminado de azotar a la última infractora y ella se hubo alejado entre gemidos y lamentos, dijo a sus ayudantes que se fueran a sus barracones, enrolló la correa y se la colgó del cinto, para alejarse después

plácidamente en dirección a la caseta de los capataces. Aquellos cuatro hombres vivían juntos, y no me cabe la menor duda que mantenían relaciones carnales con las mejores muchachas que trabajaban en el campo. El otro, en cambio, se había mostrado perfectamente impasible mientras duraron los azotes, sin que la visión de aquellos traseros desnudos agitándose y retorciéndose sin parar, con movimientos aparentemente lascivo, por efecto de sus latigazos, le excitase lo más mínimo; la verdad es que azotó a aquellas pobres mujeres con tan pocos escrúpulos como si estuviese azotando a unos perros. Sin embargo, habida cuenta de que ése era su trabajo diario, estaba bastante acostumbrado; no creo que nunca llegara a percatarse de la crueldad de su acción. La esclavitud tenía un efecto estremecedor sobre las gentes del Sur, ya que acababa por privarles de toda consideración moral; los sureños no llegaban a ver a los esclavos como seres humanos. A menudo oí a los blancos decir cosas tales como que «un negro no es mejor que un puercoespín». En fin, veo que vuelvo a desvariar.

Randolph se retrasa - Dinah quiere azotar a otra mujer - Sus opiniones acerca de los efectos disciplinarios del castigo - Crueldades para con un pobre animal - Mi primera experiencia en azotar a los demás - La temprana pubertad de la hembra de color - Los deleites de Dinah

A la hora que era ya se habían ido todos; me quedé sola viendo cómo también desaparecía la luz del crepúsculo. En los oídos aún me resonaba el eco de los restallidos del látigo sobre las carnes de las mujeres, y durante un buen rato aún me imaginé que seguía oyendo desgarrados chillidos de dolor. Sentía compasión por ellas, pero mis sentimientos de conmiseración no eran ya tan agudos como lo fueron meses atrás. Me había terminado por acostumbrar a ver azotar a las mujeres, aunque la verdad era que jamás había visto hacerlo así a seis seguidas, una detrás de la otra. Lo cierto era que desde que ocurriera mi propio y vergonzante azotamiento, y los acontecimientos que de él se desprendieron, mi carácter se había endurecido.

Volví a la mansión sin encontrarme con nadie y subí a mi habitación, donde me estaba esperando Rosa. Me cambié de ropa y me lavé la cara; después de que me cepillara el pelo bajé al comedor. Cené con mi apetito de costumbre, aunque no pude evitar que de cuando en cuando me rondaran la cabeza las escenas de las que acababa de ser testigo. Después de cenar me entretuve leyendo un rato, hasta que llegó la hora de irme a la cama. A la mañana siguiente recibí una carta de Randolph, en la cual me hacía saber que por determinados asuntos de negocios tenía que ir a Nueva Orleans, y que no sabía por cuánto tiempo iba a verse retenido. Tal noticia no me asustó. Él me traía sin cuidado, así que no le iba a echar de menos y me alegró el saber que los días sucesivos iban a ser enteramente míos, sin verme

obligada a rendirme en brazos de aquel hombre. Un abrazo tranquilo y en la cama de cuando en cuando estaba bien, pero me desagradaba que me penetrase de día, vestida de pies a cabeza, y eso era lo que Randolph solía hacerme. Era un hombre poseído por fuertes pasiones sensuales, y cualquier cosa le excitaba: un párrafo leído en un periódico, un grabado visto en un libro, o un pasaje en el que hubiera posado la vista por casualidad, el solo hecho de verme los tobillos cuando menos lo esperaba. Le excitaba cualquier minucia, y a causa de sus caprichos me veía yo forzada en las posturas más ridículas que se puedan imaginar.

Después del desayuno me fui a la biblioteca con intención de contestar a su carta; cuando hube terminado de escribir entró Dinah con aire de estar muy molesta. Me contó una larga historia acerca de cómo Emma, una de las mulatas que ayudaban en la cocina, había descuidado últimamente sus labores.

—La he regañado —dijo Dinah—, pero a ella le da igual lo que le diga, y la muy negraza, respondona y deslenguada se ha metido conmigo, que soy la ama de llaves de Woodlands —añadió; me di cuenta de que el pecho le subía y le bajaba acompasadamente, a causa de la cólera que la poseía. Los mulatos siempre se referían despectivamente a cualquiera que tuviese la piel más negra que ellos mismos. Prosiguió—: Ahora, señorita, hágala llamar; yo me encargo de «levantarla» y usted le da una buena azotaina con la vara de avellano.

—No, Dinah; no puedo hacer tal cosa —dije yo.

—Bueno, pues entonces la manda al capataz.

—No, eso tampoco.

Dinah pareció quedarse de una sola pieza. No alcanzaba a entender por qué no iba a azotar yo a la muchacha con mis propias manos ni la iba a mandar tampoco al capataz.

—Pero señorita —dijo—, si a esa mozuela no la azotan por haberse portado con ese descaro, todas las demás mozuelas negras se pondrán respondonas conmigo, y yo ya no podré hacerles guardar el orden.

A duras penas pude contenerme al oír el desprecio con

que hablaba Dinah de las mozuelas negras. Aunque ella misma era una esclava, sujeta por tanto a recibir sus correspondientes azotes en cualquier momento, caso de cometer una infracción, tenía en muy alta estima su propia importancia dentro de Woodlands.

—Espera a que Mister Randolph vuelva a la casa, entonces cuéntale a él lo de Emma, y seguro que se encarga gustosamente de azotarla.

A Dinah no le satisfizo mi sugerencia, así que añadió que si no me apetecía azotar a la muchacha con la vara ni estaba tampoco dispuesta a mandarla al capataz, por lo menos podía darle una zurra con la zapatilla.

Pero como quiera que yo no condescendí ni siquiera en ese punto, se marchó hecha un torbellino y murmurando acerca de mi blandura con las «putañeras negras respondonas».

Pasó una semana sin acontecimientos dignos de especificar, tras la cual se produjo un pequeño incidente que me causó considerables molestias y que me obligó a hacer algo que no había hecho en toda mi vida.

A mí me complacía leer al aire libre siempre que el tiempo lo permitiera; una de aquellas tardes soleadas, tras coger un libro, me marché a una zona muy recoleta y apartada dentro de la plantación, en la cual había un pequeño lago, o más bien, una charca rodeada de hermosos lirios y de macizos de flores de otras muchas clases. A orillas del lago había un cenador cubierto de enredaderas, amueblado con un par de tumbonas muy mullidas y una mesa baja. Era un sitio de lo más confortable, y uno de mis lugares de descanso preferidos.

Al acercarme a la charca vi en la orilla dos niños arrojando piedras contra algo que se debatía en el agua. Yo conocía a los niños, pues los dos vivían en la casa; eran hermanos, cuya madre, una magnífica mulata llamada Margaret, trabajaba en las cocinas; como quiera que tanto el niño como la niña eran de piel mucho más clara, su padre, quien quiera que fuese, tenía que ser blanco. El niño tenía once años, y la niña trece. No tenían nada que hacer en la

charca, por lo que supuse que, nada más verme, echarían a correr, pero como estaban tan absortos ni siquiera se dieron cuenta de mi llegada.

Cuando me hube aproximado lo suficiente al lago, vi que estaban apedreando nada más y nada menos que a un gatito que, en cuanto conseguía llegar a la orilla, volvían a arrojarlo al agua, para ser de nuevo blanco de sus pedradas.

A mí me gustan mucho todos los animales, sobre todo los gatos, y cualquier crueldad contra un ser indefenso es algo que me hace hervir la sangre. Así pues monté en cólera, eché a correr hasta la orilla y recogí al animalillo en cuanto hubo llegado a tierra, poniéndolo a salvo con la esperanza de que llegara a recuperarse. Pero las pedradas lo habían herido seriamente; lo vi dar las últimas boqueadas y morir allí donde lo había dejado.

Me sentí más encolerizada que nunca y, yendo donde estaban los dos niños, que ni siquiera habían intentado escapar —pues una fuga tampoco los habría salvado—, cogí a cada uno de una mano y los llevé al cenador con la intención de darles una buena zurra.

Eran esclavos y pertenecían a la casa, con lo cual se hallaban bajo mi autoridad. Tal como dije antes, creo que a todos los niños les viene bien cierto castigo corporal de cuando en cuando y, en mi opinión, los dos chicos que habían apedreado al gatito hasta matarlo se merecían una buena tunda en premio a su horrorosa crueldad. Y muy en especial se la merecía la niña, por cuanto teñía edad suficiente para haberse dado cuenta de lo que estaba haciendo, y por haber sido ella la que había metido a su hermano pequeño en semejante trastada. Regañé enérgicamente a aquellos dos tunantes, y terminé diciéndoles que les iba a propinar a los dos una buena zurra.

No me dio la impresión de que se asustaran: se quedaron en el sitio, mirándome fijamente con sus grandes ojos castaños, sin decir palabra. Supuse que los dos habrían recibido alguna que otra azotaina con anterioridad, y después me enteré que unas tres semanas antes a la niña la había zurrado Dinah, siguiendo órdenes de Randolph, por haber

hecho alguna ratería. Los dos tenían la piel muy clara: el niño era un chaval de complexión recia, vestido con camisa y pantalones de algodón; la niña era muy bonita, tenía el pelo largo y rizado y lo llevaba suelto sobre los hombros; tenía puesto un vestido rosa que le llegaba justo debajo de las rodillas, con lo cual le dejaba ver las piernas, enfundadas en unas medias de algodón blanco. Me senté en un sillón y me quité las zapatillas; ordené al niño que viniera y me obedeció al punto. Yo no había zurrado nunca a un niño, pero recordaba bien la posición en que me solía colocar mi padre para castigarme, así que cogí al niño en volandas y lo tendí sobre mis rodillas. Le desabroché los pantalones, se los bajé hasta las rodillas y le subí la camisa, dejándole las posaderas al aire.

Me quedé mirando el trasero diminuto y mofletudo que tenía vuelto al aire encima del regazo, y le pasé la palma de la mano dos o tres veces sobre la piel suave y olivácea. En ese momento me asaltó el deseo de saber cómo tendría el miembro un muchachito de su edad, así que le metí la mano por debajo de la barriga y le agarré de la «cosa», que al tacto me pareció una gruesa y cálida lombriz. Tras haber satisfecho mi curiosidad, pasé a cumplir con mi obligación. Lo sujeté poniéndole el brazo izquierdo sobre el lomo y le apliqué la zapatilla sobre las nalgas tan bien como supe; cada golpe le dejaba una marca roja sobre la piel y le arrancaba un penetrante aullido. Empezó a dar pataletas y a intentar escurrirse, chillando como un energúmeno: le sujeté con firmeza y le seguí zurrando hasta dejarle el trasero como un tomate. Luego lo arrodillé en el suelo, con los pantalones bajados y el trasero vuelto hacia mí, diciéndole que no se moviera hasta que yo le diera permiso. No intentó dar un paso siquiera, y se quedó clavado donde lo dejé, llorando a todo llorar con los puños sobre los ojos, en tanto sus diminutas y enrojecidas nalgas le retemblaban a causa de los sollozos que lo sacudían a cada tanto.

Mientras le di al niño su merecido, su hermana, con un semblante perfectamente impertérrito no me quitó ojo de encima y, cuando le dije que viniera, lo hizo sin vacilar un

solo momento. La sujeté, la puse en posición y me dije que la iba a obligar a mostrar algún que otro sentimiento antes de haber acabado con ella. Le levanté sus cortas y escasas ropas, descubriéndole al punto el trasero, pues no llevaba bragas. Todo lo que llevaba puesto estaba perfectamente limpio. Aunque contaba poco más de trece años de edad, estaba considerablemente bien desarrollada. Antes de ponérmela sobre las rodillas me había fijado en que el pecho comenzaba a henchírsele bajo su prieto corpiño; ahora, al mirarle el trasero, su tamaño me dejó bastante perpleja. Aparte de eso, lo tenía bien torneado; las nalgas, firmes y respingonas, sobresalían trazando dos magníficas curvas, y los muslos estaban también muy bien torneados. Para ser una muchacha tan joven tenía buenas piernas; la piel era suave, agradable al tacto, de un hermoso tono oliváceo. Le metí la mano por debajo y le tenté el «botón», y al descubrir que tenía una buena mata de suave vello, estuve prácticamente segura de que la muchacha había alcanzado la pubertad. Las mulatas, y, de hecho, toda mujer por cuyas venas corra un ápice de sangre negra, son casaderas a edades muy tempranas. Comencé a zurrarle, soltándole los zurriagazos con fuerza considerable, lo cual la hizo poner caras de dolor y retorcerse un poco, aunque aguantó en silencio unos cuantos trallazos, para ponerse después a chillar y a patalear, al tiempo que se llevaba las manos al trasero con la intención de escudarse las nalgas de los golpes. La cogí por las muñecas y se las sujeté con firmeza con la mano izquierda, azotándola sin piedad por más que se meneara y se retorciera, balbuceara y suplicara, su piel olivácea fue tintándose más y más de rojo a cada zurriagazo que le daba, y en el cenador resonaban sus chillidos y los restallidos de mi zapatilla sobre su trasero, cuya carne era tan firme y elástica como quepa imaginar. Pese a todo, no sentí ninguna compasión por aquella cruel muchachita, de forma que, sin hacer caso de sus súplicas y sus gritos, le di la zurra más tremenda que le he dado a nadie en toda mi vida; cuando terminé de aplicarle el castigo, le dejé el trasero del color de la grana, desde el lomo hasta los muslos.

La hice arrodillarse al lado de su hermano y sujetarse las faldas por encima de la cintura; me puse las zapatillas y me recosté en el sillón, respirando hondo para recobrar el resuello tras el ejercicio, que había sido más que considerable, pues no me fue fácil sujetar a la niña, que no dejó de dar pataletas y de debatirse mientras la tuve en el regazo a la vez que la sacudía. Mientras descansaba un instante, contemplé las rojas marcas que había dejado en los traseros de los dos niños. El chico había parado de llorar, aunque todavía sollozaba de cuando en cuando, mientras la niña, que debía de sentir un considerable escozor, gemía a voz en cuello. Pasado un tiempo, les dije que podían irse, y se pusieron en pie de inmediato; la chica dejó caer sus faldas y el chico se abotonó los pantalones. Salieron cabizbajos y renqueantes del cenador y se fueron a la casa.

Sentí cierta satisfacción tras haber dado su castigo a aquellos dos arrapiezos, así que me puse cómoda, con las piernas encima de una silla, y comencé a leer la novela que me había traído.

Pasé una hora o así leyendo tranquilamente, tras lo cual volví a la mansión. Esa noche, después de cenar, mientras estaba sentada en el salón pequeño, vino Dinah a preguntarme cómo deseaba resolver ciertos asuntos relacionados con la casa. Después de darle las instrucciones que consideré pertinentes ella no se fue, sino que permaneció en el sitio, enredándose el delantal y mirándome como si quisiera decirme algo.

—¿Qué es lo que quieres, Dinah? —le pregunté.

—Oh, no quiero nada, señorita —contestó—. Sólo decirle cuánto me alegro de que haya sacudido a esos dos salvajes. El garito que mataron me pertenecía a mí.

—¿Cómo has sabido que los azoté yo? —le pregunté.

—Ah, es que vinieron a la casa llorando a todo llorar y frotándose los traseros, y nos contaron que la señorita los había sacudido en el cenador por haber apedreado a un garito.

Sonreí, y le pregunté a Dinah si sabía quién era el padre de las criaturas. Dinah sabía todo lo relacionado con

Woodlands, y me informó de que el padre era un hombre blanco que en otros tiempos había sido capataz en la plantación. A continuación le hice otras preguntas, y como ella estaba siempre dispuesta a charlar conmigo a la primera de cambio, me contó diversas curiosidades acerca de las andanzas de las esclavas, tanto de las mujeres como de las niñas. Asimismo me relató toda suerte de particularidades, las cuales yo no había podido saber antes, acerca de ella misma y de la familia Randolph. A Dinah le deleitaba oírse hablar, y utilizaba en tales ocasiones muchísimas más palabras de las que habrían sido necesarias, de manera que te haré un breve resumen de lo que me contó.

Tenía exactamente la misma edad que Randolph, pues habían nacido de hecho el mismo día, hacía treinta y cinco años. Su madre fue la nodriza de Randolph, y de niños se habían criado casi juntos, jugando a menudo el uno con el otro. Pero cuando George llegó a la adolescencia pasó a ser su joven amo, en vista de lo cual ella tuvo que someterse a todos sus caprichos. Él era hijo único, y sus padres lo habían malcriado, pues le dejaban hacer todo lo que le viniera en gana. Fue un chico muy precoz, y antes de cumplir los quince años ya había empezado a toquetearla; siempre que ella le ofendía, adrede o sin querer, la arrojaba al suelo, le levantaba las enaguas y le zurraba a conciencia.

Cuando tenían los dos dieciocho años la desvirgó, y continuó poseyéndola siempre que le vino en gana durante tres años consecutivos. Después él se fue de viaje a Europa. Pasó fuera un par de años, y a su regreso apenas volvió a mantener relaciones carnales con ella.

Cuando ella contaba veinticinco años de edad se casó con un mulato que era algo mayor, y desde ese instante Randolph no volvió a tocarla. Claro que, tal como lo expresó ella, de modo muy sentencioso, «el Massa George tenía en la casa todas las chicas que le diera en gana».

Cuando Randolph tenía treinta años, murieron sus padres en un breve lapso de tiempo, y él pasó a ser el amo de Woodlands. Al producirse ese acontecimiento Dinah ya había enviudado y desempeñaba las funciones de doncella

principal, pero pasado un tiempo Randolph la nombró ama de llaves, dándole así cierta autoridad sobre las otras esclavas de la casa, si bien jamás dudó lo más mínimo en azotarla cada vez que su conducta no le agradaba. Sin embargo, habían pasado casi dos años desde la última vez que la azotara.

Dinah, una vez empezaba, podía continuar charlando toda la noche, contándome toda suerte de detalles acerca de Woodlands y sus habitantes, pero, como quiera que yo empecé a tener sueño, la despedí y subí a acostarme.

Aprendo ciertas cosas de las anteriores inclinaciones copulatorias de Randolph - Salgo a dar un paseo a caballo y me veo penetrada pese a llevar puesto mi ceñido traje de montar - Me azota y vuelve a montarme - Respondo a sus embates y proporciono gran satisfacción al sureño Barbazul

A la mañana siguiente recibí una carta de Randolph en la cual me hacía saber que llegaría en un plazo de tres días; me decía también que le tuviese preparada una buena cena a la hora de costumbre, que incluyera sopa de «gumbo[2]», estofado de tortuga y patos silvestres asados. Le gustaban mucho esos tres platos, dos de los cuales —la sopa de «gumbo» y el estofado de tortuga— sólo podían prepararse a la perfección en los estados del Sur.

Hice llamar a Dinah y le dije que el amo venía de regreso; asimismo, le transmití las órdenes que había dado respecto de la cena, y le dije que advirtiera a la cocinera y a sus pinches que se esmerasen al máximo. Como quiera que Randolph era un distinguido *gourmet*, se mostraba muy picajoso con la preparación de todos los platos que le agradaban, y si una cocinera, por culpa de un descuido, estropeaba uno, le ponía el trasero al rojo vivo.

Después de comer, el mismo día en que esperaba su regreso, me entrevisté con Dinah, quien me comunicó que ya tenía la tortuga y los patos silvestres, y que las cocineras habían puesto manos a la obra.

Sólo eran las dos de la tarde y, como no esperaba que Randolph llegase antes de las seis, decidí que me sentaría bien dar un paseo a caballo. Me quedaba tiempo de sobra para una buena trotada y para asearme y vestirme antes de su llegada. Sabía de sobra que me reprendería duramente si no me encontraba lista para cenar y sentada en el recibidor esperando a que llegara. Así pues, tras ordenar que me

ensillasen el caballo y me lo trajesen al jardín, subí a mi dormitorio y, con ayuda de Rosa, me enfundé el traje de montar junto con una camisa corta que me quedaba por encima de las rodillas y una casaca color azul oscuro. Me puse un sombrerito de fieltro color castaño y unos guanteletes del mismo tono. Rosa siempre se quedaba boquiabierta cuando me ayudaba a ponerme el traje de montar; esta vez, mientras me ayudaba a abrocharme los pantalones sobre mis anchas caderas, se echó a reír.

—Uy, uy, uy, señorita —me dijo—. Qué gracia me hace verla con esos pantalones prietos. Le marcan toda la figura, hasta parece que va desnuda.

De todos modos, cuando estuve preparada, la muchacha me miró de arriba abajo con un gesto de admiración, y comentó que me encontraba «pero que muy encantadora». Y creo que puedo decirlo sin rebozo: ciertamente me quedaba bien el traje de montar. Bajé al jardín donde uno de los mozos de cuadra hacía pasear a mi caballo llevándolo del ronzal. Empezaba a envejecer, pero aún era un animal hermoso, un bayo pura sangre oscuro con motas negras que me conocía bien, pues solía ir a verlo al establo todos los días para darle migas de pan, terrones de azúcar y rodajas de zanahoria, todo lo cual parecía gustarle mucho. El mozo me ayudó a montar, tras lo cual eché a trotar. Nunca me hacía acompañar por un hombre.

Hacía un día frío y soleado, el viejo caballo estaba fresco, pero completamente sumiso; mientras trotaba con calma, diríase que a sus anchas, por la avenida, y después por una carretera bien pavimentada, la brisa me abanicaba las mejillas; los ojos se me irritaron un poco por la acción del viento y me sentí de un humor inmejorable. Cabalgué unas siete millas hasta llegar a una granja, en donde desmonté y tomé un vaso de leche, mientras el caballo abrevaba y masticaba un poco de alfalfa. Después de un breve descanso, volví a montar y me encaminé, al paso, hacia Woodlands, adonde llegué a las cinco en punto.

El caballerizo me estaba esperando en la terraza; al ayudarme a desmontar me dijo que «el Massa» había

regresado hacía ya una hora. Entré en la casa a todo correr y fui derecha al recibidor, donde me encontré a Randolph arrellanado en el sofá.

—¡Oh, George! —exclamé—. Siento muchísimo no haber estado en casa cuando llegaste, pero es que no te esperaba hasta las seis.

Temí que estuviera muy molesto por no haberle estado esperando, pero me alivió verlo de un magnífico humor.

—No te preocupes, Dolly —dijo—. No tiene importancia.

Levantándose del sofá, me tomó en sus brazos, me levantó del suelo y me plantó un cálido beso en la frente, de forma muy afectiva. Rara vez me besaba; cuando se dignaba hacerlo, sus besos eran ásperos y lascivos. Aquella ternura y aquel beso tan efusivo me cogieron por sorpresa; me dije que si llegara a tratarme un poco más como se trata a una mujer, en vez de ver en mí sólo un objeto con el cual satisfacer sus pasiones, podría llegar a gustarme un poco.

Claro que su ternura no duró mucho tiempo. En seguida le descubrí en los ojos aquella mirada sensual y lasciva que tan bien había llegado a conocer: paseó la vista por las curvas de mis pechos y la silueta de mis caderas, tan claramente definidas por el ceñido traje de montar. Pasó un instante antes que me hablara.

—Te encuentro más fresca que una rosa, y el traje resalta tu figura a la perfección. De hecho, te encuentro tan apetitosa que te voy a «tomar» en este preciso instante, exactamente como estás.

—¡Oh! —exclamé, ciertamente perpleja—. ¡Qué incomodidad! Llevo puestos los pantalones y las botas altas; sube conmigo a mi habitación y permíteme por lo menos despojarme de ellos.

—No, no voy a subir a tu habitación —dijo entre dos carcajadas—. Tengo la intención de quedarme aquí mismo contigo, y de hacértelo exactamente como estás. He «tomado» a infinidad de mujeres con toda clase de trajes, vestidas o desnudas, pero nunca he «tomado» a una con traje de montar. Como ves, será una novedad absoluta, lo cual ha de aumentar por fuerza la intensidad de mi placer. Por si fuera

poco, no he tocado a una sola mujer desde que me fui. Quítate el sombrero y los guantes, pero déjate lo demás tal como está.

Cuando lo vi por primera vez aquella tarde, no era reacia a darme un revolcón, después de tres semanas de abstinencia, y si me hubiera llevado al dormitorio, me hubiera permitido desvestirme y, después de tenderme en la cama, me hubiera penetrado como es debido, habría disfrutado bastante. Pero me sentí molesta por la aspereza con que se había dirigido a mí, y disgustada por tener que someterme a sus deseos tal y como estaba, vestida de pies a cabeza.

Como quiera que fuese, sabía yo de sobra que sería inútil poner reparos, así que me despojé del sombrero y de los guantes y esperé con paciencia su próximo movimiento. Se quitó el gabán y el chaleco y me obligó a apoyarme sobre el respaldo de un sillón bajo y ancho, descansando las manos sobre el asiento. No me extrañó, pues en otras ocasiones ya me había colocado de semejante forma sobre una silla. Acto seguido me levantó los faldones de la camisa hasta las axilas y, como quiera que mi cuerpo entero estaba curvado por la postura que me había hecho adoptar, quedé con el culo en pompa y los pantalones muy prietos. Tras manosearme con torpeza por debajo del corsé, me desabrochó los pantalones y, con cierta dificultad, me los bajó hasta la caña de las botas; me sujetó la camisa con cuidado y me dejó dispuesta para el ataque. Siempre le había gustado contemplarme; me tentó el culo, me lo acarició y me lo estrujó.

—Vaya, vaya, Dolly; parece que tienes el culo más jugoso, más tierno, más blanco que nunca, así que antes te lo voy a poner colorado con unos pocos azotes.

Al oírle decir eso, me entró miedo. Jamás me había propuesto una cosa así. Levanté la cabeza y le miré por encima del hombro.

—Por favor, por favor, no me azotes, no puedo soportar el dolor —le supliqué.

Pero ni siquiera intenté moverme de la postura en que me había colocado. De una u otra forma, nunca pude resistirme a sus deseos.

—No te haré daño —dijo—. Tan sólo te haré sentir un agradable cosquilleo.

Se puso a azotarme, no con mucha fuerza, pero sí con la suficiente para que la piel me picase más de lo que me hubiera podido gustar; me atizó los correazos tan sólo en una de las nalgas, sin llegar a tocarme la otra.

Cuando me hubo trabajado toda la superficie, desde lo más alto hasta el nacimiento del muslo, se detuvo.

—Fíjate, Dolly —dijo con una risotada—: tienes una nalga colorada como una rosa, y la otra blanca como un lirio. El contraste me resulta delicioso. Qué pena que no puedas verte el trasero.

Puso de nuevo manos a la obra y me azotó la nalga blanca hasta que también se me tornó de un color rosáceo, pero no puedo afirmar que tan sólo sentí un agradable cosquilleo; de hecho, el trasero me escocía una barbaridad. Y aunque resulte extraño que yo lo diga, ese ligero azotamiento había excitado en mí una sensación de lo más voluptuosa, que me hizo sentir ansias por recibir sus acometidas. Se desabrochó los pantalones, me hizo separar ligeramente los muslos, me asió por la cintura con sus manazas e, inclinándose un poco, apoyó la «cosa» en el «botón», entre los muslos. Me sostuvo con tanta fuerza que apenas me dejó moverme, su barriga prieta contra mi trasero, y comenzó a penetrarme con fuerza, entregándome entera toda la longitud de su miembro, en tanto yo, apretando un muslo contra el otro, sujetaba el arma con firmeza dentro de su vaina, al tiempo que arqueaba con brusquedad el lomo, de adelante hacia atrás, para hacer frente a sus poderosas acometidas. Trabajó con mucho garbo, y yo le di toda la ayuda que pudo necesitar, de forma que en cuestión de segundos se produjo la crisis suprema. Descargó copiosamente, mientras yo me retorcía y meneaba el trasero como una posesa hasta que todo hubo terminado. En ese momento cedieron mis rodillas; habría llegado a desplomarme de no ser porque él me sostuvo. Me ayudó a ponerme en pie.

—Éste ha sido de los buenos, ¿eh, Dolly? Y tú has cumplido muy bien con tu parte —comentó.

Sonreí, me subí los pantalones, me los abroché mientras él hacía lo propio y se ponía el chaleco y el gabán. No sé si durante su ausencia había tocado a otra mujer o no, pero, fuera como fuese, el revolcón que me dio ese día fue el más vigoroso de cuantos recibí de él.

Me gustó, aunque, si por mí hubiese sido, habría preferido hacerlo como debe ser, en una cama. Desde entonces, he podido aprender por experiencia que todos los hombres tienen sus caprichos: les gusta cambiar continuamente, y les encanta «hacer el amor» a las mujeres en toda clase de posturas. Pero a las mujeres no les fascina precisamente «hacerlo» en posturas extravagantes y con la ropa puesta; prefieren que se las abrace a la antigua, tumbadas de espaldas en una cama, desnudas o, si acaso, con un camisón.

Fuimos a nuestras respectivas habitaciones y nos vestimos para cenar, reuniéndonos en el comedor a las siete en punto. Fue una cena excelente: las cocineras se habían empleado a fondo, y la sopa de «gumbo», el estofado de tortuga y los patos asados, así como las demás viandas, estaban preparadas a la perfección; como quiera que los dos teníamos hambre, hicimos justicia a todos los platos, así como al *champagne* y los otros vinos. Me preguntó cómo se habían comportado las mujeres durante su ausencia; le dije que no me habían dado ningún quebradero de cabeza. Luego le conté cómo había azotado a los dos niños por haber matado al gatito. Le hizo mucha gracia y se rió a mandíbula batiente cuando le narré con pelos y señales todo el asunto; dijo que me tenía por un ser tan dócil y sumiso que me había creído incapaz del coraje necesario para zurrar a los niños yo sola.

«Estilo cuchara» - La ironía del destino de la mujer - Me fuerza en el lugar en que, cuando era virgen, defendí mi honor - Se rompe la calma - Dinah recibe una espantosa tanda de azotes - Su majestuoso trasero

Después de cenar, cuando pasamos al salón, me contó que había tenido serios problemas con sus negocios, debidos por lo visto a lo revueltas que estaban las relaciones entre el Norte y el Sur. Randolph, al igual que todos los sureños en aquella época, aborrecía a los norteños, y se refería a ellos con sumo desprecio, llamándolos «malditos yanquis». Comentó también que, en su opinión, no era probable que se atrevieran a llevar las cosas hasta las últimas consecuencias.

Dado que yo era una yanqui, no me gustaba lo más mínimo oírle referirse a los yanquis con semejante desprecio; en mi fuero interno estaba convencida de que sabrían defender su causa hasta el final frente a los sureños. De todos modos, no entré en discusiones sobre ese tema. Hacía ya algún tiempo que abandoné todo intento de discutir con Randolph, pues cada vez que yo sostenía una opinión distinta de la suya, me decía sistemáticamente que no tenía ni idea de qué estaba hablando, para ordenarme a continuación que me callara la boca.

Transcurrió la velada y a las once subimos a acostamos; antes de dormir, me hizo tumbarme de costado en tanto él, también de costado, se situó a mis espaldas, rodeándome con los brazos y con la barriga desnuda apretada contra mi trasero, igualmente desnudo, de manera que su miembro, rígido, pasara por entre mis muslos hasta colocarse en su sitio. Tomando una teta en cada mano, me penetró. Era ésta una de sus posturas favoritas cuando estábamos en la cama; solía llamarla «estilo cuchara». A la mañana siguiente, después de desayunar, salió a inspeccionar la plantación para

ver cómo habían marchado las cosas durante su ausencia. Comprobó que todo estaba en orden, así que volvió de buen humor a la hora de comer; después ordenó que preparasen la calesa con un tiro de dos caballos, y salimos a pasear. Hacía una tarde calurosa y brillante, así que se internó por los caminos más sombreados, y resultó que pasamos muy cerca de la vaguada donde me asaltó.

Detuvo los caballos y, señalando el lugar con el extremo del látigo, soltó una carcajada.

—¿Te acuerdas de este sitio, Dolly?

¡Vaya si me acordaba! Pensé en aquella desesperada lucha que sostuve para no perder mi virginidad, la virginidad que, a la postre, tuve que poner en sus manos.

—Me acuerdo perfectamente —repliqué—. ¿Crees acaso que habría podido olvidarlo?

Él volvió a reírse.

—Qué manera de patalear, de chillar y pelearte; la verdad es que me dejaste sorprendido. Jamás habría creído que una mujercita como tú fuera capaz de tanta resistencia. Fue un combate de lo más excitante y sólo pensar en ello me ha excitado tremendamente, por lo que tengo la intención de penetrarte sobre la hierba.

No dije nada, pero me puse a pensar. Me iba a pasar por la piedra exactamente en el mismo sitio en el que una vez pude resistir con éxito a su ataque. Era una amarga ironía del destino.

Bajó de la calesa y amarró los caballos a un árbol; me bajó en volandas, me llevó a la vaguada y me tumbó sobre la hierba. Tras unos escarceos amorosos, me puso en posición, me subió las enaguas y me montó con violencia, haciéndome botar bajo su peso.

—Ah, Dolly —dijo cuando hubo terminado—, si me hubieras dejado cabalgarte así aquella vez te habrías ahorrado el encuentro con los azotacalles y la penosa situación de verte con el trasero dolorido y montada en el riel.

Opté por no contestar; puse orden en mis ropas, que estaban todas revueltas, subimos a la calesa y proseguimos

nuestro paseo tras esa interrupción, sin llegar a la casa hasta que fue hora de vestirnos para cenar.

Pasaron los días y en la plantación todo fue como la seda. Las mujeres no dieron mayores problemas: de hecho, se portaron tan bien que, desde que volvió Randolph, a ninguna hubo que levantarle las enaguas. Me refiero a subírselas para darles una azotaina, pues no me cabe la menor duda de que casi todas, o puede que todas, se las vieron levantadas una u otra noche para la consabida penetración nocturna. Corrió mucho amor camal, dado que a cierto número de mujeres y jovencitas les fue permitido salir de la casa todas las noches, por turno, hasta las diez y media. Si alguna se retrasaba, era la propia Dinah la que la llevaba a presencia de Randolph a la mañana siguiente, quien o bien azotaba a la infractora o bien la enviaba a ver al capataz. A esos azotes se sumaba otro castigo adicional, y es que no se le permitía salir de la casa una sola noche, durante todo un mes. Así pues, era muy raro que una mujer se quedase fuera pasada la hora marcada para su regreso.

Pero la calma que había durado tantos días se encrespó una tarde por el soplido de una brisa repentina. Creo que algo no había salido bien en la plantación; no sé de qué se trataba, pero lo cierto es que Randolph, que había pasado fuera un par de horas, volvió a casa de un humor de perros. Me riñó porque dio la casualidad que llevaba puestas unas zapatillas bajas, sin tacones; me preguntó qué demonios pretendía andando así por la casa, descalza sin herrar, «¡como cualquier sucia putañera negra!». Cuando se hubo calmado un poco, me informó que tenía una cita de negocios con cierto caballero —uno de los propietarios de las plantaciones de la vecindad—, e iban a encontrarse hora y media después en cierto cruce de caminos, a escasas millas de Woodlands. Estaba a punto de hacer sonar la campanilla para ordenar que le ensillaran el caballo cuando apareció Dinah por la puerta para hacerme alguna consulta acerca de la cena.

Contesté a su pregunta y, según salía ella de la habitación, Randolph le dijo que ordenase que le tuviesen preparado el caballo en ese mismo instante. Subió después a vestirse,

bajando media hora después con su traje de montar. El caballerizo, sin embargo, no había traído el caballo, así que Randolph se echó caminar de acá para allá, resoplando de pura impaciencia, mirando el reloj de bolsillo cada dos por tres y asomándose continuamente por la ventana, preguntándose qué habría ocurrido, cómo era que no le traían el caballo, convencido ya de que iba a faltar a la cita y jurándose que, de ser así, haría azotar al mozo de una forma que no olvidaría en lo que le quedara de vida.

Por fin hizo sonar la campanilla en un arrebato de furia, le dijo a la doncella que contestó a su llamada que hiciera venir a Dinah y, cuando se marchó la muchacha, se dirigió a mí en un tono perverso.

—Sospecho que esa mujer ha debido de olvidar dar recado a los establos.

Apareció Dinah con un aire de lo más calmo, plácido incluso.

—¿Has ordenado ensillar mi caballo? —le espetó Randolph de malas maneras.

En el rostro de la pobre mujer apareció una expresión de verdadero terror.

—No Massa. Se me ha olvidado —dijo con una vocecilla débil, a la vez que miraba a su amo asustada y temerosa de lo que se le venía encima.

Le dio un ataque de rabia —era un hombre extremadamente violento—, se le hincharon las venas de las sienes, y los ojos le centellearon de pura indignación.

—¿Ah, sí, eh? ¿Te has olvidado, eh? —exclamó—. ¡Te voy a enseñar yo a olvidar mis órdenes!

Se abalanzó sobre Dinah, quien estaba ya completamente acobardada, la agarró por el brazo y, dándole un tirón, se sentó en el sofá y arrojó a la mujerona sobre sus rodillas, como si hubiera sido una niña pequeña.

Por la sorpresa que se le dibujó en el rostro me pude dar cuenta de que se había quedado helada de pavor, a pesar de lo cual no intentó desembarazarse de Randolph. Suplicó una sola vez: «¡Oh, Massa, por favor!», y se dejó hacer, quedándose muy quieta sobre las rodillas de Randolph,

apoyadas las manos en el suelo a un lado del amo y los pies por el otro.

Con un solo movimiento del brazo le arrojó las enaguas por encima de la cabeza, ocultándole el rostro por completo y dejándola desnuda desde la cintura hasta las ligas.

Dinah, mujer alta y robusta, tenía, como era de esperar, unas posaderas descomunales. La verdad es que su trasero era esplendoroso: ancho, hondo, rollizo a más no poder y, como estaba colocada en una postura bastante forzada, sus dos enormes medias lunas llegaban hasta la altura del pecho de Randolph. Tenía unos muslos enormes, redondos, musculosos; las pantorrillas parecían estar a punto de reventarle la piel que las cubría, a punto de hacer saltar por las costuras las prietas medias de algodón que llevaba puestas. Su piel era de un oscuro tono oliváceo y parecía muy sana; llevaba muy limpia la ropa interior. Sujetándole con firmeza, el brazo izquierdo sobre el lomo desnudo de la negra, comenzó a azotar a la mujer, elevando la mano tan alto como podía y atizándola una y otra vez con todas sus fuerzas. Cada vez que la mano caía de plano sobre aquel trasero descomunal se oía un tremendo chasquido cuyo eco recorría toda la habitación; sobre la piel se le veían, al instante, las huellas rojas de la mano con todos los dedos marcados. Dinah hacía muecas de dolor bajo el terrible impacto de las palmetadas, sus carnes rechonchas temblaban como si fueran gelatina, pero no pronunció una sola palabra, ni soltó un grito, ni tampoco intentó llevarse las manos atrás para cubrirse las nalgas. Él prosiguió azotándola despiadadamente y, un momento después, sacó la cabeza por debajo de las enaguas, volvió la vista y miró a su amo con una expresión suplicante y llorosa en sus ojos grandes y bovinos. Se le había caído la cofia, se le había soltado el pelo, le temblaban los labios, por las mejillas le rodaban gruesos lagrimones y se retorcía y trataba de arquear el lomo, presa del dolor pero callada como un muerto.

Él continuó descargando sobre su trasero un chaparrón de manotadas; las rojas huellas de sus dedos fueron extendiéndose por la interminable superficie de su trasero,

hasta que no le quedó sin tocar un solo centímetro de piel. La entereza de Dinah terminó por ceder, y comenzó a soltar tenues grititos y a dar pataletas al tiempo que meneaba convulsivamente las caderas de un lado a otro, y se llevaba las manos a las nalgas, tratando en vano de escudarse de la tremenda azotaina, sin dejar de susurrar súplicas y ruegos a su amo.

Por fin terminó la tunda de azotes, y Randolph empujó a la pobre mujer al suelo, donde quedó inmóvil y llorosa, todavía con las enaguas por la cintura, de forma que su gran trasero enrojecido siguió expuesto. Pasado un instante, se puso en pie, se secó las lágrimas del rostro enrojecido con ayuda del delantal, se atusó el pelo y recogió la cofia, se la puso, aunque no muy derecha, agitó las enaguas para que volvieran a caerle en su sitio, y se plantó sollozando ante su amo.

—Ahí tienes lo tuyo —dijo—, para que en lo sucesivo no olvides cumplir mis órdenes.

Dinah, con el delantal sobre los ojos, se fue caminando de manera más bien rígida. Randolph se frotó la palma de la mano.

—Maldita negra —masculló—; me he destrozado la mano contra el culo de esa mujer. Lo tiene tan duro que por un momento creí estar azotando una tabla. Tendría que haber utilizado la vara de avellano y ahorrarme este maldito dolor. Claro que —añadió— si a mí me duele tanto la palma de la mano, ¿cómo debe de tener ella el trasero? Me juego lo que quieras a que no se olvidará de esto hasta pasada una buena temporada.

—En mi opinión, ha sido una vergüenza la zurra que le has dado a Dinah —comenté.

La expresión risueña que tenía desapareció de su rostro, y a la vez que me contestaba en un tono colérico a más no poder, me lanzó una gélida mirada.

—Más te vale guardarte para ti lo que piensas y lo que dejas de pensar. Lo que yo haga con mis esclavos no es asunto tuyo, a ver si te enteras de una vez. ¡Maldita sea! —exclamó con más cólera—. Nadie se había atrevido jamás a

hacerme semejante observación. Andate con ojo, no sea que te tumbe a ti también sobre mis rodillas y te suelte una buena tunda.

Se me heló la sangre y sentí un nudo en la garganta. Era muy capaz de hacer lo que acababa de decir.

—Oh, te pido mil perdones. Siento mucho haberlo dicho —dije de todo corazón.

—Más te vale. Pensé que a estas alturas ya te habías dado cuenta de que no tolero la menor intromisión en mis asuntos —me reprendió.

A continuación salió de donde estábamos, para gran alivio mío, y un momento después lo oí galopar por la avenida. Me dio mucha pena la pobre Dinah; siempre había tenido toda clase de atenciones para conmigo, y me gustaba mucho. Me pregunté de dónde habría sacado Randolph las agallas para exponerla y azotarla de forma tan espantosa precisamente a ella, la mujer que había sido para él como una hermana adoptiva, que había pasado toda la vida con él, en la misma casa, que había sido juguete de su pasión. Sintiéndome molesta, disgustada por la escena que acababa de presenciar, así como por haber escapado por los pelos de una azotaina similar, subí a mi habitación, toqué la campana para llamar a Rosa y le dije que me cepillara el cabello a conciencia, lo cual siempre ha tenido sobre mí un efecto curiosamente apaciguador. La noticia de que Dinah acababa de recibir una azotaina se había extendido por toda la casa como un reguero de pólvora; sus camaradas, los demás esclavos, no le tenían el más mínimo aprecio, ya que, por ser ama de llaves, era la encargada de meterlos en cintura y de denunciar a cualquier mujer, muchacha o niño que se desmandase.

Rosa me cepilló la melena durante unos instantes sin decir nada, aunque me di cuenta de que estaba deseosa de comentar algo. Finalmente dijo:

—Todas las mujeres se han alegrado de que a Dinah la haya azotado el Massa a lo bestia. Se cree ella muy señorona. Y se chiva siempre de la que no haga las cosas bien.

—Dinah no hace más que cumplir con su deber —comentó—. Si todas os portarais tan bien como os estáis

portando últimamente, Dinah no tendría que decir nada de nadie, y todas estaríais en paz.

Rosa apartó la cabeza, pero no hizo más comentarios y cuando me hubo cepillado a fondo y peinado de nuevo, la ordené marchar, diciéndole que hiciera subir a Dinah a mi habitación. Tenía verdadera curiosidad por saber cómo se encontraba tras la tremenda paliza que acababa de sufrir. Poco después entró en mi habitación, tan bien arreglada como de costumbre. Llevaba el pelo perfectamente recogido bajo una cofia limpia; se había puesto un delantal nuevo, y se había cambiado también el cuello y los puños; ostentaba en el rostro su plácida expresión de siempre, pero se le notaban los párpados hinchados y enrojecidos.

—Siento mucho lo ocurrido, Dinah —le dije—. El amo te ha azotado con demasiada severidad.

Pareció sorprenderse por la simpatía que le manifesté, pero me estaba muy agradecida, y así me lo hizo saber.

—Me han zurrado y me han azotado miles de veces en la vida, pero nunca pensé que me volverían a zurrar como a una niña pequeña. ¡No me había pasado esto desde que tenía trece años! ¡Ay! ¡Esta sí que ha sido buena! Me ha dolido una barbaridad. El Massa me ha pegado con toda su alma, y tiene la mano pero que muy dura. Me han dado con la palmeta dos veces; la mano del Massa me ha hecho más daño que la palmeta. Tengo el trasero dolorido y escocido; mañana lo tendré hecho una moradura.

Dinah había dicho todo esto sin la más mínima emoción. Era evidente que a ella no le resultaba nada extraño que una mujer de su edad recibiera tales azotes y de forma tan ignominiosa; no acusaba a su amo de ninguna malicia. Ella era su esclava; su cuerpo, por tanto, le pertenecía a él, quien podía, por consiguiente, hacer con ella lo que se le antojase. Tal era el efecto de la esclavitud sobre la mentalidad de aquella especie de muebles humanos.

Le dije que se fuera y me cambié para la cena; me puse un vestido nuevo, que hacía poco había recibido del sastre de Richmond. Bajé al comedor donde me encontré con Randolph, que me estaba esperando; como quiera que la cena

estaba preparada, tomamos asiento. Había faltado a la cita, dijo, y eso que se trataba de un asunto importante; por tanto, se mostró molesto y mordaz. Pero tras dar cuenta de una buena cena, de beber una buena botella de *champagne* y de haberse fumado un cigarro, se puso de mejor humor.

Pasamos al recibidor; se dejó caer sobre un sillón y se dirigió a mí con un inconfundible tono de voz, el que le salía cuando le daba por ponerse a jugar.

—Acércate aquí, Dolly, quiero ver si te has quitado esas burdas zapatillas que llevabas puestas por la tarde.

Me aproximé a él y me alcé las faldas por encima de las rodillas, mientras me miraba las piernas y los pies. Llevaba puestas unas hermosas botas de tacón alto y unas medias de seda azul clara, abrochadas con unos ligueros de satén rosa con una hebilla plateada.

—Ah, ah, ah. Esto sí que me gusta —comentó al tiempo que recorría mis piernas, de las rodillas a los tobillos, con la palma de la mano.

Acto seguido subió la mano por debajo de mi ropa interior, me tentó la abertura de la braga y me palpó el trasero.

—Esta noche estás muy hermosa, Dolly; ese vestido nuevo te sienta de maravilla —dijo atrayéndome hacia él al tiempo que los ojos le empezaban a centellear.

¡Me di cuenta de lo que me iba a hacer! Me tomó en brazos, me llevó al sofá y me tendió encima; me subió las ropas una por una, fijándose en mis magníficas enaguas blancas, todas llenas de encajes y bordados, en mis bonitas bragas de puntillas, en mi camisola casi transparente; me obligaba a ponerme, para cenar, mis más finas prendas.

Cuando me hubo subido todas mis ropas una a una y me hubo bajado las bragas, separó mis piernas tanto como pudo, y se quedó mirándome, embobado, el «botón»; me introdujo el dedo por la raja y me palpó el «puntito» más sensible hasta que destiló unas gotas de jugo, en tanto yo me agitaba y pataleaba. Pareció estar muy excitado, se puso a besarme acaloradamente en los labios, los ojos, las mejillas, hasta arrojarse sobre mí y apretar sus labios contra los míos,

introducirme la lengua en la boca y agarrarme las nalgas con ambas manos: a continuación, me incrustó el arma a fondo y me «traspasó» vigorosamente.

Cuando terminamos y nos arreglamos un poco, tiró de la campanilla y ordenó a la doncella que nos trajera una botella de *champagne*; en cuanto la muchacha nos la trajo, no tardamos en dar cuenta de ella, ya que el combate nos había dado mucha sed. Randolph estaba a gusto consigo mismo y a gusto también conmigo, de manera que se puso de un humor inmejorable. Tuvimos una larga conversación sobre diversos asuntos y, como no me amenazó ni me reprendió cuando le mostré una opinión distinta de la suya, pasé una velada más agradable que de costumbre. A las once y media nos fuimos a la cama.

Cuatro meses después - El «ambiente de inquietud» - Mis simpatías por el Norte - Captura y castigo de una negra fugitiva - Una de las más espantosas flagelaciones - Descripción de la «palmeta» - Un trasero con ampollas

Pasaré por alto una temporada de cuatro meses. Durante este tiempo se produjeron diversos acontecimientos en una rápida sucesión, acontecimientos por cierto muy agitados. Los estados esclavistas se escindieron de la Unión. Jeff Davies fue elegido presidente de la Confederación Sudista, con lo cual se consumó la Secesión; se produjo la toma de Fort Sumter y dio comienzo la guerra. Todos estos acontecimientos forman parte de la historia, de manera que no creo necesario entrar en detalles; me limitaré a relatarte todo lo ocurrido en Woodlands y todo lo relacionado con mis venturas y desventuras.

El trabajo en la plantación se mantuvo al ritmo habitual, a despecho de la intranquila situación en que nos encontrábamos; se dio cierto ambiente de inquietud entre la mano de obra, y todos los braceros se mostraron inclinados a la insubordinación, en vista de lo cual Randolph y sus cuatro capataces se vieron obligados a montar guardia armados con revólveres; los azotamientos se sucedieron con una frecuencia mucho mayor que hasta entonces. Los capataces infligían toda suerte de castigos a la menor ocasión, ataban a los esclavos al poste de los azotes y a las esclavas las amarraban sobre un banco y las atizaban sin piedad, bien con la vara, bien con la palmeta. Gracias a estos medios tan severos, se mantuvo la disciplina a toda costa. Hasta las propias mujeres de la casa, salvo muy contadas excepciones, se tomaron levantiscas, pero cuando una mujer o una muchacha cometía la más mínima infracción, se requería la presencia de Dinah o de otra mujerona muy robusta llamada Milly, las cuales se

encargaban de levantar a la infractora y prepararla para el castigo. Pocos segundos después ya chillaba a voz en cuello, se retorcía, pataleaba y prometía enmendarse, en tanto Randolph, blandiendo la vara con verdadero vigor, le marcaba el trasero con las consabidas magulladuras, llegando, en los casos de más grave insolencia, a hacerle sangre sin ningún miramiento. Este tratamiento doblegaba y metía en cintura a todas las mujeres de carácter revoltoso e ingobernable, las cuales no tardaron mucho en volver a su conducta habitual, apocada y respetuosa.

Durante algún tiempo, los asuntos del estado se mantuvieron en un punto muerto, por lo que Randolph no pudo disponer libremente de su algodón, que se había acumulado en los cobertizos de almacenamiento, llenos hasta rebosar. Era un hombre rico sin duda, si bien la mayor parte de sus ingresos provenía de las ventas de algodón, y como durante un tiempo no hubo mercado, a la vez que los considerables gastos de mantenimiento de la plantación crecían al ritmo habitual, llegó a un punto en el que se vio urgentemente necesitado de dinero líquido. De todos modos, consideró que tal situación no constituiría más que un inconveniente provisional, pues en lo más hondo de su corazón estaba plenamente convencido de que antes o después el Sur terminaría por ganar la guerra.

Mis simpatías, es evidente, estaban del lado de los del Norte, a los cuales deseaba un éxito inmediato aunque no osé expresar tales sentimientos. La verdad es que no sé qué me habría hecho Randolph si hubiese llegado a comunicarle lo que pensaba. Rara vez salía de la plantación, y dejó de celebrar sus fiestas, pues todos sus amigos bien habían abandonado el estado, o bien se habían alistado en el ejército de la Confederación. Él habría hecho sin duda lo mismo, sólo que era demasiado mayor para alistarse en calidad de soldado raso, y tampoco estaba en condiciones de recibir una comisión en calidad de oficial, debido a su completo desconocimiento de cualquier asunto militar; sin embargo, había sido elegido miembro del Congreso de la Confederación Sudista. Como no estaba dispuesto a salir de Woodlands, se

vio obligado a depender algo más de mi compañía, y la verdad es que se mostró contento de tal cosa, aparte de darme indudables muestras de aprecio. Su comportamiento para conmigo se atemperó un poco; dejó de hablarme con la aspereza que le había sido característica, y comenzó a tratarme con menor indecencia. Sin embargo, con sus esclavos, tanto los de la casa como los del campo, se mostró más estricto e inflexible que nunca. Desde la ruptura de las hostilidades se habían producido varias fugas entre los braceros, y los fugitivos, pese a que se habían cerrado las «estaciones subterráneas», se las arreglaron para alejarse de la plantación. Randolph llegó a ofrecer doscientos dólares de recompensa por la captura de cada uno de los fugitivos, pero, por extraño que resulte, ninguno de ellos regresó a la plantación. Tales pérdidas fueron una auténtica vejación para él, pues entre los fugitivos se hallaban algunos efe sus mejores y más jóvenes hombres y mujeres, cada uno de los cuales tenía un valor comprendido entre los quinientos y los dos mil dólares. En un principio no llegó a fugarse ninguna de las esclavas de la casa, pero al final se dio algún que otro caso. Una mañana, mientras Randolph y yo desayunábamos, entró Dinah y anunció a su amo que una de las mujeres, llamada Sophy, había pasado fuera la noche anterior, y no sólo no había vuelto a la casa sino que incluso se había llevado algunas de sus ropas. Sophy era una de las pinches de cocina, una mulata joven y hermosa, muy sana, de unos veintiséis años de edad, y que valdría unos mil ochocientos dólares. No cupo ninguna duda de que se había dado a la fuga; Randolph redactó de inmediato una nota en la que daba su descripción y ofrecía cuatrocientos dólares a cualquiera que la trajese a Woodlands o la encerrase en una cárcel. Envió el anuncio a todos los periódicos de los alrededores e hizo imprimir pasquines que se colgaron por toda la vecindad; a pesar de todo, nada se supo de la fugitiva. Sin embargo, como los blancos azotacalles estaban ansiosos por obtener tan exagerada recompensa, Randolph mantuvo ciertas esperanzas de que la mujer apareciera más pronto o más tarde. Y así fue.

Una tarde, a eso de las cinco, llegaron por la avenida dos hombres blancos con aspecto malencarado; conducían un carromato desvencijado en el cual traían a la esclava. Según dijeron, la habían encontrado oculta en los barracones de los esclavos de otra plantación, situada a unas veinte millas de Woodlands. La mujer, cuyas manos estaba atadas por un tosco cordel, no tenía aspecto de haber sufrido ninguna clase de privaciones durante el tiempo que estuvo ausente. Llevaba el vestido limpio y físicamente parecía estar en buen estado, si bien en su rostro asomaba una expresión de lo más lúgubre, ya que sabía el severo azotamiento que la esperaba.

Los hombres que la habían capturado recibieron sus cuatrocientos dólares y se marcharon en su carromato, en tanto a Sophy la llevaron al ala de la casa donde vivían los esclavos; tras darle algo de comer, la encerraron en un dormitorio en el que habría de pasar la noche.

Randolph estaba entusiasmado de que hubieran apresado a la mujer, y consecuentemente se mostró de un humor espléndido durante toda la velada; por eso, mientras estábamos en el salón después de cenar, me aventuré a preguntarle qué pensaba hacer con Sophy.

—Tú no te preocupes, Dolly —me contestó con una de sus sonrisas ladinas—; no es asunto tuyo. Todavía no he decidido qué es lo que le voy a hacer, pero, sea como fuere, tengo el propósito de calentarle el trasero mañana mismo; si quieres, puedes asistir al castigo.

No le hice más preguntas; él me dijo que me acercara y me sentara sobre sus rodillas, y así lo hice. Acto seguido, como de costumbre, se dio al jugueteo habitual, y en cuestión de segundos me vi empalada allí mismo, en su regazo. Después conversamos acerca de la guerra; tuve que tener mucho cuidado de ocultar mis verdaderas opiniones. A su debido tiempo, nos fuimos a la cama. A la mañana siguiente, al desayunar, me contó que había decidido dar un buen ejemplo en el cuerpo de Sophy y que, por lo tanto, tenía la intención de azotarla con la palmeta, en el porche, delante de todas las demás mujeres de la casa.

Me compadecí de Sophy —siempre me compadecía de

una mujer a la que iban a azotar— pero no dije una Sola palabra; lo cierto es que si hubiese dicho cualquier cosa tan sólo habría conseguido irritar a Randolph y hacerle ser más duro con la mujer; por otro lado, que tal vez le hubiese dado por descargar su ira sobre mí. Cuando terminó el desayuno salió del comedor para hacer los preparativos necesarios para el castigo. Volvió veinte minutos después.

—Todo está listo. Así que, si quieres ver lo que es una buena ración de palmetazos, puedes salir al porche.

Había visto azotar a muchas mujeres con la vara de avellano, dar una tunda a otras muchas con una correa de cuero, y golpear a otras tantas con la mano desnuda, pero nunca había visto la palmeta en funcionamiento, así que tenía verdadera curiosidad por ver cómo se infligía tal castigo. Seguí a Randolph al porche. Sentí verdadera compasión por la pobre mujer, como ya te he dicho, pero mi curiosidad superaba mi compasión. La verdad es que me había endurecido bastante.

En medio del porche había un armatoste que no había visto jamás, aunque sí había oído hablar de él. Era el banco de los azotes, una estructura de madera de buen tamaño, curva, de unos dos pies de anchura, apoyada en cuatro patas, cada una de las cuales contaba con su correspondiente correa con hebilla.

En el suelo, junto al banco, estaba la palmeta, un pedazo de madera redondeado, de un octavo de pulgada de grosor y ocho pulgadas de diámetro, fijado a un mango que tendría dos pies y medio de longitud. Todas las esclavas le tenían verdadero pavor ya que producía un dolor intensísimo, magullando la carne y cubriendo la piel de ampollas, de forma tal que después de una ración de palmetazos a la castigada se le quedaba el trasero dolorido durante mucho más tiempo que después de una ración de azotes con la vara o con la correa.

Estaban presentes todas las mujeres y las muchachas de la casa, veintiuna en total, diez de ellas en fila, a un lado del banco, y otras diez al otro; Dinah estaba aparte. Randolph les ordenó a ella y a Milly —la mujerona robusta que te

mencioné antes— que fueran a por la inculpada. Volvieron diez minutos después en compañía de Sophy, la cual, en el mismo instante en que vio dispuestos todos los preparativos para la utilización de la palmeta, rompió a llorar y trató de zafarse, de manera que las dos mujeres tuvieron que sujetarla y arrastrarla hasta el banco. Sophy no era una mujer de mal aspecto para ser mulata; su piel, normalmente, era de una tonalidad amarillenta y clara, pero en ese instante el terror le había puesto el rostro de un sombrío color grisáceo.

—¡Oh, Massa, Massa! —aulló a la vez que extendía los brazos a manera de súplica, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas—. ¡No me azote con la palmeta! ¡Zúrreme con la vara o la correa, pero no, oh, no me azote con la palmeta!

—Ponedla en el banco —dijo Randolph.

La mujer, en la que había hecho presa el miedo como si de una agonía se tratara, se arrojó al suelo. Dinah y Milly la levantaron; ella comenzó a debatirse y a patalear, pero a despecho de su resistencia las dos robustas mujeronas la extendieron cuan larga era sobre el banco, con las muñecas y los tobillos aprisionados con las correas. Acto seguido Dinah se encargó de desnudarla y, como su cabeza y sus pies quedaron muy por debajo de la parte central de su cuerpo, elevada por la curvatura del banco, la parte de su cuerpo sobre la que precisamente se iba a aplicar el castigo quedó bien expuesta.

Habría tenido una buena figura de no ser por el trasero, que salía de toda proporción. Era demasiado grande, aunque, pese a todo, bien conformado, de forma que las nalgas, redondeadas, se le juntaban como si estuvieran muy prietas; tenía los muslos largos y las piernas de lo más recio; la piel era suave, de una tonalidad amarilla clara.

Randolph tomó la palmeta y se colocó junto a la infractora.

—Ahora, zorra, te voy a poner el culo caliente. Me has costado cuatrocientos dólares, así que voy a sacar esa cantidad de ese pellejo amarillo que tienes.

Alzó la palmeta por el aire, muy por encima de la

temblorosa, llorosa mujer, quien, en previsión del golpe que le iba a caer, apretó las nalgas hasta que la línea divisoria casi se le difuminó.

La palmeta cayó con tremenda fuerza, con un tenante restallido sobre la parte superior de la nalga derecha; ella hizo un convulso movimiento y respiró hondo, para proferir a continuación un chillido agudo; al mismo tiempo, sobre su piel amarilla apareció una gran mancha roja, como una ampolla, del tamaño y la forma exactas de la palmeta.

El segundo palmetazo le cayó sobre la nalga izquierda, y el sonoro restallido chasqueó casi al tiempo que el chillido, y otra mancha redonda le salió en el acto. Siguió zurrándola con tremenda severidad, colocándole los palmetazos alternativamente en una y otra nalga, cada vez sobre una zona distinta. Ella chillaba y se retorcía, agitándose, meneando el torturado trasero de un extremo a otro, tanto como se lo permitían las correas que la sujetaban de pies y manos; de pronto arqueaba el lomo, y al momento siguiente se aplastaba chillando contra el banco, en el instante en que la palmeta restallaba horrorosamente sobre su piel.

Chilló, se retorció, lloró y suplicó piedad, a pesar de lo cual él le dio varios palmetazos más, para terminar por colocarle dos golpes mucho más fuertes que los demás, uno sobre la parte superior de cada nalga, arrancando de ella dos chillidos también más sonoros y haciéndola agitarse de forma más convulsiva aún. Había sido un castigo severísimo, el trasero se le había puesto de un color cárdeno oscuro, hinchado a más no poder, con la piel cuarteada y llena de ampollas.

Randolph arrojó la palmeta y le dijo a Dinah que dejase libre a la mujer. Tan pronto como soltó las correas ella rodó por el banco y quedó tendida en el suelo, llorando sin parar. Mientras duró el castigo, las demás mujeres la contemplaron en silencio, la mayor parte de ellas sin dar muestras de emoción, aunque algunas de las más jovencitas tenían los ojos anegados en lágrimas. Todas ellas, con raras excepciones, habían visto azotar a alguna otra en más de una ocasión, y todas ellas, sin excepción alguna, habían recibido

una azotaina de vez en cuando.

Randolph dijo a Dinah y a Milly que se llevaran a Sophy y la atendieran. Pusieron a la castigada en pie, la rodearon con los brazos —pues era incapaz de poner un pie delante del otro y no cesaba de gemir— y se la llevaron a bañarle el trasero con agua fría. Acto seguido ordenó a otras dos mujeres que se llevaran el banco y la palmeta al cobertizo donde se guardaban tales instrumentos de tortura; el resto de las mujeres y muchachas volvieron a sus trabajos respectivos, y yo me quedé con él a solas en el porche. Como era consciente de que el mero hecho de azotar a una mujer le excitaba siempre, estuve casi segura de que me iba a penetrar. Y no me equivoqué. Me rodeó la cintura con el brazo, me condujo al salón, me hizo tenderme sobre el respaldo del sofá; me levantó las enaguas, me bajó las bragas y me la introdujo con fuerza por detrás. Después salió del salón, con lo cual pude subir a mi habitación y arreglarme, ya que me había quedado en un estado más bien impresentable tras su vigorosa embestida. Cuando hube hecho desaparecer todo el rastro de lo sucedido hice llamar a Rosa, y le dije que fuera a ver cómo se encontraba Sophy. Vino poco después a darme el parte.

—Dinah le está enjuagando el trasero con agua fría —dijo —. Lo tiene hecho una pena, se le ha hinchado hasta el doble de su tamaño. Nunca había visto un trasero como el que se le ha puesto a esa pobre mujer. Se va a quedar sin poder hacer nada de nada durante dos o tres días. Lo tiene mucho peor que con la vara.

Despedí a Rosa y salí al jardín, donde permanecí sentada hasta que Randolph volvió para almorzar. Por la tarde salimos juntos a dar un paseo.

Derrota de los federales - Randolph viaja a Richmond - Me quedo al frente de la plantación - Súplicas para que cesen los azotamientos de mujeres - Una tarde muy agitada - Llegan los soldados - Conozco al capitán Franklin

Pasaron unas cuantas semanas y, a lo largo de este tiempo, la marea de la guerra subió hasta muy cerca de Woodlands. Las tropas federales habían entrado en Virginia y se habían producido multitud de escaramuzas, con resultados muy diversos. Luego tuvo lugar la batalla de Bull Run, en la cual, como sabes, los federales sufrieron una derrota sin paliativos. Cuando llegó a Woodlands la noticia de la victoria confederada, Randolph se mostró lleno de júbilo; me dijo que pronto echarían a los malditos yanquis fuera de Virginia. A la mano de obra le dio dos días de vacaciones, les proporcionó comida y bebida para celebrar la victoria, y a las mujeres de la casa les permitió invitar a sus novios a bailar en la zona de la casa reservada a los esclavos.

Me lamenté mucho al enterarme de la derrota de las tropas federales, pero no llegué a pensar que fueran a expulsarlas de Virginia.

Algún tiempo después de la batalla de Bull Run, convocaron a Randolph para que asistiera a la primera reunión del Congreso de los Estados de la Confederación. Como pensó que iba a estar fuera bastante tiempo, me dio instrucciones precisas para que cumpliera sus deseos en lo tocante a los asuntos de la plantación durante todo el tiempo que él estuviera ausente; me dijo que debería escribirle dos veces por semana informándole exactamente de cómo marchaban las cosas. Se fue dos días después, y por segunda vez me quedé sola, pero en esta ocasión era enteramente responsable de todo lo que aconteciera en Woodlands. Últimamente me había tratado con algo más de consideración

y, pese a que no sentía por él ni un resquicio de amor, al principio eché un poco de menos su compañía. Pero no tardé en acostumbrarme gustosa a una vida solitaria, e hice todo lo posible para que se mantuviera la habitual rutina de trabajo en la plantación, con la inestimable ayuda, claro está, de los capataces, a quienes Randolph había dejado bien claro que debían obedecer cuantas órdenes les diera yo. Eran hombres en los que se podía confiar sin ningún recelo y, por más rudos que fueran, conmigo se portaron siempre con el debido respeto. Decidí que mientras yo fuera la señora de la plantación, los latigazos y los azotes habrían de reducirse al mínimo indispensable, al menos en lo tocante a las mujeres y las niñas. Así pues, les di órdenes estrictas de que bajo ningún concepto se azotara a una esclava sin mi conocimiento y aprobación. Los capataces se mostraron muy sorprendidos al conocer esta orden, pero creo que la obedecieron a rajatabla, y al menos por lo que pude saber no azotaron a una sola mujer o a una sola muchacha durante todo el tiempo que yo estuve al frente de la plantación. Los días transcurrieron en calma, sin que aconteciera nada digno de mención. Ahora bien, fuera de la plantación todo eran turbulencias y agitaciones.

Los combates se sucedían a todas horas en una u otra parte, las tropas federales se concentraban, incrementaban su fuerza y avanzaban lentamente hacia Richmond: muchas de las plantaciones vecinas habían sido ocupadas por los partidarios de la Unión, y yo esperaba día a día que hicieran su aparición en Woodlands. Escribía a Randolph dos veces por semana, detallándole todos los particulares, y él me contestaba una vez por semana: sus cartas eran siempre de negocios, y en ellas no aparecía una sola palabra de amor.

Por fin llegaron los «chicos de azul». Una tarde, a eso de las cuatro, estaba yo mirando por una de las ventanas del recibidor cuando vi un grupo de soldados, a cuyo frente marchaba un oficial, que custodiaban una carreta del ejército; avanzaban por la avenida en dirección a la casa.

En pocos minutos se detuvieron en la terraza, dejaron las armas en el porche y desembalaron la carreta, que contenía

mantas y otras pertenencias de los soldados. El corazón comenzó a latirme con fuerza a causa de la emoción; me senté en el sofá a aguardar el *dénouement* de la situación. Instantes después Dinah hacía pasar al oficial quien, saludándome cortésmente, me dijo:

—Señora, tengo órdenes de ocupar esta plantación. Es preciso que os advierta que no toleraré la más mínima intromisión; mis hombres ocuparán los barracones de los esclavos, pero he de solicitaros que me preparéis una habitación en la casa.

Me puse en pie, sonriendo. Cómo se me alegró el corazón al volver a ver el viejo uniforme azul.

—Me alegro infinito de tenerlo aquí a usted y a sus hombres, señor —dije—. Soy una mujer del Norte, y todas mis simpatías han estado siempre de su parte. Hágame el favor de sentarse; en seguida tendré preparada una habitación para usted.

Tomó asiento con aspecto de hallarse verdaderamente sorprendido. Toqué la campana para que viniera Dinah y le di en el acto las órdenes pertinentes. El oficial tendría unos veintisiete años de edad y era un caballero alto, apuesto, rubio, de rostro bronceado, ojos gris claro y un largo y sedoso bigote rubio. Tenía el uniforme algo raído, pero le sentaba de maravilla; no me cupo duda alguna de que era un caballero muy bien educado. Entablamos conversación y, como quiera que entre nosotros existía de por sí un lazo de simpatía, no tardamos en vemos charlando amigablemente y riendo como si fuéramos viejos amigos. Me dijo que era capitán del ejército de los Estados Unidos, que se llamaba Franklin y que era de Pensilvania —del mismo estado que yo—. Éste detalle me hizo sentirme aún más amistosa hacia él, así que le hice saber al punto que también yo era de Pensilvania. Nos reímos y nos dimos la mano. Me di perfecta cuenta de que le produjo verdadera perplejidad que una mujer del Norte, una mujer que le expresó abiertamente sus simpatías por los soldados de la Unión, fuese en apariencia la dueña de una plantación del Sur. Claro que su buena educación le impidió hacer las preguntas que en el fondo deseaba hacer, y yo no me mostré

partidaria de extenderme en explicaciones por otra parte innecesarias. Me sentí incapaz de comunicarle lo que me avergonzaba en lo más hondo. Tras conversar durante un buen rato, se puso en pie y me dijo que era su deber supervisar la instalación de sus hombres. Le dije, a mi vez, que la cena estaría lista a las siete en punto: me hizo una cortés reverencia y salió de la habitación.

Hice llamar a Dinah, y le pregunté si se había encargado de preparar todo lo necesario para el alojamiento del oficial. Me contestó que se había encargado de todo, que había hecho subir su valija a la habitación. Le dije entonces que ahora que habían llegado las tropas de los Estados Unidos, ella y todos los demás esclavos no tardarían en ser libres.

—¡Oh, señorita! ¿Lo dice de verdad? —exclamó a la vez que sonreía ampliamente, enseñándome todos sus dientes.

—Sí —contesté.

—Entonces me voy a ocupar del oficial yo misma. Es un joven caballero muy elegante —dijo, y se marchó a toda prisa.

Subí a mi habitación a vestirme para cenar; me puse uno de mis trajes más bonitos, y bajé al recibidor para esperar al capitán Franklin. No tardó en llegar y, tras hacerme una reverencia, me dio las gracias por la habitación tan confortable que le había asignado. Creo que le sorprendió vivamente encontrarme vestida de noche, con los brazos y los hombros desnudos. Él se había quitado su uniforme raído para ponerse una chaqueta informal y unos pantalones con raya en el lateral, perfectamente planchados; lo encontré muy apuesto y elegante, con un aire militar. Nos anunciaron que la cena estaba lista y pasamos al comedor. Los manjares fueron exquisitos, y yo había ordenado a Dinah que sirviera una botella de *champagne*, así como otra de vino rosado y una copa de jerez. Como el capitán Franklin había pasado seis meses de campaña, viviendo de manera muy ruda, pudo apreciar a fondo las delicias y el buen vino, y me comentó sonriendo que era un hombre afortunado sólo por el mero hecho de tener la orden de ocupar Woodlands, en vez de verse obligado a vivir en una tienda de campaña, rodeado de

barro y comiendo su ración diaria de carne en salazón y galletas duras. Me eché a reír, diciéndole que me alegraba de que le gustara su cuartel. Luego pasamos a charlar acerca de toda clase de temas; disfruté lo indecible de la conversación, sobre todo al darme cuenta de que tenía infinidad de cosas que decir y al comprobar que era capaz de sostener mis opiniones en una discusión siempre y cuando no me desdeñaran. Él era cortés y agradable, y trataba todas mis opiniones con consideración, sin contradecirme nunca abiertamente. Cuando íbamos a pasar a la sala, me deseó buenas noches, diciéndome que tenía que visitar a sus hombres para montar la guardia. Se marchó y me sentí sola. Su llegada a la mansión me había excitado, y me di cuenta, de pronto, que no era capaz de ponerme a hacer cualquier cosa con calma, así que subí a dormitorio y llamé a Rosa para que me cepillara el cabello durante media hora; después, me acosté.

Pasaron algunos días, y pronto me percaté de que la presencia de los soldados había detenido todo el trabajo de la plantación, que se hallaba en punto muerto. Los trabajadores del campo hacían lo que les daba la gana, si bien eran todavía esclavos, puesto que la proclamación de su libertad no se hizo hasta algún tiempo después. Había escrito a Randolph, refiriéndole con todo lujo de detalles el estado en que se encontraba Woodlands; recibí una carta suya en la que me comunicaba que, por el momento, no iba a regresar a la plantación. De nada iba a servir, y le crisparía los nervios ver su vieja mansión en manos de un montón de malditos yanquis. No se creía en condiciones de tolerar semejante situación sin perder los estribos, por lo que seguramente surgirían problemas, que a la postre podrían terminar en una reyerta. También me dijo que estaba pensando en comprar una casa en Richmond, y que, si lo hacía, mandaría a buscarme. Me deseaba con todas sus fuerzas, ya que allá no había encontrado una sola mujer de aspecto decente que pudiera aplacar sus necesidades. Terminaba diciéndome que, cuando partiera a reunirme con él, podía dejar todo en manos de los capataces, caso de que por entonces aún quedase algo

de qué ocuparse.

Aquella carta era típica de él. Era completamente egoísta; no contenía una sola palabra de ternura, y ni siquiera había considerado oportuno ocultarme sus andanzas con otras mujeres. De todos modos, su falta de consideración y su infidelidad no me molestaron en absoluto; tan sólo esbocé una sonrisa cuando leí esa parte de la carta. Durante todo el tiempo que había transcurrido había visto muy poco a los soldados, puesto que estaban cumpliendo con sus obligaciones, pese a lo cual no me cabía ninguna duda de que se lo estaban pasando en grande con las mujeres y las muchachas de la plantación. Supe que Rosa se había hecho con el sargento, que era su galán y no lo compartía con ninguna otra, ya que una tarde los vi en el cenador del jardín en una actitud harto sospechosa. La verdad es que me daba igual cuántos amantes pudiera tener la muchacha y lo que hiciera con ellos mientras estuviera a mi disposición siempre que la requiriese. Y no falló una sola vez.

El capitán Franklin no me impuso su presencia en ningún momento, a pesar de lo cual almorzábamos juntos y solía pasar después una hora conmigo en el salón. Para mí ése era un momento muy grato pues él siempre se mostraba agradable y entretenido; es más, teníamos muchas ideas en común, y la simpatía había calado hondo entre los dos. Me di cuenta de que me admiraba, y no pasó mucho tiempo hasta que pude estar segura, por el modo en que me miraba y por muchos otros signos de menor relevancia, que su actitud hacia mí rebasaba la mera atracción, aunque no me cabía duda alguna de que estaba al corriente de la relación entre el propietario de Woodlands y yo. Pero fuera como fuese, lo sospechase o no, me trató siempre con sumo respeto; y por ello no pude evitar comparar sus modales caballerosos y su cortesía con la aspereza y la brutalidad con que me había tratado siempre Randolph.

Mi primer amor - Las reticencias del capitán Franklin - De cómo puse en juego el arte de la seducción propio de una cortesana - Un vestido escotado y perfume de violetas - Deshago una madeja de lana - Me desmayo en brazos de Franklin y lo que ocurrió después - La violencia de su ataque - Nuestra mutua pasión - El fin del romance

Desde el mismísimo día en que llegó el capitán Franklin a la casa me gustó y, al ir conociéndole mejor, mis sentimientos hacia él fueron haciéndose cada vez más cálidos, hasta que terminé por enamorarme. Era la primera vez en toda mi vida que sentía la pasión. Se apoderó por completo de mí, y, siempre que no estaba conmigo, me pasaba el tiempo pensando en Franklin. Luego comencé a desear sentir sus besos en mis labios, ansiaba yacer en sus brazos. No me desagradaba que me montase Randolph, por quien no sentía el más remoto afecto, así que pensé cuán delicioso sería acostarme con el hombre al que amaba. Randolph nunca se había preocupado por mí, nunca había tenido ningún escrúpulo en decirme que me era infiel y, sobre todo, había tomado posesión de mí por medio de la más absoluta crueldad, dado lo cual yo no consideraba que le debiera ninguna clase de fidelidad.

Era cierto que me había regalado toda suerte de finas ropas, y cierta cantidad de joyas, claro que —tal como habría dicho él mismo— había desposeído mi cuerpo de todo su valor. En cualquier caso, pensé que ya se había cobrado su precio más que de sobra. Enfermé de verdadero amor por Franklin o, por decirlo con más exactitud, si bien con un lenguaje más áspero, deseé con todas mis fuerzas que me penetrara a fondo. Ahora bien, por más oportunidades que tuvo, y pese a estar yo convencida de que él me amaba, jamás me hizo el amor, ni siquiera del modo más apacible. Yo

no era capaz de averiguar si semejantes reservas se debían a la timidez, o a un sentido del honor que le impedía sacar partido de una mujer indefensa que estaba del todo en su poder. Pasaron tres o cuatro días sin que me mostrara la más mínima inclinación, y como quiera que mi «enamoramiento» era cada vez más intenso y que tan sólo había una cura posible a semejante enfermedad, decidí ser yo la que diera el primer paso. Randolph me había instruido a fondo acerca de los pequeños artificios que puede utilizar una mujer para fascinar a un hombre. Probaría qué efecto tenían uno o dos de ellos sobre mi frío amante. Recordé que Randolph me había dicho que si a un hombre le gustaba el perfume, sentir ese aroma en una mujer le hacía aumentar sus deseos sensuales hacia ella. A Franklin le gustaba el aroma de las violetas; así pues, esa noche, mientras me vestía para la cena, me rocié la camisola y los cabellos con un perfume muy delicado aunque penetrante. Me puse mis mejores enaguas y unas bragas de lo más primoroso, todas llenas de puntillas y encajes, atadas sobre las rodillas con unas cintas de satén azul claro. Me enfundé las piernas en unas medias rosa de calado muy fino, y me puse unos bonitos zapatos de cuero broncíneo y tacón alto, con hebillas de plata. Luego hice que Rosa me atara bien prieto el corsé y terminé por ponerme un vestido muy escotado. Cuando estuve del todo vestida me miré con detenimiento en el espejo de cuerpo entero, sintiéndome plenamente satisfecha de mi aspecto. El vestido me sentaba de maravilla, llevaba las mejillas ligeramente sombreadas de rosa, los ojos encendidos y los hombros y los brazos desnudos resultaban muy apetitosos. Bajé al recibidor, donde me encontré a Franklin, a quien no había visto en todo el día, pues había estado ocupado desde buena mañana con algún que otro de sus deberes militares. Nos estrechamos la mano y prolongué el contacto cuanto pude, aunque él no me la apretó, si bien sí que se dio cuenta de mi apariencia, más cuidada que de costumbre.

Cenamos con cierta rapidez y, como estábamos los dos muy animados, conversamos y reímos alegremente. Cuando pasamos al salón, comencé a poner en juego mis encantos.

Me senté sobre un taburete, debajo de la lámpara, y le pedí que me sostuviese una enmarañada madeja de lana mientras yo la iba devanando. A tal efecto, él tenía que estar muy cerca, casi pegado a mis rodillas, y mirarme fijamente a las manos. Se colocó exactamente en la posición que yo quería verlo y, mientras movía los brazos de un lado a otro devanando la madeja, balanceaba también el cuerpo entero de forma en apariencia descuidada; así, él, con sólo proponérselo, pudo verme la parte superior del pecho y la división entre mis tetas. Al principio no separó la mirada de mis manos, pero poco después vi que la dirigía a mi pecho semidesnudo, y vi asimismo que le centelleaban los ojos al mirarme las profundidades del corsé. Sonreí para mis adentros, diciéndome que por fin le había hecho manifestar algún sentimiento. Afecté una serena inconsciencia y seguí mostrándole el arranque de los pechos, balanceándolos al compás del movimiento con que iba devanando la madeja. Cuando hube terminado esta operación, me llevé la mano a la frente y me quejé de una súbita indisposición, diciéndole que iba a tumbarme en el sofá unos instantes.

Dio la impresión de preocuparse seriamente, y me preguntó con verdadera ansiedad si podía traerme alguna cosa. Yo negué con la cabeza, me puse débilmente en pie y me dejé ir, como si estuviera a punto de desmayarme; él, creyendo que iba a desplomarme, me rodeó por la cintura y me sostuvo. Tan pronto lo hizo, me derrumbé en sus brazos, con la cabeza contra su pecho y los ojos cerrados. Tendría que haberme puesto pálida, pero hasta ese punto no llegaban mis artimañas —con todo, a él no pareció extrañarle que en todo mi «desvanecimiento» no perdiera el color.

Profirió una exclamación piadosa y me cogió tiernamente en sus brazos, me llevó al sofá y allí me tendió. Yo fingí no darme cuenta de nada, pero mantuve los ojos entreabiertos, aparte de haber conseguido levantar arteramente las faldas casi hasta la altura de la rodilla, de modo que mis piernas y mis pies quedaron a la vista. Trató de calentarme las manos, pero me di cuenta de que me miraba atentamente las piernas y que se había puesto algo colorado.

—Ah —dije a la vez que abría los ojos—, ya me encuentro mejor. Sólo ha sido un breve desmayo, y casi se me ha pasado del todo.

Mientras lo dije, me estiré un poco para mostrarle más las piernas y ponerle casi ante sus propios ojos las puntillas de las bragas. Sujetándome aún una de las manos, se sentó muy cerca de mí, mirándome al rostro de la forma más tierna y afectuosa que se pueda imaginar.

Saqué el pañuelo del bolsillo, me lo pasé por la frente y dejé caer la mano, como por casualidad, sobre la parte superior de sus muslos. Sentí cómo se sobresaltaba, y noté un suave brillo en sus ojos, que había vuelto a fijar sobre mis piernas. Le apreté los muslos con los dedos. En ese momento desaparecieron todas sus reservas; se inclinó y me besó en los labios.

—¡Oh, mi querida muchacha, cómo te quiero! —dijo apasionadamente—. ¡Cómo te he querido desde el mismo día en que llegué!

Su beso fue de lo más ferviente, aunque tierno. Fue un beso de amor, el primer beso de amor que yo recibía en toda mi vida; una deliciosa sensación que me recorrió de pies a cabeza me hizo estremecer.

Le rodeé el cuello con ambos brazos.

—Y yo también te quiero. Dame otro maravilloso beso.

Volvió a besarme en plena boca, y llevó sus labios al arranque de los pechos, justo por encima del escote, para inhalar el aroma de violetas.

—¡Qué dulce eres, querida! ¡Mi perfume preferido es el de violetas!

Volví a cerrar los ojos y me coloque bien en el sofá, ya casi completamente convencida de que muy pronto iba a ver satisfecho mi deseo. ¡Y así fue! Ahora que se había roto el hielo, Franklin demostró no ser ningún «mozalbete enamoriscado». Me palpó las piernas y me las ensalzó, admirando asimismo mis bonitos zapatos y mis medias, así como los delicados encajes de mis bragas. Pero no tardó nada en llevar las manos a las enaguas, en desatarme las cintas de las bragas, bajármelas y recorrerme el trasero con ambas

manos, sin pasar por alto el «botón» de la entrepierna. Sin embargo, no perdió el tiempo en dilaciones. En un santiamén se preparó, me levantó las enaguas, me separó los muslos y, abriéndose camino con los dedos, me insertó la punta del miembro entre las piernas; yo estaba lista para recibirlo. Me asió con ambas manos y me apretó los labios sobre la boca, para forzar su dardo, con suavidad y firmeza, hincándomelo hasta dentro del todo con unos cuantos movimientos de lomo, cabalgándome acto seguido de manera sumamente poderosa. Era ocho años más joven que Randolph, más corpulento y mucho más vigoroso.

La fuerza de sus embates casi me dejó sin respiración, en tanto el tamaño de su arma me separó la vaina todo lo que daba de sí, pero tan sólo sentí una sensación de intenso placer al verme penetrada por el hombre al que amaba. Toda mi voluptuosidad se excitó hasta el punto más extremo por la fricción de su gran miembro contra los pliegues más sensibles de mi «botón», de manera que no me retraje al dar comienzo el combate amoroso. Lo apreté contra mi pecho, le rodeé los riñones con las piernas e hice frente a cada uno de sus vergajazos con idénticos, bruscos meneos del trasero. Aumentó la longitud de sus embestidas, me dio la impresión de que su miembro se me iba hincando más y más hondo, y a medida que se aproximaba el final sus movimientos se hicieron más rápidos, más rápidos, sin dejar yo de botar bajo su peso, arqueando el lomo, suspirando y gimiendo en un éxtasis de voluptuoso dolor. Por fin, con un tremendo vergajazo, se «vació», mientras yo meneaba el trasero de forma convulsa y me retorcía hasta haber recibido la última gota de la ofrenda de mi amante. Luego, exhalando un hondo suspiro por el deseo colmado, yací en calma en sus brazos, en tanto él me besaba y me acariciaba. Había sido un abrazo de lo más delicioso. Jamás había disfrutado tanto una penetración. Creo que un hombre siempre goza al penetrar a una mujer, tanto si la ama como si no, pero estoy convencida de que una mujer nunca llega a gozar por completo del acto carnal a menos que el otro sea un hombre al que ama.

Tras unos instantes colmados de besos y de dulces

palabras, retiró su miembro, aún medio rígido, de los labios que tanto aborrecieron tener que dejarlo marchar; me bajó las ropas y se abrochó los pantalones. Me levanté del sofá y, tras ordenar un poco mi atavío, me senté en un sillón y contemplé con agrado a mi robusto amante. Me devolvió amorosamente la sonrisa, se acercó a mí y me levantó del sillón; tomando él asiento, me sentó en su regazo, me rodeó la cintura con los brazos y me sostuvo así, en tanto yo me acurrucaba junto a él y apoyaba la cabeza en su pecho.

Tras una breve charla amorosa, le dije por qué había venido a Virginia, no sin antes relatarle qué me habían hecho y cómo, utilizando la tortura, me había obligado el dueño de Woodlands a venir a su mansión. A él le conmovió mi relato y, cuando hube terminado, me besó y me mostró su simpatía.

—No soy un hombre rico —me dijo después—, y por eso no puedo ofrecerte una casa y unos lujos como los que tienes aquí. Pero te amo, y cuando termine la guerra vendré encantado a buscarte para irnos los dos a vivir juntos, si es que tú aceptas.

—Oh —dije—, ninguna otra cosa me gustaría más, pero ¿estás seguro de que me amas?

—De verdad que te amo —me contestó con toda honestidad, besándome afectuosamente en la frente.

Me produjo un enorme deleite oírle decir tales palabras, así que le hice repetirlas. Me acurruqué más cerca de él y le devolví sus besos con verdadera pasión; como quiera que mis deseos aún no habían sido plenamente satisfechos, le desabroché los pantalones y saqué de allí dentro lo que buscaba. Él se echó a reír; después que jugueteara un poco con mi trasero volví a estar lista para la acción. Me tumbó de nuevo en el sofá y volvió a penetrarme de forma deliciosa, tras lo cual charlamos un buen rato sentados en el sofá. Cuando llegó la hora de acostamos quiso subir conmigo a mi habitación, pero yo no le dejé, pues no quería que las mujeres de la casa se enterasen de aquel asunto. Así, tras un largo y amoroso beso nos despedimos para pasar la noche por separado. He de decir, sin embargo, que me habría encantado poder dormir toda la noche con él haciendo «la cuchara».

A la mañana siguiente nos reunimos en el comedor, los dos resplandecientes y muy animados, y tras besarnos muy afectuosamente nos sentamos a desayunar con muy buen apetito. Cuando terminamos llevé a mi enamorado a mi cenador preferido, el lugar ideal para hacer el amor, y pronto estuve de nuevo suspirando en sus brazos. Así pasaron varios días de tranquila felicidad. Franklin se mostró constante; paseábamos por los jardines, o nos sentábamos en uno u otro cenador con las manos entrelazadas o los brazos en la cintura del otro, como los más felices de los amantes. Y es que *éramos* amantes. Creo que de verdad me amó, y yo estoy segura de haberle amado. Me penetraba todos los días, a una u otra hora, y eso era algo que a mí me gustaba más y más cada vez. Me lo hacía con muchísimo vigor y con absoluta decencia. Me penetró siempre en la misma postura —tumbada yo de espaldas— y nunca descubrió mi persona más de lo estrictamente necesario. *Estoy segura de que un hombre copula de manera muy distinta con la mujer a la que ama que con la mujer a la que meramente desea*. Solíamos conversar y hacer toda clase de planes para el futuro, para cuando terminase la guerra y volviéramos los dos a Pensilvania. Todo fue sumamente agradable, los dos confiábamos en que cesasen pronto las hostilidades, y deseábamos poder vivir juntos cuanto antes.

Entretanto yo tendría que quedarme en Woodlands. Pero de pronto llegó a su fin nuestro idilio, pues Franklin recibió orden de retirar su destacamento y regresar al cuartel donde se encontraba su batallón. Me apenó profundamente su marcha, y él se mostró igualmente apenado por tener que dejarme, pero como los dos sabíamos que esa orden tendría que llegar más pronto o más tarde nos lo tomamos del mejor modo posible, tratando de animamos el uno al otro.

A la mañana siguiente, después del desayuno, me tumbó sobre el sofá y me hizo una «visita» de despedida. Luego, tras decirme adiós y prometer que me escribiría, me besó tiernamente y salió de la casa. Yo permanecí junto a la ventana, anegados los ojos en lágrimas, viendo marchar a mi amante al frente de sus hombres; cuando llegaron a las

puertas de la verja, Franklin se dio la vuelta y agitó en el aire su sombrero.

Y así terminó mi breve romance. No había durado mucho, y hasta hoy no he vuelto a disfrutar de otro.

También puedo decirte aquí que nunca volví a ver a mi soldado, pues lo mataron un año después en la batalla de Cedar Mountain. En esa época yo ya vivía en Nueva York, pese a lo cual lo lloré sinceramente, pues nunca dejé ni he dejado de amarle, y aún guardo las cartas que me escribió, así como un guardapelo con sus cabellos que me entregó el mismo día en que se fue.

Los federales ocupan los alrededores - Los esclavos se desmoralizan - Randolph me indica que me reúna con él en Richmond - Los «salteadores» y sus atrocidades

En fin, a lo que estábamos. Pasaron quince días, temporada que fue para mí muy desgraciada en todos los sentidos. Eché de menos a mi amante, los esclavos de la plantación se insubordinaban cada vez más, y me preocupaba la idea de tener que volver a vivir con Randolph.

Le había escrito para informarle de que los soldados habían abandonado Woodlands, así como para preguntarle cuándo tenía intención de regresar. Me contestó diciéndome que aún no había tomado ninguna determinación, que aún no sabía qué hacer, si volver o enviar a alguien a buscarme, pero que me lo haría saber a su debido tiempo. Entretanto, no me quedó más remedio que atender sus asuntos, es decir, encargarme de la plantación. Su carta, no obstante, era tan vejatoria que tuve que sentarme a llorar. Para él todo era muy fácil, pues se estaba entreteniendo en Richmond mientras yo me encargaba de sus asuntos, pero las cosas habían llegado a tal estado de completa desorganización que era prácticamente imposible mantener ningún orden. Yo no era más que una muchacha, aún no había cumplido los veintidós años. Todo trabajo en la plantación había cesado por completo, ya que los alrededores, millas y millas a la redonda, estaban ocupados por las tropas federales, y los esclavos, sabedores de que su libertad estaba al alcance de la mano, apenas si hacían algo, en tanto los capataces, en tales circunstancias, no osaban ya poner en práctica sus métodos de costumbre para mantener la disciplina. Gran parte de la mano de obra se había dado a la fuga, y no se hizo intento alguno de capturar a los fugitivos, en tanto muchos otros esclavos se habían unido a los regimientos de negros que

reclutaban las autoridades de los Estados Unidos. También la mayoría de las esclavas domésticas se habían desmoralizado por completo, y algunas se habían dado a la fuga, si bien otras, entre las que se contaban Dinah y Rosa, habían permanecido fieles. Pasados unos cuantos días volví a escribir a Randolph, diciéndole que las cosas se ponían más y más difíciles, que a mí misma me daba miedo permanecer por más tiempo en Woodlands. Esta vez recibí una carta en la que decía lo siguiente: que como las cosas iban tan mal en todo el estado de Virginia ya no tenía ningún sentido tratar de mantener en marcha la plantación por más tiempo. Sin embargo, yo debía comunicar a los capataces que él continuaría pagándoles sus salarios si permanecían en la hacienda y hacían por él todo lo que estuviera en su mano. Había alquilado una casa amueblada, y yo me reuniría con él tan pronto como fuera posible. En ese momento habría que cerrar la casa de Woodlands y dejar al frente de ella a Dinah y a las demás mujeres que se hubiesen quedado.

Me alegré de recibir por fin algunas instrucciones concretas; y es que la presión que había tenido que soportar era casi intolerable, habiéndome llegado a poner extremadamente nerviosa.

Hice llamar a la fiel Dinah y le dije que iba a reunirme con su amo en Richmond, y que tenía la intención de partir dentro de tres días. Le informé asimismo de que la dejaba al frente de la casa, y le di las instrucciones precisas para que la cerrase. Luego escribí a Randolph, preguntándole para cuándo me esperaba.

Al día siguiente vi a los capataces y les transmití el mensaje de su patrón. Los hombres dijeron que se quedarían en la plantación y harían cuanto estuviese en su mano para evitar que las cosas se fueran al garete, si bien añadieron que no tenían grandes posibilidades de hacer trabajar a los esclavos, al menos mientras la tropas federales estuvieran apostadas en los alrededores. Pasé el día siguiente empaquetando mis cosas en los baúles y arreglando los últimos detalles, en la medida de lo posible, con Dinah y las restantes mujeres. Todas estaban muy apenadas porque iba a

dejarlas, si bien les entusiasmaba la idea de quedarse solas en la casa y hacer lo que quisieran sin temor a los azotes.

La única manera que tenía de llegar a Richmond —que distaba treinta y dos millas— era en calesa; tenía intención de salir a las cuatro para poder llegar a mi destino a las ocho de la tarde. Decidí partir a esa hora para ahorrarme el momento del día en que más apretaba el calor. Todos los caballos estaban aún en los establos, y se habían quedado también algunos caballerizos; uno de ellos era un viejo y fiel cochero negro llamado Jim, el que me había enseñado a montar, en el cual tenía plena confianza. Le hice llamar y le dije que quería que me llevase a Richmond al día siguiente, que tuviera preparada la calesa con el tiro de dos caballos a las cuatro de la tarde.

—De acuerdo, señorita —dijo—. La llevaré si es que puedo. Pero tengo que decirle que no lleve ni joyas ni dinero, porque hoy en día los caminos están infestados de bandas de salteadores; si tuviéramos la mala suerte dé encontramos con ellos, seguramente le robarían todo.

A mí ni siquiera se me había pasado por la cabeza que el camino a Richmond estuviera lleno de peligros, pero al oír a Jim hacer mención de los salteadores recordé que había oído hacía poco diversas historias acerca de aquellos hombres fuera de la ley. Estos «salteadores», he de explicarte, eran hombres blancos sin oficio ni beneficio que, fingiendo luchar en guerrillas contra las tropas federales, se dedicaban al pillaje, llegando en ocasiones a asesinar a los viajeros indefensos, ya fueran norteños o sureños. Los estados del Sur estuvieron infestados de rufianes de esta clase durante toda la guerra.

Despedí a Jim, pero creí razonable seguir su consejo; así pues, subí a mi habitación y saqué todas las joyas para guardarlas en una caja fuerte que había en una de las paredes del dormitorio de Randolph.

El día pasó lentamente; yo estaba nerviosa e inquieta, no conseguí cenar y me fui temprano a la cama.

Adiós a la plantación - En camino - Detenida por los «salteadores» - Robada, secuestrada y las terribles consecuencias que siguieron

Pasé bien la noche y descansé como debía; me levanté a la mañana siguiente sintiéndome mucho mejor, con el ánimo más tranquilo. Después de desayunar hice los últimos preparativos, y a las cuatro en punto la calesa, con sus dos excelentes caballos, apareció en la terraza conducida por Jim. Bajaron los dos baúles que pensaba llevarme y los introdujeron en el vehículo. Les estreché las manos a Dinah y a Rosa, mis dos favoritas, despidiéndome de ellas y encareciéndoles que tuviesen con la casa todo el cuidado que les fuera posible. Subí a mi asiento y me despedí con la mano de todas las demás mujeres que habían salido a despedirme; me dedicaron un agudo «adiós, señorita» al unísono.

Jim tocó a los caballos con la punta del látigo y emprendimos nuestro viaje. Hacía una tarde hermosa, aunque muy calurosa, si bien comenzaba a soplar una débil brisa; sin embargo, como iba vestida muy ligera, el calor no me resultó opresivo. Pronto abandonamos la avenida; a medida que rodaba suave y rápidamente la confortable calesa, la velocidad del movimiento hizo que un aire cálido y perfumado me besara liviano en las mejillas; se me levantó el ánimo, y sentí una especial euforia que hacía mucho tiempo desconocía. No tenía mayores ganas de ver a Randolph, pero me alegré, y mucho, de verme por fin libre de los cuidados que pesaron sobre mí durante las dos últimas semanas que estuve en Woodlands. El camino por el que íbamos era bastante bueno y, antes de la guerra, siempre había tráfico en él, pero ahora estaba prácticamente desierto; no nos topamos con nadie hasta haber recorrido unas cuantas millas, y cuando nos cruzamos con alguien resultó ser un grupo de

peatones. Para pasar el rato charlé con Jim, y he de señalar que me entretuvieron sus singulares y sagaces comentarios sobre el estado de las cosas en general. Cuando le dije que era muy probable que todos los esclavos del Sur obtuvieran muy pronto la carta de libertad, dijo en su particular jerga que, sin duda, sería muy grato ser libre, si bien ser libre no le iba a llenar la panza, y que, después de todo, no podría ganarse la vida si Mister Randolph no lo contrataba. El viejo Jim había nacido en Woodlands, y jamás había salido de Virginia.

Como no teníamos ninguna prisa le dije que no azuzara a los caballos, así que marchamos al trote, con calma; a eso de las seis habíamos cubierto la mitad del trayecto. Alcanzamos entonces la cima de un cerro muy empinado, y entramos en un trecho que discurría por entre un bosque muy espeso. Jim acababa de hacer parar a los caballos para darles un breve respiro cuando, de pronto, surgieron de entre la maleza cuatro hombres malencarados que nos apuntaron con sus revólveres.

—¡Suelta las riendas y arriba las manos, negraco! —gritó uno de ellos.

—¡Por Dios, señorita, nos han pillado los salteadores! —exclamó Jim en voz baja. Levantó las manos mientras yo, terriblemente asustada, solté un chillido, me agazapé cuanto pude y aparté la vista de los amenazantes cañones de las pistolas. Dos de ellos enfundaron las armas y se acercaron a la calesa, mientras los otros dos seguían apuntándonos. Entonces, uno de los salteadores, un rufián corpulento que tenía el rostro casi cubierto del todo por una espesa barba negra, soltó una palabrota.

—Bajad de la calesa los dos; ni se os ocurra echar a correr, u os dejo como un par de coladores.

Bajamos y nos plantamos en el camino, el uno junto al otro. Jim parecía estar tranquilo y yo, aunque me hubiese alarmado al principio, me sentí algo menos asustada. Creí que aquellos hombres se limitarían a llevarse lo que quisieran y que después nos dejarían seguir. Al ver que no teníamos ninguna intención de escapar, los salteadores se enfundaron

las pistolas al cinto y se entregaron al pillaje. Cortaron de un tajo las riendas de los caballos; uno de los hombres montó en uno, tomó al otro del ronzal y se los llevó a los dos a buen trote. Ni se me había pasado por la cabeza que fueran a llevarse los caballos; me pregunté, algo sobresaltada, cómo iba a llegar a Richmond. Los tres que se quedaron arrojaron mis baúles a tierra, los abrieron de malas maneras y volcaron sus contenidos, desparramando por doquier todos mis vestidos y demás prendas, en busca de algún objeto de más valor que las finas ropas femeninas que encontraron. Como quiera que no dieron con ninguna cosa más, rompieron a jurar y maldecir y a tirar todas mis pertenencias por el suelo. El hombre de la barba negra, que parecía ser el jefe, me ordenó que le entregara mi monedero.

Así lo hice, pero sólo contenía cinco dólares, de modo que dio rienda suelta a su desagrado soltando una andanada de palabrotas tal que me hizo estremecer. Los tres se alejaron entonces a una corta distancia y dialogaron entre sí en voz baja, rompiendo de cuando en cuando en sonoras carcajadas mientras yo seguía clavada en el sitio, en suspense, preguntándome qué iría a ocurrir a continuación. Pasados un minuto o dos, el jefe se acercó a nosotros y se dirigió a Jim.

—Mira, vejete, negraco del carajo, sé de dónde vienes, así que mueve el culo y lárgate derechito a Woodlands sin volver la vista atrás, o será peor para ti. ¡Venga, muévete!

Jim me miró por un instante, con una expresión perruna y de completa fidelidad en los ojos, así como con verdadera resolución en su rostro arrugado.

—No, señor, no dejaré a mi señorita —le dijo al hombre.

El hombre desenfundó el revólver y le apuntó.

—¡Condenado negraco! —le espetó—. Nosotros nos ocupamos de tu señorita, así que si no te largas te meto ahora mismo un balazo en esa cabezota que tienes.

Jim no vaciló; siguió clavado en su sitio, sin quitar la vista del hombre que le apuntaba. Yo soy una cobarde, pero en ese instante sentí un arranque de valentía. No podía permitir de ninguna manera que Jim sacrificara su vida sin que sirviese de nada. Me di cuenta de que los hombres tenían la intención

de hacerme su prisionera, tal vez, se me ocurrió, para pedir rescate.

—De nada servirá que te quedes conmigo, Jim —le dije—. Anda, es mejor que vuelvas a la casa.

—Oh, oh, señorita —dijo él—. No me gusta tener que dejarla, pero si de veras, de veras cree que no servirá que me quede, me iré; a lo mejor puedo hacer algo por usted.

Acto seguido se marchó a paso lento, dándose la vuelta cada dos por tres para mirarme. Yo miré al viejo negro fiel, de quien sabía que hubiera dado la vida por mí, hasta que desapareció de mi vista al bajar la cuesta, y luego rompí a llorar, sintiéndome completamente desamparada. Dos de los hombres recogieron mis cosas, hicieron un gurruño con ellas y, entre sollozos, oí que el jefe se dirigía a mí.

—Ahora venga, vente con nosotros a pasar la noche en nuestra choza, que estoy seguro de que mañana te llevará alguien a Richmond, si es que todavía te quedan ganas de ir hasta allá.

Me agarró del brazo y me condujo por entre los matorrales, hasta un camino medio oculto que salía de la carretera principal. Los otros dos nos siguieron, y caminamos por el lúgubre bosque por espacio de una milla más o menos hasta llegar por fin a una pequeña choza. Me hicieron entrar y, como estaba muy oscuro, uno de ellos encendió una basta lámpara, lo cual me permitió ver en qué lugar iba a pasar la noche. Era un sitio de lo más rudimentario: el suelo era de tierra, las paredes eran tablones rectangulares y el techo estaba hecho de lajas. Todo el mobiliario consistía en una mesa de madera sin desbastar, tres o cuatro bancos y un par de taburetes, los bidones de hojalata llenos de agua y tres o cuatro catres cubiertos de pellejos de ciervo. Sobre el fogón abierto humeaba una hoguera de troncos, y había asimismo unos cuantos utensilios de cocina esparcidos alrededor.

En poder de la banda de Bill Jackson - La cena en la choza - Me violan los tres rufianes - «Espatarrada» y completamente desnuda - Observaciones sobre los miembros de los tres despiadados canallas

Había sentido un cierto alivio al enterarme de que me permitirían marchar a la mañana siguiente, aunque no me agradaba lo más mínimo la perspectiva de tener que pasar la noche en un chamizo mugriento y en compañía de los tres hombres. Uno de ellos arrojó nueva leña al fuego, y cuando prendió la llama frió un poco de tocino, que colocó después sobre la mesa junto con un tarugo de pan de maíz, una botella de *whisky*, unos platos de peltre y unos cuencos del mismo material. Los hombres, sacando cada uno su machete, se sentaron a cenar; me ofrecieron probar su tosco alimento, y aunque no pude tomar ni una migaja sí acepté un sorbo de agua. Luego, sentándome cautelosamente y a la defensiva en el taburete que estaba más alejado, vi a mis raptores devorar sus alimentos. Los tres eran unos tipos con cara de pocos amigos; el de la barba negra, al cual sus compañeros llamaban Bill Jackson, tendría unos cuarenta años; los otros dos, llamados Frank y Tom, rozarían respectivamente los treinta y los treinta y cinco. Mientras duró la comida no se hablaron entre sí, ni hablaron conmigo tampoco, si bien a cada rato me miraba uno u otro con una ancha sonrisa. Con todo, por extraño que resulte, en ningún momento pensé que estuviera en peligro. Cuando terminaron de cenar se pusieron a fumar en sus pipas de madera, charlaron un poco y se pasaron unos a otros la botella de *whisky*, que fue de mano en mano hasta terminarse, pese a lo cual los tres estaban completamente sobrios.

El tal Jackson se puso en pie, se acercó a mí y soltó una grosera carcajada.

—Nos ha molestado mucho no haber encontrado nada en tus baúles que valiera al menos un dólar —me dijo a la cara—. Y nosotros no somos de esos que trabajan gratis, así que no nos va a quedar más remedio que sacarte algo de valor.

—Oh —exclamé toda ansiosa—; me agradará mucho darles cualquier cosa que deseen. Si uno de ustedes quisiera acompañarme mañana a Richmond, mi marido, Mister Randolph, les recompensaría con creces.

Le había llamado «mi marido» creyendo que eso les impresionaría. Pero los tres se echaron a reír al unísono, profiriendo grandes carcajadas.

—Estamos mejor enterados. Randolph no es tu marido, y tampoco creo que fuera a pagar gran cosa por ti. Pero tanto si sí como si no, a Richmond no vamos a ir ninguno. Y es que en esa ciudad tienen ciertos prejuicios contra nosotros; si se nos ocurriera poner los pies allí, no volveríamos para contarlo. Y como nos es imposible hacer algún dinero contigo, haremos que nos pagues de otra manera. Te vamos a follar.

Para relatar con propiedad lo que sucedió aquella noche no me queda más remedio que emplear el horrible lenguaje de aquellos rufianes. Pasmada y horrorizada hasta ponérseme los pelos de punta, me puse en pie de un brinco, rompiendo a llorar.

—¡Oh, no hagáis tal cosa a una pobre mujer indefensa! —sollocé—. Os enviaré todo el dinero que queráis si no me tocáis. ¡Oh, por favor! ¡Soltadme, dejadme marchar!

Se echaron a reír. En ese momento, mi terror se tornó en cólera, y les amenacé con las consecuencias que seguirían si se atrevían a ultrajarme. Pero sólo conseguí hacerles reír aún más. A continuación intenté convencerles a fuerza de halagos y mimos para que me dejasen marchar, pero no tuve éxito, por lo que volví a rogarles y a suplicarles que me perdonasen, pues la triste suerte que corrió la pobre Peachie acababa de hacérseme patente en toda su crudeza. Pero ni todas mis lágrimas, ni mis amenazas, ni mis halagos ni mis súplicas tuvieron efecto: de hecho, mi miedo abyecto y mi intenso horror parecieron divertir aún más a aquellos malvados.

—Veamos, veamos, jovencita: da lo mismo que grites o que te calles. Te vamos a follar. ¿Estás dispuesta a tomarte el polvo con calma o no?

—¡No! ¡No! ¡No! —aullé—. ¡No os permitiré hacerme eso! ¡No me lo vais a hacer! ¡Oh, miserables, cobardes! ¡No os atreváis a tocarme! ¡Bestias! ¡Canallas!

Cuanto más gritaba, cuanto más les mostraba mi ira, más a gusto se reían ellos.

—Bueno —dijo Jackson—, tú lo has querido. Si no te lo vas a tomar con calma, que sea por la fuerza. Adelante, chicos, desnudad a esa zorra y «espatarradla».

Los tres me agarraron, yo luché con todas mis fuerzas, a patadas, arañazos, a mordiscos, al tiempo que gritaba a voz en cuello; a pesar de mis frenéticos esfuerzos, los hombres me llevaron con facilidad a uno de los catres y me tendieron encima. Sujetándome, comenzaron a desnudarme, dándome vueltas y más vueltas, haciendo saltar los botones de mis prendas, rompiéndome las cintas de la ropa interior y arrancándomelas brutalmente, hasta dejarme completamente desnuda salvo las medias y los zapatos, sin que yo dejara de resistirme con todas mis fuerzas, chillando, llorando, suplicándoles que no me lo hicieran.

Me tendieron boca arriba, me extendieron los brazos y las piernas tanto como les fue posible y me ataron por las muñecas y los tobillos a las patas del catre. Así me dejaron «espatarrada»; quedé enteramente a su merced. Se situaron junto a la cama y me contemplaron babeando de lascivia, sin pasar por alto una sola parte de mi cuerpo desnudo, al tiempo que hacían toda clase de comentarios sobre mi finura, la blancura de mi piel y el color dorado del vello que me cubre la entrepierna. De las palabras pasaron en seguida a los hechos. Comenzaron a palparme, y tanto es así que de pronto sentí que tres pares de manos me recorrían todo el cuerpo a la vez. Mientras uno me estrujaba los pechos y me pellizcaba los pezones, otro me daba tirones del vello del «botón» y me metía los dedos por entre los labios, mientras el tercero me tentaba los muslos y el trasero.

Luego cambiaron de tumo, hasta que por fin los tres me

hubieron tentado de pies a cabeza. Me tocaron con tosquedad, sus manos eran ásperas y duras, me sentí mareada de puro asco, lloré y me estremecí, pero había dejado de chillar. Cuando los muy malvados me hubieron palpado hasta hartarse, surgió un contratiempo. Cada uno de los tres se empeñaba en ser el primero en «poseerme», y se armó así una discusión que los llevó incluso a decir palabras mayores, pues ninguno estaba dispuesto a ceder. Por fin, uno de ellos propuso zanjar la disputa cortando un mazo de cartas: el que sacara la carta más alta podría «metérmela» primero, y seguiría el siguiente. Los tres se mostraron de acuerdo. Sacaron una asquerosa baraja y cada uno extrajo su carta. El más joven sacó una sota, el tal Jackson sacó un diez y el tercero un siete. Te puedes imaginar lo que sentí al ver que disponían de mi cuerpo de semejante forma. Bastante espantoso había sido de por sí que me toquetearan con sus zarpas por todas partes aquellos tres hombres al mismo tiempo, pero aún sería más horrible que me poseyeran los tres bastos rufianes, uno detrás del otro. La sola idea casi me hizo enloquecer; permanecí tendida, retorciéndome las ataduras, el pecho sobresaltado por un respirar espasmódico, el corazón en la garganta y lágrimas hirvientes rodándome por las mejillas.

El que iba a «poseerme» en primer lugar se desabrochó los pantalones y se sacó un miembro erecto, al cual no pude evitar lanzar una mirada medio fascinada, pues me percaté de que era largo, aunque no muy grueso.

—Ahí va el primer polvo —dijo, y lanzándose sobre mí como un tigre sobre su presa me asió el cuerpo desnudo entre sus zarpas y trató de clavarme el arma.

Al principio no tuvo éxito pues, pese a tener las extremidades firmemente aseguradas, era capaz de mover el lomo, así que me agité tanto como me fue posible, evitando que entrase dentro de mí durante un buen rato.

Los otros dos estaban allí encima, riéndose y burlándose de los vanos esfuerzos de su compañero, diciéndole que no tenía ni idea de cómo entrar dentro de una mujer. La lucha duró un buen rato, pero llegó un momento en que me sentí

exhausta y me quedé quieta un breve instante. Entonces, antes de darme tiempo a recobrar el resuello para reemprender la lucha, el hombre me metió su «cosa» larguísima hasta las cachas, y comenzó a cabalgarme furiosamente al tiempo que apretaba sus labios sobre los míos, cubriéndome el rostro de abominables besos.

Asqueada hasta el límite, yací estremeciéndome bajo su peso mientras él trabajaba a conciencia; como estaba sumamente excitado, el final no tardó en llegar; aunque pensé que no podría evitar recibir su copiosa descarga, y aunque la naturaleza me forzó a «correrme», no tuve más sentimiento que el de un aborrecimiento sumo, de modo que no me moví al producirse el espasmo supremo.

Levantándose de encima mío, dijo en tono vejatorio:

—¡Tiene un polvo asqueroso! Creía que mi polla era lo suficientemente grande como para sacudirla de arriba a abajo, pero la muy zorra está más muerta que un tronco.

Los otros dos brutos se rieron. El tal Jackson se aprestó para dar cuenta de su asalto, mostrando ante mis horrorizados ojos un arma de tremendas dimensiones que se permitió el lujo de refrotar contra mi vientre.

—Me juego lo que queráis a que este cacho de cosa la va a hacer retorcerse y gritar como en toda su vida —dijo con una risotada horrísona—. Además, será la primera vez, que yo sepa, que me monte un bollito untado de mantequilla.

Se subió al catre y se metió entre mis piernas separadas, pero, al contrario que su antecesor, no me atacó de súbito. Se volvió a los otros dos, que se regodeaban, y les dijo lo siguiente:

—Yo siempre me tomo algún tiempo para hacer un trabajo de estos, y me gusta juguetear con una mujer antes de montarla.

Acto seguido se puso a jugar conmigo, palpándome los pechos con ambas manos y lamiéndome un pezón primero y luego el otro. Después me pasó las manos por todo el cuerpo, me estrujó los muslos, me pellizcó el trasero y me tironeó del vello de la entrepierna, para terminar por meterme el dedo hasta el fondo, lo cual me hizo un daño espantoso,

obligándome a chillar de puro dolor en tanto me estremecía toda entera y le suplicaba que no me torturase así. Retiró el dedo y me insertó el miembro; esta vez decidí no hacer ninguna inútil resistencia. Con cierta dificultad consiguió metérmelo entero. Me asió con fuerza, las manos sobre las nalgas, y comenzó a montarme lentamente, con largos embates, incrustándome el dardo cada vez más adentro y sacándomelo casi entero, hasta sólo dejar la punta entre mis labios, para entrar de nuevo con más fuerza; cada uno de sus tremendos vergajazos me hacían retemblar de pies a cabeza y poner desesperadas muecas de dolor, y como mis partes se vieron desgajadas todo lo que daban de sí por el descomunal tamaño de la columna que me hincaba hasta la raíz, sufrí considerablemente y tuve que chillar de dolor hasta quedarme afónica. Prolongó el asunto tanto como pudo y durante todo ese tiempo yo permanecí inmóvil, zarandeada por el peso de aquel bruto, gruñendo de dolor bajo sus embestidas y tratando de contenerme, pero de nuevo la naturaleza me obligó a «correrme» antes que él. ¡Oh! ¡Fue horroroso! Por fin lo sentí acelerar sus embates, «correrse» en cuestión de segundos y fluir por dentro de mí el chorro, a la vez que yo soltaba un gran suspiro de alivio al notar que su enorme «cosa» disminuía de tamaño entre los pliegues de mi «botón», aun sin mover en ningún momento el trasero. El asco que me embargaba era cada vez mayor.

—Vaya —dijo al retirarse—, pues es verdad que no tiene ni medio polvo, pero la «raja» que tiene no se la merece, y el cacho «polla» que le he metido la ha hecho chillar, tal como dije —se volvió al tercer hombre y soltó una risotada—. Bueno, Tom, no te costará ningún trabajo entrar ahí dentro, pues la tiene totalmente engrasada.

—Pues sí, sí que la tiene bien untada —dijo.

Acto seguido se aprestó; era el que la tenía más pequeña de los tres, si bien el instrumento que se sacó del pantalón estaba del todo erecto. No perdió el tiempo en preliminares y me separó los labios con las dos manos, para acto seguido comenzar a montarme con calma, pero vigorosamente; en cuestión de segundos recibí por tercera vez un diluvio de

esperma caliente, y por tercera vez aguanté la descarga sin moverme, aunque con una nauseabunda sensación de asco. Se bajó de mí sin hacer ningún comentario, y creí que por fin había terminado la horrible prueba y que me iban a soltar. Me quedé helada de pánico al comprobar que no fue así, por más que les rogué que se apiadaran de mí y me soltasen.

—Todavía no hemos acabado contigo, chica —dijo Jackson.

Me dejaron atada sobre el catre, llorosa y temblando de vergüenza y desesperación, mientras ellos llenaban sus pipas y se sentaban en sus taburetes para charlar fríamente acerca de mí y del modo en que me había comportado cuando me penetró cada uno de ellos. Mientras charlaban, no dejaron de mirar mi cuerpo desnudo y palpitante. Cuando terminaron de fumar sus pipas volvieron junto al catre. Medio desmayada, asqueada, mareada a más no poder, llena de vergüenza y de horror, gemí suplicándoles que tuvieran piedad de mí por lo que más quisieran, que no me volvieran a tocar, que estaban a punto de matarme. Más me habría valido ahorrarme el aliento. Se echaron a reír cuando Jackson comentó que cualquier mujer puede aguantar las acometidas de una veintena de hombres sin que le pase nada de nada. Volví a rogarles, a suplicarles del modo más humilde que supe que me dejaran, pero nada habría podido conmover a aquellos brutos. Desconocían la piedad y la compasión.

Como quiera que fuese, no creo que sea menester entrar en mayores detalles acerca de mi martirio; bastará con decir que los tres volvieron a penetrarme de nuevo uno detrás de otro, y que cuando el último de ellos hubo retirado el miembro del interior de mi vilipendiado cuerpo mi receptáculo se había desbordado por lo copioso de las seis descargas que hubo de soportar, de modo que tenía el vello embadurnado de aquel horroroso ungüento, que me goteaba también por los muslos. Estaba medio desmayada, sentía un sudor helado en la frente, las carnes magulladas por la rudeza con que me habían zarandeado y el cuerpo entero me temblaba de manera convulsa, en tanto el intolerable asco y el aborrecimiento que me dominaban me hicieron sentir una

náusea espantosa.

Me desataron las muñecas y los tobillos, dejándomelos magullados y enrojecidos por el roce de las sogas; Jackson me arrojó una manta encima y me dijo que durmiera si es que podía, pues se habían hartado de mí. Me eché la manta por encima de la cabeza y me acurruqué, llorando de manera inconsolable. Los hombres no me prestaron más atención y permanecieron sentados, charlando y fumando, durante una media hora; después dejaron la luz encendida y se echaron en los otros catres; pasado algún tiempo me di cuenta, por sus ronquidos, que estaban completamente dormidos.

Tenía la boca horrorosamente reseca, y la entrepierna me dolía una barbaridad. Necesitaba beber, así que me escurrí de la cama en silencio, cogí un cuenco de peltre y, acercándome a uno de los bidones de agua, sacié mi sed. Luego me humedecí los encamados, hinchados labios del «botón» y me lavé del cuerpo todas las huellas exteriores que me había dejado aquella polución horrorosa. Me vestí con mis ajadas ropas y volví a tumbarme en el catre, con la confianza de olvidar, aun cuando fuera por un tiempo, los horrores por los que había tenido que pasar. Pero por más destrozada que estuviera, tanto mental como físicamente, el sueño no vino a mí. Jamás olvidaré la miseria que sentí la noche que pasé en aquel chamizo, dando vueltas y más vueltas en ese catre asqueroso. Me sentía enfebrecer, y acto seguido me helaba de frío, pese a todo lo cual la sensación más intensa era la de estar enferma del ese aterrorizada a más no poder por la terrible idea de que aquellos malhechores tal vez no me dejasen marchar a la mañana siguiente. Podría haber huido, haber echado a correr por el bosque para intentar, cuando se hiciera de día, volver al camino de Richmond, pero la puerta estaba cerrada con cerrojo y la ventana tenía una pesada persiana. Así y todo, si hubiese podido salir de la choza me habría perdido en la espesura del bosque y me habría muerto de hambre.

El amanecer y el desayuno - Nuevos temores y besos forzados - Me liberan - El amistoso carretero - Llegada a Richmond y encuentro con Randolph

No creo que llegara a perder del todo el conocimiento durante aquellas espantosas horas, aunque creí que el alba no iba a llegar jamás, si bien por fin vi la luz del día mostrarse por las rendijas de la persiana. Los hombres despertaron, se bajaron de los catres y se desperezaron, bostezando, durante unos momentos; después me contemplaron, se echaron a reír e hicieron toda clase de comentarios deleznables sobre mi palidez y mis ojos enrojecidos, en tanto yo seguía tendida en el catre, presa de un horroroso suspense, temiendo que a uno de los rufianes, o quién sabe si a los tres, se le metiera en la cabeza la idea de poseerme otra vez. Sentí un intenso alivio al ver que ninguno de ellos me tocaba. Abrieron la ventana y encendieron un fuego, frieron más tocino y prepararon un cazo de café; se sentaron a desayunar a la vez que me ordenaban sentarme al otro extremo de la mesa y compartir con ellos el desayuno.

Con la mirada baja y las mejillas encendidas, me senté enfrente de los tres brutos que me habían ultrajado de forma tan vergonzosa, y como me sentía muy débil traté de comer un poco de pan, aunque se me atragantó. Conseguí sin embargo beber un cuenco de café que, por malo que estuviera, me devolvió algo de fuerza.

Cuando terminaron su tosca comida y encendieron sus pipas, alcé la vista y me dirigí a Jackson para recordarle que había prometido dejarme marchar.

—Por favor, dejadme marchar —les rogué con toda humildad, rompiendo a llorar y extendiendo las manos hacia ellos de forma suplicante—. Habéis estado a punto de matarme. No seréis tan crueles como para mantenerme

prisionera.

Me miró durante un momento; me dio la sensación de que el corazón se me paraba.

—Eres una bonita moza —dijo por fin—, y aunque folies de pena, eres mejor que no tener nada. Nos gustaría quedarnos contigo para seguirte follando, pero te entrometerías en nuestros asuntos, así que mejor será dejarte marchar. Te llevaré hasta el camino; una vez ahí, puedes seguir hacia Richmond o volver a Woodlands; ambos lugares están a la misma distancia, a unas dieciséis millas. Si te apetece, puedes volver con nosotros.

Se me quitó de encima un peso insoportable, así que me levanté ansiosamente de donde estaba.

—Oh, estoy deseosa de ponerme en marcha.

Se rió.

—De acuerdo —dijo—. Pero antes quiero que nos des la mano y te despidas de nosotros dándonos un beso en la boca.

Así que tuve que besar a los tres rufianes uno por uno y decirles adiós, ocasión que aprovecharon para echarme la mano encima y tentarme la entrepierna. Acto seguido Jackson salió del chamizo y yo le seguí; es evidente que quiso confundirme para que no lograse localizar el sitio en que se encontraba la choza, pues me hizo dar varias vueltas por el bosque, al menos por espacio de dos millas, antes de llevarme a la carretera. Luego me señaló en qué dirección quedaba Richmond; me dijo que no podría perderme y desapareció entre los arbustos.

No había nadie a la vista; me senté sobre un tocón, al borde del camino, sin saber qué hacer, si volver a Woodlands o dirigirme a Richmond. Pero la verdad es que no supe cómo iba a llegar a una u otra parte, ya que no habría podido recorrer a pie semejantes distancias. En condiciones normales soy una buena andarina, y dieciséis millas se me habrían antojado muy poca cosa, pero en aquel momento me sentía muy débil, al borde del desmayo; el menor movimiento de las piernas me hacía daño. Sin saber qué hacer, me eché a llorar a causa del desvalimiento absoluto en que me hallaba, pensando en lo desafortunada que era en todos los sentidos.

Pero en ese momento tuve un poco de suerte. Llevaba sentada al borde del camino unos diez minutos cuando vi, a lo lejos, una carreta que se acercaba lentamente; cuando la tuve más cerca, vi que la llevaba un hombre de mediana edad y aspecto respetable. Me levanté de mi asiento y le pregunté, entre sollozos, si sería tan amable de llevarme hasta Richmond.

Detuvo su caballo de inmediato, me dijo que sí, que cómo no, y, dándome la mano para ayudarme a subir a la carreta, me acomodó como le fue posible, mirándome con curiosidad pero sin hacerme una sola pregunta. Le conté un poco por encima cómo me habían estropeado el viaje y me habían robado unos salteadores, aunque callé todas las demás cosas que me habían hecho.

Me mostró una gran simpatía, así como manifestó su cólera hacia los salteadores en general, a los que según él habría que linchar en masa.

—Supuse que algo no iba bien —añadió— nada más ver a una dama como usted en el camino y llorando. ¡Maldita guerra! No hay orden ni concierto en todo el estado de Virginia, todo el que quiera se salta la ley. Ah, ojalá no estuviera aquí y pudiera verme en Connecticut, que es de donde soy.

Me alegré al enterarme de que era del Norte; sólo saber ese detalle bastó para que confiara plenamente en él. Y es que había llegado a sentir verdadero temor frente a cualquier sureño. Le dije que también yo era del Norte, y que también deseaba de todo corazón poder estar allí. Nada más oírlo insistió en estrecharme la mano; luego me comentó que iba hasta Richmond, y que confiaba llegar allí en unas tres horas —eran más o menos las diez—. La carreta iba cargada hasta los topes, así que a ratos caminábamos junto al caballo, lentamente y en silencio. Él era un hombre más bien taciturno y yo, como puedes imaginar, no tenía ningunas ganas de hablar en esos momentos. De hecho, era todo lo que podía hacer para no volver a echarme a llorar.

Cuando por fin avistamos los alrededores de la ciudad, el hombre me preguntó amablemente a qué dirección deseaba

ir, pues me llevaría hasta la puerta.

Le di las gracias de todo corazón y le dije adonde deseaba ir; pasada una media hora llegamos a la casa que había alquilado Randolph. Tenía un aspecto confortable; era un edificio de tres pisos, aislado, rodeado por un jardín, situado en una de las mejores zonas de Richmond.

El amable hombre que me había traído me ayudó a bajar de la carreta; le invité a pasar a la casa y saludar a «mi marido», quien sin duda querría agradecerle su amabilidad, así como recompensarle por el servicio que me había prestado. Pero aquel buen hombre me dijo que no quería recompensa ninguna, que se alegraba de haber podido ayudar a una dama norteña que estaba en apuros. Me dijo adiós y se fue.

Toqué a la puerta, que me abrió una criada blanca bien vestida, con muy buen aspecto, y le pregunté si Mister Randolph estaba en casa. Ella me miró con verdadera curiosidad y me preguntó, en tono sumamente educado, si era yo acaso la dama cuya llegada esperaba Mister Randolph la tarde anterior. Le dije que sí, y me hizo pasar al punto, conduciéndome a un comedor magníficamente amueblado donde estaba comiendo Randolph.

No se levantó de la silla; se quedó mirándome con verdadera perplejidad, dándose cuenta de mis ojos enrojecidos, mi palidez y lo lamentable de mi aspecto.

—Pero ¡Dolly! —me dijo con un tono compasivo—. ¡Estás hecha una pena! ¿Dónde demonios te has metido? ¿Qué te ha pasado? Esperaba que llegases ayer a las ocho. ¿Dónde está Jim? ¿Y la calesa?

Yo no esperaba que me recibiese con grandes muestras de afecto, pero la verdad es que su frialdad me molestó mucho. En ese momento estaba muy necesitada de simpatía y amabilidad.

—Oh, déjame en paz, no me avasalles a preguntas —le dije de manera cortante—. Hace casi veinticuatro horas que no pruebo bocado, estoy que me muero de hambre, así que antes de nada voy a comer y beber algo; después ya te contaré lo que ha pasado.

Se quedó muy sorprendido ante mi despliegue de coraje, pero acercó una silla a la mesa y me sirvió un vaso de vino y una chuleta. Yo estaba que me moría de hambre, así que comí con ganas, bebí un par de vasos de vino y tomé una taza de café; luego, sintiéndome algo mejor, me senté en un cómodo sillón y le conté parte de lo ocurrido. Le conté cómo nos habían asaltado a Jim y a mí, cómo me robaron todo lo que llevaba en los baúles. Pero no me sentí con fuerza de contarle cómo me habían ultrajado aquellos tres salteadores. Me escuchó con toda atención hasta que acabé mi relato.

—¿Dónde has pasado la noche? —preguntó—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Me quedé toda la noche en el bosque —y era verdad, en el chamizo—, y esta mañana me encontré con un hombre que me trajo en carreta a la ciudad.

No sé si Randolph llegó a pensar que le estaba ocultando algo o no, pero lo cierto es que no me preguntó nada que me pusiera en apuros. Se mostró muy molesto por haber perdido sus dos valiosos caballos, si bien le hizo gracia la forma en que los salteadores esparcieron mis ropas por el bosque.

—Maldito contratiempo —dijo—. No habría vendido nunca esos caballos por menos de ochocientos dólares, pero no te apures, nos será mucho más fácil reponer tus prendas. Es una suerte que hayas dejado tus joyas allí. Iré a la policía a hacer la denuncia, aunque creo que no servirá de nada, pues todo el estado está completamente revuelto. Cuando quieras subir a tu habitación, toca la campana, y Clara, la criada que te abrió la puerta, se encargará de atenderte.

Luego se marchó, y yo seguí un buen rato recostada en el sillón. Más tarde toqué la campana y, cuando se presentó Clara, le dije que deseaba subir a mi habitación.

En el piso de arriba me mostró un dormitorio espacioso, agradablemente amueblado; tan pronto como se hubo ido, me desvestí y me di un baño de lo más refrescante, frotándome de pies a cabeza con jabón perfumado, hasta que sentí mi cuerpo despojado de toda impureza exterior. Cuando me vestí volvió a aparecer la muchacha y me cepilló el cabello; pese a estar al corriente de que yo no era la esposa

de Randolph, se mostró muy respetuosa.

Le hice unas cuantas preguntas y, como ella no se mostró en absoluto reticente, descubrí de inmediato que Randolph había tomado la costumbre de poseerla cada vez que le venía en gana. Con todo, tener certeza de ese hecho no me sorprendió, ni me molestó tampoco. Era exactamente lo que me esperaba desde el instante en que vi su hermoso rostro y su bella figura.

Después que terminó de cepillarme el cabello y se marchó de la habitación, me tendí sobre la cama y dormí profundamente.

Al despertarme, supe por el reloj que había en una repisa que eran las siete. Había dormido cuatro horas, y me sentí bastante recuperada; el color me había vuelto a las mejillas, se me había quitado la sombra que me rodeaba los ojos y noté que tenía mi maltrecho «botón» en mucho mejor estado. Estaba a punto de levantarme para bajar al salón cuando entró Randolph y se sentó sobre la cama, mirándome.

—Bueno, Dolly —me dijo—, confío que hayas descansado bien. Tienes mucho mejor aspecto, así que voy a poseerte, para hacer un poco de boca antes de la cena. Me sentará tan bien como un cóctel, y de hecho tengo la intención de hacerte «menear la cola» —añadió a carcajadas.

Aborrecí la sola idea de volver a ser poseída por un hombre, y deseé de todo corazón que no existiera en el mundo nada semejante al órgano sexual masculino. Seis veces en un plazo de veinticuatro horas habían atravesado aquellas hórridas armas mi diminuto «botón», que iba a ser ahora transfigurado por séptima vez. De todos modos, como sabía de sobra que poner alguna objeción serviría tan sólo para irritarlo y hacerle sospechar, decidí no decir ni una palabra.

Procedió, pues, a «menearme el rabo» tumbándome sobre el borde de la cama, con los pies en el suelo; me levantó las enaguas y me dejó caer las bragas hasta los tobillos, para detenerse en la contemplación de mi trasero; acto seguido, me lo estrujó y me dio unos azotes más fuertes de lo que hubiese sido agradable, diciéndome fríamente:

—Bueno, Dolly, tengo que confesarte que no he visto un trasero más bonito que el tuyo, ni tampoco he azotado ninguno más sabroso, desde que vine a Richmond.

Comenzó a cornearme por detrás con evidente disfrute por su parte, si bien a mí me hizo mucho daño, pues, aunque por fuera tenía el «botón» aparentemente en perfectas condiciones, los labios internos los tenía completamente escoriados; por lo tanto, sufrí muchísimo, y tuve que apretar los dientes a fondo para no llorar en su presencia. Para que no sospechara nada, hice fuerza con el trasero para recibir sus acometidas como si de veras estuviera disfrutando de sus embates y cuando se «corrió», meneé el trasero con brusquedad. Al sacar el miembro de mi dolorida entrepierna, sin embargo, me alegré mucho. De todos modos se mostró complacido y, dándome un beso afectuoso, halagó la manera como había hecho mi parte. Tras las necesarias abluciones, bajamos a cenar, y la verdad es que cenamos estupendamente, pues los platos estaban bien preparados y fuimos atendidos por una camarera muy bien vestida aunque algo vieja. Todas las criadas eran blancas; Randolph, por lo visto, las había cogido con la casa, cuyo propietario se había marchado con su familia a Europa nada más empezar las primeras hostilidades de la guerra.

Durante la cena, Randolph y yo conversamos acerca del estado en que se hallaba Woodlands; me hizo diversas preguntas, a las que pude responder sin ocultarle nada. Aunque resulte extraño, no me preguntó nada acerca del oficial de las tropas federales, el capitán Franklin. Cuando terminamos de cenar y pasamos al salón, conversamos acerca de la guerra; Randolph me dijo que la mayor parte de los propietarios de las plantaciones algodoneras del Sur se arruinarían si los federales salieran victoriosos de la contienda. Más adelante me dijo que aunque él sufriría un duro golpe con la abolición de la esclavitud, contaba por fortuna con una gran cantidad de dinero que había invertido en negocios en el extranjero, de modo que, pasase lo que pasase, podría considerarse un hombre relativamente rico.

A las once en punto me dijo que subiera con él a la cama,

y añadió que deseaba darse un buen revolcón estando los dos desnudos. Me alegré de poder irme a la cama, aunque no estaba en absoluto deseosa de seguir haciendo el amor; de todos modos, le seguí dócilmente al dormitorio. Tras cerrar la puerta encendió todas las lámparas, de modo que la habitación quedó intensamente iluminada. Me hizo despojarme de todas mis ropas y él hizo otro tanto; cuando los dos estuvimos completamente desnudos, me rodeó la cintura con el brazo y se puso a bailar un vals hasta que yo estuve exhausta. Durante todo ese tiempo, su pecho desnudo estuvo apretado contra los míos, agitados por la respiración entrecortada, su miembro rígido contra mi vientre, y me estimuló, a acompasar mis pasos por medio de certeros cachetes en ambas nalgas. Cuando se cansó de «bailar» me depositó en la cama y, asiéndome con los brazos y rodeándome con las piernas, comenzó a rodar y a revolcarse, apretándome con fuerza para terminar por tumbarme de espaldas y atravesarme lúbricamente con su sable.

Luego me permitió ponerme una camisola —pues no tenía yo ningún camisón— y meterme entre las sábanas con él.

Creí que había terminado, pero estaba completamente equivocada. Él se encontraba en gran forma física, de modo que pude dormir muy poco, pues siguió jugueteando conmigo durante toda la noche, llegando a penetrarme hasta tres veces en distintas posturas. Nos despertamos ya entrada la mañana, y cuando terminamos de desayunar ya era mediodía. Luego se marchó de la casa para resolver algunos asuntos, en tanto yo hice llamar a mi sastre para encargarle una remesa de vestidos y sombreros. Después salí para visitar un par de establecimientos, en los que compré toda una colección de primorosa ropa interior, medias de seda y zapatos. A Randolph le encantaba verme siempre bien vestida, y aunque nunca me dio mucho dinero para gastar, pues a decir verdad era bastante tacaño, jamás había puesto ningún reparo al pagar las facturas de las ropas con que me adornaba. Pasados pocos días, con un nuevo ajuar a mi disposición, pude volver a salir con él, de día o de noche, en todas las ocasiones en que quiso que le acompañara.

La batalla de Fair Oaks - Partida para Nueva York - Se acabaron los esclavos apaleados - Los nuevos amours *de Randolph - Se marcha a Europa - Mi postrer azotaina - El único recuerdo de la «ternura» - Comienzo a ocuparme de la casa*

Pasaron unas cuantas semanas; Randolph fue de visita a Woodlands y comprobó que, en la plantación, todo, absolutamente todo, estaba descuidado y había caído en un completo deterioro, si bien la casa estaba en orden, pues Dinah y las demás mujeres se habían ocupado de todo. A su regreso me trajo mis joyas.

Una semana después de su regreso se libró la batalla de Fair Oaks, las tropas federales se acercaron a Richmond y en la ciudad todo se volvió más lúgubre y desdichado que nunca. Las anteriores veces que había ido de visita a esa ciudad me había gustado mucho, pues era un lugar animado y vivo, que siempre escondía alguna novedad que ver, pero ahora no había entretenimientos de ninguna clase. La sombra de la guerra planeaba sobre todas las cosas y sobre todas las personas. Richmond era un espantoso lugar. Yo me había cansado de la ciudad y habría preferido con mucho estar en Woodlands.

También Randolph se había cansado de Richmond, y de aquella guerra interminable que se libraba por doquier, que jamás parecía decantarse por uno u otro bando, aunque ya se habían sacrificado centenares de vidas.

Por fin tomó la determinación de marcharse del Sur e irse a Nueva York llevándome con él. Así pues, me dijo que preparase el equipaje y que estuviera lista para partir en el plazo de una semana. Me encantó recibir esa orden y tuve todo preparado tan pronto como me fue posible. Llegó el día de nuestra partida, nos fuimos de Richmond y a su debido tiempo llegamos a Nueva York. Resultó, según pudimos

enterarnos, que habíamos abandonado la ciudad en el último momento, pues pocos días después de nuestra partida la tomaron las tropas de los Estados Unidos; tras la toma, resultó muy difícil para la mayor parte de la población, aunque no hubieran sido combatientes, cruzar las líneas federales.

Nos instalamos en uno de los mejores hoteles de Nueva York y durante un tiempo fui una mujer tan feliz como podía serlo habida cuenta de mi precaria posición. Me había alejado por fin de aquella horrorosa guerra y podía entrar y salir a mis anchas, sin el miedo de que me capturaran los azotacalles o de que me ultrajaran los salteadores. Tenía muchas y muy bonitas ropas, y una cierta cantidad, nada despreciable por cierto, de joyas. Randolph me llevaba a toda clase de lugares de diversión, y yo estaba segura de que se me admiraba. Durante aquel tiempo él se mostró muy amable conmigo, y me dio más dinero para gastar que el que había tenido en toda mi vida. Y, lo que era todavía mejor, me había marchado de aquellos horrorosos estados esclavistas y era feliz sólo de saber que nunca volvería a ver a una pobre esclava retorcerse de dolor y suplicar piedad a gritos mientras recibía en el trasero las magulladuras, los moratones, las ampollas que causaban los dolorosísimos azotes de la vara, la correa o la palmeta. Había decidido que, pasara lo que pasase, no volvería a pisar el Sur.

Las semanas transcurrían apaciblemente. Randolph se hizo un buen número de amistades, tanto masculinas como femeninas, de modo que de día lo veía muy poco, y frecuentemente no volvía en toda la noche.

Yo sabía que se reunía con otras mujeres —de hecho, nunca mantuvo en secreto sus amores—, pero tener ese conocimiento no me afligió lo más mínimo. Cada vez que le apetecía yo recibía sus acometidas, pero jamás intenté por propia voluntad que me lo hiciera. Yo tenía un buen número de admiradores y podía por tanto proporcionarme todo el sexo que quisiera, pero me mantuve fiel a Randolph, no tanto por profesarle algún sentimiento, sino porque no me interesaban los hombres.

Por entonces no tenía necesidad de hombre alguno. El capitán Franklin fue el único que me poseyó con mi consentimiento durante todo el tiempo que viví con Randolph.

A medida que fueron pasando los días cada vez lo vi menos, e incluso cuando estábamos juntos no solía tocarme, llegando a enfriarse mucho nuestras relaciones, aunque lo cierto es que en aquella época nunca se mostró rudo conmigo. Supuse más o menos qué quería decir ese cambio de actitud. Se había cansado de mí, y tenía el presentimiento de que no tardaría en abandonarme. De todos modos, yo siempre había tenido muy en cuenta que nuestra relación terminaría por acabarse antes o después, y que entonces tendría que hacer lo que han tenido que hacer tantas otras mujeres al verse abandonadas por el hombre que les ha buscado la ruina. No pasó mucho tiempo hasta que Randolph me comunicó la noticia que yo estaba esperando. Una mañana, tras una ausencia suya de tres días, vino a verme y me dijo que tenía algo que comunicarme. El corazón me dio un brinco. Yo sabía qué me iba a decir, pero no hice ningún comentario.

—Me marcho a Europa con un grupo de amigos, de forma que no te puedo llevar conmigo. De hecho, Dolly, ha llegado el momento de separamos. Pero quiero que sepas que, aunque te abandono, ello no es culpa tuya. Siempre has sido una muchacha de buen carácter, y has hecho todo lo que te he solicitado. Por lo tanto, quiero hacerte todo el bien que pueda. Tengo la intención de comprarte una casita y amueblarla a tu gusto. Asimismo, te daré la cantidad de mil dólares para que tengas con qué empezar tu vida. Tan sólo tienes veintidós años, un rostro muy bonito y un magnífico cuerpo. También tienes montones de ropa y cierta cantidad de joyas. No tardarás en hacer amigos, y estoy seguro de que te las arreglarás para que las cosas te vayan bien en Nueva York.

Fue sin duda una forma durísima de ponerme las cosas claras; las lágrimas me asomaron a los ojos, pese a lo cual sentí cierta gratitud por lo que dijo que quería hacer por mí.

Cierto que me había arruinado, pero también podía haberme arrojado a la cuneta, sin dejarme nada de nada. Le di las gracias y él me dio un breve beso, diciéndome que al día siguiente vendría a verme para buscar juntos esa casa. Así me dejó a solas con mis perspectivas de futuro. En aquel instante no me pareció que fueran particularmente luminosas, pero, desde luego, podrían haber sido mucho peores, de manera que tomé la resolución de hacer frente a mi situación con toda la valentía que pudiese. Aquel día y aquella noche no volví a ver a Randolph, pero al día siguiente, después de almorzar, vino a buscarme y pasamos la tarde viendo varias casas en diversas zonas de la ciudad, aunque no encontramos la más adecuada. En fin, no hará falta que alargue la historia de mi búsqueda de casa; bastará con decir que, a la postre, compró ésta en que estamos, amueblada de punta a cabo, y contrató a un par de criadas. Después las despedí y contraté a dos negras, las que ahora tengo a mi servicio. Me resultan mucho más fáciles de soportar, y son, creo yo, mucho más fieles que las sirvientas blancas.

Cuando todo quedó arreglado, me trajo aquí una tarde, me entregó los títulos de propiedad de la casa y los mil dólares de que me había hablado. Nos sentamos a charlar un rato, se tomó una copa de vino y fumó un cigarro. Cuando terminó, se puso en pie y soltó una carcajada.

—En fin, Dolly, sabes bien cuánto me gusta zurrarle el trasero a una mujer. Y ahora, como parto para Europa, me apena reconocer que allí dispondré de pocas oportunidades para hacer tal cosa, así que voy a darte una tunda de despedida, una tunda de verdad.

Semejante idea no me agradó en absoluto; un sudor frío me corrió por la espalda, pues sabía de sobra que me iba a hacer muchísimo daño, pero no dispuse de la fuerza de voluntad suficiente para rehusar su solicitud de despedida, de modo que le contesté con un hilillo de voz:

—Te dejaré que me azotes, pero, por lo que más quieras, no seas muy duro. Sabes que no puedo soportar el dolor.

Se sacó un pañuelo del bolsillo y me ató las muñecas, preliminar que me alarmó.

—¡Oh, no me ates! —exclamé.

—Te voy a sacudir como si fueras una esclavita negra que se hubiese portado muy mal, así que es preciso maniatarte, para impedir que te cubras las nalgas con las manos mientras dure la zurra.

Completamente asustada, hice cuantas débiles protestas pude hacer, pero me agarró, me levantó en vilo, tomó asiento y me echó sobre sus rodillas, colocándome en la postura ortodoxa; me levantó las enaguas y me despojó de mis bragas.

—Ahora —dijo a la vez que me acariciaba y me estrujaba las carnes— será mejor que no hagas mucho ruido; si no, te oirán las criadas.

Me sujetó con fuerza y comenzó a azotarme con verdadera severidad. ¡Qué dura tenía la mano, y qué daño me hizo!

Empecé a llorar, a menearme y agitarme cuanto pude sobre sus rodillas y al hacerlo pude sentir con toda claridad la rigidez de su miembro contra el vientre. Apreté los dientes y contuve la respiración para sofocar, por algún tiempo, los gritos que me acudían a los labios; al final, el escozor, dolorosísimo, se hizo tan intenso que comencé a chillar a voz en cuello, pataleando de pura angustia y rogándole que parase.

Él siguió azotándome hasta que el trasero me ardió como si estuviese agonizando, y chillé con tanta potencia como pude.

Entonces dejó de zurrarme, me hizo inclinarme sobre el respaldo del sofá y me penetró mientras yo lloraba del dolor que me habían causado sus horrorosos azotes.

Cuando hubo terminado me desató las manos y me tendió sobre el sofá quedándose a mi lado, mirándome, sonriendo, mientras yo lloraba. Las lágrimas me rodaban por las mejillas y las ropas se me arremolinaban alrededor, en desorden, las bragas colgándome de los tobillos. Estaba roja hasta la raíz de los cabellos, aunque segura de que mi pobre trasero estaría mucho más encarnado aún, a juzgar por el modo en que me dolía y me escocía. Al día siguiente lo tenía morado. Se

inclinó, me dio un beso y soltó otra de sus carcajadas.

—Ahí tienes, Dolly: la última zurra que te doy y la última vez que te penetro, puedes estar segura.

—Ha sido muy cruel azotarme de semejante manera —dije llorosamente—. No puedo entender qué placer puedes haber obtenido al causarme semejante dolor.

No sentía lo más mínimo el haberme azotado con tan desmedida severidad.

—Oh, oh, ya verás qué pronto descubres a cuántos otros hombres aparte de mí les encanta zurrar a una mujer hasta hacerla chillar.

Desde entonces he tenido tiempo y ocasiones de sobra de comprobar que eso es cierto: son muchos los hombres que disfrutan echándose a una mujer sobre las rodillas. A menudo me han solicitado permiso para azotarme, pero no he consentido jamás. Randolph es el único hombre que me ha tenido sobre sus rodillas para azotarme. Siguió riéndose de su propio comentario y de su triste broma.

—Sabes, Dolly, que cuando un hombre inaugura un nuevo local suele dar una fiesta para caldearlo. Bien, pues yo, en cambio, he preferido caldearte el trasero. Siempre he admirado el trasero que tienes, Dolly; puedes estar segura de que guardaré un buen recuerdo de cómo te lo he puesto hoy. Tenías unas nalgas encantadoras, primero blancas, regordetas, y después coloradas por el solo tacto de mi mano.

Volvió a besarme en el rostro, que seguía cubierto de lágrimas, me dijo adiós y salió tranquilamente de la casa, dejándome tendida en el sofá, dolorida, indignada. Afortunadamente las criadas no llegaron a oír los chillidos que proferí mientras me azotó. Permanecí tendida hasta que se me alivió un poco el dolor, luego me abroché las bragas, me fui al dormitorio y me lavé la cara sin dejar de pensar qué hombre tan completamente inhumano era Randolph. Jamás hubo ningún sentimiento en la relación que mantuve con él: pese a todo, consideré que podría haberse despedido de mí de una forma algo más tierna. Sin embargo, no tuve por él el más mínimo sentimiento de ternura después del modo en que me trató; la única «ternura», si así puede llamarse, que me

quedó tras la despedida fue la «ternura» de mi dolorido trasero.

El fin de mi tirano - Hago otras amistades - Cómo empezó mi vida actual - Así se justifica mi odio hacia los sureños

Al día siguiente partió hacia Europa, y desde entonces no lo he vuelto a ver ni he vuelto a tener noticias suyas, si bien sé de buena tinta que permaneció en el extranjero hasta terminada la guerra, para volver después a Woodlands, donde creo que reside en la actualidad.

Tan pronto como me hube instalado medianamente bien en mi nuevo hogar, ingresé quinientos dólares en el banco y me dediqué a mantener la casa con el resto del dinero.

Al principio no hice otra cosa que entretenerme; bastante diversión y ajetreo fue para mí ser dueña y señora de una casa y hacer lo que me dio la gana, sin que nadie me molestara. Pero pasado algún tiempo, como el dinero se me iba continuamente y no entraba nada, y como había tomado la firme decisión de no tocar aquellos quinientos dólares que tenía en el banco salvo en caso de estricta necesidad, caí en la cuenta de que debería reponer mis arcas. Y para una mujer como yo tan sólo existía una manera de llevar a cabo tal propósito.

No me agradó adoptar esta vida pues, a pesar de todo cuanto había tenido que padecer, era aún una mujer modesta hasta cierto punto. Pero me armé de valor y me lancé de lleno, y como tenía un hermoso rostro y una figura más que presentable, buenas ropas y algunas joyas, no tardé en granjearme cierta admiración y ganarme un buen número de amistades. Al principio odiaba esta clase de vida, y aún hoy me desagrada, pero me fui acostumbrando —al igual que tantas otras mujeres en una situación semejante—. Desde entonces han pasado casi cuatro años y no puedo decir que me haya ido mal en la «profesión». Tengo ahora muchos amigos, algunos de los cuales son ricos y liberales. He

ahorrado algún dinero y aún sigo ahorrando, y he tenido incluso un par de proposiciones de matrimonio.

Puede ser que algún día llegue a casarme, caso de recibir proposición de un hombre al que pueda amar, pues pese a ser lo que soy jamás me casaría con un hombre a menos que lo amase.

Hará cosa de un año pasé un par de días de visita en Filadelfia; mientras estuve allí me enteré de que Miss Dean seguía soltera y tan dedicada a la caridad como siempre. Jamás había llegado a saberse nada de su vergonzante azotamiento durante la breve temporada que pasó en el Sur. No hace falta decirte que no la llamé, a pesar de lo mucho que me hubiera gustado haber visto otra vez a aquella dulce mujer y haber conversado con ella.

Así termina mi historia; ahora ya sabes por qué te dije que odiaba a los sureños. ¿No crees acaso que tengo buenas razones para ello? Ellos son la causa de todos mis infortunios. Si no me hubieran azotado, si no me hubieran torturado obligándome a montar en la verja, jamás me habrían ultrajado aquellos tres rufianes, ni me habría visto obligada a adoptar mi vida actual.

Conclusión

Permanecí en Nueva York tres semanas más después de que Dolly me contara su historia, y aún la visité con cierta frecuencia, no sólo porque fuera una hermosa mujercita y un magnífico plan, sino porque había llegado a tomarle algún afecto y a compadecerla en lo más hondo. Sin duda era verdad que los hombres la habían tratado con extrema dureza mientras estuvo en el Sur.

Un buen día me despedí de ella, le di mi dirección y le dije que me complacería tener noticias suyas, caso de que algún día llegara a sentir la inclinación de escribirme.

Creo que le dio alguna pena tener que despedirse de mí, pues los ojos se le llenaron de lágrimas y le tembló la voz cuando me dijo adiós.

Al día siguiente partí de Nueva York en el *Scotia*, y tras una travesía algo cruda llegué a Liverpool, lugar desde el cual fui derecho a casa para reemprender mi vida habitual.

Seis meses después recibí una carta de Dolly en la cual me contaba que iba a casarse con un hombre bien situado en el mundo de los negocios, algunos años mayor que ella, que la quería y al cual ella amaba de veras.

Me alegré de saber esa noticia. Ella era una mujer de buen temperamento, amigable, y, aunque débil en muchos aspectos, podría, estaba seguro de ello, llegar a ser una esposa buena y fiel para el hombre con el que se casara.

Le escribí una carta de felicitación y le envié un regalo de bodas, que me agradeció con otra carta muy bonita. Nuestra correspondencia no tuvo continuación, pero espero que hoy sea una esposa feliz.

La pobre mujercita, quien tanto había tenido que sufrir y no por culpa suya, se merecía un poco de suerte después de todos sus problemas.

Notas

[1] Hacendado sureño tristemente famoso por haber dado nombre al linchamiento y a otras formas bárbaras. Formó un tribunal al margen de la ley que castigaba severamente a cualquier abolicionista sin someterlo a juicio de ninguna clase. Su nombre era invocado indiscriminadamente por toda clase de grupos afines. (*N. del T.*). < <

[2] Sopa espesada con brotes de okra —planta similar a la soja— y con filé, que contiene por lo general diversas verduras y trozos de pollo o marisco; el término se utilizaba también entre los esclavos de las plantaciones del Sur para designar a un fugitivo. (*N. del T.*). <<